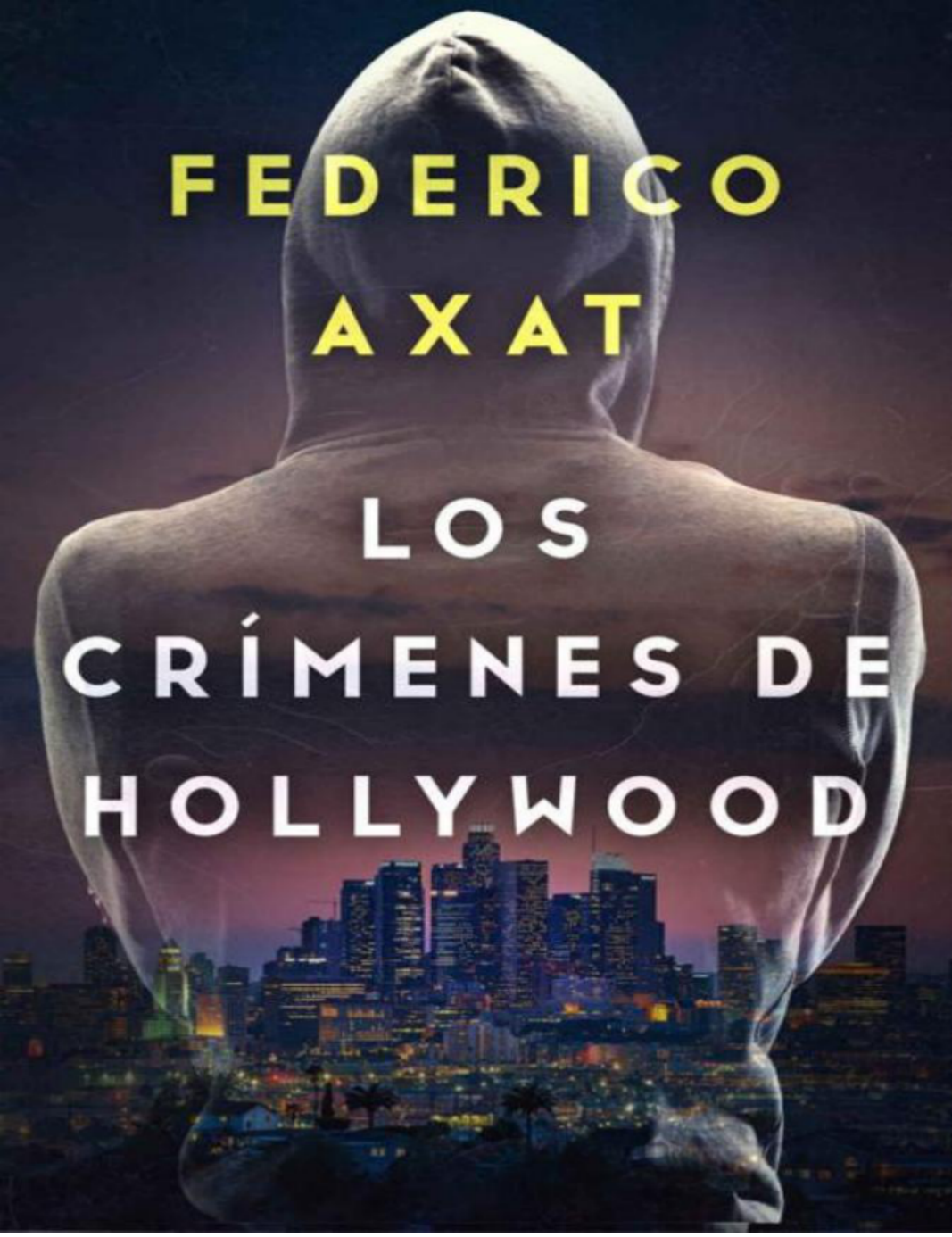
FEDERICO
AXAT
LOS
CRÍMENES DE
HOLLYWOOD

LOS CRÍMENES DE HOLLYWOOD

Federico Axat

A mi padre,
Raúl E. Axat
Porque de las que llegaste a leer,
esta fue siempre tu preferida

1

Los Ángeles, año 2004

El coche bajó por la pendiente privada de la casa y giró hacia la derecha a toda velocidad. Nadie circulaba por la calle Bonnie a medianoche. Luca echó un vistazo por encima del hombro, más por costumbre que por otra cosa, y advirtió que había olvidado apagar las luces. Apenas había tenido tiempo de agarrar su arma reglamentaria y salir a toda prisa, todavía masticando parte de una cena tardía.

Dio un rodeo por las calles internas de Wellington Heights, bordeando el parque Obregón hasta toparse con el cementerio de Calvary. Las tumbas desfilaron tras el cristal como dientes gastados, y el inevitable recuerdo de su madre se superpuso a sus pensamientos como una filigrana tenue.

Varios coches circulaban por la autopista de Hollywood. En Los Ángeles no importa la hora, siempre hay algo para hacer y alguien interesado en hacerlo. Luca se había mudado a la ciudad a los tres años y desde entonces no se había movido. Su trabajo como detective en la división de Robos y Homicidios lo había obligado a conocerla de un modo profundo, sin dejarse encandilar por sus luces e intentando no sucumbir cada día ante sus voces más sórdidas.

Bajó el parasol para comprobar su aspecto y lo que vio no le gustó nada. Sus ojos azules y penetrantes no tenían el brillo de siempre. El caso estaba haciendo mella en él, y lo sabía; no reconocerlo era parte del problema. Había escuchado infinidad de historias de polis que se obsesionaban con ciertos casos, perdían la objetividad y quedaban atrapados en la investigación como si fuera una telaraña. Hasta el momento había creído que este era un comportamiento propio de los policías mediocres, y que él, como detective de la división central de homicidios, había demostrado no pertenecer a esa categoría. Descubrir que podía estar equivocado resultaba una sorpresa amarga.

Mientras conducía por una vía de cuatro carriles, su mente volvió a las muertes. Los homicidios habían empezado hacía más de seis meses: el de ese día era el octavo. Luca había sido designado líder del equipo de detectives a partir del cuarto y, desde entonces, su vida personal se había convertido en una extensión del trabajo diario. Sin ir más lejos, poco antes de recibir la llamada de Durham había estado en la sala de su casa examinando los expedientes que conocía prácticamente de memoria, pero que aun así sentía la necesidad de revisar cada noche.

Llevaba recorridos unos tres kilómetros cuando tomó la autopista

de Santa Ana y decidió hacer la llamada. Sacó el móvil del soporte y el aparato vibró repentinamente en su mano. Su sobresaltó se trasladó al vehículo, que describió una curva sin llegar a salirse del carril. Una mujer que conducía una camioneta gigantesca le lanzó una mirada indignada y aceleró para dejarlo atrás. Luca clavó la vista en la carretera y controló el Crown Victoria, para regresar luego su atención a la pantalla del móvil.

Activó el altavoz.

—Bruzzo.

—¿Vas en camino? —inquirió con rudeza una voz conocida.

El capitán Arson era, por norma, una persona amable; que iniciara la conversación de esa manera, sin un saludo cordial previo, no era buena señal.

—Sí —dijo Luca mientras se aclaraba la voz—. Esperaba llegar para llamarlo.

—Me han avisado desde el departamento.

—Durham ya está allí. He hablado con él antes de salir. En cuanto…

—Luca, espera —lo interrumpió Arson—. Ha sucedido algo. Una vez que llegues y ordenes el circo, llámame.

Luca no respondió. Su cabeza se lanzó inevitablemente a especular a qué podía estar refiriéndose el capitán.

—¿Sigues ahí?

—Sí, jefe, aquí estoy.

—¿Cuánto tiempo necesitas para llegar?

—Veinte minutos.

Aquel era un trayecto que durante el día podía llevarle probablemente una hora. Hollywood estaba al otro lado de la ciudad.

—Llámame cuando puedas.

—¿No quiere decírmelo ahora? La autopista está tranquila.

—No. Primero quiero que llegues y veas con qué te encuentras.

—Entendido.

La comunicación se interrumpió.

Luca se concentró en la autopista. Conducía a ciento veinte kilómetros por hora mientras pensaba en la inesperada llamada de Arson. Resultaba llamativo que le hubieran notificado el homicidio tan pronto, siendo él normalmente el encargado de hacerlo.

Llamó a Durham y el detective respondió al instante.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó Luca.

—El forense ya está aquí. También los del laboratorio.

—¿Quién es el forense?

—Hasket y uno que no conozco.

Luca lo celebró. Hasket era de los mejores. Además, había intervenido en casi todos los asesinatos anteriores.

—Danny, en quince minutos estaré allí. ¿Quiénes han tenido acceso a la escena del crimen?

—Una detective de Hollywood, que está aquí conmigo, y los que encontraron el cadáver: una chica y su novio.

Luca se preguntó cómo habían encontrado un cadáver en plena noche dentro de un cine cerrado, pero no le formuló la pregunta a Durham; no quería entretenerlo.

—¿Quién es la detective de Hollywood?

—Tripple-algo. Parece tranquila.

—Bien —dijo Luca satisfecho—. Que no entre nadie más. Es importante.

—Perfecto.

—Otra cosa… ¿Has hablado con el capitán?

Durham hizo una pausa. Luca lo imaginó al otro lado de la línea preguntándose por qué le hacía semejante pregunta. Hablar con Arson hubiera supuesto una violación en la cadena de mandos.

—No he hablado con nadie, salvo contigo. ¿Ha pasado algo?

—No lo sé. Nos vemos en un rato.

Luca condujo por el carril derecho y salió de la autopista en la salida a la calle Vermont. El tráfico seguía siendo escaso y pudo mantener una velocidad aceptable, incluso en aquella zona. Recorrió apenas trescientos metros hasta toparse con la calle Beverly, donde giró a la derecha hasta llegar al cine del mismo nombre donde habían reportado el homicidio.

Luca nunca había asistido al Beverly, pero sabía que era uno de los tantos cines antiguos que había por la zona y que subsistían proyectando dos o tres películas viejas a precios razonables. Aun con la llegada de las grandes pantallas hogareñas y los proyectores, muchos nostálgicos seguían prefiriendo la experiencia de estar en una sala. Luca no era aficionado al cine, pero entendía el sentimiento. A sus treinta y ocho años se sentía de la misma forma con su colección de discos, que rehusaba a reemplazar por una serie de archivos digitales invisibles.

Cruzó La Brea y estacionó detrás de una patrulla en doble fila. Más allá estaba la camioneta del forense.

La fachada del cine tenía unas franjas verticales descoloridas por encima de la característica marquesina blanca que anunciaba las películas en cartel. En la parte de arriba estaba el letrero en forma de elipse del Beverly.

Luca se bajó del coche y un policía se le acercó de inmediato. El hombre se identificó como el oficial Taylor.

—Detective Bruzzo —anunció Luca mientras exhibía la placa.

El policía le echó un vistazo rápido y levantó la cinta amarilla para permitirle el paso.

Luca entró al cine mientras algo en su interior le decía que las cosas estaban a punto de tomar un giro imprevisto.

2

El cine Beverly había visto tiempos mejores. El *hall* tenía un suelo de linóleo gris y una serie de alfombras rojas y raídas. La primera de ellas, y la más ancha, comunicaba la puerta principal con el acceso a la sala, y otras dos partían hacia los laterales en dirección a un puesto de venta de dulces y la taquilla, respectivamente. Hacia la derecha había una escalera curva y ornamentada en exceso con una cuerda que impedía el paso. En el techo había manchas de humedad, y las paredes, que se adivinaban turquesa, tenían el aspecto de un cielo contaminado. Los pósters exhibidos, en su mayoría de películas clásicas en blanco y negro, cumplían el evidente propósito de ocultar las zonas más dañadas.

Luca se detuvo en el centro del vestíbulo, de pie en una franja de alfombra gastada que evidenciaba que aquella era la zona más transitada. Echó un vistazo al puesto de venta de dulces, que consistía en un mostrador, una máquina dispensadora de refrescos y una caja de vidrio para palomitas de maíz. La taquilla, justo enfrente, era un cubículo con biseles dorados situado debajo de la escalera y disponía de una ventanita de vidrio con una rendija en la parte de abajo. No había nadie dentro, como era lógico, pero la luz interior estaba encendida. Luca se preguntó la razón y se volvió al único policía que custodiaba aquella zona, que se encogió de hombros y le señaló la doble puerta que estaba más adelante.

Tomando aire, empujó las dos hojas de madera. Varios rostros se volvieron hacia él. Luca fue consciente de eso, pero su vista se posó instintivamente en el frente. El Beverly había funcionado como teatro en algún momento, porque debajo de la pantalla había un escenario iluminado. Avanzó algunos pasos en sentido transversal, detrás de las últimas butacas, hasta que llegó a uno de los dos pasillos laterales. Su atención estaba fija en el hombre sentado en el escenario. El cadáver se exhibía deliberadamente. La víctima era un hombre de unos sesenta años, de cabello encanecido y largo, y la primera pregunta que asaltó a Luca fue cómo era posible que se mantuviera sentado. El *rigor mortis* no se habría manifestado todavía, razonó. Fuera de eso, los primeros detalles que procesó fueron las piernas amputadas a la altura de la rodilla y una inscripción en la base del escenario que parecía haber sido realizada con sangre. En ese momento, el forense se ocupaba de la inspección visual del cuerpo y el equipo del laboratorio trabajaba en las inmediaciones. Durham lo interceptó. A su lado vio a una mujer alta de ojos grandes y sensuales.

—Ella es la detective Tripplehorn, de Hollywood.

Luca le estrechó la mano. No podía quitar la vista del hombre sentado en el borde del escenario.

—Allí están los que lo han encontrado —dijo Durham señalando hacia la parte de atrás.

Luca se volvió y vio en la esquina más alejada a dos jóvenes sentados. La muchacha tenía la cabeza entre las piernas y su novio parecía consolarla.

—¿No hay otro lugar donde puedan estar?

—Arriba está la sala de proyección y un despacho, pero allí es donde lo mataron.

—Detective Tripplehorn, usted ha sido la primera que ha hablado con ellos, ¿verdad? —dijo Luca.

La detective relató a continuación lo que los jóvenes le habían dicho al llegar a la escena del crimen. La muchacha, Michaela Woods, trabajaba en el cine en el turno de la mañana y se dedicaba a la venta de entradas o de dulces, según hiciera falta. Alrededor de las once de la noche, ella y su novio pararon un momento por el Beverly para, según sus propias palabras, divertirse un rato. No era la primera vez que lo hacían y, como Woods tenía llaves, el señor Silva nunca se enteraba. Cuando pronunció el nombre del desgraciado dueño del Beverly, la detective señaló con el pulgar en dirección al escenario. Según Woods, el señor Silva era siempre el último en marcharse, pero nunca lo hacía más allá de las diez. Por lo general, se ocupaba del papeleo del cine y se iba a casa. Tenía un despacho en la parte de arriba.

—¿La joven identificó al señor Silva?

—Ninguno de los dos se acercó al cuerpo cuando lo encontraron. Llamaron al 911 y se quedaron allí, donde usted los ve. Aunque la muchacha estaba segura de que era su jefe, le pedí que se acercara un poco y se asegurara. No tiene ninguna duda.

—¿Les preguntó a los jóvenes si el hombre… tenía las dos piernas?

Aunque Luca no había visto ningún dispositivo especial para subir a la segunda planta, no consideró que la pregunta estuviera de más. Sin embargo, cuando sus dos interlocutores se miraron brevemente, entendió que su pregunta era irrelevante.

—Ha sido obra del asesino —intervino Durham con un tono críptico.

—Gracias, detective Tripplehorn, voy a pedirle que los lleve a la comisaría y les tome declaración formal. La llamaré mañana para incorporarla al expediente.

La mujer estuvo de acuerdo y Luca valoró el gesto. La investigación se estaba llevando directamente desde el cuartel general y la detective sólo estaba allí porque la comisaría regional había sido

notificada; bien podría haberse negado a seguir colaborando.

—Parece eficiente —comentó Durham cuando Tripplehorn se había alejado lo suficiente.

Luca asintió distraídamente; tenía la vista clavada en el desafortunado señor Silva. La inscripción en el escenario lo tenía desconcertado. Era una variación respecto a los crímenes anteriores y como tal no le gustaba nada. Leyó las palabras una vez más:

AMÉRICA
UN LUGAR A NUESTRA MEDIDA

—¿Qué rayos significa eso?

—Parece que le ha dado por el nacionalismo.

Recorrieron los últimos metros en silencio.

Luca estudió el cadáver de Silva. A veces le gustaba pensar que tenía una especie de coraza que lo protegía de todas las miserias que veía en su trabajo. La realidad es que era imposible que una parte de tanto horror no se le metiera dentro.

Hasket, el médico forense, le tendió una billetera negra de cuero y unos guantes de látex.

—La identificación está adentro —le dijo.

Luca agarró la billetera, pero no la abrió. Se quedó mirando al hombre, que estaba sentado con los ojos cerrados como si dormitara. Silva tenía puesta en la frente una bandana hecha con un trozo de tela roja que resultaba tan fuera de lugar que Luca supo que se la había colocado el asesino. El hombre tenía el torso desnudo rodeado con tres o cuatro vueltas de cinta gris. Cuando Luca se acercó para dilucidar el propósito de la cinta, arrugó el rostro y comprendió por qué la pregunta que había formulado antes a Tripplehorn había sido innecesaria. Una de las piernas amputadas estaba sujeta a la espalda con cinta y era la razón por la que el torso se mantenía erguido.

Desvió su atención a Hasket, que en ese momento desataba los nudos que el asesino había hecho en las perneras del pantalón de Silva.

—¿Qué tenemos? —le preguntó.

El forense señaló la herida en el cuello de Silva.

—Corte profundo con arma blanca, como en los otros casos. Una sola incisión, precisa y firme.

Hasket era un hombre de unos cuarenta años, moreno y con voz de catedrático, muy minucioso en sus reportes, pero de pocas palabras en la escena del crimen.

—El corte ha sido realizado por un diestro, de izquierda a derecha y desde esta posición. —Hasket rodeó el cadáver y se agachó por detrás. Simuló el movimiento al que hacía referencia—. El asesino no tuvo dudas. El corte destrozó la carótida y la yugular.

—¿Causa de muerte?

—Se desangró. Entre las diez y las diez y media.

Hasket dobló la tela del pantalón a fin de dejar visibles unos diez centímetros de piel de cada muslo. Luca se acercó.

—Son diferentes. —Observó el detective.

Los cortes habían sido practicados con una precisión asombrosa. Aquello no podía ser obra de un cuchillo, ni de una sierra manual; era demasiado perfecta. En el muslo izquierdo había laceraciones moradas que lo cubrían por completo. En el otro no.

—Este corte se ha realizado mientras el hombre todavía estaba vivo —dictaminó Hasket—. Lo podrás corroborar en el sitio donde lo mataron. No ha sido aquí.

Luca asintió.

—Por otro lado, y como te imaginarás, es imposible practicar estos cortes con un cuchillo, por más filoso que sea —continuó el forense—. Han sido realizados con una moladora.

En las víctimas anteriores no había habido amputación de miembros, sólo heridas de arma blanca. Luca se preguntó por qué el cambio justo ahora. Esta escena era diferente a las otras. Para empezar, mucho más impactante.

—Voy a necesitar a alguien del laboratorio para que retire la cinta —dijo Hasket—. Quizá tengas suerte con alguna huella.

El comentario no estaba libre de sarcasmo. Los dos sabían que las posibilidades de semejante cosa eran nulas. El asesino había dado muestras más que sobradas de cómo trabajaba. No cometería nunca la torpeza de obsequiarles con una huella, mucho menos en un sitio tan obvio. Si querían encontrar una, deberían ganársela.

Al equipo de investigadores de la escena del crimen se habían incorporado dos personas más, por lo que ahora eran cuatro en total. El responsable se llamaba Jonathan Glover y en ese momento se acercó, acompañado por una mujer.

—Hola, Glover —lo saludó Luca.

—Recuerdas a Lisa Deschanel, ¿verdad? Es la nueva incorporación al equipo.

—Claro que sí —mintió él.

—Hay mucho trabajo allí arriba, en el despacho —dijo Glover—. Vamos a dividirnos para poder terminar las dos áreas más rápido.

—Bien. El detective Durham y yo iremos arriba en un momento.

En una de las esquinas había una escalera alfombrada que conducía a una puerta con una placa plastificada rotulada. Luca no podía leerla desde donde estaba. Mientras observaba cómo los técnicos se alejaban, supo que allí encontraría más respuestas que donde estaba ahora, pero primero tenía que hacer algo. Se apartó un metro del escenario y, tras una corta carrera, se encaramó de un salto.

Durham prefirió ir hasta el extremo y subir por una pequeña escalera de madera. Los dos se reunieron en torno a la hoja de papel doblada por la mitad.

—¿La has abierto?

—Tenía que asegurarme antes de llamarte.

Cuando Luca se agachó y agarró la hoja sintió una odiosa sensación de *déjà vu*. La desdobló y leyó el número impreso en el centro en rígidos caracteres negros: 666.

—Al menos algo es como esperábamos —sentenció.

3

Arriba había un baño privado y dos habitaciones. La primera era la cabina de proyección y estaba cerrada con llave. La otra era un despacho relativamente amplio.

Al despacho de Silva se podía acceder por dos puertas diferentes. El poco mobiliario era una mezcla temporal y estilística que evidenciaba que la decoración no se había realizado con criterio, sino con lo que tuviera a mano. Al fondo había un robusto escritorio de madera con cajones a los lados: una pieza de evidente valor que en aquel contexto resultaba vulgar. También había una mesa de plástico redonda con manchas de quemadura de cigarrillos, tres archivadores con vestigios de óxido y otra mesa más pequeña y rectangular con una cafetera encima. En una de las esquinas había una torre de cajas de cartón y pósters enrollados.

Glover tenía razón, había mucho por hacer allí arriba.

En la pared frente al escritorio había una maltrecha placa de corcho con notas clavadas con chinchetas y recortes de periódico. Algunos de estos últimos eran tan antiguos que el papel se había vuelto amarillo. Resultaba extraño que Silva eligiera colocar el escritorio de espalda a los dos accesos, algo que evidentemente había resultado fatal para él: una salpicadura de sangre nacía en el centro del escritorio y trepaba un metro por la pared.

—Cierra la puerta, por favor —pidió Luca.

Durham la cerró con cuidado y la puerta chirrió.

Glover y Deschanel se miraron; sólo ellos cuatro estaban en el despacho.

—Según la chica, el hombre solía pasar unas horas aquí antes de marcharse —dijo Durham.

Luca se acercó al escritorio. Para hacerlo debió rodear una gran mancha ovalada de sangre en el centro del despacho. La silla que había ocupado Silva estaba tendida de lado.

—¿Qué opinas, Glover?

—La salpicadura en la pared encaja con la herida en el cuello —dijo Glover—. Silva definitivamente estaba sentado en esa silla cuando lo degollaron. La sangre muestra, además, que no oyó al asesino. Cuando el cuchillo le corta las venas y las arterias, el hombre experimenta una sorpresa inicial que se corresponde con la mancha en el escritorio. Instantes después gira hacia la derecha. La presión de la sangre todavía es grande y mancha la pared. Luego decrece. Silva se tambalea, empuja la silla y se desploma de costado.

Luca asintió. Era probable que Silva permaneciera unos segundos observando su propia sangre con incredulidad, sin saber exactamente qué había sucedido.

—Luego… —empezó a decir Glover, pero Luca lo interrumpió con un ademán.

—No —dijo el detective—. Antes de seguir, detengámonos en esto un minuto. Lisa, haga el favor de abrir la otra puerta.

Deschanel lo hizo. Llevaba guantes, pero aun así se preocupó por girar el pomo tomándolo por la parte de atrás y el frente, donde era imposible recuperar huellas. La puerta hizo un chirrido perfectamente audible, idéntico al de la otra. Todas necesitaban aceite en las bisagras.

—¿Cómo entró el asesino sin que Silva lo oyera? —preguntó Luca.

—Pudo haber estado escondido —aventuró Durham.

Pero allí no había posibilidades de ocultarse.

—Puede que Silva tuviera algún problema auditivo —dijo Deschanel.

Tenía sentido.

—Quizá me apresuré con esos chicos —dijo Luca en voz alta, más para sí que para los demás—. La muchacha podría aclararnos algunas cosas.

—¿Quieres que llame a Tripplehorn? —se ofreció Durham.

—Sí, por favor.

Durham esperó con el móvil pegado a la oreja mientras el resto lo observaba en silencio. Le hizo la pregunta a la detective de Hollywood y esperó mientras ella se la transmitía a Michaela Woods, que iba con ella camino a la comisaría.

—Ningún problema auditivo —anunció Durham sin interrumpir la comunicación.

Luca se había acercado a la mesa redonda. Observó las marcas de cigarrillo en los bordes: por lo menos media docena. No había nada encima. En el escritorio y sobre los archivadores había un sinfín de papeles, sin embargo nada sobre la mesa…

—Espera, Danny. No cortes. Pregúntale si la mesa redonda del despacho tiene normalmente un mantel.

Durham lo hizo.

La respuesta fue afirmativa. Silva le había colocado un paño verde largo. Regularmente se reunía con sus amigos para jugar al póker.

Junto a la mesa, cerca de las cajas amontonadas, había algunas carpetas que bien podrían haber estado sobre la mesa.

—Entonces el asesino se escondió debajo de la mesa —dijo Luca—. Glover, es importante que tu gente haga una búsqueda exhaustiva de huellas en esa zona.

—Lo haremos.

—También es necesario recuperar ese mantel. Quizá nos sirva para explicar por qué el asesino no lo dejó en su sitio. Puede que lo haya utilizado para algo.

—Si está dentro del cine, lo encontraremos —dijo Glover y le dio instrucciones a Deschanel para que iniciara ella misma la búsqueda de inmediato. La mujer se marchó, visiblemente molesta por ser marginada de aquella parte del proceso.

El resto de lo que había sucedido parecía claro. Silva permaneció unos segundos de rodillas, observando su propia sangre, vigilado de cerca por el asesino. Intentó ponerse de pie para escapar y, justo cuando creyó que lo lograría, perdió el equilibrio y cayó. A juzgar por la cantidad de sangre debió de permanecer allí tendido un momento. Luego, haciendo un esfuerzo, se puso de pie y llegó a la puerta que conduce a la sala. Intentó asir el pomo y la primera vez no lo consiguió; una estela de sangre en forma de arco demostraba el intento fallido. Lo hizo de nuevo y esta vez sí logró salir.

En el cuarto escalón contando desde arriba había otra mancha de sangre.

—Aquí dejó de moverse —señaló Luca.

Durham asintió. La estela seguía hasta el pie de la escalera, pero era evidente que el hombre había sido arrastrado hasta allí. El rastro era suave y uniforme.

—¿Por qué utilizó esta puerta en lugar de la otra? —preguntó Durham.

—¿A qué te refieres?

—Hubiera sido más lógico huir por la de adelante, para poder pedir ayuda más rápido.

—Tienes razón.

Luca meditó el asunto.

—Cuando Silva se volvió, herido, el asesino se aseguró de que lo viera salir por la puerta de adelante, para instarlo a que él lo hiciera por la otra, sabiendo que no llegaría muy lejos.

—Puede ser.

De vuelta en la sala, bajaron por la pendiente alfombrada hasta el sitio donde uno de los técnicos de Glover recolectaba muestras de un montículo de partículas blancas.

—Aquí es donde le amputaron las piernas —dijo Durham.

Luca buscó el enchufe más cercano, que estaba en la pared, entre dos filas de butacas.

—Parece una distancia bastante grande —observó.

Durham estuvo de acuerdo.

En ese momento, una voz de mujer les llamó la atención. Se volvieron y vieron como Deschanel, de pie en medio de las butacas, agitaba algo en su mano.

—¡Bingo!

Era el mantel verde.

Luca esbozó una leve sonrisa pero no se entusiasmó demasiado. El asesino estaba jugando con ellos, como de costumbre. Lo había escondido en un lugar sencillo para que ellos lo encontraran.

«Ok, sabéis que lo he esperado debajo de la mesa del despacho. ¿Y qué?».

Luca odiaba esa voz en su cabeza.

4

Pasadas las tres de la mañana, Luca se permitió un breve descanso. Se sentó en una de las butacas y observó en silencio el trabajo de los técnicos, que seguían extrayendo huellas y muestras. Leyó la frase en el escenario, aunque ya lo había hecho unas mil veces.

El teléfono vibró en su bolsillo. Era Arson.

—Estaba a punto de llamarlo, capitán.

—¿Qué puedes contarme?

—Los técnicos siguen trabajando todavía, pero ha habido dos elementos diferentes esta vez.

—¿Cuáles?

—Ha dejado escrita una frase cerca del cuerpo: *América. Un lugar a nuestra medida.*

El capitán guardo silencio un momento.

—¿Y la otra cosa?

—Le ha amputado las piernas.

—Mierda.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Hace unas horas he recibido una llamada de Robert Scott.

Luca suspiró. Ahora era su turno de guardar silencio. Scott era una de las figuras del Times, un viejo zorro que sabía moverse en el departamento, hacerse amigos y preservar sus fuentes. Era respetado y creíble, y Arson había desarrollado con él una relación de respeto mutuo a lo largo de los años.

—Lo sabe —sentenció Arson.

—¡Qué! ¡¿Cómo?! —Luca se puso de pie como accionado por un resorte— ¿Qué sabe exactamente?

—Que tenemos un asesino en serie y que hoy ha cometido otro asesinato.

—Mierda. ¡¿Cómo es posible?!

Hasta el momento habían logrado que la prensa no se enterara de la conexión entre los homicidios. Este sería sin dudas un punto de inflexión para todos.

—No sé cómo lo sabe —dijo Arson—. Es evidente que alguien de adentro se lo ha dicho.

Luca miró a los presentes, cada uno enfocado en su tarea.

—Confío en el equipo, capitán.

—Lo sé, pero alguien se ha ido de la lengua. Y lo ha hecho condenadamente rápido. Sabe detalles, entre ellos, esa frase que acabas de decirme.

Luca sintió una ráfaga de aire gélido en la nuca. Permaneció quieto, con el móvil pegado a la oreja y la vista desplazándose de un lado a otro. Observaba a los técnicos, terminando con la faena, y al detective Durham, caminando sobre el escenario hablando con su propio móvil. El forense y sus ayudantes se habían marchado hacía un rato. A todos los conocía y no dudaba de su profesionalismo, aunque Luca se había llevado más de una sorpresa en el pasado, y sólo estaba dispuesto a poner las manos en el fuego por Danny Durham. Sabía lo que algunos eran capaces de hacer en una situación desesperada, y vender información a un periodista no era ni por asomo lo peor. Pensó en los dos jóvenes que habían encontrado el cuerpo y en la detective Tripplehorn. ¿Cuántas personas habían tenido acceso a la escena del crimen?

—¿Qué va a hacer Scott? —preguntó Luca.

—Quiere publicarlo en la edición de mañana. Le pedí hablar personalmente con él antes de que lo haga.

—Quizá si lo convencemos de que tendrá la exclusiva cuando lo atrapemos…

—No picará. Sabe que no le conviene esperar. Alguien va a ganarle la mano.

Luca estaba de acuerdo. El periodista no era tonto y sabía que no podía desaprovechar la oportunidad de salir con un artículo que enseguida tomaría carácter nacional. California era la tierra de los asesinos en serie; más del diez por ciento del total del país habían nacido allí. Uno nuevo con ocho víctimas en su haber era una noticia de primera. Arson tenía razón en cuanto a las pocas posibilidades de evitar que la historia viera la luz.

—Esto lo complica todo —se lamentó Luca.

—Intentaré ver qué más sabe Scott y negociar lo que se publique a cambio de mantenerlo al corriente. Es lo único que se me ocurre.

—¿Quiere que lo acompañe a verlo?

—Prefiero reunirme a solas. Si llegamos a un acuerdo, ya nos veremos los tres.

—Odio tener que hacer un trato con ese tipo.

—Eso no será lo peor. Lo peor es lo que sucederá después.

—Sí, lo sé.

—Será inevitable que se cuelen los federales.

Luca suspiró. Había sido el principal interesado en mantener al FBI alejado de la investigación. Había logrado convencer a Arson, y a sí mismo, de que estaban progresando y contaban con recursos propios para dar pronta caza al tipo. Ahora, sentado en la butaca del Beverly y con el escenario de la octava víctima delante, sabía que era mentira. Llevaban meses investigando y no habían avanzado demasiado.

—Quería que lo supieras por mí —dijo Arson finalmente.

—Gracias, capitán.

—Hablaremos mañana. Adiós.

Luca se despidió y guardó el móvil. ¿Quién había sido el hijo de puta que le había pasado el chivatazo a Scott? ¿Cuánto le había pagado el Times? Él era el encargado de la investigación y lo estaban jodiendo. Jodiendo a lo grande. Cualquiera del departamento que hubiera pasado la información lo sabía y Luca deseó tenerlo enfrente para partirle la cara.

—¿Estás bien?

Al volverse, vio a Durham, que se sentó en la butaca de al lado.

—¿Has hablado con el capitán?

—Sí.

—Deduzco que no hay buenas noticias.

—Pésimas… En el Times lo saben.

Durham se recostó en su butaca y resopló. Ambos permanecieron en silencio, como dos espectadores a la espera de que empezara la proyección.

Un minuto después, la puerta principal de la sala se abrió y apareció Glover.

—Hemos encontrado la otra pierna —anunció.

5

Alyssa Paget levantó la vista del libro que estaba leyendo, como si el ruido que la había sobresaltado fuera producto de una intrusión y no el del timbre de su propia casa. Estaba tendida con las piernas estiradas y la cabeza en uno de los brazos del sofá.

Se incorporó, dejó el libro a un lado y se puso las zapatillas con dos movimientos rápidos. No solía recibir visitas, menos últimamente. Supuso que sería algún vecino después de tantos días de no ver salir el coche del garaje.

Desde que se había mudado a Virginia, hacía ya cinco años, el trabajo se había convertido en algo agotador y su casa en un sitio de paso. Acostumbrada a Nueva York, donde había completado sus estudios de psicología forense y dado sus primeros pasos en la oficina local del FBI, no había logrado adaptarse a la pequeña Woodbridge, a doce kilómetros de Quantico. Su trabajo en la BAU, la unidad de análisis del comportamiento, había sido un crecimiento profesional importante, tal como había previsto. Su vida personal, en cambio, no estaba yendo como a ella le habría gustado, ni mucho menos. Había creído que el ritmo desacelerado de una ciudad de menos de treinta mil habitantes sería el marco ideal para tener una pareja y eventualmente una familia, pero se equivocó. Apenas conocía a sus vecinos y los únicos amigos que Alyssa tenía eran sus compañeros de trabajo, con los cuales compartía buena parte del día y jornadas enteras cuando era necesario viajar. En los cinco años que llevaba en Woodbridge, había salido con apenas dos hombres y en ninguno de los casos había llegado más allá de la tercera cita.

A sus treinta y seis años, empezaba a hacerse a la idea de que esa vida familiar que de vez en cuando anhelaba quizá no era para ella. A veces la inquietaba pensar que un día despertaría y se daría cuenta de que diez años habían pasado en un abrir y cerrar de ojos y que nada de eso ya era posible.

Cuando salió del salón y fue a la cocina en busca de las llaves, se preguntó, no por primera vez en la semana, si su ciclo en la BAU no estaría terminado. Las vacaciones que había solicitado tenían como único propósito dirimir la cuestión, y temía no haberse siquiera acercado a la respuesta. Cinco años era mucho tiempo.

¿Dónde están las putas llaves?

Solía dejarlas en la mesa redonda de la cocina, pero no estaban allí. Echó un vistazo a la encimera con idéntico resultado. El timbre sonó por tercera vez. Pensó en ir hasta la puerta para decirle al

visitante que la esperara hasta que encontrara las llaves, pero no lo hizo. En el fondo, albergaba la esperanza de no encontrarlas y que quienquiera que fuera se marchara de una vez.

Finalmente las encontró bajo unos envoltorios vacíos de pizza congelada. Hacía tres días que no salía de la casa y tomó nota mental de obligarse a hacerlo más tarde e ir al supermercado. Sus provisiones se estaban agotando. Mientras caminaba se convenció de que el visitante se habría marchado y que pronto podría retomar la lectura en el sofá, pero una silueta negra se recortaba tras el cristal glaseado de la puerta. Alyssa se llevó instintivamente la mano a la cintura, pero allí no estaba su arma.

Giró hacia la derecha y vio su imagen reflejada en el espejo del vestíbulo. Tenía puesta ropa deportiva holgada y su pelo era un desastre.

La puerta no tenía cadena ni pasador. La costumbre de cerrarla con llave era un resabio de su paso por la Gran Manzana. La abrió apenas lo suficiente para poder asomar su rostro y, al ver al hombre que estaba de pie en el porche, no supo qué decir.

—Hola —dijo él—. ¿Puedo pasar?

Era la primera vez que George Allen la visitaba. Con su jefe habían viajado juntos, pasado la noche en el mismo hotel y, sin embargo, al verlo de pie en la puerta de su casa, sintió que lo desconocía.

—Sí, desde luego, George. Pasa.

Alyssa abrió la puerta, pero permaneció detrás de ella como si estuviera desnuda. Él le dedicó una sonrisa y entró. Era seis años mayor que Alyssa y, por su andar torpe, era evidente que tampoco se sentía a gusto con presentarse sin avisar. Aquel hombre era capaz de interpretar los movimientos de un asesino, leer a la perfección un simple gesto durante un interrogatorio o encontrarle la explicación a un detalle insignificante en la escena de un crimen y, sin embargo, le era imposible camuflar sus estados de ánimo. A Alyssa le gustaba pensar que ella podía leerlo como a un libro abierto, aunque los acontecimientos recientes demostraran lo contrario.

—Te he llamado varias veces —se excusó.

Vestía un traje negro y sostenía el maletín que acostumbraba a llevar a todas partes. Era un hombre imponente, de más de un metro noventa y cabello rizado y corto.

—He escuchado tu mensaje, George. Iba a devolverte la llamada.

Alyssa seguía detrás de la puerta abierta, como si esperara que entrara alguien más.

—He venido solo —dijo él sin una pizca de sarcasmo.

—Toma asiento. Voy a cambiarme.

—Si es un mal mo…

—No es un mal momento. Enseguida vuelvo. —Alyssa cruzó el

salón acelerando el paso. Cuando recorrió los últimos dos metros, lo hizo prácticamente corriendo. Entró a su habitación pensando en lo tonta que se sentía, pero en su defensa tenía que decir que jamás hubiera pensado que George fuera a verla. Mientras se ponía unos vaqueros y una camiseta imaginó qué le respondería cuando él le preguntara por sus supuestas vacaciones.

Antes de regresar, pasó por el baño, se acomodó el cabello con las manos y se lo recogió en un moño.

—¿Cómo están las cosas por la oficina? —preguntó a su regreso. Se sentó en el sofá de dos plazas, donde unos minutos atrás había estado leyendo.

George ocupaba el sillón de enfrente. Había depositado el maletín sobre la mesita baja situada entre ellos.

—Hoy ha sido un día particularmente ajetreado —dijo él mientras sus ojos merodeaban por la sala.

Alyssa prefirió no especular respecto al motivo de la inesperada visita de su jefe. Albergaba el deseo de que se tratara de algún asunto laboral, que él extrajera de su maletín un expediente para comentar e intercambiar ideas. La última conversación entre ellos no había sido precisamente de trabajo y Alyssa llevaba días arrepintiéndose de haberla iniciado.

—Al final no has ido a Nueva York.

—No.

George asintió.

—¿Tú estás bien?

—Sí —mintió ella—. He aprovechado estos días para pensar.

Cualquier hombre entendería que sus respuestas escuetas tenían el propósito de cambiar el tema de conversación, pero George seguía observándola con cierta desesperación, como si creyera realmente que estaba en la obligación de decir algo más y no supiera exactamente qué o cómo hacerlo. Era un rasgo distintivo de su personalidad, y desde que Alyssa lo conocía, se había sentido desconcertada e incrédula al respecto, al punto de dudar si no se trataba de algún tipo de estrategia con las mujeres.

—Sé que me he pasado de la raya al venir aquí —dijo él con la vista puesta en el maletín.

—No es así, George. No tiene nada de malo que vengas a visitarme. Trabajamos juntos, pero también somos amigos. He estado en tu casa dos veces.

—Tienes razón —dijo George y se quedó pensativo—. Tampoco he visitado nunca a Jeffrey…

Jeffrey Lowe era el tercer miembro del equipo. Normalmente eran ellos tres los que viajaban para dar asistencia a las oficinas satélite del FBI o a los departamentos de policía locales.

Que George reflexionara precisamente ahora que tampoco conocía la casa del otro miembro del equipo era para Alyssa alucinante. Quizá tenía que tirar la toalla en cuanto a intentar desentrañar el funcionamiento de la mente de su jefe. Decidió cambiar de tema.

—¿Qué tienes ahí?

Él se inclinó sobre el portafolios, lo abrió y le extendió una fotografía. No era un original, sino una fotocopia en color. Alyssa examinó el escenario de lo que parecía ser un teatro. En el centro había un hombre con el torso desnudo y las piernas amputadas.

—Fue tomada ayer en Los Ángeles. Hoy he participado en una conferencia telefónica con ellos.

—Lo siento por ti.

Él rio por primera vez desde que había llegado.

—Es la octava víctima.

—¡La octava! ¿Por qué han tardado tanto tiempo en llamarnos?

George se encogió de hombros y suspiró.

—Creían tener el asunto bajo control, supongo. No sabían que tenían entre manos a un asesino en serie hasta la cuarta víctima.

Ella le devolvió la fotocopia.

—Bastante tétrico lo del escenario —comentó Alyssa—. ¿Todas fueron encontradas en teatros?

—No. Los cuerpos han sido hallados en sitios diversos, sin ser trasladados.

—No encaja con el perfil de un sujeto organizado.

—Pues este lo es. En extremo.

Alyssa no pasó por alto cómo, en cuestión de segundos, la tensión entre ellos había desaparecido. Bastaba que iniciaran una conversación relacionada con el trabajo para que ambos se animaran como dos viejos amigos que hablan de sus intereses en común.

—¿Cuál es la firma? —preguntó Alyssa—. ¿La frase del escenario?

—No. La frase ha sido algo nuevo. Hasta el momento, cada cadáver ha sido encontrado con una hoja y un número.

—¿Correlativos?

—No. Van en aumento, pero la secuencia es extraña. El último que han encontrado es el 666, pero el anterior era el 583, si mal no recuerdo.

—¿Todas las víctimas han sido hombres?

—Hombres y mujeres.

Alyssa arrugó la frente.

—No parece fácil de encuadrar —dijo George—. El arma utilizada es un cuchillo muy afilado y la limpieza con la que opera es extrema. La policía no ha podido obtener una sola muestra que sirva para algo.

—¿Nada?

—El detective con el que hablé no quiso darme muchos detalles.

Creí entrever que tienen algo, pero no insistí para que me lo dijera. Ya lo sabremos cuando lleguemos allí…

George dejó la frase en suspense. Era difícil saber si había utilizado el plural deliberadamente o no. Aunque un equipo viajaría a Los Ángeles con él, estaba claro que se había referido a Alyssa. Ella prefirió no desviar la conversación hacia ese punto, no todavía. A estas alturas ya sabía que George estaba ahí para convencerla de interrumpir sus vacaciones e ir a Los Ángeles. En cierto sentido estaba decepcionada de que este fuera el motivo.

—Es evidente que no busca esconderse —reflexionó Alyssa—. Dejar los cuerpos denota una gran confianza en lo que hace.

—Sí. Además es cuidadoso. El detective Bruzzo me dijo que las mujeres, a diferencia de los hombres, han sido apuñaladas en reiteradas ocasiones. No he podido ver fotos.

—¿Hay rastros de violación o de sometimiento?

George negó con la cabeza.

—Sólo un mayor ensañamiento. En el caso de los hombres, les corta el cuello.

—¿Las amputaciones han sido *post mortem*?

—Así es.

Alyssa pensó un segundo. Emitir juicios apresurados podía ser el comienzo para echar un caso por la borda. Si algo había aprendido en sus años de ejercicio, era que toda conjetura puede volverse en contra si no mantienes la mente abierta. Bastaba crear una categoría para que un nuevo sujeto surgiera y se saliera de ella. Lejos habían quedado los tiempos en que se rotulaba como asesino en serie a todo aquel que mataba a más de una persona movido por deseos sexuales. Resulta difícil catalogar a individuos tan dispares como un psicótico que cree recibir órdenes de extraterrestres para aniquilar a sus vecinos, un sádico sexual que tortura a ancianas, un genocida que ordena un exterminio civil o un asesino a sueldo que ni siquiera escoge a sus víctimas. Sin embargo, todos ellos son asesinos en serie en tanto y en cuanto cometen más de dos homicidios en lugares diferentes y sin conexión entre sí. Alyssa había creído que una definición tan amplia impedía enfocar el problema adecuadamente, pero el tiempo, y la ayuda de George, le habían enseñado a que cada caso era un mundo en sí mismo y que los modelos de manual eran sólo una herramienta más.

Alyssa intuyó que, si el departamento de policía solicitaba su apoyo de manera repentina, era posible que una filtración a la prensa hubiese tenido lugar. El caso se habría convertido en una patata caliente y alguien dentro del LAPD quería soltarla.

—La prensa lo sabe, ¿verdad?

George asintió.

—La fiesta no sería completa sin todos los invitados.

—Ya lo han… —Alyssa no quería dejar entrever que no había encendido la televisión en los últimos dos días, pero no supo cómo seguir la frase.

—El Times lo publicará mañana.

—Entonces quizá pueda contenerse.

—No lo creo. —George se aclaró la garganta.

—¿Quieres algo para tomar? No te he ofrecido nada. —Alyssa se puso de pie.

Él la observó como si la pregunta hubiera sido totalmente desatinada o incomprensible.

—Tengo limonada —dijo ella mientras se dirigía a la cocina.

George se quedó solo. Normalmente, lo primero que hacía al entrar a una habitación era extraer toda la información que podía para comprender cómo era la persona que vivía ahí. Aquí había poco y nada. No había fotografías, cuadros, ni siquiera una estantería con libros. Parecía la sala de un catálogo de muebles.

—Aquí tienes.

George bebió un trago y dejó el vaso sobre la mesa, junto al maletín.

—¿Qué es lo que tiene el Times exactamente?

—El capitán de la brigada de Robos y Homicidios recibió la llamada de un periodista, un tal Scott. Tiene el nombre de la víctima y cómo la han asesinado. También se filtró esa frase que has visto, pero no la secuencia de números. Bruzzo cree que la frase es una pista adicional, pero que lo verdaderamente importante es la secuencia numérica.

—¿Tú qué crees?

—Escucha este detalle —dijo él inclinándose hacia adelante como si le confiara un secreto—. Bruzzo no pareció prestarle atención cuando me lo comentaba, estaba indignado más que sorprendido, pero una de las piernas de la víctima estaba detrás del torso del hombre, atada con cinta para mantenerlo erguido. ¿Sabes dónde estaba la otra?

—¿Debería poder adivinarlo?

George rio.

—No, claro que no —dijo—. Estaba en el vestíbulo del cine, dentro del recipiente de vidrio colmado de palomitas de maíz.

Alyssa había visto cosas retorcidas y esta no le sorprendió demasiado. El asesino probablemente imaginó que nadie encontraría la pierna hasta que una dependienta desprevenida se dispusiera a entregarle un combo familiar a algún cliente. Entonces se toparía con algo grande y duro entre las palomitas y lanzaría un grito al advertir de qué se trataba.

—¿Crees que el sujeto ha querido salir a la luz…?

—Exacto. El hallazgo ha sido fortuito. La policía podría haber supuesto que el sujeto se había llevado la pierna como souvenir y haber suspendido la búsqueda. Unos días después, con varias personas en el cine, el peculiar descubrimiento no podría haberse mantenido encapsulado. Llegaría a ser noticia casi seguro. Demasiado buena para dejarla pasar.

—Entonces la llamada a Scott también podría haber sido obra del asesino.

—Es lo que creo. Dudo que se haya puesto en contacto directamente con el periodista, pero de alguna manera se lo ha hecho saber. Lo importante es que el sujeto ha decidido salir a la luz, lo cual concuerda con el perfil.

—Elegir el momento refuerza su confianza.

George asentía.

Permanecieron en silencio por unos segundos. El zumbido de la nevera se amplificó, dos o tres coches anunciaron su paso por calles lejanas.

—Te pido perdón de nuevo por aparecer en tu casa de esta forma —dijo George.

Alyssa le indicó con un ademán que lo dejara estar. Se había quitado las zapatillas y tenía los pies sobre el sofá, aferrándose a las rodillas mientras procuraba no fijar la vista en George.

—No vendría a verte si no creyera que…

Se detuvo.

—¿Si no creyeras qué, George?

—Esta investigación ha sido catalogada como prioridad número uno para la división. Mañana hablaré directamente con el director, pero me imagino lo que me dirá. El caso tendrá alcance nacional en el transcurso de la semana y el FBI quiere ganar tiempo.

—Yo, en realidad…

—Espera, por favor, déjame decirte algo. Lo que creo es que tu experiencia será fundamental en este caso. Podría llevar a otro agente, pero la experiencia de trabajo en equipo no se la podré transmitir en un vuelo a Los Ángeles.

—Gracias.

—No estoy tratando de ser condescendiente. Sabes que es así. Ni siquiera es necesario que nos digamos las cosas. Tú y Jeffrey conocéis mi manera de actuar, de pensar. Sería una pérdida…

—Espera.

Ella pareció buscar el modo de seguir, pero en su lugar se inclinó hacia adelante. George siguió con atención sus movimientos. Por un momento, pareció que Alyssa iba a agarrar el maletín que estaba sobre la mesa baja, pero en su lugar tomó algo que había estado fuera de la vista de George.

—Pensé que lo habías dejado —dijo él.

—Lo he dejado —dijo ella mientras encendía un cigarrillo y devolvía el paquete a la mesa—. Sólo me permito uno al día.

Alyssa lanzó el humo hacia arriba.

—Creo sinceramente que participar en esta operación puede ser bueno para ti —dijo George—. Si has de tomar alguna decisión, será mejor que no lo hagas en el contexto equivocado.

Alyssa era consciente del esfuerzo que George ponía en cada una de sus palabras. No dudaba de sus intenciones y sabía que reunir el valor para presentarse en la puerta de su casa no habría sido sencillo para él.

—No tiene sentido que te engañe, George. Lamento haberte dicho que iría a casa de mi madre de vacaciones. La realidad es que necesito aclarar algunas cosas.

Alyssa dejó el cigarrillo en un cenicero de cristal y aprovechó esos segundos para pensar si agregaría algo más. Era una obviedad explicar por qué necesitaba un tiempo lejos de la unidad.

—Déjame pensarlo un poco. ¿Cuándo hay que salir?

—Mañana.

—Lo suponía. Te llamaré esta noche.

—Gracias —dijo George mientras se ponía de pie y agarraba el maletín—. Será mejor que me vaya.

Ella sonrió.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Alyssa también se levantó.

—Es que cuando te veo en una sala de interrogatorios o en una operación de campo, eres tan diferente. —Estiró un brazo y le acarició la espalda en un gesto fraternal.

Él le devolvió la sonrisa.

—Perdona si he estado un poco dura —agregó Alyssa.

George la observó sin entender.

—No me refiero a hoy —aclaró ella—, sino a los últimos días.

—No te preocupes. Esperaré tu llamada.

Alyssa abrió la puerta en el preciso momento en que el teléfono de la sala empezó a sonar. Hubo un segundo de indecisión en el que George no supo si debía marcharse antes o después de que ella atendiera la llamada. Alyssa le dijo que no se preocupara, que el contestador se encargaría.

Una voz de hombre surgió del contestador telefónico:

«¡Aly! Soy Jeffrey… Supongo que el jefe ya se habrá dejado caer por tu casa. ¡Me imagino tu cara! ¿Estás a bordo de nuevo, colega? Te llamaré más tarde… Espero que no lo estéis celebrando en un motel».

Se escuchó la risa descontrolada de Jeffrey y a continuación un pitido cuando el mensaje terminó.

El rostro de George se había puesto blanco.

Alyssa no pudo evitar lanzar una carcajada.

—Lo mataré —dijo ella entre risas.

—Yo, no…

—Jeffrey no es estúpido —dijo Alyssa—, debió de percibir algo entre nosotros. Tiene un ojo especial para estas cosas, lo sabes.

George la besó en la mejilla y se marchó. Apenas cerró la puerta, Alyssa fue presa de un nuevo ataque de risa.

6

Al día siguiente del asesinato de Robert Silva, la incertidumbre se apoderó del equipo de investigación con base en el Parker Center. En la Casa de Cristal, como algunos solían referirse al cuartel general de la calle Los Ángeles, nadie sabía exactamente cómo serían las cosas de ahí en adelante. Luca había sido sincero con los siete detectives que tenía a su cargo: la prioridad era poner en orden el papeleo, completar los expedientes y tener todo listo ese mismo día. Resultaba casi irónico que, a pocas horas de haber sido asesinada la octava víctima, la fuerza policial destinada a atrapar al asesino estuviera encerrada completando formularios y redactando informes. Pero claro, si los federales iban a hacerse cargo, era mejor que encontraran la documentación en orden.

Mientras el equipo trabajaba en la oficina común del tercer piso, en el sexto tenía lugar una reunión entre el capitán Arson y el director adjunto Dixon McCord, en la que definirían la manera más eficiente y rápida de hacer el traspaso de la investigación al FBI. Luca sabía que para Arson esto suponía quitarse un peso de encima, y lo cierto es que no lo culpaba; entendía cómo afectaba la presión a cada uno de los miembros del departamento, especialmente en los mandos altos, y lo delicado que era salvaguardar la imagen del cuerpo. Con los reveses que había sufrido durante la última década, la imagen pública era la prioridad número uno para el Departamento de Policía de Los Ángeles.

A Luca, lo que realmente lo enfurecía, era que alguien de adentro le hubiera pasado la información a Scott y que eso hubiera acelerado el proceso.

Necesitaba saber quién estaba detrás.

—Danny, vamos a tomar un café —le dijo a Durham.

Nadie se ofreció a acompañarlos. Todos entendieron que Luca quería estar con él a solas.

Los dos detectives fueron hasta una salita donde había una mesa con una máquina de café y vasos desechables. Se sentaron en una mesa rectangular, uno frente al otro.

—Sigues pensando en el soplón, ¿verdad?

Luca asintió y abrió la libreta que solía llevar encima.

—Repasemos los momentos previos a mi llegada al Beverly —dijo Luca—. Quiero acotar la lista todo lo posible.

—Lo tengo fresco. Estoy en medio de la redacción del informe.

—Bien. Tú me llamaste a las 0:12. —Luca escribió la hora en su

libreta. La había obtenido de su propio móvil, donde había quedado registrada—. La llamada de Arson la recibí trece minutos después, es decir a las 0:25.

—En ese momento el capitán ya había hablado con Scott, sólo que no quiso decírtelo hasta que no llegaras y organizaras todo.

—Exacto. Es decir, que a las 0:25 el soplón ya le había informado a Scott, este a su vez se lo dijo a Arson y Arson a mí. ¿Cuánto tiempo crees que demora esa cadena de acontecimientos?

—Teniendo en cuenta que era tarde —reflexionó Durham—, y que al menos Scott debió de pensarlo dos veces antes de hablar con el capitán, yo diría…, no menos de veinte minutos.

—Yo creo lo mismo. Es decir que el soplón debió comunicarse con Scott a las 0:05

—¡Eso es incluso antes de que yo mismo llegara a la escena del crimen!

Luca sonrió. Escribió la hora en su libreta.

—Y eso es asumiendo que la cadena de llamadas y toma de decisiones se hubiera hecho en tiempo récord.

—Podemos excluir al equipo de técnicos —dijo Durham—. Ellos llegaron después que yo. En cuanto al forense…

—Conozco a Hasket. Él no ha sido —lo interrumpió Luca—. Quizá alguno de sus ayudantes.

—No —dijo Durham—. Cuando llegué estaban en el vestíbulo del Beverly. El oficial de la escena les estaba dando las instrucciones.

En cuestión de segundos la lista se había acotado notablemente.

—Tenemos a la detective Tripplehorn —dijo Luca—, los dos policías, la muchacha y su novio. ¿Cuál es tu apuesta?

—Espero que no sea la detective.

Luca se puso de pie. Cerró su libreta y se la guardó en el bolsillo.

—¿A dónde vas?

—A Hollywood.

—¿No tienes que reunirte en un rato con Arson?

—Sí, a las cuatro y media. Llegaré a tiempo.

Mientras Luca se dirigía a los ascensores, consultó su reloj y vio que era la una y siete minutos. Descontado el viaje de ida y vuelta tendría menos de dos horas de trabajo en la comisaría de Hollywood.

Mientras conducía por la autopista, hizo la primera llamada al Parker Center, donde le pidió a una de las operadoras el teléfono de la comisaría de Hollywood. Respondió una voz masculina y cansada.

—Diga.

—Soy el detective Bruzzo, del departamento central. Necesito hablar con el oficial Taylor.

—No está. Podría rastrearlo por la radio.

—Necesito su móvil.

Se produjo un silencio.

—Ayer su compañero y él fueron los primeros en llegar a la escena de un asesinato. Verifíquelo si quiere. Necesito hablar con él ahora mismo. Deme el número.

El hombre, que posiblemente era un poli con alguna sanción a cargo temporalmente de los teléfonos, le dictó el número con voz cansina.

—También necesitaré el de su compañero…

—¿Mancuso?

—Exacto. Necesito hablar con los dos.

—Probablemente estén juntos.

—No me importa. Deme el número.

Luca había activado el altavoz del móvil, como era su costumbre, y se inclinaba ligeramente hacia el asiento del acompañante cuando hablaba. Tenía la libreta sobre una de las rodillas y apuntó los dos números.

—Una cosa más —dijo Luca.

—¿Qué?

—Dígale a la detective Tripplehorn que voy hacia allá en este momento. Tiene que darme unos informes. Ella ya lo sabe.

—Si ya lo sabe entonces para qué quiere que...

Luca cortó.

La siguiente llamada fue otra vez al Parker Center, pero esta vez al laboratorio del cuarto piso. Pidió hablar con Johnny Osgood.

—Johnny, necesito un favor.

—¿Dónde estás, hombre, en una licuadora?

—Estoy conduciendo por la autopista.

—No deberías…

—Johnny.

—¿Qué necesitas? Tengo trabajo atrasado hasta el día de Acción de Gracias.

Luca sabía que Johnny lo ayudaría. Algunos años atrás había tenido una gentileza en el trato con su hermano, quien había agredido a un policía cuando este lo detuvo por conducir ebrio. Desde entonces eran amigos. Johnny coordinaba el departamento técnico especializado en comunicaciones.

—Tengo dos números móviles. Necesito los registros entre las 11:45 y la medianoche de ayer.

—¿Sabes a qué compañía pertenecen?

—Ni idea. ¿Tiene alguna importancia?

Johnny rio.

—Olvídalo —dijo—. A veces olvido que eres de los que se resiste a todo lo que tenga botones y *leds*. Dame los números.

Luca se los dictó.

—No puedo darte la información oficialmente —le aclaró Johnny —. Tengo pedidos urgentes desde hace siete días.

—No te preocupes. Sólo dime si hay llamadas en ese horario y a qué números. No lo necesito oficialmente.

—Perfecto. Dame hasta mañana.

Intercambiaron saludos y se despidieron. Luca se enderezó en el asiento y asió el volante con las dos manos. Se permitió echar un vistazo al paisaje. El tráfico en la autopista era denso, pero no tanto como había esperado. En ese momento, transitaba por un tramo elevado sobre Silver Lake Boulevard bordeado por un muro lateral de un metro y medio que impedía ver hacia abajo. Las copas de los árboles más altos que se asomaban detrás del muro se recortaban contra un cielo que ese día era más celeste que de costumbre.

Después de tomar la salida de Sunset Boulevard, Luca condujo durante diez minutos hacia el oeste. Llegó a la comisaría de Hollywood a la una y treinta y cinco. Había llegado mucho antes de lo que esperaba.

Al entrar en la comisaría supo que el hombre rechoncho que estaba tras el mostrador era con quien había hablado por teléfono hacía unos minutos. Él también lo supo y sin mediar palabra le dijo que la detective Tripplehorn lo estaba esperando en una de las salas al final del pasillo. Parecía bastante feliz con su número de adivinación.

Luca pasó junto a la mesa de detectives donde había dos hombres. Uno de ellos era un individuo moreno y fornido que Luca creía haber visto antes. Llegó a las salas de interrogación localizadas en el fondo y, en efecto, en una de ellas estaba la detective Tripplehorn. En sus manos tenía una carpeta marrón. Se saludaron y Luca ocupó la única silla vacía.

—No pensé que vendría usted personalmente —dijo Tripplehorn—. Supuse que sería el detective Durham quien lo haría. Como le dije a él por teléfono, no hay nada importante en estas declaraciones.

Tripplehorn extendió la carpeta y él la dejó sobre la mesa.

—Detective Tripplehorn…

—Por favor, llámame Sarah. Vamos a ahorrar bastante tiempo.

Luca sonrió.

—Sarah…, en este caso la importancia puede estar en los detalles, créeme. De hecho, creo que sería buena idea que nos mantengamos en contacto.

—Detective Bruzzo…

—Luca.

Ella asintió.

—Patterson me ha dicho lo que le has pedido —dijo Sarah.

—¿Quién es Patterson?

Ella señaló en dirección a la recepción.

—Ya veo —dijo él—. Le solicité a Patterson el móvil de los dos oficiales que acudieron ayer a la escena del crimen.

—¿Por qué no me dices lo que necesitas?

Luca lo pensó un segundo. Su instinto le decía que podía confiar en Tripplehorn, pero no se valdría sólo de eso para revelar la inminente intervención de la prensa.

—No me lo digas si no puedes. Creo que lo intuyo —dijo ella—. He apuntado mi número en la carpeta.

Luca la abrió y en la primera hoja vio un trozo de papel sujeto con un clip en la parte superior. Junto al móvil de Sarah estaban los móviles de Michaela Woods, la muchacha que trabajaba en el Beverly, y el de su novio.

—Te lo agradezco —dijo él.

—Esos jóvenes no esconden nada, te lo aseguro. Seguían en estado de shock incluso horas más tarde. He tratado de extraer toda la información respecto a la rutina del señor Silva en el Beverly, pero la muchacha estaba realmente alterada y no quise presionarla mucho. Quizá sea interesante hablar con ella más tarde.

—Te agradezco la sugerencia.

Luca hojeó por encima el contenido de la carpeta.

—Por lo poco que he visto en la escena del crimen —dijo Sarah—, parece que el asesino se ha tomado el tiempo para estudiar a la víctima.

—Eso parece. Has hecho un buen trabajo. No todas las comisarías colaboran de esta forma. Te llamaré si surge algo.

Se estrecharon las manos y se despidieron. Luca cruzó nuevamente la comisaría y, cuando salía, se volvió para saludar al oficial Patterson.

Las cosas habían salido mejor de lo que esperaba. Le daría el resto de los números a Johnny y esperaría hasta el día siguiente para determinar quién había sido el soplón. Regresaría con tiempo suficiente para comer algo y luego asistiría a la reunión con el capitán y el subdirector.

Durante el trayecto de regreso, Luca dejó de lado el caso un momento y su mente se escabulló hacia la detective Tripplehorn. Sarah. Había creído advertir cierto interés por parte de ella…, y lo cierto es que a él le había gustado. Se preguntó si podría llamarla en unos días e invitarla a cenar.

La última relación duradera de Luca había sido tres años antes. Con Alicia no se había casado, pero sí convivieron por más de seis años y hasta compraron una casa juntos. Cuando todo terminó, los dos experimentaron esa sensación de haber hecho lo correcto pero con sabor a fracaso. Luca todavía pensaba en los motivos que habían hecho que su relación naufragara, en parte porque no quería repetirlos, pero también porque no terminaba de entenderlos del todo.

Alicia era la codirectora de una agencia de modelos; no entendía el trabajo de Luca y lo mismo había ocurrido a la inversa. Con el tiempo comprendieron que lo que en algún momento creyeron una fortaleza, es decir poder dejar sus asuntos laborales por fuera de la pareja, terminó por volverse en contra. Para ambos, sus respectivos trabajos eran su esencia, especialmente para Luca. La falta de diálogo sobre las cosas que los apasionaban los fue alejando como dos boyas que flotan en el océano en direcciones opuestas.

Luca sabía que la próxima mujer en su vida tendría que comprender la importancia que su trabajo tenía para él. No significaba que tuviera que ser detective, pero sí poder verlo a través de sus ojos.

Luca dejó de pensar en Sarah en cuanto abandonó la autopista. Decidió almorzar algo rápido en Julio's, un sitio en la calle Broadway que hacía las mejores hamburguesas en un radio de dos kilómetros del Parker Center. Estaba ubicado justo debajo de un estacionamiento de cinco pisos, así que no tuvo que preocuparse por buscar estacionamiento, lo cual no era poco.

Ordenó una hamburguesa completa. Mientras la esperaba, leyó las declaraciones que le había entregado Tripplehorn. No se había equivocado al reconocerle el valor de su trabajo. A Luca no se le ocurrió algo más que aquellos dos testigos pudieran aportar a la investigación. Cerró la carpeta cuando una camarera le trajo el pedido y, a partir de entonces, la mitad de su atención fue para la descomunal hamburguesa que tenía delante, y la otra mitad fue para Sarah.

7

Luca regresó al cuartel general con tiempo suficiente para verificar el avance de los otros detectives. Entregó a Durham las declaraciones y lo puso al corriente de las averiguaciones que tenía entre manos para atrapar al soplón. Su instinto le decía que alguno de los dos policías se había soltado de la lengua, pero esperaría los resultados de Johnny Osgood.

Faltaban cinco minutos para las cuatro y media cuando Luca abrió la puerta del despacho del director adjunto en el sexto piso. El escritorio estaba vacío, y lo primero que pensó fue que la reunión era en otro sitio, posiblemente el despacho del director del departamento.

—Estamos aquí, detective Bruzzo.

Era la voz gruesa del director adjunto Dixon McCord.

En el otro extremo había una mesa ovalada en la que estaban sentados McCord y el capitán Arson. Luca se acomodó en la cabecera, con un hombre a cada lado.

—Gracias por acompañarnos, detective Bruzzo —dijo McCord.

El director adjunto era un hombre moreno de tamaño amenazador, lo que sin duda debió ser de utilidad en su épocas de patrullaje o de labores de campo, pero que ahora hacía que uno se compadeciera al observar el cuello grueso estrangulado por su camisa blanca. Era un individuo pensante, que prefería permanecer en silencio masticando una frase antes que decirla en voz alta. Su voz grave y pausada le confería a sus palabras la profundidad necesaria para que normalmente fueran tenidas en cuenta por sus subordinados. Era respetado dentro del departamento y, en opinión de muchos, todavía no había llegado a director porque no se había mostrado públicamente lo suficiente.

—¿Cómo va el avance con los expedientes? —preguntó Arson.

—Mañana estará todo listo.

Los dos hombres asintieron.

—Muy bien —dijo McCord—. Ayer el capitán Arson recibió una llamada del señor Scott, del Times. Entiendo que está usted al tanto.

Luca asintió.

—¿Alguna idea de cómo pudo escaparse algo así?

Los ojos negros de McCord, a pesar de tener los párpados a media altura, eran fulminantes. Luca supo que el director adjunto lo estaba midiendo y que lo que dijera podía significar un acierto o un error grave. Decidió que lo mejor sería no mencionar su pequeña investigación privada.

—No tengo ni idea, jefe. Pudo haber sido alguien del equipo de técnicos o los oficiales que llegaron primero a la escena. También alguno de los jóvenes que descubrió el cuerpo. Podría investigarlo.

McCord indicó con una palma en alto que aquello no sería necesario.

—El capitán Arson —dijo McCord—, que afortunadamente tiene una relación personal con Scott, ha almorzado hoy con él. Por favor, capitán, dígale al detective Bruzzo lo que ha sucedido con el periodista.

—Scott no tiene más que lo que te dije ayer —dijo Arson dirigiéndose ahora a Luca—. El lugar del asesinato, algunos detalles del estado del cadáver, la frase… y el hecho de que no se trata de la única muerte. Nada más.

—En definitiva, detective Bruzzo —intervino McCord—, la información que acaba de enumerar el capitán es lo que un testigo podría haberle aportado. El informante no le brindó al señor Scott información básica como, por ejemplo, el nombre de la víctima.

—Scott lo averiguó rápidamente, claro está —continuó Arson—, pero me aseguró que no obtuvo de su fuente más información que la que acabo de decir.

—Francamente —dijo McCord—, no me interesa demasiado cómo ha llegado esa información a la prensa en tanto y en cuanto no vuelva a repetirse. El daño ya está hecho.

Luca guardó silencio. Había una clara advertencia en las palabras del subdirector.

—Le aseguro que no ha sido nadie de mi equipo.

McCord se quedó callado. Se produjo un silencio incómodo que Arson se vio forzado a quebrar.

—Scott escribirá su artículo hoy —dijo el capitán—. Ya tienen todo arreglado para que salga en la portada de mañana. No quiso siquiera oír la posibilidad de postergarlo, ni siquiera bajo la promesa de una exclusiva cuando lo atrapemos. Quiere colaborar con nosotros…

—¿Colaborar? —dijo Luca—. Publicando el artículo nos hará polvo la investigación.

—Detective Bruzzo, por favor.

—Lo he disuadido de mencionar que se trata de un asesino en serie —dijo Arson—. Scott, a cambio, indicará que la muerte acaecida en el Beverly no ha sido el único caso de arma blanca no resuelto en este último tiempo. De esta manera, ante la eventualidad de que alguien más le robe la exclusiva del asesino en serie, Scott puede jactarse de que él dio la información primero. En su artículo citará dos casos a modo de ejemplo.

—¿Tiene los nombres de las otras víctimas? —preguntó Luca estupefacto.

—Tiene cuatro nombres —respondió Arson—, pero sólo tres de ellos corresponden a la serie que nos ocupa. El hombre se mueve rápido.

—Del modo en que yo lo veo —dijo McCord—, la noticia será la cobertura de un asesinato espeluznante de la que el resto de los periódicos se harán eco al día siguiente. El Times sólo se adelantará un día en el curso normal de las cosas. La prensa iba a publicar el asunto de todos modos.

—Pero nunca se han revelado detalles que no hemos querido —dijo Luca—, y mucho menos insinuado la posibilidad de una conexión con otros crímenes. En mi opinión, Scott se volverá una complicación grave. Ya sabe demasiado.

—Pero no sucederá de inmediato —dijo McCord—, y eso es lo que importa. Scott seguirá investigando y será cuestión de días para que la historia completa vea la luz. Luego alguien le pondrá un nombre con *punch* a este hijo de puta y lo veremos hasta en la sopa.

—Ya no será enteramente nuestro problema —acotó Arson.

—Como le ha anticipado el capitán —siguió McCord—, hemos convenido con el FBI la manera de trabajar de aquí en adelante. Mañana, un equipo especial de agentes encabezado por George Allen viajará a Los Ángeles.

—¿Ese es el tipo que atrapó al Empaquetador? —preguntó Luca.

—Entre otros —dijo McCord.

—Realmente no creo que…

—Déjeme terminar, detective Bruzzo.

Luca asintió. Conocía la reputación de Allen. Dos o tres casos habían tenido una amplia cobertura en los medios. El tipo era bueno.

—La investigación la dirigirá el FBI desde sus oficinas locales —continuó McCord—. Tienen pensado incluir dos o tres agentes de aquí para conformar el equipo. No obstante, tanto ellos como nosotros creemos que se perderá tiempo valioso si el departamento no colabora activamente en la investigación. ¿Está usted de acuerdo con esto?

Luca estaba sorprendido.

—Por supuesto que sí.

Había supuesto que los federales querrían apropiarse de toda la información que tenían y luego lanzarse a por las suyas. Seguir ligado a la investigación era tan inesperado como reconfortante.

—Usted será uno de los tres detectives designados, por supuesto.

—Gracias, señor. Realmente creo que no estamos lejos de darle caza a este tipo.

—¿De veras cree eso?

—Absolutamente. No sé si está al tanto, pero de la quinta víctima hemos…

Dixon McCord lo detuvo.

—Estoy al tanto de los avances de la investigación. Respecto al resto del equipo…

Hizo un gesto con la cabeza para cederle la palabra a Arson.

—Durham sería la siguiente opción lógica —dijo el capitán.

—¿Usted está de acuerdo, detective Bruzzo?

—Sí.

—Perfecto ¿Hay alguna mujer en el equipo asignada actualmente al caso? —preguntó el director adjunto.

—La detective Sanders —apuntó Arson.

—Me gustaría que ella sea la tercera integrante —dijo McCord.

Aunque no fue una pregunta, Luca se sintió en la obligación de hacer un comentario.

—La detective Erica Sanders es una muy buena elección, señor.

—Entonces tenemos a nuestro equipo —dijo McCord.

Luca se sentía eufórico ante la posibilidad de seguir vinculado a la investigación. Le tenía sin cuidado si atrapaba a ese tipo desde el departamento o bajo las órdenes de Allen.

—Le voy a pedir dos cosas, detective Bruzzo. La primera, póngase en contacto con George Allen lo antes posible. Así lo hemos convenido con él. Y la segunda, y muy importante, confío en su criterio para saber llevar la relación con el agente especial. El departamento no puede permitirse quedarse fuera de este caso. Es un milagro que hayan accedido a dejarnos formar parte de la brigada, y eso se lo debemos exclusivamente a Allen. No quiero darle excusas al FBI para que nos hagan de lado. ¿Entendido?

—Entendido.

—El equipo llegará mañana por la tarde —dijo McCord —. Pasado mañana está prevista una reunión en las oficinas del FBI para presentarles todo lo que tenemos. Allen le dará los detalles.

—Perfecto.

—Una cosa más —dijo McCord—. A partir de este momento, usted y los detectives Sanders y Durham quedan bajo las órdenes de Allen. Si durante la investigación observa algo que potencialmente pueda dañar al departamento, el capitán Arson y yo vamos a querer saberlo. ¿Entendido?

—Sí, señor.

McCord se puso de pie.

—Caballeros —dijo mientras el detective y el capitán lo imitaban —. Gracias por su tiempo.

Los tres hombres se despidieron. Cuando Luca y Arson se disponían a salir de la sala, el director adjunto le pidió al capitán que permaneciera en ella un momento.

Luca se marchó. Estaba sorprendido por el giro que habían tomado los acontecimientos. Se preguntó si la decisión habría sido el resultado

de la presión ejercida por el departamento o si el FBI lo habría requerido especialmente. Luca tenía la sensación de que durante la conversación todo había sido demasiado armónico entre McCord y Arson —casi orquestado—, y que habían dejado algo deliberadamente afuera.

Algo que Luca no terminaba de ver.

8

Jeffrey Lowe se alejó de la mesa y la examinó cuidadosamente. Tras unos segundos, regresó y giró el delicado florero que estaba en el centro, de manera que la única margarita en su interior estuviera mirando hacia la puerta. Luego acomodó los cubiertos de plata y en el último momento decidió doblar las dos servilletas en forma de barco y las colocó sobre los platos. Tomó nota mental de no olvidar encender las velas. Consultó su reloj y sonrió, contaba con una hora y ya tenía casi todo listo.

La cocina era una continuación de la sala. Había una encimera en forma de U y uno de sus brazos servía de división entre las dos estancias. Mientras una suave melodía clásica se mezclaba con los sonidos de cocción de la carne asada, Jeffrey echó un vistazo a los ingredientes para la salsa de zarzamora y vino tinto que había dejado junto al hornillo.

No importaba cuánto se esforzara en preparar una cena apetitosa, la velada tendría el sabor agridulce de una despedida.

Pensaba en su partida a Los Ángeles acariciándose el bigote, un hábito que lo acompañaba desde hacía cinco años, cuando había decidido dejarlo crecer. Por lo menos, se consoló, había disfrutado de una estadía en la ciudad de tres meses ininterrumpidos, que no era poco. Parecía que cuanto más tiempo transcurría entre un viaje y el siguiente, más le costaba volver a empezar. Jeffrey se sentía a gusto con la vida que llevaba, pero reconocía que era injusto para los que lo rodeaban.

El último caso los había mantenido lejos de casa casi dos meses. Lo bueno era que el lunático de turno había hecho de las suyas en New Hampshire, por lo que pudieron regresar a Quantico por turnos. Y la recompensa había valido la pena, porque habían atrapado al asesino al que la prensa había apodado el Empaquetador. Esto aliviaba su conciencia, por supuesto. Sacar de circulación a un sádico que envolvía a sus víctimas con nylon con uno de esos dispositivos que embalaban las maletas en los aeropuertos, que las torturaba hechas un ovillo hasta que morían por asfixia o por las propias lesiones, tenía que contar para algo. El Empaquetador, que resultó ser el hijo de un pintor que había sufrido todo tipo de maltratos siendo un niño, mató en total a once personas. El mundo era un lugar un poco mejor después de que lo detuvieran.

Jeffrey suspiró mientras colocaba las zarzamoras en la licuadora. El ruido del aparato lo ayudó a quitarse de la cabeza al

Empaquetador. Coló la pasta y la vertió en una sartén con un poco de mantequilla. Incorporó las cebollas picadas y las mezcló despacio. Estaba a punto de echar el vino cuando el teléfono lo interrumpió.

Se secó las manos y regresó a la sala. Atendió el teléfono inalámbrico, que estaba en la estantería que albergaba su preciada colección de películas, más de mil en total.

—¿Hola?

—Voy a matarte, me oyes —dijo la voz de una mujer anciana—. Soy el verdadero Empaquetador…

Jeffrey rio.

—Muy graciosa.

—¿Te has cagado encima? —preguntó Alyssa con su tono normal.

—Pensé que era mi abuela desde Pensilvania.

—Pero sí voy a matarte… —dijo Alyssa.

—¿Qué he hecho?

Jeffrey regresó a la cocina y movió la cebolla en la sartén.

—¿Estás ocupado?

—Preparando la cena. Mi especialidad: carne rellena de vegetales con salsa de zarzamoras.

—¡Wow! Se me hace agua la boca. ¿Gran despedida?

—Eso espero —dijo Jeffrey mientras se colocaba el auricular entre el hombro y la mejilla y abría finalmente la botella de vino. Echó tres chorros en la sartén junto con una cucharadita de zumo de limón.

—¿Adivina quién escuchó el mensaje que dejaste en mi contestador?

—¡No puedo creerlo!

Los dos se rieron.

—Deberías haber visto su expresión —dijo Alyssa—. Rojo como un tomate.

—¿Crees que debería hablar con él? —preguntó Jeffrey con un deje de preocupación en su voz.

—Claro que no. Es cierto que nos hemos cuidado para que nuestras cuestiones personales no se mezclen con lo laboral, pero tú sabes que a veces eso es imposible. George no es estúpido y sabe que tú y yo somos amigos.

—Dime si cambias de opinión.

—No cambiaré de opinión. George no tiene por qué molestarse contigo y no lo hará, créeme. Por otro lado, la historia entre nosotros es tan insignificante que ni siquiera entra dentro de la categoría de *historia*.

—Lo que tú quieras, Alyssa —dijo Jeffrey—. Sois el uno para el otro.

Jeffrey redujo el fuego al mínimo.

—De cualquier manera —dijo Alyssa—, acabo de hablar con él

para confirmarle que iré a Los Ángeles.

—¡Genial! No sabes cuánto me alegro de que dejes de lado esa disparatada idea de encerrarte en tu casa.

—Pero no he cambiado de opinión en cuanto a buscar nuevos retos. Permanecer en casa no me ha ayudado a aclarar las ideas, es cierto, pero espero que el trabajo lo haga.

—¿A qué te refieres?

—Regresaré de Los Ángeles con una decisión en cuanto a mi futuro.

—¿Sabes algo del caso? —preguntó Jeffrey.

La preparación en la sartén se había reducido a la mitad. Incorporó cuatro cucharadas de mermelada, una pizca de pimienta y sal.

—George me ha comentado lo básico —dijo Alyssa—. El sujeto deja una secuencia numérica junto a los cadáveres. Odio a los inteligentes.

—¿Te dijo qué particularidad tiene esa secuencia?

—No.

—La diferencia entre cada uno de los números es siempre ochenta y tres u ochenta y cuatro.

—¡Qué intriga!

La salsa estaba lista. Jeffrey apagó el hornillo y colocó una tapa sobre la sartén. Volvió a verificar la hora. Todavía tenía tiempo.

—No sabes lo bien que huele esto.

—No vuelvas a decírmelo, porque iré sin pensarlo.

—En mi casa siempre eres bienvenida.

Alyssa permaneció en silencio.

—Gracias, Jeffrey, por escucharme —dijo ella al fin.

—De nada. Me alegro de que hayas decidido ir a Los Ángeles. Tenemos mucho trabajo por delante, pero encontraremos tiempo para divertirnos, ya verás.

—Cuídate.

—Tú también.

9

George Allen estaba sentado en uno de los bancos del hall central de la escuela Sheridan, en Washington. No había nadie a la vista en ese momento, por lo que su única compañía era el murmullo proveniente de las aulas. Cuando su móvil sonó, con un estridente pitido que en el silencio se multiplicó, se reprendió por no haber colocado el aparato en vibración y se apresuró a contestar. Miró la pantalla y respondió sin emoción.

—Hola, Naomi.

—¿Qué haces en la escuela, George? El director acaba de llamarme.

—Sí, me dijo que lo haría. Vengo a despedirme de mi hija.

—No puedes presentarte en horario de clases como si nada. Es la política de la escuela.

—Lo sé. Ya me lo explicó Thompson y me dijo que te avisaría.

—Soy yo quien recoge a Mariann todos los días, es lógico que el señor Thompson me consulte.

George suspiró. No tenía sentido enzarzarse en discusiones inútiles. Se obligó a silenciar una serie de respuestas que se formaron en su cabeza:

—¿Qué quieres, Naomi?

—Quiero saber por qué tienes que interrumpir una clase. ¿No puedes esperar a que termine?

George había sopesado esa posibilidad al llegar, pero el último recreo acababa de finalizar y no podía permitirse una espera de más de una hora.

—He tenido que conducir casi una hora y media desde Quantico —dijo George.

—¿Y por eso no puedes esperar? No me parece un motivo suficiente para interrumpir una clase.

—¿Qué quieres que te diga, Naomi? Quería despedirme de Mariann, sólo eso. Sé que ayer lo hice por teléfono, pero no es lo mismo.

Naomi no respondió de inmediato.

—Ayer estaba triste —dijo ella al fin—. Se había ilusionado con que la llevarías al Six Flags el fin de semana.

George no supo qué responder.

—¿George?

—Sí.

—Recuerdas el viaje a México, ¿verdad?

Él lo recordaba perfectamente. De hecho, estaba cansado de que su ex le hablara del dichoso viaje que tenía pensado hacer con su novio.

—¿Qué viaje? —preguntó.

Naomi hizo una pequeña pausa.

—No te pases de listo. Jason y yo contamos con que Mariann pasará contigo las vacaciones de primavera. —Su voz era suave y paciente, como las de las maestras de los primeros grados—. Faltan dos semanas. Lo sabes desde hace meses.

—El segundo aniversario, ¿verdad? ¿Es eso?

—No juegues conmigo, George. Espero que estés de vuelta en quince días.

—Eso espero yo también.

George sabía que las perspectivas de regresar con el caso resuelto en quince días eran tan remotas que ni siquiera se permitió considerarlo. Podría sentirse afortunado si estaba de vuelta definitivamente para su propio cumpleaños, el 7 de mayo; y para eso faltaba todavía un mes y medio.

—No veo inconvenientes en venir una semana y manejar las cosas desde aquí. Alyssa puede hacerse cargo de la operación en Los Ángeles. No será un problema.

Otra vez, Naomi no respondió de inmediato. Un mecanismo primitivo hacía que se pusiera en tensión cada vez que George mencionaba a otra mujer, incluso ahora que llevaban más de dos años divorciados.

—Tengo que dejarte —dijo George—. Mariann está aquí. Adiós.

Mariann caminaba por el corredor principal con una sonrisa cada vez más grande. Tenía once años.

—¡Hola, papá!

La niña se acercó y lo abrazó. Su estatura era normal para su edad pero, en comparación con el tamaño de su padre, parecía más pequeña de lo que era. George la abrazó a su vez. Sentado en el banco tenía el rostro a la altura del de su hija y le besó la nariz.

—Todo está bien, hija —se apresuró a decir George—, sólo he venido a despedirme.

Ella se sentó a su lado. Sus pies no alcanzaban a tocar el suelo.

—Creí que nos habíamos despedido ayer por teléfono.

—Sí, pero he salido pronto de una reunión y he venido directamente a verte.

—La clase de la señora Perry es muy aburrida.

—Me imagino. En ese caso, qué bueno que he venido justo ahora.

—Gracias por venir.

—Oye —George golpeó suavemente la rodilla de su hija con la mano—, lamento lo del Six Flags.

Mariann se encogió de hombros.

—Te prometo una cosa —dijo George—. A la vuelta iremos al Six Flags e invitaremos a tus amigas. ¿Te parece buena idea?

Ella se emocionó inmediatamente.

—¿Lo dices en serio?

—Claro.

—¿Cuándo regresarás?

—No lo sé. Espero que sea pronto.

La niña asintió.

—¿Verás a la tía Peyton? —preguntó Mariann.

—Sí.

—Dile que la he visto en *Su propia medicina*.

—¿Tu madre te permite ver esa serie?

—No. Sólo algunas partes.

George sonrió. *Su propia medicina* era una comedia de cuatro chicas de veintitantos que compartían un apartamento y llevaban una vida promiscua. La idea central era que las cuatro se comportaban como esos hombres solteros típicos tan trillados en el cine y en la televisión, pero encarnados en un grupo de amigas. Huían de todo lo que oliera a compromiso, veían pornografía, eran malhabladas cuando estaban juntas y no creían en la amistad entre el hombre y la mujer. Los episodios giraban en torno a las estrategias que urdían para llevar adelante sus planes con hombres, normalmente románticos o catedráticos bien educados que buscaban compromisos a largo plazo.

Peyton Allen, la hermana menor de George, era una de las cuatro actrices principales. Con *Su propia medicina* había conseguido un cierto reconocimiento que hasta el momento la había esquivado. La actuación había sido el sueño de Peyton desde siempre, y ya hacía casi cinco años que se había mudado a Los Ángeles para cumplirlo.

La relación entre ellos nunca había sido estrecha, principalmente a causa de la diferencia de edad. Peyton había nacido cuando él estaba en la universidad, en Boston y lejos de casa, por lo que durante su niñez la había visto de tanto en tanto. Luego, con George en Quantico y Peyton en Los Ángeles, la relación entre ellos se complicó todavía más. Ambos procuraban hablar por teléfono cada tanto, pero las conversaciones siempre resultaban forzadas y un poco acartonadas. La dificultad de George de relacionarse con las personas y transmitir sus sentimientos no había facilitado las cosas en absoluto.

—Le diré que la has visto —dijo George.

—Y dile también que quiero ser actriz, como ella.

George la observó, extrañado. Era la primera vez que su hija le decía algo así.

—Creí que querías ser agente especial.

—Sí, también. Actriz y agente especial.

—Está muy bien. Te voy a echar de menos, hija.

—Yo también, papá.

—Será mejor que regreses al aula o el director Thompson se enfadará conmigo.

La niña se levantó y se colocó entre medio de las dos piernas de George. Su rostro era redondo, y en ese momento exhibía una sonrisa fresca de dientes pequeños. Tenía la nariz respingona y pecas en las mejillas. Se acercó e hizo lo que pudo por abrazarlo. Sus brazos apenas llegaron a los hombros de su padre. George la abrazó a su vez, rodeándola por completo y apretando su cuerpo contra el suyo.

—Suerte, papá.

—Gracias. Nos vemos pronto.

Unos segundos después, la niña se alejó. Cuando llegó a la intersección con otro corredor, se volvió y levantó la mano en señal de saludo. George la imitó y sintió un vacío en el pecho como cada vez que tenía que alejarse de ella por un período prolongado de tiempo.

10

Camino a Quantico George hizo una llamada que había estado postergando. Esperó varios segundos antes de que el contestador de su hermana respondiera con un rápido: «Hola, no puedo atenderte. Déjame un mensaje».

—Hola Peyton, soy George. Escucha, en unas horas vuelo hacia Los Ángeles por trabajo. Asumo que me quedaré unos cuantos días. Sé que estás ocupada, pero me gustaría verte. Te llamo luego. Adiós.

El resto del trayecto lo utilizó para pensar en el caso y seguir ordenando las escasas piezas del rompecabezas con las que contaba. Era tan poco lo que tenía, que cualquiera lo hubiera considerado una pérdida de tiempo. Recién después de la exposición por parte del departamento de policía podría establecer dónde estaban realmente. Sin embargo, sabía que a veces las preguntas correctas surgían en las etapas iniciales. No importaba si tenían respuesta o la tendrían alguna vez; era algo así como armar un mapa mental de interrogantes.

De regreso en Quantico mantuvo una reunión con el director del Centro de análisis de criminales violentos, del cual la BAU era una subdivisión. Richard Duncan era un individuo diez años mayor que George, cuya prioridad era mantener la casa en orden, como él mismo solía decir. Se saludaron y conversaron brevemente de asuntos personales. Ambos hombres habían compartido salidas con sus respectivas familias, cuando George y Naomi todavía estaban casados.

—¿Cuándo lo publicarán? —preguntó Duncan. Se refería al artículo del Times.

—Mañana —respondió George.

Duncan suspiró. Se puso de pie y rodeó el escritorio de su despacho. Se acercó a la única ventana y escrutó el paisaje que conocía de memoria, pero que lo ayudaba a ordenar sus pensamientos. El despacho estaba ubicado en el octavo piso de un edificio en forma de L, rodeado de calles internas, y de casi ciento cincuenta hectáreas de bosques que conferían al campus de la academia la seguridad y privacidad que necesitaba.

—He hablado con los agentes Strong y Kinsman, de la oficina local en Los Ángeles —dijo Duncan, todavía de espaldas—. Entiendo que conoces a uno de ellos.

—Sí. Apoyé desde aquí a Alex Strong en una investigación hace un par de años. Es muy eficiente.

—Ahí tienes sus expedientes completos.

George se reclinó sin levantarse y vio los dos expedientes con el

historial de cada agente. Los agarró y abrió uno de ellos. Era el de Strong, un hombre moreno de mirada noble.

—Creo que tenemos entre manos un buen equipo —dijo George—. Espero congeniar con Bruzzo y los suyos.

Duncan no dijo nada durante un buen rato. Seguía de pie frente a la ventana, ahora con la vista enfocada a la derecha, más allá de una línea de árboles que terminaba en un tanque de agua elevado. Del otro lado de aquella barricada natural se hallaba Hogan's Alley, una miniciudad que el FBI utilizaba para ensayar maniobras de todo tipo: vigilancias, toma de rehenes, robos, etcétera. Si bien dentro de algunas de las instalaciones funcionaban depósitos, salones de conferencias o cosas por el estilo, Hogan's Alley contaba con locales comerciales perfectamente reproducidos para ofrecer escenarios realistas a la hora de llevar a cabo simulacros. Cuando era necesario, la ciudad se poblaba de extras que aumentaban el nivel de realismo.

En aquel momento el complejo no era utilizado, como sucedía la mayor parte del día, asemejándose a una ciudad fantasma.

Duncan se volvió.

—No necesito decirte lo que ya sabes de memoria, George —dijo con su acostumbrada voz pausada—. Ten cuidado con la gente de Los Ángeles.

—El detective Bruzzo me ha causado una buena impresión. Ya veremos.

Pero los dos sabían perfectamente que la amenaza estaba más arriba, y su nombre era Dixon McCord, el director adjunto de la policía de Los Ángeles. El hombre haría cualquier cosa con tal de dejar bien librado a su departamento.

—McCord te seguirá desde las sombras —dijo Duncan—. Os hará parecer que no se involucra, pero seguirá tus movimientos de cerca. Si las cosas salen bien, se acercará para salir en la fotografía; si salen mal, se ocultará cada vez más y se asegurará de reunir las evidencias necesarias para hundirnos.

—No puedo darme el lujo de prescindir de ellos.

Duncan asintió.

—Si no fueras tú, George, me pondría firme en mi postura —dijo Duncan mientras se sentaba—. No volveré a tocar el tema.

—Me parece justo.

—Sólo prométeme que, si se nos vuelve en contra, me lo harás saber y buscaremos una solución.

—Así será.

—Sé que están acondicionando una de las salas de conferencias para que funcione como centro de operaciones. Estará lista mañana a primera hora. Han hecho las reservas en el Plaza.

—¿Alguna cosa más?

—No, sólo espero que lo atrapes pronto, porque todo este asunto no me huele nada bien.

11

El Plaza de Beverly Hills era un edificio lujoso de tres plantas ubicado en Wilshire Boulevard. Jeffrey estacionó el Taurus asignado por la oficina local y, tanto él como Alyssa, se bajaron del coche para reunirse con George, que los había seguido todo el trayecto.

—Tengo que aprender a usar el GPS —dijo George—. Esta ciudad es un caos.

Un empleado del hotel se acercó para ayudarlos con el equipaje. Cuando llegaron al mostrador, una muchacha muy atractiva les dio la bienvenida. La chapa que llevaba en la solapa indicaba que su nombre era Marilyn.

—Los agentes federales ¿verdad?

El Plaza se utilizaba con regularidad para hospedar agentes, principalmente por su relativa cercanía a las oficinas del FBI.

—Sí. Son tres habitaciones —dijo Alyssa.

Jeffrey estaba entretenido observando una pila de folletos turísticos en el extremo del mostrador. Allí había un empleado en otro ordenador y aprovechó para preguntarle acerca de algunos sitios para visitar.

—Sus habitaciones están en el segundo piso —dijo Marilyn mientras operaba en el ordenador. Luego abrió un cajón y extrajo tres tarjetas magnéticas y las pasó por el dispositivo para inscribirlas—. Estas son dos habitaciones regulares: la 205 y la 207.

Alyssa agarró las dos tarjetas y se quedó con una. Cuando se dio la vuelta para entregarle la otra a Jeffrey, vio que su compañero conversaba animadamente con el otro empleado.

—Esta es la habitación con la salita auxiliar —dijo Marilyn a continuación—. Aquí tiene, señor Allen. Es la 228.

—Gracias. ¿La salita tiene llave?

—Sí, una convencional. Debería estar en la cerradura. Si no es así, le pido que se lo haga saber a Edmund para que me avise.

Se volvieron a tiempo para observar cómo un empleado menudo de unos veinte años les sonreía y asentía. Edmund colocó el equipaje en un carro portamaletas y los acompañó hasta los ascensores. Cuando pasaron junto a Jeffrey, Alyssa le clavó el codo en la espalda y él se volvió exagerando el efecto del golpe.

—Aquí tienes tu llave, chico conversador.

Él se despidió del empleado y cogió dos folletos de la pila.

Una vez en la segunda planta, siguieron a Edmund hasta llegar a las habitaciones. Las de Jeffrey y Alyssa estaban enfrentadas, una

tenía vista al exterior del edificio y la otra a la piscina central.

—¿Podemos echarlo a suertes? —dijo Jeffrey al comprobar el número en la tarjeta.

—Me temo que has perdido ese privilegio —replicó Alyssa.

—Nos vemos abajo en quince minutos —dijo George, ajeno por completo a la disputa inofensiva de su equipo.

George y Edmund avanzaron por el corredor, giraron dos veces a la derecha y finalmente llegaron a la habitación 228.

—Está justo al otro lado de la habitación de su compañera —observó el joven—. Permítame la llave, por favor.

Edmund la introdujo en la ranura y la retiró con suavidad. Una vez dentro, el joven introdujo la tarjeta en la ranura de la pared y las luces se encendieron.

En la estancia había una mesita baja y dos sillones. Frente a la puerta había una cocina con microondas, un refrigerador pequeño y una alacena. Más allá estaba el baño y la habitación.

—Esa de allí es la salita auxiliar —dijo Edmund señalando una puerta a la derecha.

George observó que la llave estaba puesta y le agradeció al joven.

Cuando se quedó a solas, se ocupó de colocar su ropa en el armario, tarea que requirió ciertamente poco tiempo. Sólo había traído tres trajes y dos mudas. Unos minutos después estuvo de regreso en la planta baja.

Encontró a Jeffrey mirando unas fotografías de celebridades que habían pasado por el hotel.

—No reconozco a nadie —dijo George.

Jeffrey apartó la vista de las fotografías y lo observó con verdadero interés, como si se tratara de un extraño fenómeno de la naturaleza.

—Ya sabes que casi no voy al cine —se defendió.

—¿Ni siquiera a él? —dijo Jeffrey señalando a uno de los rostros.

—No, ¿quién es?

—Adrien Brody.

George negó con la cabeza.

—¿*El pianista*? —agregó Jeffrey, conmocionado—. ¿*El bosque*?

—Ni idea —dijo George sin una pizca de culpabilidad.

—Dios, George. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en un cine?

—Descontando las veces que he llevado a Mariann… en los ochenta. A Naomi tampoco le gustaba ir al cine.

—¿Qué ocurrió en los ochenta? —preguntó una voz.

Los dos se volvieron. Alyssa estaba detrás de ellos. Se había retocado el maquillaje, cepillado el cabello y cambiado su falda y chaqueta de vestir por un vaquero y una camisa blanca con finas rayas azules.

—Si camináis detrás de mí así vestidos, la gente va a pensar que sois mis guardaespaldas —se burló.

George se interesó por el periódico que Alyssa traía en la mano.

—¿Es el artículo?

—Sí. Todavía no lo he leído.

—Vamos —dijo Jeffrey—. Mi estómago ruge.

Salieron del hotel y caminaron por Wilshire.

—¿Qué es lo que ocurrió en los ochenta, entonces? —volvió a preguntar Alyssa.

—Además de los cardados en el pelo, los colores fluorescentes y Mr. T… no quieres saberlo, créeme —dijo Jeffrey.

12

En la esquina de Wilshire y Comstock estaba el Hollywood Paradise, un restaurante temático para los aficionados al cine a precios asequibles. El letrero era un círculo gigante sostenido por un poste de más de diez metros de altura, donde la primera «O» de la palabra Hollywood era un carrete de proyección con una tira de celuloide que se enredaba en el resto de las letras.

Apenas franquearon la puerta, se toparon con un Harrison Ford a escala real que los observaba con su sonrisa canalla, látigo en mano y su mítico sombrero en la cabeza.

El salón principal era amplio y acogedor. Tres de las paredes disponían de reservados, con mesas rectangulares fijas a las paredes y asientos tapizados en imitación cuero de color granate. La iluminación era tenue, salvo sobre las mesas, donde había unas coloridas lámparas colgantes.

Más allá había otros dos personajes de tamaño real.

—¿La conoces, George? —preguntó Jeffrey señalando a uno de ellos.

Él estudió la estatua de la muchacha de cabello negro con una diadema en la cabeza, un provocativo vestido fucsia con una raja pronunciada y la pistola sujeta al muslo. Bajó la vista y examinó las botas militares, luego reparó en el juego de esposas que tenía en sus manos.

—No tengo la menor idea. Es bonita.

Alyssa y Jeffrey se miraron para decir algo cuando una muchacha se acercó a toda velocidad.

—¡Hola, mi nombre es Amanda! Bienvenidos a Hollywood Paradise.

La siguieron en silencio, observando los objetos relacionados al mundo del cine que decoraban las paredes.

Eligieron una mesa alejada de la puerta. Alyssa y Jeffrey se sentaron primero, uno frente al otro, y George, tras dudar un instante, ocupó el lugar junto a Alyssa. Amanda les deseo un feliz almuerzo y les dijo que una de sus compañeras los atendería pronto.

Enseguida se acercó otra muchacha que se presentó como Leslie. Llevaba la misma vestimenta que el resto de las camareras, falda corta de tablas, camiseta blanca y boina roja. En su caso, una gran cantidad de cabello rizado rodeaba un rostro blanco de piel tersa. Mientras colocaba tres manteles individuales de papel sobre la mesa les hizo una pregunta inesperada.

—¿Son del FBI?

Ninguno respondió.

—Por los trajes —se justificó la muchacha—. Es jueves por la noche y no vemos mucha gente de traje por aquí. Al Plaza vienen muchos agentes.

Señaló en dirección al hotel, como si eso justificara su comentario.

—Somos del FBI —respondió Alyssa, apiadándose de ella—. Como ves, soy la única que sabe cómo vestirse en su tiempo libre.

Leslie sonrió, agradecida, mientras les entregaba a cada uno un menú. Todos pidieron Coca Cola y Leslie se marchó todavía más rápido de lo que había llegado.

—Oíd —dijo George de repente— ¿Sabíais que en Matrix el número 42 aparece más de quince veces y nadie sabe la razón?

Alyssa y Jeffrey bajaron sus menús lentamente y miraron a George, que los observaba a su vez con una sonrisa. Ninguno de los dos dijo nada hasta que fue el propio George quien se carcajeó y señaló el mantel individual que Leslie había colocado delante de él.

En cada uno había una anécdota cinematográfica diferente.

—Creí que la tierra se partiría por la mitad —dijo Jeffrey—. Dudo siquiera que hayas visto Matrix.

George lo miró de forma enigmática, sin aclarar la cuestión.

Cada uno leyó en voz alta la frase en su respectivo mantel individual. El de Alyssa decía que Vivien Leigh sólo había recibido quince mil dólares de remuneración por su papel en *Lo que el viento se llevó*, mientras que el de Jeffrey aseguraba que Kim Basinger había sido la única actriz capaz de ganar un Oscar después de posar para Playboy.

En ese momento, el móvil de George sonó, librándose de tener que dar explicaciones respecto a si conocía a Kim Basinger o no.

—Allen.

Su rostro recobró rápidamente la compostura y escuchó con atención a su interlocutor.

—Le agradezco la cortesía, detective Bruzzo —dijo después de unos segundos—. Hemos llegado hace un rato.

Otra pausa.

—Estamos en el Plaza.

George escuchó durante unos quince segundos. Su semblante se mantuvo atento y sus labios esbozaron una ligera sonrisa.

—Sí, lo he visto. Iba a revisarlo más tarde, pero está de acuerdo con lo que hablamos, hasta donde he podido ver. Me alegra que esté todo listo para mañana. Muchas gracias por llamar.

George se despidió amablemente e interrumpió la comunicación.

—Parece un buen detective —comentó mientras devolvía su teléfono al soporte de su cinturón—. Dedicado al trabajo.

—Permíteme dudar —comentó Alyssa.

—¿Qué quería? —dijo Jeffrey.

—Sólo darnos la bienvenida.

Leslie regresó con los tres refrescos, una canasta de panecillos redondos y dos recipientes con mantequilla de especias.

—¿Desean algún entrante?

—No. Pediremos directamente el plato principal —dijo Jeffrey—. Para mí será el Mahi-Mahi asado.

—Yo quiero la ensalada Cobb —dijo Alyssa.

Leslie tomó nota mental y dirigió su atención a George, todavía indeciso.

—Perdón por lo de antes —dijo Leslie. Sostenía la bandeja redonda a la altura del pecho, como si se tratara de un escudo—. A los agentes que vienen al Plaza les encanta venir aquí, es como una tradición.

—No te preocupes —la interrumpió Alyssa. George seguía pasando las hojas con lentitud, como si pensara en otra cosa— ¿Es buena la Cobb?

—De lo mejor. ¿Sabía que la inventaron aquí, en Los Ángeles?

—No lo sabía.

—Fue el dueño del Brown Derby. El restaurante ya no existe.

—¡Claro! —intervino Jeffrey—. Muchas celebridades se reunían allí.

—¿Usted es fanático del cine? —preguntó Leslie.

—Es el entendido del grupo —apuntó Alyssa.

George bajó finalmente el menú.

—Pediré los camarones al ajo.

Mientras esperaban los platos repasaron el artículo de Scott en el Times. Alyssa leyó en voz alta:

—«El martes hacia la medianoche, el cuerpo sin vida de Robert Silva, de 65 años, fue encontrado en el cine Beverly, en el 7165 de Beverly Boulevard. El cuerpo presentaba heridas producidas por un arma blanca que le habrían causado la muerte de manera casi inmediata. Silva adquirió cierta notoriedad en la década del setenta gracias a algunas producciones teatrales que contaron con él como escenógrafo. Años después, compró el Beverly junto con dos socios, pero la llegada de la industria del vídeo en los ochenta hizo que el negocio perdiera atractivo y sus socios abandonaran el negocio. Silva siguió adelante por su cuenta adaptando el Beverly a las necesidades de la época. En el presente se ha convertido en una sala de proyección de clásicos…».

Alyssa levantó la vista sólo para confirmar que nadie quería comentar nada.

—Es interesante —dijo George—. La referencia a la herida de Silva está al principio del artículo. Relee esa parte, por favor.

—«El cuerpo presentaba heridas producidas por un arma blanca que le habrían causado la muerte de manera casi inmediata».

—Normalmente, ese tipo de detalles se guardan para después y, sin embargo, aquí Scott lo pone al principio. Es posible que no esté seguro de esa información.

—Además habla de *heridas* —dijo Alyssa—, y hasta donde sabemos sólo hay una.

—Exacto. No creo que se refiera a las amputaciones *post mortem*.

—Entonces Scott no sabía nada de cómo eran las heridas —dijo Jeffrey, que terminaba de untar un panecillo y le daba un bocado—. ¡Hey! Tenéis que probar esto…

—Continúa, por favor —pidió George.

Alyssa leyó en diagonal el siguiente párrafo, que daba algunas precisiones de la carrera de Robert Silva como productor teatral. Decía, además, que no tenía hijos y estaba divorciado desde hacía más de diez años.

—«El cuerpo de Silva fue hallado en el escenario del Beverly pasada la medianoche. El desafortunado hallazgo fue hecho por Michaela Woods, una empleada que avisó de inmediato a las autoridades. Cuando se la consultó al respecto, la señorita Woods dijo que fue al cine junto a su novio, porque se había olvidado de una pertenencia. En exclusiva para este medio, fuentes internas a la investigación confirmaron que la muerte y posterior disposición del cadáver se hicieron de manera atroz y escabrosa».

Alyssa interrumpió la lectura y bebió un poco de refresco.

—De manera atroz y escabrosa —repitió—. No menciona la amputación de las piernas.

—O es parte de la negociación del departamento con él, o Scott no lo sabe —dijo George—. El artículo está concebido en base a muy poca información sólida.

Alyssa continuó con la lectura.

—«Un detalle singular, que acrecienta el misterio en torno al caso, es la frase que la policía encontró escrita en el escenario: *AMÉRICA. Un lugar a nuestra medida*. La enigmática frase ha despertado todo tipo de especulaciones que hasta el momento no han sido confirmadas. La de Robert Silva se suma a otras muertes que ocurrieron en Los Ángeles en este último año, también por apuñalamiento, y aún no se han esclarecido. Podemos citar los casos de Inés MacIntyre y Nadine Reinhold, pero hay más. En exclusiva hemos podido saber que la policía está trabajando en la búsqueda de algún tipo de conexión entre las muertes, sin embargo no se han dado a conocer los resultados obtenidos hasta el momento».

Leslie se acercó y todos se callaron de inmediato. Alyssa dobló el periódico por la mitad y lo colocó en el asiento, entre ella y George.

Por su expresión, la camarera había escuchado la última frase del texto, porque distribuyó la comida en silencio y con rapidez. Cuando terminó, les preguntó si todo estaba en orden y se fue enseguida.

—Creo que hay que seguir a fondo la pista del periodista —dijo Jeffrey—. Mi instinto me dice que la información salió de la empleada del Beverly.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Alyssa.

—Dos cosas —explicó Jeffrey—. La primera, que la chica que encontró el cuerpo no tenía manera de saber la cantidad de heridas infringidas a su jefe; y la segunda, que el propio Scott reconoce que habló con ella y hasta parece protegerla citando eso de que fue porque se había olvidado algo. ¡Por favor! Fue con su novio al cine en plena noche. Es obvio lo que fueron a hacer allí.

—Es posible —estuvo de acuerdo Alyssa—. Si la información le llegó a Scott por otro lado, es extraño que se haya tomado el tiempo de hablar con la chica.

—Y que ella accediera a hablar con él —completó Jeffrey—. Y está el asunto de la nota con el número que deja el sujeto en cada crimen. La chica vio la frase, pero no la nota. Por eso Scott no sabe nada de ella.

—La amputación de las piernas también era visible desde lejos, y Scott no dice nada al respecto —señaló George.

Jeffrey se llevó a la boca un trozo de pescado.

—Es el único cabo suelto —dijo Jeffrey con una sonrisa—. Quizá Scott se lo guardó.

—Mi corazonada —dijo Alyssa— es que Scott ha tenido contacto con el sujeto. Para mí la filtración a la prensa es parte del plan del asesino.

13

Dos kilómetros al oeste del Plaza por Wilshire Boulevard, estaba la oficina central del FBI, un edificio imponente de diecisiete pisos construido a finales de los sesenta, rodeado de jardines y un gigantesco estacionamiento. Enfrente estaba el cementerio nacional: más de cuarenta y cinco hectáreas de lápidas blancas de hombres caídos en combate.

Una ráfaga fresca que soplaba desde el pacífico les sobrevino a los tres agentes mientras cruzaban el estacionamiento.

El detective Bruzzo los esperaba en la entrada. Vestía un traje gris que se ajustaba perfectamente a su figura y llevaba el cabello un tanto largo, pero no desaliñado. Los recibió con una sonrisa que dejó al descubierto sus incisivos superiores. Dos líneas bien marcadas, desde las comisuras de sus labios hasta la nariz, aparecieron en su rostro. Se quitó las gafas oscuras y los observó con dos ojos que a plena luz del día eran de un celeste casi blanco.

—Al fin nos vemos las caras, detective Bruzzo —dijo George después de las presentaciones y los apretones de mano—. Le agradezco la amabilidad de esperarnos aquí.

En ese momento, salió del edificio una mujer, que se les unió apurando el paso.

—Ella es Lizeth Benítez —dijo Luca—. Nos brindará apoyo en el operativo.

La mujer les entregó a cada uno una tarjeta magnética y los cinco entraron al edificio. Se dirigieron a los ascensores mientras hablaban trivialidades de la ciudad y el clima.

Llegaron al piso quince. Una puerta automática con el logo del FBI se abrió ante ellos para darles paso a una recepción espaciosa presidida por un mostrador curvo. Una muchacha les dio la bienvenida con una sonrisa, que se ensanchó ligeramente cuando vio al detective Bruzzo. El grupo siguió a Lizeth Benítez hasta una puerta de cristal oscuro. La mujer acercó su tarjeta al lector y la puerta zumbó.

—Adelante —les dijo.

Se encontraron en un salón amplio con tres docenas de escritorios distribuidos en filas, la mayoría desocupados.

—Este es el sector de delitos informáticos —dijo Lizeth sin dejar de avanzar—. Los fraudes informáticos están aumentando a nivel nacional, así que el sector se está expandiendo para ocupar el piso completo, por eso las obras de remodelación.

En el otro extremo había una puerta convencional y un pasillo blanco inmaculado que había sido pintado hacía poco.

—Es aquí —anunció Lizeth.

Llegaron a una zona similar a la ocupada por delitos informáticos, pero esta estaba en pleno proceso de remodelación. Sólo el primer tercio estaba operativo y contaba con una serie de escritorios, dos despachos privados y una salita de recreo.

—Esta es la sala de reuniones —dijo Luca señalando una puerta cerrada—. La hemos bautizado la Herradura. Ya estamos todos.

Alyssa y Jeffrey fueron los últimos en entrar. Antes de hacerlo, Jeffrey señaló con sutileza a Luca, que estaba de espaldas y a punto de franquear la puerta, y a continuación señaló sus propios ojos con expresión desorbitada. Articuló con los labios un silencioso «¡wow!» que Alyssa entendió de inmediato. Ella negó con la cabeza y empujó suavemente a su compañero para que entrara de una vez.

La sala era amplia y luminosa. Una de las paredes ofrecía una impecable vista hacia las montañas de Santa Mónica. En el centro había una mesa con forma de herradura, donde en efecto ya estaba dispuesto el resto del equipo. Enfrente había una pantalla de proyección y a su lado una pizarra de corcho con una serie de fotografías.

Luca se sentó de espaldas a la entrada, donde ya estaban los detectives Durham y Sanders. Frente a ellos estaban los dos agentes de la oficina local del FBI: Strong y Kinsman. Strong era un individuo de espalda ancha y cuello grueso, mientras Kinsman era rollizo y por lo menos una cabeza y media más bajo que su compañero. Sus cortes de pelo eran idénticos: casi al cero.

Lizeth estuvo a cargo de las presentaciones. Los recién llegados se acercaron a cada uno, estrecharon manos e intercambiaron saludos cordiales. Alyssa y Jeffrey tomaron asiento en los vértices de la herradura.

—Antes que nada —dijo George de pie frente a la sala—, les agradezco a todos la puntualidad. Todo lo que aquí se hable, discuta o determine, no saldrá de aquí. Imagino que todos han tenido la oportunidad de leer el artículo del Times de hoy. Es posible que tengamos entre manos un caso mediático de proporciones importantes. Toda comunicación se hará de manera oficial a través del departamento de prensa del FBI o, llegado el caso, como resulte más conveniente. Lo que he dicho incluye a sus superiores.

Bruzzo parecía seguir cada palabra con especial atención, ligeramente inclinado hacia adelante. Durham, a su lado, lucía apocado e inexpresivo, en contraposición con Sanders, casi sonriente. Estaba claro que colaborar con la BAU en un caso tan importante y —eventualmente— encerrar a un asesino en serie, podía catapultar la

carrera de cualquier miembro del departamento de policía si hacía las cosas como era debido. Erica Sanders parecía haber entendido eso a la perfección.

—Ocuparemos el día de hoy para revisar el caso —anunció George —. El detective Bruzzo nos ofrecerá una introducción general de las ocho víctimas y luego analizaremos cada caso en detalle. ¿Estoy en lo cierto, detective?

Luca asintió y se puso de pie. George se sentó en el extremo de la herradura, con Alyssa y Jeffrey uno a cada lado.

—Las víctimas son ocho —dijo Luca—, cinco mujeres y tres hombres, todos caucásicos, cuyas edades oscilan entre los veintidós y los setenta y dos años.

En la pizarra había ocho fotografías tomadas en cada escena del crimen, alineadas horizontalmente. Sobre cada una de ellas había un número: la extraña secuencia escogida por el asesino.

—En cada caso hemos encontrado una hoja con uno de estos números.

83 166 250 333 416 500 583 666

—La diferencia de cada uno de ellos con el anterior, es la que se ve aquí abajo.

83 83 84 83 83 84 83 83

—Dos veces 83, una 84 y así sucesivamente. De existir un nuevo asesinato, esperaríamos que la diferencia sea 84 y el número el 750. No sabemos el significado de la secuencia, más allá de indicarnos de manera inequívoca que los asesinatos son obra de la misma persona.

Luca señaló la parte inferior de la pizarra.

—Lo que tenemos aquí es el otro rasgo distintivo de los crímenes —explicó Luca—. Además de la nota que les he mencionado, hemos descubierto objetos ajenos a las víctimas en las proximidades de sus cuerpos. En el caso del Beverly, por ejemplo, han sido tres objetos, o pistas: la frase, la amputación de las piernas y la bandana.

—¿En dos asesinatos el sujeto no ha dejado pistas? —preguntó George.

—Así es. O no hemos dado con ellas. Sólo en el Beverly los elementos fuera de lugar han sido evidentes; en algunos de los casos anteriores el asesino ha sido excesivamente sutil.

Alyssa intercambió una mirada rápida con George. El detalle que acababa de revelar Bruzzo tenía un sentido claro con lo que habían especulado el día anterior en cuanto a la intencionalidad del sujeto para que los asesinatos salieran a la luz. En el Beverly todo había sido mucho más explícito.

—En todos los casos, el asesino ha utilizado un cuchillo para cortarles el cuello —explicó Luca—, sin embargo, a las mujeres podemos ver que también las ha apuñalado en el pecho entre seis y diez veces. Estas heridas han sido efectuadas *post mortem*. El tiempo habitual entre cada uno de los asesinatos ha sido de veintiocho días, con una salvedad: Gail Mitchell murió apenas doce días después que Inés MacIntyre, las víctimas cuatro y cinco respectivamente.

Señaló el quinto caso: una muchacha joven yacía en la cama desnuda, salvo por la presencia de un paño rojo cubriendo parcialmente sus pechos.

—Ese caso ha sido muy importante para nosotros —prosiguió Luca —. En primer lugar, ha sido el primero en que la división de Robos y Homicidios ha intervenido, y además el que nos ha revelado la mayor cantidad de información. Ya nos ocuparemos de él en su momento.

Luca regresó al centro de la sala.

—Para concretar, tenemos una secuencia de números y ciertos objetos dejados deliberadamente por el asesino en la escena del crimen. Algo nos quiere decir. Todavía no sabemos qué.

14

El detective Danny Durham tenía a su cargo la exposición de los tres primeros asesinatos, los únicos en los que Robos y Homicidios no había intervenido desde el principio. Cada comisaría había actuado en función de su jurisdicción, sin advertir que tenían entre manos la obra de un asesino en serie.

Cuando algo así sucede, hay información valiosa que se pierde. La escena del crimen ya no puede ser analizada y los testigos se vuelven olvidadizos.

—Su nombre era Dorothy Whitmore —dijo Durham acercándose a la pizarra y señalando la primera fotografía.

Una mujer con sobrepeso yacía sobre el césped. Tenía el rostro deformado en una mueca, los ojos cerrados y un corte profundo en la garganta. Vestía una blusa blanca con un estampado de flores. Al menos tenía una decena de manchas rojas, que se confundían con las flores del mismo color y daban muestra de las puñaladas en el torso.

—Tenía setenta y dos años y fue hallada en el parque Prospect, un parque pequeño junto a la autopista de San Bernardino, en Boyle Heights. La comisaría de Hollenbeck llevó a cabo la investigación.

Todos tenían una carpeta con el expediente completo y lo abrieron en la parte correspondiente a Dorothy Whitmore.

—Al final hay un plano con las distintas localizaciones —dijo Durham—. Boyle Heights constituye el límite este de la ciudad.

—La muerte fue por desangramiento, causada por un corte en el cuello y múltiples heridas en el torso, algunas de ellas *post mortem*. Whitmore vivía con su marido, cuatro años mayor, en una casita frente al parque. Tenía la costumbre de cruzar la calle Echandia todas las noches, alrededor de las nueve, para alimentar a un puñado de gatos callejeros. Su marido era alérgico a ellos, así que había decidido adoptar un grupo en el parque. Los vecinos se referían a ella como la dama de los gatos. El parque está abierto hasta las diez de la noche, aunque sin cuidador por su tamaño reducido. Suponemos que la muerte se produjo alrededor de las nueve, pero desafortunadamente el cadáver fue descubierto al día siguiente. El señor Whitmore dormía cuando su esposa fue asesinada.

—¿Qué es lo que se ve en la parte de atrás? —preguntó Alyssa.

Durham miró la fotografía, desconcertado. Erica Sanders respondió desde su lugar.

—Es el reflejo del flash en un carrusel. Tiene espejos fijos, si mi memoria no falla.

Alyssa asintió. Ahora entendía que lo que veía era la silueta oscura de un animal de madera, probablemente un caballo, contra un destello de luz.

—El hallazgo lo hizo un encargado de la limpieza, quien avisó de inmediato a la policía —dijo Durham—. En el expediente constan algunas declaraciones tomadas por el personal de Hollenbeck y otras llevadas a cabo por nosotros. Ninguno de ellos aportó gran cosa. Nadie vio nada.

Durham explicó que la comisaría local se había centrado en el empleado de limpieza, al que eventualmente descartaron como autor del hecho.

—Nuestra hipótesis es que, o bien el asesino conocía a la mujer o se ganó su confianza con rapidez. Os explicaré las razones.

Se volvió hacia la pizarra y señaló una de las fotografías más pequeñas situada más abajo.

—En el parque hay una zona de juegos para niños. Hay un castillo de madera con túneles, estructuras para trepar y el carrusel. Esta zona, como podéis ver, está rodeada por una reja y permanece cerrada más allá de las seis de la tarde. En el expediente podréis ver fotografías nítidas de la salpicadura de sangre provocada por el corte en el cuello, que demuestra que la víctima estaba agachada, alimentando a los animales cuando fue atacada. Resulta muy poco probable que el asesino permaneciera oculto y hubiera esperado a que la mujer estuviera de espaldas para acercarse y cortarle el cuello. La zona está aislada y no hay donde esconderse cerca. Por lo que pudimos saber, Dorothy Whitmore llevaba unas bandejas de alimentos y las depositaba en el suelo sin permanecer mucho tiempo agachada; su edad y su sobrepeso se lo impedían. Hemos interrogado a mucha gente y todos han coincidido en esto.

Los agentes entendieron rápidamente el punto. El sujeto debía de conocer esta peculiaridad y era lógico suponer que se había acercado a la víctima sin que ella se sobresaltara.

—Parece un caso importante —apuntó George—. El primero siempre suele serlo, pero la posible confianza con el sujeto resulta definitivamente relevante.

—Con respecto a la nota con el número ochenta y tres, la realidad es que la policía no le dio importancia. Sobre la hoja había un caballo de felpa que tampoco supieron cómo encajar en la escena del crimen.

En el expediente había fotografías. El caballo de felpa tenía un trozo de tela blanca en el morro con una prominente dentadura pintada en ella. Los ojos eran de plástico.

—Aunque parece un juguete artesanal, no lo es —dijo Durham—. Las costuras, los adornos y la tela son de mala calidad. Se fabrican en china y son utilizados para rellenar esas máquinas de premios.

Contenedores enteros con esos muñecos llegan todos los meses al país.

George hizo una anotación en su libreta. Se preguntó si aquel caballo habría estado en una de esas máquinas. Muchas veces, los detalles insignificantes eran los que hacían avanzar una investigación.

15

El segundo asesinato había tenido lugar veintiocho días después. La víctima era un hombre de cuarenta y dos años llamado Terrence Morse, asesinado en su casa en plena noche. Durham explicó que la comisaría de Foothill, en el valle de San Fernando, fue la que llevó adelante la investigación y que el primer dato llamativo fue que el homicidio había sucedido a más de veinte kilómetros del anterior.

Morse era un buen vecino, miembro de la Iglesia de Jesucristo que estaba a cien metros de su casa. Se había mudado un año y medio antes y rápidamente se integró en varias actividades sociales y se convirtió en uno de los feligreses más activos de la congregación. Morse era contable y ofreció sus servicios voluntarios a la Iglesia.

Al principio, la vida de Morse fue un misterio. Cuando llegó al vecindario, se mantuvo al margen durante meses, asistiendo a la iglesia, pero evitando entablar conversaciones. Compró una casita minúscula cuyo jardín trasero lindaba con el estacionamiento de la iglesia; tenía un coche viejo y vestía siempre de la misma manera. La atención que despertó fue inmediata y muchos miembros de la comunidad empezaron a mirarlo con recelo.

Pero resultó que Terrence Morse había sido un exitoso hombre de negocios en Boston, fundador de una corporación millonaria dedicada al asesoramiento financiero. Graduado con honores a temprana edad, se asoció con un colega amigo y juntos fundaron Travis & Morse. Bastaba una búsqueda rápida en internet para conocer algunos detalles de la compañía y de la vida de los acaudalados dueños. Cuando la historia se supo en Foothill, las miradas de preocupación desaparecieron, pero empezaron a gestarse otro tipo de preguntas.

Morse le vendió la compañía a su socio y se trasladó al otro extremo del país, compró la casita en el valle y subsistió haciendo las declaraciones de impuestos de sus vecinos y de pequeños negocios de la zona. A todos ellos les cobraba honorarios asequibles y los recibía en el estudio montado en una de sus dos habitaciones.

Con el correr de las semanas se fue integrando con sus vecinos y los miembros de la iglesia. A los que le preguntaron alguna vez por su aislamiento inicial, les dijo que había necesitado un tiempo de introspección, de penitencia y de reflexión. Fue entonces cuando afloró la personalidad de un hombre respetuoso y amable que rápidamente se ganó la confianza de todos. A los más osados, que en privado le preguntaban qué había hecho con su dinero, les respondía que lo había donado casi todo. No tenía descendencia, pero sí algunos

familiares en Boston.

—El cuerpo fue encontrado un día después de su asesinato, el siete de octubre —dijo Durham—. Un vecino advirtió que el periódico del día anterior seguía junto a la puerta y no dudó en tocar el timbre. Nadie respondió. Las pericias indicaron que el hombre murió degollado mientras dormía. El hallazgo de barro en uno de los armarios de la habitación hizo suponer a los investigadores que el asesino se ocultó allí y esperó a que Morse estuviera dormido para matarlo. La hora de defunción se sitúa en algún punto cercano a la medianoche. Lo curioso del caso, y que desconcertó a los detectives de Foothill que asumieron que el móvil había sido el dinero de Morse, fue lo que el asesino hizo con el cadáver. Una vez que el hombre se desangró en la cama, lo trasladó al estudio y lo sentó en el sillón. La nota con el número 166, que más tarde se convertiría en la pieza clave, pasó desapercibida entre los documentos desperdigados en el escritorio.

Durham se acercó a la fotografía del desafortunado Morse y agregó:

—Más allá de la puesta en escena, no se encontraron elementos ajenos, como el caballo de felpa de la señora Whitmore. El asesino se tomó la molestia de trasladar el cadáver al estudio, de modo que el sitio en sí podría ser la pista que buscamos.

—¿Qué es eso, junto al lapicero? —preguntó Jeffrey.

—¿Bolígrafos? —aventuró Durham.

Jeffrey se levantó y observó la fotografía con atención.

—Me resulta extraña la disposición —dijo como un médico que evalúa una anomalía en la piel de un paciente—. ¿Podemos ver esta imagen en el proyector?

—Claro que sí —dijo Luca—, todas las fotografías están en la red en buena definición.

Lizeth se encargó de instalar su ordenador portátil y de conectar el proyector. Encontró la fotografía con una velocidad asombrosa y la proyectó en la pantalla.

Jeffrey seguía de pie enfrente, junto a Durham, y observaba los bolígrafos con fascinación: eran cuatro y estaban perfectamente alineados sobre el escritorio con una separación de unos tres centímetros entre sí.

—Parecen puestos ahí a propósito —comentó Alyssa.

Si bien esto parecía obvio cuando se reparaba en ello, nadie entendió el inusitado interés que los bolígrafos seguían despertando en Jeffrey.

—Hay algo más —dijo él sin apartar su atención de la pantalla.

—¿Qué? —intervino George.

—No lo sé. Hay algo familiar, pero no termino de darme cuenta de

qué es.

16

El tercer asesinato, presentado también por el detective Danny Durham, era triste por múltiples motivos.

Muchos años antes, Mr. John, como lo llamaban algunos vecinos, había sido un empleado hotelero de una familia humilde y trabajadora, con estudios e intenciones de casarse y formar una familia. Fue a mediados de los ochenta cuando perdió su empleo y a su novia, y una crisis depresiva hizo que, a instancia de su hermana, recibiera tratamiento psicológico. Al principio funcionó, pero con el paso del tiempo la desolación se apoderó de él y las calles se convirtieron en su hogar. Empezó a beber y lo hizo hasta el último día de su vida, aunque siempre mantuvo sus modales amables. A pesar de estar siempre sucio y desaliñado, con una cabellera rizada que se mezclaba con su barba tupida y entrecana, Mr. John se ganó a los vecinos de la avenida Venont, al norte de Koreatown, la zona que adoptó como propia. Muchos le daban periódicamente alimentos, mantas o dinero. Incluso su familia, en especial su hermana Susanne, procuraba visitarlo regularmente. Algunos intentaron llevarlo a sus casas, sin éxito. John McGraham había elegido la calle y no parecía importarle que algunos lo señalaran con el dedo o se alejaran de él. O quizá sí le importaba, pero se había acostumbrado a ello.

Durante más de quince años vivió la vida como pudo, y cuando impunemente se la arrebataron, su muerte despertó un inusitado interés entre los que lo habían visto durante tanto tiempo en la parada del autobús o tendido en la esquina de la calle Tercera y Berendo, donde más tarde sería asesinado. Conocía a todo el mundo. Saludaba con un movimiento de cabeza o alzando la mano. Con algunos hablaba. Era una persona educada, que no había olvidado sus buenos modales por vivir a la intemperie. De niño había sido un ávido lector de comics y un fanático de la serie *Star Trek*; podía hablar de eso o de su época de empleado en el hotel Ambassador, donde aseguraba había conocido algunas celebridades. La mayoría se maravillaba al escuchar las historias que solía contar aquel hombre de infancia feliz.

Cuando murió, un altar se levantó en su honor. Incluso los niños del vecindario le dedicaron dibujos y oraciones. Días más tarde, se celebró el funeral al que acudieron familiares y una multitud de personas. Algunos hablaron de aquel hombre inofensivo y bueno que los había acompañado durante tanto tiempo y que ahora, sin imaginarlo, extrañaban.

A John le cortaron la garganta mientras estaba tendido contra una

pared, probablemente durmiendo. Ocurrió durante la madrugada del 2 de noviembre, veintiséis días después del asesinato de Terrence Morse. En la herida habían dejado un cuchillo clavado, que a su vez atravesaba una nota con el número 250.

A pesar de la movilización vecinal, la investigación de la muerte de John nació y murió con rapidez. Lo más probable era que otro vagabundo se hubiera desquitado con él por alguna razón: algo de comida, alguna pertenencia o quién sabía qué. En el cuchillo no encontraron huellas, pero no era de extrañar, puesto que muchos mendigos llevaban guantes de lana. No había testigos ni posibles líneas de investigación. Mr. John conocía a todo el mundo y a nadie al mismo tiempo. Cuando la policía hizo algunas preguntas, encontraron a decenas de personas que lo habían visto miles de veces, pero ninguno sabía si alguien querría hacerle daño. Lo cierto es que los detectives de la comisaría de Rampart hicieron preguntas de rutina, pero intuyeron desde el principio que era una pérdida de tiempo. No hubo ni una pista fiable para poder seguir. Los asesinatos de vagabundos eran así.

La nota no llamó la atención de nadie. El cuchillo, que curiosamente no era el que se había utilizado para cortar la garganta del hombre, tampoco. Un grave error. Mientras el corte se realizó por una hoja ancha y muy afilada, el cuchillo clavado en la garganta era pequeño. Es decir, que el asesino rebanó el cuello de Mr. John con un cuchillo que prefirió no dejar con la víctima. En su lugar dejó otro, clavado como una estaca. Claramente, no era un comportamiento propio de un enfrentamiento callejero.

La investigación pasó en un abrir y cerrar de ojos a formar parte de los casos sin resolver. Cuando la atención recayó sobre ella, semanas más tarde, las pocas posibilidades de encontrar un testigo se habían reducido muchísimo.

Todos en la herradura escucharon con atención los detalles del caso McGraham sin interrumpir una sola vez. A ninguno le pasó desapercibido el hecho de que el expediente era sensiblemente más delgado que el resto.

Cuando terminó, Durham les dio las gracias a los presentes y se sentó en la mesa. Había permanecido de pie por más de tres horas; todavía faltaban cinco casos, pero los agentes empezaban a ver los puntos en común de cada uno. Hasta ahora tenían una mujer amante de los gatos, un empresario exitoso que se vuelve mormón y un mendigo.

En cuanto a las pistas: un caballo de felpa, unos bolígrafos alineados y un cuchillo de cocina.

17

Al mediodía estaba previsto un almuerzo con todo el equipo. La noticia fue bien recibida, especialmente por Strong y Kinsman, que recomendaron varios lugares por la zona que valían la pena. Fueron a Pomodoro Trattoria, un sitio en Westwood Boulevard a cuatro manzanas de distancia.

Caminaron formando grupos. Strong y Kinsman lo hicieron al frente, como *berserkers* vikingos. George se retrasó para hacer algunas llamadas y el resto marchaba en medio. Lizeth fue la única que se excusó por motivos personales.

George llamó a Peyton. Había estado postergando la llamada sin razón y sabía que por la tarde encontraría una y mil excusas para no hacerla.

—Hermano mayor —lo saludó ella.

—Hola, Peyton —dijo George.

—¿Dónde estás?

Acababan de cruzar la avenida Veteran y un grupo de coches zumbó a sus espaldas.

—En la calle.

—¿Aquí en Los Ángeles?

—Sí. Llegué ayer por la noche. Te dejé un mensaje.

Peyton hizo una pausa.

—No he recibido ningún mensaje ¿Quieres que nos veamos esta tarde?

George dudó, sabía que no podría ver a su hermana ese día, y posiblemente tampoco al día siguiente. Ella lo intuyó de alguna forma.

—Era sólo una sugerencia, no te preocupes —dijo Peyton— ¿Te quedarás algunos días?

—Sí. Podríamos vernos el domingo, si no has hecho planes.

—El domingo me parece perfecto. Tienes que conocer mi apartamento. Es pequeño, pero está cerca del estudio.

Peyton se refería a los estudios de la Universal, donde estaba el set de filmación de *Su propia medicina*.

—Te llamaré por la mañana para cuadrar una hora —dijo George —. Después podemos ir a cenar. ¿Te parece bien?

—Perfecto. ¿Cómo está Mariann?

—Muy bien. Te envía saludos.

—Agradécele de mi parte. Dile que pronto iré a visitarla.

—Estoy seguro de que le encantará. Se siente frustrada porque su madre no le permite verte en la tele.

Hablaron un poco más y se despidieron. George creyó advertir un deje de tristeza en la voz de Peyton, pero era la misma sensación que lo aquejaba una y otra vez cuando hablaba con ella. Posiblemente era su propia tristeza proyectada en ella.

El grupo caminaba por Rochester, una avenida paralela a Wilshire relativamente tranquila. Las aceras eran amplias, con algunos árboles que los protegían de los rayos de sol. George decidió que tenía tiempo para una llamada más y marcó el número de Duncan. El director atendió de inmediato; era la primera vez que hablaban desde la reunión en Quantico. La conversación fue breve. Duncan mencionó haber leído el artículo del Times y le preguntó por el resto del equipo. George le dijo que en ese momento iban a almorzar y que sus primeras impresiones habían sido buenas.

Cuando colgó, George aceleró el paso y recuperó los seis o siete metros que había perdido. Con sorpresa, advirtió que Alyssa hablaba animadamente con Erica Sanders, como si la conociera desde hacía tiempo.

Llegaron a Pomodoro Trattoria, donde Strong los observaba con expresión impaciente. Había caminado con tanta prisa que se había adelantado más de treinta metros. El enjuto Kinsman, que se había esforzado por seguirle el paso a su compañero, sudaba profusamente. Por lo menos habían tenido la cortesía de esperarlos afuera. Entraron en silencio y detrás lo hicieron Durham y Luca, que venían enfrascados en una conversación deportiva. Cuando Alyssa fue a pasar detrás de Luca, la puerta de Pomodoro Trattoria, accionada por un mecanismo hidráulico, se le cerró en las narices. Alyssa se detuvo de golpe y Erica estuvo a punto de llevársela por delante.

—No lo ha hecho a propósito —dijo Erica, que había advertido lo sucedido y se sintió en la obligación de ofrecer una disculpa en nombre de su compañero.

Alyssa la observó en silencio. Empujó la puerta y la sostuvo para que la detective entrara. George y Jeffrey lo hicieron después.

—Parece que para algunos no somos bienvenidos —le susurró Alyssa a su jefe cuando este pasó a su lado.

18

Erica Sanders tenía una capacidad natural para enfocarse en lo importante y optimizar el tiempo; lo ponía en práctica a diario en su trabajo como detective y también en su rol de madre de dos hijos. Cuando le tocó el turno de exponer los siguientes asesinatos frente a los agentes del FBI y sus compañeros del departamento lo dejó en evidencia de inmediato.

El cuarto caso fue el primero en el que intervino el departamento central de Robos y Homicidios. La víctima fue Inés MacIntyre, una aspirante a actriz oriunda de Las Vegas. En la fotografía de la pizarra tenía el rostro lívido, los ojos cerrados y el cabello mojado, no obstante aún era posible apreciar sus proporciones faciales casi perfectas. En el expediente había otras fotografías, algunas extraídas de su CV, donde Inés exhibía una sonrisa en forma de media luna. Sus ojos eran azules y melancólicos.

La fotografía principal que la detective Sanders había elegido era un plano general del baño de MacIntyre, en West Hills, donde vivía sola desde hacía un par de meses. Se la veía dentro de la bañera, con la cabeza tendida hacia atrás. El corte en la garganta estaba más abierto que en los otros casos a causa de la posición. Uno de sus brazos colgaba hacia un lado, y el agua, teñida de rojo, apenas alcanzaba a cubrir sus pechos, por sobre los cuales había heridas de cuchillo. Al igual que en el caso de Dorothy Whitmore, el asesino la había apuñalado una media docena de veces.

En el suelo, justo debajo de la mano, había una pastilla de jabón. La forma de los dedos al ejercer presión había quedado marcada.

—La nota fue hallada sobre el lavabo y llamó la atención de los investigadores de la comisaría de West Valley. Contenía el número 333. Cuando introdujeron los datos en el sistema ViCAP, encontraron similitudes con el primer asesinato.

George estaba al tanto de esta peculiaridad. El sistema ViCAP era una herramienta creada por el FBI para establecer conexiones entre crímenes cometidos en locaciones distantes unas de otras. Cada comisaría del país volcaba la información de los asesinatos cometidos en su jurisdicción en extensos formularios que luego se comparaban en los servidores del FBI. De esta manera se obtenían patrones similares que permitían ligar dos o más asesinatos por un mismo perpetrador.

Las particularidades de los tres primeros casos habían hecho que el sistema ViCAP no encontrara semejanza entre ellos, y en consecuencia

no se generara una alerta. Bastaba repasar los casos para entender el porqué. Dorothy Whitmore había recibido puñaladas en el pecho, mientras que las siguientes víctimas no. Además, era mujer, otra diferencia con Terrence Morse y John McGraham. En cuanto a estos últimos, las notas pasaron absolutamente desapercibidas para los investigadores.

Fue la muerte de Inés MacIntyre la que sirvió para establecer la conexión con Dorothy Whitmore. Las dos mujeres apuñaladas y los números hallados junto a sus cuerpos fueron suficientes para que el ViCAP estableciera la conexión. En este punto, el cuartel general se hizo cargo de la investigación y se enfocó en la tarea de determinar si había otros casos, para lo cual fue necesario revisar uno por uno los asesinatos cometidos en el periodo comprendido entre la muerte de Whitmore y MacIntyre, descartando los cometidos con armas de fuego. Revisando los expedientes con cuidado y consultando a los investigadores respectivos, finalmente se dio con los casos restantes.

Era interesante cómo el asesino había escogido a sus primeras víctimas. Cada una pertenecía a una jurisdicción diferente, lo cual había sido determinante para que la conexión entre ellas pasara desapercibida. Dos habían sido mujeres y los otros dos hombres. Ellas apuñaladas en el pecho y ellos no. Whitmore era una mujer mayor, mientras que MacIntyre tenía veintidós años. Morse era millonario, McGraham un mendigo. Todo había sido cuidadosamente estudiado para despistar a las autoridades y esconder el patrón.

Y, sin embargo, estaban los números que lo vinculaban todo.

Erica Sanders señaló algunos detalles de la vida de la desafortunada Inés. La muchacha había viajado desde Las Vegas casi un año antes. En un casting conoció a otra aspirante a actriz de nombre Kelly Clark, y juntas alquilaron un apartamento, buscaron empleos y se lanzaron tras su sueño hollywoodense. Encontraron un agente de segunda línea para que las representara y consiguieron algunos papeles como extras, pero nada que sirviera para pagar las cuentas.

Ocho meses después de batallar día tras día, Kelly se dio por vencida. La actuación no era para ella, le dijo un día a su compañera, y no hubo nada capaz de disuadirla. Iba a regresar a Seattle, donde sus padres estaban esperándola con los brazos abiertos para que trabajara en la empresa familiar. Inés se encontró a sí misma en una ciudad con dientes grandes y afilados acostumbrada a triturar a jovencitas con aspiraciones artísticas, con un contrato de alquiler que no podía pagar y un empleo en el 7-Eleven.

Los ahorros que había traído de Las Vegas se esfumaron con rapidez y un mes después de la partida de Kelly no pudo pagar el alquiler. El dueño le permitió quedarse, pero con la promesa de pagar

al mes siguiente.

No lo hizo, porque alguien la asesinó.

George, que seguía el relato con suma atención, no pudo evitar pensar en Peyton. Era cierto que su hermana había logrado abrirse paso como actriz y que sus perspectivas eran alentadoras, pero él no tenía idea de cómo habían sido las cosas al principio.

—Creemos que el asesino esperó a la víctima dentro de su casa, como ocurrió con Terrence Morse. El ataque tuvo lugar en la bañera, mientras tomaba un baño.

Desafortunadamente para Inés MacIntyre, la información que había posibilitado un desenlace tan indeseable la había proporcionado ella misma. Desde la partida de su compañera, se había dedicado a la búsqueda de alguien con quien compartir el apartamento, por lo que había distribuido una buena cantidad de anuncios en locales comerciales de la periferia.

Un detalle en el que hizo hincapié la detective Sanders fue la falta de heridas defensivas en el cuerpo, en este y en el resto de los casos también. Normalmente esto significa que la víctima conoce a su agresor y, en consecuencia, no se ve amenazada, pero dadas las características de cada una de las muertes no parecía la hipótesis correcta. La ausencia de heridas era el resultado de una planificación concienzuda por parte del asesino. Las muertes estaban concebidas de tal manera que las víctimas se encontraban en completo estado de desprotección e incapaces de esgrimir la más mínima defensa.

19

Luca había seguido con atención la exposición de Durham primero y de Sanders después. Estaba satisfecho. Hasta el momento, el agente Allen le había causado una buena impresión; conocía su reputación y esperaba de él que fuera un líder con la capacidad de guiarlos a todos. No era sencillo cuando había más de un cuerpo policial involucrado, intereses en juego y la prensa sobrevolando como un buitre. Mientras pensaba en esto, sonó el teléfono de Luca. Era uno de los números del Parker Center.

Atendió y escuchó la voz de Johnny, del departamento de comunicaciones. Luca se puso en pie y se excusó con un gesto antes de salir de la herradura.

—¿Qué tienes para mí, Johnny? —preguntó Luca mientras se alejaba por el corredor.

Se sentó en el escritorio que le habían asignado. No había nada encima salvo su ordenador portátil.

—No demasiado —dijo Johnny Osgood—. Quise llamarte ayer, pero estuve muy liado.

Luca extrajo la libreta y repasó sus notas. La llamada al periodista, según sus cálculos, había tenido lugar a las 0:05. Esto excluía como posibles informantes al equipo de técnicos, al forense y sus ayudantes. La lista se limitaba a cinco posibilidades: los policías que acudieron a la llamada por radio, la pareja de jóvenes que había descubierto el cuerpo en el Beverly y la detective Sarah Tripplehorn, de Hollywood. Johnny tenía los cinco números en su poder.

—Dime qué has podido averiguar.

—Los polis están limpios. Uno no hizo ninguna llamada entre las horas que me has dado. El otro…, déjame buscar su nombre… aquí está: Mancuso, habló durante cinco minutos con su esposa. Lo he verificado. Creo que eso lo libra, salvo que le haya pedido a ella que hiciera algo por él.

Johnny era astuto; no en vano dirigía un departamento que se especializaba en escuchas telefónicas. Luca sopesó la situación unos segundos y convino que Mancuso quedaba exonerado. Probablemente había hablado con su esposa para explicarle que regresaría más tarde; suponer otra cosa sería rebuscado. Garabateó una nota en la libreta.

—¿Los dos testigos?

—Nada, salvo la llamada al 911.

Luca sintió un nudo en el estómago. Sólo quedaba Sarah Tripplehorn. Si Johnny tenía algo, era de ella. Equivocarse de tal

modo no le hacía gracia. La detective le había parecido profesional y sincera, y además le había dado el número del móvil de forma voluntaria. ¡Hasta había pensado en llamarla para salir a cenar!

—¿Qué hay del otro número?

—Luca…

—¿Qué?

—Tú sabes qué… Podrían colgarme de las pelotas por esto. ¡Es una detective! Maneja la información con discreción. Yo he cubierto mis pasos, ten cuidado, y si alguien pregunta…

—Tú no me has dicho nada, claro.

—Hizo una llamada a las doce cero tres a una línea fija.

Luca anotó en la libreta el número que Johnny le proporcionó.

—No he verificado a quién pertenece —dijo Johnny—. Hasta aquí he llegado, amigo.

—Será suficiente —dijo Luca con la vista nublada—. Muchas gracias.

—De nada. Elimina el registro de tu móvil cuando cortemos.

—Claro que sí. Adiós, Johnny.

—Adiós.

Luca resopló.

Marcó el número que acababan de darle y esperó. Mientras se sucedían los tonos de espera, comprendió que no sabía qué diría en caso de que no fuera la casa de Scott, pero no tenía intenciones de echarse atrás.

La voz grabada de Sarah Tripplehorn se hizo audible desde el otro extremo de la línea explicando que no estaba en casa y que podían dejarle un mensaje.

Luca concibió la idea de que la mujer podía tener un identificador de llamadas. Todos los polis tenían uno. Buscó en su cabeza algo para decir, algo que justificara una llamada a un número que ella no le había proporcionado en vez de hacerlo a su móvil. No se le ocurrió nada y prefirió interrumpir la comunicación. Si tenía suerte, la detective no verificaría los números entrantes.

Permaneció pensativo un rato. El mensaje de Sarah daba a entender que vivía sola ¿Para qué llamaría a su propia casa en medio de una investigación por asesinato?

20

Erica Sanders estaba a punto de hablarle al resto del equipo del quinto caso; el primero en el que Robos y Homicidios había actuado desde la relación establecida por el ViCAP. Todas las comisarías habían recibido instrucciones precisas de enviar una alerta al Parker Center en cuanto tuvieran entre manos un caso con las características de los anteriores, lo que finalmente sucedió el nueve de diciembre.

Luca regresó a la herradura después de haber salido para hablar con Johnny Osgood, del departamento de comunicaciones, y se sentó en su lugar. Alyssa le lanzó una mirada de reproche.

La detective Sanders se acercó a la pizarra.

—Este caso es importante porque el asesino cometió su primer error —dijo Erica señalando la fotografía de la víctima, donde se veía a una muchacha desnuda tendida sobre la cama deshecha. Era delgada y tenía una larga cabellera de color rojo. El torso presentaba varias heridas y de una de ellas asomaba un cuchillo pequeño, similar al encontrado en la garganta de John McGraham.

—Su nombre era Gail Mitchell, tenía veintidós años y era la única hija de Leonard y Donna Mitchell. El hombre es un productor discográfico que ha adquirido cierto renombre durante la última década con dos o tres bandas adolescentes. La familia vive en una casa lujosa en Bel Air, y el asesinato tuvo lugar apenas doce días después del de Inés MacIntyre. Habíamos emitido un comunicado de alerta a las comisarías apenas dos días antes de que se produjera.

—¿Qué tiene en el pecho? —preguntó el agente Kinsman.

—Una de las puñaladas le rasgó el pecho izquierdo —explicó Erica —. Lo que asoma es un implante de silicona. El cuerpo fue hallado por la madre, Donna Mitchell, cuando regresó a casa alrededor de las seis de la tarde. Dio aviso a la policía y tuvimos la suerte de acudir a la escena del crimen en menos de una hora. Gracias a eso recuperamos el condón.

George era el único del FBI que sabía que contaban con el ADN del asesino. El resto intercambió miradas de perplejidad.

—Habíamos ensayado varios escenarios —continuó Erica—, sin embargo no habíamos considerado la posibilidad de un ataque sexual en vistas de lo que teníamos hasta el momento. Al encontrarnos con el cuerpo de Gail Mitchell, el detective Bruzzo nos ordenó no descartar la posibilidad. Se procedió a colocar coladores en las salidas de los desagües de la casa, que eran tres, y a hacer correr agua vaciando los depósitos de los baños. El procedimiento dio resultado. En uno de los

coladores capturamos un condón.

Erica había estado esperando el momento de mencionar el hallazgo, en especial la participación determinante de Luca. No es que tuviera nada en contra de Allen y su gente, pero defendía al departamento de policía y no le gustaba que nadie pensara que eran incompetentes.

—Más tarde hicimos una prueba lanzando un condón en el baño privado de Gail y vaciamos los depósitos del mismo modo que antes. El condón apareció en el mismo colador al mismo tiempo, con lo cual concluimos que fue lanzado desde allí. Pudimos recuperar suficiente esperma para obtener ADN y realizar una eventual comparación. Además, durante la autopsia se extrajeron restos de lubricante acuoso del canal vaginal de Gail Mitchell, que coincide con el del condón hallado.

—¿Hubo violación? —preguntó George.

—No. No había daño vaginal ni heridas defensivas.

Lo anterior sugería un abanico de posibilidades que todos conocían. La más lógica, que el sexo había sido consentido. Las menos lógicas, que la víctima había sido narcotizada o que la penetración había tenido lugar cuando la muchacha estaba agonizando, o muerta.

—El novio se convirtió en nuestro principal sospechoso. Se trata de Benjamin Donovan, un joven un año menor que ella y amigo de la familia. Donovan tenía una coartada para explicar dónde había estado durante el día y, además, su abogado le aconsejó que se prestara voluntariamente a darnos una muestra de ADN, que finalmente dio negativa.

—O sea, que hubo otro hombre ese día en la casa —reflexionó Jeffrey en voz alta.

—Exacto.

—¿Qué sabemos de los padres? —preguntó Alyssa.

—Se marcharon de casa temprano. Leonard Mitchell estuvo en reuniones todo el día. La mujer se lo pasó de compras con su amante.

—No sabemos con certeza que el condón pertenezca al asesino —dijo Alyssa—. Pudo ser de otra persona.

Luca no había intervenido desde su regreso. Seguía dándole vueltas al asunto del soplón. Conocía los detalles de la investigación de memoria y escucharlos otra vez no iba a hacer que descubriera nada nuevo. Sin embargo, las preguntas de los agentes habían captado su atención.

—Es cierto que no lo sabemos con seguridad —intervino—, pero la posibilidad de que dos personas hubieran estado con Gail Mitchell ese día, en distintos momentos, resulta…

—¿Por qué en distintos momentos? —contraatacó Alyssa.

La tensión entre ambos era palpable. Luca advirtió que George

Allen estaba a punto de decir algo, por lo que se le adelantó. Respondió con calma.

—Tienes razón, no necesariamente debió de ocurrir de esa manera. Pero es una línea de investigación verosímil. De todas las personas allegadas que hemos entrevistado, que han sido más de cincuenta, ninguna nos ha manifestado la posibilidad de que Mitchell mantuviera una relación con alguien más. Ni siquiera sus amigas más cercanas.

Alyssa percibió cierto tono paternalista en Bruzzo. La observaba con aquellos ojos celestes penetrantes e hipnotizadores, hablando como si le explicara algo a una alumna con una cabeza dura de mollera.

—Aun así creo que… —empezó Alyssa.

George le indicó sutilmente con la mano que lo dejara estar. Luca siguió:

—Sabemos que al menos una persona estuvo con Gail ese día. El hallazgo del lubricante es prueba de ello. También sabemos que alguien la asesinó. No es descabellado pensar que ambas personas sean en realidad la misma. Pero hay una cosa más; la más importante de todas. Hemos buscado huellas en la descarga del retrete, la puerta del baño y por supuesto la habitación. No encontramos una sola huella que no perteneciera a la víctima, la madre o la empleada doméstica. Ni una sola. Si en efecto Gail mantuvo sexo con otra persona, fuera del asesino, ¿por qué no hemos podido recuperar una sola huella?

Nadie dijo nada durante varios segundos.

—La línea de razonamiento me parece sólida —dijo George.

—Como ha dicho Luca —dijo Erica—, tenemos la certeza de poseer el ADN del asesino en nuestro poder. Lamentablemente, no hemos recuperado muestras de las otras escenas para compararlo.

—Para un asesino tan meticuloso, dejar el condón atrás con su ADN no parece algo demasiado lógico —reflexionó Kinsman.

Alyssa se alegró de que alguien hiciera el razonamiento en voz alta. Ella misma lo había pensado.

—Convengamos que no lo ha dejado en la mesilla de noche —respondió Erica—. Fue un golpe de suerte encontrar el condón. Lo hemos discutido mucho internamente, y puede que la razón por la que no se lo llevó consigo, como ciertamente podría haber hecho, siga siendo una fuente de debate ahora que el grupo se ha ampliado.

Todos miraron a George.

—Llevarse el condón de la escena podría haber incomodado al sujeto —reflexionó él—; y no me refiero sólo a huir con evidencia incriminatoria encima, sino a factores psicológicos más profundos. Si la relación sexual fue un error o se produjo con la víctima en estado agonizante, en cuyo caso ha sido una violación, el asesino debió de sentir remordimiento. Eso lo habría obligado a desprenderse del

condón. Lo mismo que…

George dejó la frase en suspense y señaló una fotografía ubicada justo debajo de la principal, donde había un pañuelo rojo que cubría el torso de la muchacha y parte del rostro.

Erica Sanders asintió.

—La tela roja resulta el detalle fuera de lugar en este caso —explicó ella—. Los técnicos la quitaron para tomar las fotografías, pero ahí se ve tal cual la encontramos. Cubría las heridas del pecho, el corte profundo en la garganta y parte del rostro.

—El asesino cubrió lo que acababa de hacer… —dijo Jeffrey, reflexivo—. Tal cosa no ha sucedido en los otros casos.

—Porque en los otros casos no ha tenido que quedarse para ver lo que ha hecho —estuvo de acuerdo Luca.

—Repasemos lo que tenemos hasta aquí —dijo George mientras revisaba sus notas—. El asesinato tiene lugar apenas doce días después que el anterior. La muchacha vivía en una casa que, me aventuro a decir, goza de cierto grado de seguridad, y aun así, no hay puertas o ventanas forzadas. La violación nos sugiere un disparador emocional, activado por la propia víctima o alguien a quien el asesino vio en ella. De una u otra forma, Gail Mitchell se vuelve importantísima para nosotros. Es el punto singular de nuestra investigación, la mancha en una planificación que hasta el momento parecía perfecta. Necesitamos encontrar otros puntos singulares que parecen no existir en lo que hemos revisado hasta aquí. Estoy seguro de que la madre reconoció esa tela roja y el cuchillo. ¿Verdad, detective Sanders?

—Así es. —respondió ella con cierta incredulidad—. El asesino los tomó de la casa.

—Hasta ahora los elementos adicionales —dijo George—, como el caballo de felpa o el cuchillo del caso del señor McGraham, han sido proporcionados por el asesino. Si Jeffrey tiene razón y los bolígrafos son una señal del segundo asesinato, entonces también puede ser el caso. Sin embargo, aquí debió echar mano a lo que tenía. Otro signo más de falta de previsión.

—Nunca estuvimos seguros de que el paño fuera parte del mensaje —comentó Sanders.

—Yo creo que sí lo es —respondió George en tono afable—. Puede que lo haya utilizado para cubrir el rostro durante la violación, pero si lo dejó ahí es porque era su deseo hacerlo. La fantasía ha sido cumplida tal cual lo había previsto. Con un detalle de ese tipo fuera de lugar, el sujeto nunca podría haber permanecido tranquilo durante el siguiente periodo.

—La sexta muerte ocurrió cuarenta y cinco días después.

—Entonces ese paño rojo y el cuchillo son parte del mensaje —sentenció George—. Sólo tenemos que dilucidar cuál.

21

Había oscurecido. Jirones anaranjados delineaban las montañas y la ciudad era un manto oscuro con miles de alfileres de cabezas luminosas.

El equipo salió de la herradura por primera vez desde el almuerzo y fue a la salita de recreo. Los de delitos informáticos se habían marchado, por lo que en el piso reinaba una calma absoluta.

—El lunes estará operativa nuestra propia salita —dijo Lizeth.

En el centro había una mesa con sillas, pero ninguno se sentó.

—¿Alguien fuma? —preguntó Kinsman.

—Es un buen momento para dejar ese hábito de mierda, Preston —disparó Strong con su voz de trueno.

—Si fuera por ti y tus consejos, las personas vivirían hasta los ciento veinte años. Yo no quiero eso.

Los dos hablaban con la sincronía de un dúo cómico. Era evidente que habían mantenido conversaciones similares cientos de veces.

—Yo no fumo —dijo Jeffrey—, pero si quieres bajo contigo. Me sentará bien tomar un poco de aire.

Kinsman aceptó. Antes de marcharse, le lanzó un comentario sarcástico a Strong para que aprendiera lo que era la camaradería.

Alyssa pensó en unirse, pero finalmente decidió no hacerlo. Todavía no había fumado su cigarrillo permitido del día y lo reservaría para la noche. Permaneció junto a Erica Sanders, con quien rápidamente entabló conversación. Apenas había empezado a conocer a la mujer, pero percibía la posibilidad de encontrar en ella a una buena compañera de trabajo. Sabía que George dividiría al equipo en parejas y pensó que podría hablar con él más tarde para sugerirle la posibilidad.

Quince minutos más tarde regresaron a la herradura.

22

El sexto asesinato ocurrió cuarenta y cinco días después. Durante ese periodo, los investigadores albergaron la posibilidad de que no habría otro homicidio. Especularon con que Gail Mitchell había sido el eslabón final de la cadena, que todo lo anterior había sido un entrenamiento o un ritual que no comprendían. Pero entonces se produjo el hallazgo de Nadine Reinhold en una carretera secundaria contigua a la autopista Golden State. La mañana del 23 de enero de 2004, un conductor encontró a la mujer hecha un ovillo entre la maleza que rodea Crystal Springs y alertó a la comisaría de Northeast. Al constatar el corte en el cuello y la nota, dieron aviso al cuartel general. El equipo liderado por el detective Bruzzo se hizo presente de inmediato, para concluir que el cuerpo parecía haber sido arrojado de un vehículo, posiblemente en movimiento.

La autopsia reveló que la muerte se había producido menos de veinticuatro horas antes por desangramiento. Las huellas dactilares permitieron realizar la identificación de la mujer, que llevaba puesto una falda muy corta, medias de encaje blancas y un top rosa ajustado, y que contaba con algunos arrestos por comportamientos indecentes en la vía pública. Tenía treinta y dos años.

No había signos de violación ni de relaciones sexuales mantenidas en las últimas horas.

La nota encontrada en el muslo, atrapada entre la piel y el elástico de la media, tenía impreso el número 500.

Lo más llamativo del caso fue un extraño colgante que llevaba en el cuello, que quienes mejor la conocían juraban no haber visto nunca. Una de sus amigas aseguró que Nadine jamás usaría algo semejante: se trataba de un dedal sujeto con un cordel negro.

Cuando la detective Erica Sanders se refirió al objeto durante la exposición del caso, los agentes del FBI buscaron la fotografía en el expediente para verlo en detalle. Era un dedal común al que en los laterales le habían hecho dos orificios por los que pasaba el cordel.

La vida que llevaba Nadine Reinhold y el distanciamiento de su familia en Portland, hicieron que la investigación de su muerte fuera como un árbol raquítico con un puñado de ramas cortas que no condujeron a nada. Si se trataba de un movimiento calculado por parte del asesino, había sido efectivo. De todas las muertes, la de Nadine era la que había dejado al equipo en peor situación. El asesino no les había dejado nada, salvo la nota con el número 500 y el dedal.

23

Luca se había quitado la chaqueta y llevaba las mangas de la camisa arremangada. El bronceado de brazos y rostro evidenciaba que su trabajo no transcurría normalmente encerrado en una oficina sino en la calle. Unas gafas oscuras asomaban del bolsillo de la camisa.

La exposición de los siguientes casos estaría a su cargo.

—La séptima víctima se llamaba Abigail Flackett. Vivía en Granada Hills con su marido, un abogado llamado Alex —la voz del detective, reflexiva y musical, parecía ajena al hecho de que eran más de las ocho de la noche.

Por momentos, su vista se clavaba en el fondo de la sala, como si leyera un texto.

—La comisaría de Devonshire se hizo cargo del caso —dijo Luca—. Abigail Flackett, de cuarenta y dos años, fue la quinta mujer asesinada y no hemos podido encontrar un solo punto de unión entre todas ellas, más allá de su género. Primero fue Dorothy Whitmore, la dama de los gatos de setenta y dos años. Inés MacIntyre, la aspirante a actriz. Gail Mitchell, de apenas veinte años, en cuya casa recuperamos el condón. Nadine Reinhold tenía treinta y dos.

Luca fue señalando las fotografías de cada una de ellas.

Ciertamente, la disparidad en cuanto a características físicas, entornos, ocupaciones, sueños y estilos de vida resultaba llamativa. Las escasas coincidencias, como las edades de MacIntyre y Mitchell, podrían atribuirse meramente a un capricho probabilístico.

—La muerte de Abigail Flackett tuvo lugar el viernes veintisiete de febrero, suponemos que alrededor del mediodía o a primeras horas de la tarde. Esto fue treinta y cinco días después del hallazgo de Nadine Reinhold, en Crystal Springs. A las siete, su marido llegó a su domicilio y advirtió que la mujer no estaba, aunque su coche sí. Supuso que estaría en casa de su amiga Andrea Stone, que vivía justo enfrente, y bebió una cerveza frente al televisor mientras la esperaba. Ella había perdido su empleo cinco meses atrás y, si bien la economía de la familia no se había resentido, no estaba transitando el despido de la mejor forma.

En la pizarra podía advertirse que este era uno de los casos en los que no habían podido descubrir la pista dejada por el asesino, si es que les había dejado algo. Eso lo hacía extremadamente importante y sería necesario volver sobre él con especial cuidado.

—Una hora después de llegar a la casa, Alex empezó a preocuparse. Decidió cruzar la calle y echar un vistazo a la casa de

Stone, quien contrariada dijo que no había hablado con Abigail en todo el día. Los dos regresaron a la casa y buscaron a Abigail en la planta alta, a la que Alex no había subido todavía. La encontraron atada a una de las columnas de madera del porche trasero.

Una fotografía en la pizarra mostraba la escena a la que el detective hacía referencia.

La mujer estaba vestida. Tres trozos de cuerda la mantenían erguida: uno por debajo de los hombros, otro a la cintura y el último a los tobillos. Tenía la cabeza ladeada de manera que el corte en el cuello, semejante a una mueca estirada, era perfectamente visible. Una cantidad abundante de sangre teñía por completo la blusa blanca y hacía que las heridas del torso fueran apenas visibles.

—Las heridas son diez. Encontramos restos de pegamento en las mejillas, por lo que sabemos que le cubrieron la boca con cinta. La sangre indica que el ataque tuvo lugar allí, cuando ya estaba atada al poste.

Jeffrey, que seguía el relato con particular atención, hojeó el expediente hasta que llegó a dos fotografías impresas en una misma página. Una mostraba una vista en perspectiva de la mancha de sangre bajo los pies de Abigail: tenía la forma de un gran ocho y estaba rodeada de salpicaduras más pequeñas. En la toma aparecían las piernas de la mujer hasta las rodillas y llevaba unas zapatillas Nike blancas. También se apreciaba el nacimiento de la columna de madera, y a unos treinta centímetros de esta, una maceta con una planta de flores violetas. Jeffrey la estudió con atención primero y retiró la hoja. Alyssa lo advirtió.

—¿Qué tiene esa fotografía? —le preguntó en voz baja.

—No lo sé —respondió él. Con el dedo repasó la mancha de sangre, recorriendo el contorno hasta encontrarse con los pies de Abigail. Trepó por sus piernas y se deslizó lateralmente por la falda celeste hasta la columna. A continuación bajó hasta los listones de madera del porche. La maceta interrumpió su avance y Jeffrey le dio dos golpecitos con el dedo.

—Las heridas en el pecho y el cuello —dijo Luca— fueron realizadas de costado y no desde atrás.

Hizo la representación del movimiento, estirando el brazo hacia adelante y luego barriendo un ángulo de noventa grados en el plano paralelo al suelo.

—Esto lo sabemos porque los cortes son horizontales —concluyó—. Es decir, que es posible que Abigail haya visto a su asesino. Hemos interrogado a las tres familias vecinas, pero nadie vio nada anormal hasta que llegó la policía.

—¿No había puertas o ventanas forzadas? —preguntó George.

—Ningún indicio de entrada forzada o prueba alguna de que el

asesino hubiera permanecido dentro de la casa.

Era el primer caso en el que el ataque no había tenido lugar en una actitud pasiva.

—¿Alguno de los vecinos estaba en casa en el momento del crimen? —preguntó George.

—Los dos vecinos más próximos estaban en casa. Resulta llamativo que nadie escuchara nada.

—Muy extraño.

—¿No encontraron rastros de heridas defensivas? —preguntó Alyssa.

—Ninguna —afirmó Luca—. Mi opinión es que el asesino es de complexión robusta, capaz de intimidar a una mujer que está sola en casa, al punto de obligarla a hacer lo que él quiere sin que grite una sola vez.

George escribió algunas notas en su libreta.

—Creo que es un razonamiento correcto —dijo—, en tanto y en cuanto podamos explicar por qué el atacante habría de basarse en su fortaleza física para intimidar a la víctima cuando nunca lo ha hecho antes, hasta donde hemos podido ver. Claramente no se trata de su *modus operandi*.

—¿Esta vez tampoco dieron con el objeto fuera de lugar? —preguntó Jeffrey.

—No. Es el mismo caso que Terrence Morse e Inés MacIntyre.

—¿Algún signo de abuso?

—Ninguno. Encontramos la nota en el elástico de la falda. El número era el 583, tal cual esperábamos.

Eran pasadas las nueve y media cuando Luca dio paso al último de los casos. Todos estaban exhaustos y hambrientos, pero ninguno insinuó la posibilidad de detenerse.

—Teníamos un mal presentimiento respecto a lo que podía ocurrir después —dijo Luca en tono grave—. Los crímenes han sido cada vez menos…, sutiles.

Se acercó a la pizarra para señalar la fotografía de Robert Silva, tomada cuatro días antes en el cine Beverly.

24

El equipo se marchó del edificio del FBI a las diez de la noche.

Jeffrey fue el único que se quedó, y lo primero que hizo fue buscar la fotografía de los cuatro bolígrafos alineados junto al cuerpo sin vida de Terrence Morse, el empresario millonario que había optado por una vida austera al servicio de la iglesia. Amplió aquella zona de la fotografía y la imprimió. Después de darle vueltas y de buscar modelos en internet, concluyó que no se trataba de bolígrafos, sino de estilográficas, y convino en que era imposible que aquella distribución caprichosa fuera casual. Había algo familiar, que incluso había advertido durante la exposición de Erica Sanders, pero que ahora también se le escapaba.

Utilizó la siguiente hora para revisar los últimos casos en los que él había trabajado, algunos activamente y otros simplemente colaborando de forma remota con los departamentos de policía locales. Supuso que, si refrescaba la información de cada uno, daría con el detalle esquivo que de modo inconsciente había encendido en su cerebro una señal de alerta.

Pero se equivocó. Seguir buscando azarosamente no serviría de nada. Se recostó en el respaldo de la silla, cerró los ojos, y se propuso repasar la imagen de los bolígrafos mentalmente. La desplegó como un telón en su imaginación y se dejó impregnar por ella como si se tratara de la voz de un hipnotizador.

En algún momento se quedó dormido y su mente lo transportó a una habitación de hospital, tendido en una cama de esas que se reclinan con un mando. Arriba, abajo. Arriba, abajo. El respaldo se movía con un zumbido tranquilizador, pero de repente alguien presionó el botón equivocado y la cama se desplomó. Instintivamente estiró los brazos y las piernas y un fuerte golpe en la rodilla lo despertó.

Abrió los ojos, desorientado, sin saber cuánto tiempo había dormido en la silla de su nuevo puesto de trabajo.

Pero con el sueño llegó una revelación. Curiosamente, no se relacionaba con los cuatro bolígrafos en los que había estado pensando antes de quedarse dormido, sino con otra fotografía que había despertado su curiosidad durante el día: la de Abigail Flackett, amarrada al poste de madera del porche trasero.

Con una inyección de adrenalina, movió el ratón para hacer despertar el portátil, dormido como él.

Accedió a la red interna del FBI y buscó la fotografía. La amplió y

comprobó lo que había sospechado durante sus minutos de somnolencia. Esbozó una sonrisa.

Detrás de los pies de Flackett, a un lado de la mancha de sangre, había una maceta con un cardo de flores redondas y violetas. Lo curioso era que la planta no tenía una sola gota de sangre. Se sentía eufórico, porque a esas alturas estaba seguro, no sólo de que esa planta era la pista del asesino, sino que además creía saber dónde la había visto antes.

Una búsqueda rápida en Google lo confirmó.

Se dejó caer en la silla, abrumado por el peso de lo que acababa de descubrir.

25

George había programado la alarma del móvil a las cinco y media pero se despertó antes de que sonara. Camino del baño bostezó. Había trabajado hasta pasada la medianoche en el perfil del asesino que iban a discutir ese día. Las tres horas que había dormido no habían sido suficientes. Examinó su rostro en el espejo cuadrado y encendió la afeitadora eléctrica.

Algo distrajo su atención.

Apagó el aparato y confirmó que el móvil estaba sonando en la mesilla de noche. Al llegar ahí vio que era Jeffrey.

—¿Ha sucedido algo?

—Sí, pero nada malo. Supuse que estarías levantado.

—Quería repasar mis notas —dijo George mientras se sentaba en la cama. Vestía únicamente unos calzoncillos negros de algodón.

—¿Puedes venir?

—¿Ahora? Es realm…

—Tengo el mensaje. Lo descubrí.

George se quedó en silencio. No tenía sentido seguir indagando, su corazón le golpeó en el pecho de pura excitación.

—¿Sigues en la oficina?

—Sí.

—En treinta minutos estaré allí.

—Aquí te espero.

Los treinta minutos se redujeron a veinticinco. George se afeitó y duchó en la mitad de tiempo que el habitual y terminó de vestirse mientras un empleado le entregaba el coche. A esas horas de la madrugada no había prácticamente tráfico. En el ascensor caminó en círculos y casi chocó con las puertas cuando escuchó el aviso del piso quince. No se cruzó con nadie, ni siquiera con la recepcionista, y maldijo por lo bajo cada vez que tenía que colocar su tarjeta frente al lector de apertura de las puertas. Balanceaba su portafolios con vehemencia. Corría cuando finalmente llegó a la oficina, como un niño grande con ganas de orinar.

Encontró a Jeffrey sentado en su escritorio, de espaldas.

—Récord absoluto —dijo Jeffrey—. Es una de las pocas veces que te veo sin la corbata.

George sacó la corbata del bolsillo de la chaqueta y empezó a ponérsela.

—¿Has podido dormir algo? —preguntó mientras pasaba la cinta de tela por delante de su cara.

—No mucho. Cabeceé antes de dar con la pista, casi por casualidad. Mejor vamos a la herradura. —Jeffrey empezó a juntar los documentos que había sobre el escritorio.

—¿Te ayudo?

—Mejor lleva un par de tazas de café.

En tres minutos, ambos estaban en la herradura. Jeffrey buscó la fotografía en la que se veía la planta por detrás de los pies de Abigail Flackett. Le habló a George de cómo la ausencia de sangre le había llamado la atención.

—Mira —dijo Jeffrey señalando la pantalla del ordenador—. He tenido que leer un poco sobre los cardos. Lo que comúnmente se conoce como cardo, es en realidad una familia numerosa de variedades de plantas diferentes, todas ellas con su correspondiente nombre impronunciable. Este de aquí se conoce comúnmente como cardo de algodón.

George enarcó las cejas. Todavía no había logrado hacer la conexión en su cabeza.

—Se trata de la flor nacional de Escocia —dijo Jeffrey—. También es conocido como Cardo escocés.

Hizo una pausa. Sabía que George no reconocería la flor ni haría la conexión que él había hecho antes. Bebió un trago de café y buscó dos fotografías que había guardado celosamente en una carpeta.

—La calidad es pésima —reconoció—. Hoy en día se encuentra casi todo en internet si uno sabe dónde buscarlo.

George se sintió contrariado. Una de las fotografías mostraba un primer plano de la misma flor que habían encontrado en la maceta de la escena del crimen; la bola de pinchos coronada por una densa flor violeta era inconfundible.

La otra fotografía le cortó el aliento. Mostraba a una mujer amarrada a un poste. Un hombre disfrazado de caballero medieval le estaba cortando el cuello con una daga o algo parecido. La similitud con la disposición del cuerpo de Abigail Flackett era imposible que pasara inadvertida.

—Son escenas de la película *Braveheart* —dijo Jeffrey con tono ominoso.

George apartó lentamente la mirada de las fotografías, la fijó en Jeffrey y volvió a las imágenes, todo sin pronunciar palabra.

—Háblame de esa película.

—¡Dios, George! ¿No has visto *Braveheart*?

—No.

Jeffrey negó con la cabeza.

—Al inicio de la película, una niña le entrega a un niño una flor como esta. Se genera entre ellos un vínculo, que hará que se busquen cuando crezcan y se enamoren el uno del otro. El nombre de él es

William Wallace y el de ella Murron MacClannough. —Jeffrey repasó los nombres de una breve sinopsis que había impreso—. Una noche él le devuelve la flor, que había conservado durante años dentro de un libro; le propone matrimonio y ella acepta. Poco después, tras una revuelta, Murron es asesinada a manos de guerreros ingleses, lo que deja a William sumido en el desconsuelo y lo empuja a armar un ejército para lograr la independencia de Escocia de Inglaterra.

George asió la fotografía de la película.

—Excelente trabajo, Jeffrey.

Sin decir nada, como un mago que hace surgir la baraja correcta del bolsillo del pantalón, Jeffrey extrajo otras dos fotografías.

Una mostraba a John McGraham, el vagabundo que había sido asesinado en la vía pública. La otra…

Jeffrey empezó a decir algo, pero George lo interrumpió.

—*Gladiator*. Esta sí la he visto.

—Exactamente.

En la otra fotografía se veía al Emperador de Roma, Commodus, agonizando en la arena del Coliseo con un cuchillo clavado en el cuello; el mismo sitio que el hallado en Mr. John.

—Cuando he advertido la conexión de estas dos fotografías, te he llamado —dijo Jeffrey—. En lo que tú has tardado en llegar, he encontrado otra. Es sencillo cuando sabes en qué dirección mirar.

Extrajo el último par de fotografías. George vio a Robert Silva sentado en el escenario del Beverly con las piernas amputadas.

—¿Quién es el otro? —dijo George refiriéndose a la segunda fotografía.

—El teniente Dan, uno de los personajes de *Forrest Gump*. Perdió las piernas durante un bombardeo.

En la fotografía se veía al hombre trepando por los muretes laterales de la cubierta de un barco. Llevaba unos pantalones rayados anudados en el extremo de sus miembros amputados. A un lado había una silla de ruedas.

—¿Es lo que creo? —preguntó George señalando el lateral de la silla de ruedas, donde había una pegatina color rojo y azul.

—Sí. No se alcanza a leer en la impresión, pero dice: AMÉRICA. Un lugar a nuestra medida.

George soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones. Tenía la sensación de no haber respirado desde hacía minutos. Se sentía eufórico. Jeffrey había hecho un trabajo estupendo.

—¡Son películas! —dijo Jeffrey—. Y las tres tienen una cosa en común.

—¿Qué?

—Todas ellas han ganado el Oscar a la mejor película.

26

—Jeffrey ha descubierto algo importante —dijo George—. En este momento está trabajando en ello y nos lo explicará en un rato. Mientras tanto, nos ocuparemos del perfil del sujeto en función de lo que sabemos hasta ahora.

Salvo el propio Jeffrey, el resto de los investigadores estaban presentes en la herradura. Alyssa fue la más sorprendida, pues no estaba al corriente de los hallazgos de su compañero.

Luca intercambió miradas de desconcierto con Durham.

—Hay que poner primero algunas cosas en perspectiva —dijo George—. La posibilidad de resolver un caso por medio de un perfil psicológico es insignificante. De hecho, en los últimos cuarenta años sólo tenemos constancia de un puñado de situaciones donde esto ha sucedido. En el resto, el trazado del perfil del sujeto ha servido como herramienta para complementar nuestro trabajo, e incluso en algunos, hay que reconocerlo, se han cometido errores graves que llevaron a las autoridades en la dirección opuesta. En el caso del empaquetador, por ejemplo, el perfil fue sumamente útil, pero para dar con el culpable fue necesario un trabajo de investigación profundo. De un tiempo a esta parte, nuestra unidad está intentando limar las asperezas interdepartamentales, y el modo de hacerlo ha sido promover un nuevo modo de trabajo, con equipos mixtos, donde cada uno aporte lo que mejor sabe hacer. El perfil de un asesino en serie, junto con la cantidad de información estadística que el FBI ha recopilado en los últimos años, son herramientas poderosas si se utilizan correctamente. Pero no son mágicas. El FBI todavía no ha inventado unas siglas ingeniosas para esta manera de trabajar, en continua retroalimentación y en línea con las fuerzas policiales locales, y puede que sea la razón por la que funcione.

El comentario generó algunas risas.

—En esto creemos mi equipo y yo. La agente Alyssa Paget, aquí presente, y Jeffrey Lowe, que dicho sea de paso ha servido durante años como detective en Nueva York, creen fervientemente en el trabajo que vosotros habéis estado haciendo, y será necesario que confiéis en el nuestro. No funcionará de otra forma.

George se volvió hacia la pizarra, donde estaban alineadas las ocho fotografías de las víctimas. Las estudió unos segundos y luego se acercó a la esquina de la mesa, donde consultó brevemente sus notas.

—Estamos en presencia de un sujeto con ansias de poder y control, eso es evidente. Un psicópata. —Tras una pausa concluyó—: Un

sádico.

De inmediato advirtió cómo Alyssa lo miraba con cierta curiosidad. Él le dedicó un ligero movimiento de cabeza y continuó:

—Aunque no es un sádico convencional. Un psicópata, por definición, encuentra gratificación en su comportamiento antisocial, no importa de qué delito se trate. Matar es sólo la cúspide de una pirámide de posibilidades. El asesino sádico, como caso particular, obtiene placer mediante el sometimiento y la tortura de sus víctimas. Muchas veces la muerte en sí no es más que una consecuencia del maltrato.

Las fotografías que tenían delante no evidenciaban este tipo de comportamiento, por supuesto. Por el contrario, las muertes parecían haber sido infligidas de manera de minimizar el dolor.

—A veces, las cosas no son lo que parecen —prosiguió George—. Tomemos como ejemplo el caso de Jeffrey Dahmer, condenado por quince asesinatos, la mayoría de ellos cometidos en un lapso de cuatro años. Todas sus víctimas fueron hombres y el modo de atraerlos era siempre más o menos el mismo. Se acercaba a ellos en bares, entablaba una conversación casual y entonces los invitaba a su apartamento a beber unas cervezas o mirar pornografía. A algunos les ofrecía dinero para que posaran desnudos.

George no había tenido la oportunidad de visitar a Dahmer en prisión, pues un convicto lo había asesinado diez años atrás, pero el caso le resultaba fascinante desde el punto de vista teórico.

—La suerte de Dahmer se terminó cuando uno de sus invitados, casi a punto de morir y entrenado en artes marciales, logró escapar y narró el horror que había visto en la casa donde había permanecido durante unas horas. Como nunca se habían recuperado los cuerpos de las víctimas anteriores, recién en ese momento se supo lo que había tenido lugar allí. Dahmer les practicó a cada uno de los hombres orificios en el cráneo mientras todavía estaban vivos y les inyectó ácido. Más tarde los desmembró y conservó sus partes en el refrigerador. Los crímenes cometidos por Dahmer son a menudo utilizados como ejemplo de lo más aberrante que un hombre es capaz de hacer a otro. ¿Inyectar ácido directamente al cerebro? Es imposible imaginar algo más doloroso, ¿verdad?

Si bien la mayoría estaba al tanto del caso, escuchar los detalles era perturbador. El silencio en la herradura era total.

—¿Era Jeffrey Dahmer un sádico? —preguntó George—. La respuesta es no. No lo era. La razón por la que perforaba el cráneo de sus víctimas e inyectaba ácido dentro no tenía nada que ver con la tortura, sino con el deseo de quitarles la consciencia, convertirlos en sus juguetes, tenerlos cerca siempre. Se sabe que, al menos, cometió canibalismo con uno de los cuerpos. Los altares que hacía y la

conservación de las partes en el refrigerador, formaban parte de un intento desesperado por mantener a las víctimas junto a él. El único superviviente cuenta que, antes de escapar, Dahmer lo llevó al refrigerador y, embelesado, le preguntó si las partes humanas que conservaba no eran hermosas. También se supo que, cuando fracasaba en sus intentos de practicar la lobotomía, el hombre les daba a sus víctimas un sedante y luego los estrangulaba. Después los descuartizaba. El sufrimiento no era un propósito, sino una consecuencia.

George se acercó de nuevo a la pizarra y señaló las fotografías.

—Lo que tenemos aquí son cortes en la garganta, ningún signo de maltrato. En la mayoría de los casos, la víctima fue sorprendida, incluso mientras dormía. No hay un solo indicio de sadismo. Sin embargo, hay un exceso de confianza. Exponer los cuerpos para que la policía los encuentre es una muestra de poder y suficiencia. La mayoría de los asesinos en serie organizados los esconden, como es lógico suponer si no desean ser capturados. Nuestro sujeto claramente no tiene intenciones de ser atrapado, sin embargo se siente suficientemente confiado para dejar los cuerpos en la escena del crimen. Estamos en presencia de un individuo narcisista, que necesita sentir el control y que disfruta con ello. En este caso, somos nosotros, los observadores de sus crímenes, los que le estamos brindando la sensación de poder y el sufrimiento ajeno que necesita.

Alyssa le hizo un gesto con la mano. Él asintió.

—George, estoy de acuerdo en el narcisismo. ¿Estás seguro del sadismo? Cómo has dicho, no hay indicios de ello.

—La necesidad excesiva de poder, convierte a un psicópata narcisista en sádico. Lo pone en situación de control. En este caso, la puesta en escena le proporciona esa sensación. Si su intención no fuera exhibir los crímenes y deleitarse con eso, lo conseguiría haciendo que sus víctimas le supliquen por su vida, como lo hicieron Bianchi y Buono, por citar sólo un ejemplo.

Señaló el cuerpo sin vida de John McGraham, con la cabeza vuelta hacia atrás y el cuchillo de cocina clavado en la herida del cuello.

—Un ego de semejante magnitud —continuó George—, sugiere mucha seguridad, y no creo posible que el sujeto la haya alcanzado sin antes haber cometido otros asesinatos. Los homicidios de esta serie no son los primeros. Ha debido perfeccionarse y fortalecer su confianza, de manera que hay otros casos ahí afuera sin resolver. No podemos tener la certeza de que hayan tenido lugar aquí en Los Ángeles, pero sí estoy seguro de que han sido perpetrados con un cuchillo. A diferencia de la serie de asesinatos actuales, donde el sujeto se regocija en el impacto de su obra, en ellos sí habría muestras de sadismo.

—¿Tiene sentido buscar casos no resueltos con esa información? —

preguntó Luca.

—Yo creo que sí —dijo George—. Está claro que el sujeto se ha perfeccionado y ha elegido a sus víctimas al azar, distribuidas geográficamente de manera de ocultar su zona de confianza. Puede que en el pasado no haya sido tan cuidadoso. Nos concentraremos en aquellos cadáveres con signos de tortura, y preferiblemente aquellos en los que apenas se haya avanzado en encontrar al culpable. Parte de la confianza de este sujeto es que en el pasado no ha estado siquiera cerca de ser capturado.

Regresó al centro de la sala y le pidió a Alyssa que fuera tan amable de acercarse.

Ella lo hizo y se aclaró la garganta.

—Considerando el hallazgo del condón en el quinto caso, y el razonamiento que George ha expuesto respecto a que nuestro sujeto lleva un tiempo asesinando, podemos suponer que es un hombre blanco, de unos treinta años. Además, más del sesenta por ciento mata según la propia raza, por lo que podemos aumentar las probabilidades de que el sujeto sea blanco. Pero no perdamos de vista que estos son valores fruto de la estadística. Lo que sí podemos afirmar, es que estamos en presencia de un asesino extremadamente organizado, con un patrón de conducta narcisista y ¿si…?

Erica Sanders había alzado la mano.

—¿El hallazgo del condón es suficiente para catalogarlo como a un asesino con motivaciones sexuales?

—Buena pregunta, Erica. Me temo que el acto sexual en sí, si bien forma parte de las posibilidades, pocas veces es el móvil en este tipo de casos. Los asesinos en serie normalmente padecen alteraciones en cuanto a su deseo sexual, que los llevan a obtener placer de objetos o situaciones no convencionales. En el caso de un sádico suele ser infligir dolor, alimentándose del miedo ajeno, pero en términos generales se trata de sentir poder y control. La disfunción sexual y la búsqueda de placer en perversiones específicas, lejos de ser la excepción, son la regla. En este caso, vemos claramente la necesidad de poder, el control de la situación que pronto se reflejará en la opinión pública y que el sujeto espera con ansias. No sabemos exactamente qué lo excita, pero sí sabemos con certeza que sus raíces se encuentran en una fantasía sexual.

Alyssa observó a su jefe a la espera de algún comentario más. Él negó ligeramente con la cabeza. Luca se sintió admirado por la sincronización con la que funcionaban. De hecho, había subestimado el aporte del FBI desde el principio. Era evidente que George tenía un perfil catedrático, y eso en general a Luca tendía a irritarlo un poco, pero el tipo le caía bien.

—La caracterización de un asesino organizado —continuó Alyssa

—, puede ser en ocasiones contradictoria, pero este caso no deja lugar a dudas. En este tipo de crímenes ningún detalle se deja de lado, hay premeditación en cuanto a la víctima, la localización, las circunstancias, todo. Si llegado el momento de dar el golpe, el sujeto advierte que las cosas no son como las ha previsto, simplemente se echará atrás. Llevará consigo las herramientas que necesite y se encargará de no dejar ninguna evidencia atrás que pueda incriminarlo. Normalmente, incluso esconderá el cuerpo de un modo eficiente. El caso que nos ocupa, y como ha señalado George, el haber dejado los cuerpos expuestos es parte de la planificación y denota absoluta confianza.

—Hay varios antecedentes de casos de este tipo —intervino George —, donde el sujeto se plantea poner a prueba a los investigadores. Claramente se siente invencible y todopoderoso. Nuestro deber es suponer que todo lo que vemos está ahí porque él así lo ha querido. Y ya que hemos estado hablando de estadísticas, permitidme deciros que la mayoría de los asesinos en serie organizados son atrapados cuando cometen un error, a veces tonto, y no gracias a nuestro trabajo. Esto demuestra la importancia de estar alerta.

—Creo que sería interesante mencionar los antecedentes —sugirió Alyssa.

—¿De nuestros fracasos?

Todos rieron.

—Casi siempre han sido alumnos aventajados —dijo Alyssa—, de inteligencia media o superior, criados en un hogar con disciplina excesiva o nula; los dos extremos son posibles. Es altamente probable que haya habido episodios de abuso sexual o algún tipo de situación estresante referente al sexo. Más del setenta por ciento de los asesinos en serie ha sufrido alguna de las dos experiencias. Es necesario investigar de inmediato el pasado de cada sospechoso. Si bien una situación como las descritas no es indicadora de culpabilidad, nos dará, de ser confirmada, una idea de que estamos mirando en la dirección correcta.

Mientras hablaba, Alyssa paseaba la mirada por todos los presentes. Los dos agentes del FBI tomaban algunas notas esporádicamente, quizá incluso por cortesía. Aunque su especialidad no fuera la psicología criminal, seguramente estarían familiarizados con muchos de los conceptos.

—La caracterización de un asesino altamente organizado en su vida adulta no deja mucho margen para la especulación —dijo Alyssa mientras abría los brazos y le daba a la frase más contundencia—. La misma inteligencia que vemos en las escenas del crimen está volcada en su vida diaria. Son individuos que en apariencia tienen una vida resuelta. Una fachada perfecta. Suelen tener una posición económica

media-alta, movilidad propia e independiente, son obsesivos con sus espacios y su trabajo. Son sexualmente competentes, lo que los lleva…

Otra vez Erica le pidió la palabra con un gesto.

—Antes has dicho que normalmente tienen perversiones, ¿cómo es que son sexualmente competentes?

—Hay varias posibilidades —respondió Alyssa—. Estos sujetos son maestros en el arte de la manipulación. Si pueden complacer sexualmente a sus parejas, y si lo desean, lo harán cuando ellos lo dispongan. Tanto si eligen hacerlo ocasionalmente, como si no, encontrarán la manera de hacer recaer la responsabilidad en *el otro*, haciendo que se sientan responsables por la falta de deseo. En cualquier caso, la imagen que proyectará será de felicidad.

—Entiendo —dijo Sanders.

—La observación es muy buena, porque juntamente con el pasado del sujeto, su pareja será el segundo aspecto en el que deberemos enfocarnos.

—Lo importante —dijo George—, es que esa manipulación se extiende a todo su entorno: amigos, compañeros de trabajo, jefes. Todos creen que tienen entre manos a un personaje ejemplar. Esto es lo que alimenta el día a día de un individuo narcisista, que debe tener el control a cualquier precio, y que disfruta cuando los demás toman las decisiones que él los empuja a adoptar con sus manipulaciones.

—Cabe señalar que la expresión *a cualquier precio* es absolutamente literal. No debemos olvidar lo que George ha dicho al principio respecto a los psicópatas. No hay empatía alguna por el dolor o los sentimientos ajenos. Son incapaces de experimentarlo.

Alyssa se detuvo.

—Una última cosa —dijo George—. El sujeto seguirá su caso en los medios y, eventualmente, se pondrá en contacto con nosotros. Ha ido dosificando información, pero el último crimen tiene como propósito que entendamos de una vez por todas de qué va este juego para él. Y para eso, dejadme que os diga que el formidable hallazgo de Jeffrey nos ha acercado bastante.

En ese momento, la puerta de la herradura se abrió y Jeffrey asomó su rostro demacrado.

27

Jeffrey se había lavado la cara, pero aun así la falta de sueño era evidente. Había tomado demasiado café, que había formado una película pegajosa en su paladar y lengua, los ojos le ardían y el cuerpo le dolía como si hubiera recibido una paliza.

Se acercó a la pizarra donde seguían expuestas las fotografías desde el día anterior y sacó algunas, de manera que sólo dejó ocho en la parte de arriba. En la mano llevaba unas pocas hojas que había traído consigo, pero no las colgó todavía. Empezó a hablar sin rodeos, consciente de la expectativa de sus compañeros.

—El asesino está representando escenas de películas —sentenció.

Hubo asombro, incomprensión, descreimiento; todas esas sensaciones pasaron por los rostros en apenas un instante.

—Lo descubrí anoche, de casualidad —explicó Jeffrey—. Me llamó la atención la falta de un elemento ajeno en el caso de Abigail Flackett. He consultado el expediente y sé que la señora Flackett era aficionada a la jardinería y que el jardín trasero estaba repleto de plantas estrafalarias. Si hubiera sabido eso desde el principio, no me habría fijado en la planta que aparecía en la fotografía.

A continuación, relató más o menos la misma historia que le había narrado a George esa madrugada. Todos habían visto *Braveheart*, por supuesto.

Se produjo un silencio ominoso cuando Jeffrey se acercó a la pizarra y colocó la primera fotografía debajo de la de Abigail Flackett. Era la escena de la película *Braveheart* y la relación entre ambas era evidente.

—Por supuesto, conseguiremos otras de mejor calidad. Estas son impresiones de vídeos de muy baja definición.

A continuación, se acercó a la pila de papeles que había dejado en la esquina de la mesa y agarró un trozo de papel más pequeño. Lo colocó en la pizarra con una chincheta justo debajo de la imagen. Indicaba el año 1996.

—Todas las películas han recibido el Oscar a la mejor película. Una vez que hemos establecido el patrón, ha sido sencillo descubrir las relaciones. *Braveheart* recibió la estatuilla en el año 1996.

Nadie tomaba notas. Luca tenía la vista clavada en la pizarra. En su cabeza se había generado una mezcla de culpa y excitación. Lo primero por no haber descubierto la conexión él mismo, aunque reconocía que jamás habían siquiera sospechado algo semejante, y excitación porque era la primera vez desde el hallazgo del condón que

había un avance significativo.

—Será mejor que comencemos por el primer asesinato —dijo Jeffrey. Colgó una imagen debajo de la fotografía de Dorothy Whitmore—. Se trata de *El señor de los anillos*, la ganadora del año 2004.

La imagen mostraba a un actor vestido de rey, agonizando en medio de una batalla. Encima del hombre estaba su caballo, también muerto y tendido de costado.

—No fue tan complicado dar con esta escena de la película —dijo Jeffrey—. Ningún personaje principal muere. Este es el rey de Rohan, definitivamente un personaje secundario.

El caballo de felpa sobre el cuerpo de Dorothy Whitmore tampoco dejaba lugar a dudas en cuanto a la relación. Había incluso un parecido entre el peinado del rey, una melena corta y rubia, con el de la mujer.

—Como veremos en un momento, es el único caso en que el género de la víctima no coincide con el del personaje de la película. Aunque la vestimenta y el corte de cabello del Rey bien podrían pasar por femeninos hoy día.

A continuación, venía la primera anomalía. Algunos de los presentes ya habían hecho la observación mentalmente.

El agente colocó el siguiente letrero, pero no se trataba del año 2003, sino del 2002. El asesino había saltado un año.

—Aquí han ocurrido dos cosas extrañas. La primera, es que el asesino se ha saltado *Chicago*, la película ganadora del año 2003. Si partimos de la base de que no hemos pasado por alto ningún homicidio, lo cual parece lógico, porque la secuencia numérica respeta la progresión a la perfección, entonces no caben dudas de que ha habido un salto. Como habrán advertido, el hecho se repetirá más adelante.

Jeffrey colgó la imagen. Todos la reconocieron de inmediato. En ella aparecía Russell Crowe, caracterizado como un hombre mayor, sentado en una mesa redonda. La imagen pertenecía a *Una mente maravillosa*, en la que protagonizaba al esquizofrénico matemático John Nash, ganador del premio Nobel. Aquella parte de la película, casi al final, mostraba el momento en que sus colegas profesores le manifestaban su admiración obsequiándole cada uno con su estilográfica. Estas estaban en la mesa, una junto a la otra, ante un conmovido Nash que abrazaba su portafolios con vehemencia.

—Una particularidad aquí es que la escena no representa un homicidio. No estoy seguro, pero me atrevería a asegurar que nadie muere en esta película.

Por primera vez alguien hizo una acotación.

—Yo sí estoy segura —dijo Erica Sanders—. La he visto unas

cuantas veces. Es la favorita de mi esposo. No entiendo cómo no advertí lo de los bolígrafos…

—A mí los bolígrafos me llamaron la atención desde el principio —dijo Jeffrey—, pero no conseguía ver qué tipo de conexión había. Se trata de un detalle demasiado insignificante. Ya veremos cómo, desde mi punto de vista, las pistas se van haciendo más evidentes.

La siguiente película era *Gladiator*. Otra vez, la relación era sencilla de advertir cuando uno la tenía frente a sus narices. Sin embargo, llegar a ella a partir de un cuchillo clavado en la garganta de un mendigo parecía una tarea imposible. La película dirigida por Ridley Scott y protagonizada también por Russell Crowe había ganado el Oscar a la mejor película en 2001. No había salto temporal en este caso.

A estas alturas, a nadie le había pasado inadvertido que el asesino había elegido empezar desde el presente e ir retrocediendo temporalmente. Cuando uno lo pensaba un momento, había una explicación perfectamente racional: si el asesino hubiese avanzado en el tiempo, hubiera existido un límite bien definido. De esta manera la lista podría ser larguísima.

La muerte de Inés MacIntyre, que a los veintidós años había abandonado Las Vegas persiguiendo una carrera como actriz, y que había sido hallada en la bañera de su casa con la garganta abierta y seis puñaladas en el pecho, tenía una relación cinematográfica con *American Beauty*. La escena de la hermosa y joven Mena Suvari, descansando desnuda en una bañera repleta de pétalos de rosas ante la mirada embelesada del padre de su amiga, era idéntica a la del crimen, salvo que los pétalos de rosas habían sido reemplazados por sangre.

Había un detalle espeluznante, y era que en ambos casos una de las rodillas salía del agua enrojecida.

American Beauty ganó el Oscar a la mejor película en el año 2000.

El año anterior había sido el turno de *Shakespeare in love*. En esta comedia romántica ambientada en el siglo dieciséis, Gwyneth Paltrow interpreta a Viola, una muchacha que oculta sus rasgos femeninos para poder incorporarse en el mundo del teatro, donde todos los papeles son interpretados por hombres, incluso los de mujeres. En la imagen que Jeffrey había escogido, se veía a Viola, ya aceptada como actriz, con un hermoso vestido de encaje, el cabello rubio peinado con dos trenzas en forma de corona, sentada junto a su amado, que acaba de ingerir una dosis de veneno. Ella se clava entonces una daga en el pecho y suelta un lienzo rojo que simula ser sangre.

Igual al encontrado sobre Gail Mitchell, la quinta víctima.

—A continuación hay otro salto temporal —dijo Jeffrey, que se sentía más animado mientras hablaba—. *Titanic* fue la ganadora del

año 1998, sin embargo el asesino ha recreado *El paciente inglés*.

Colgó en la pizarra una imagen en la que se veía a una mujer tendida en un sitio oscuro; parecía una cueva. Un poco más abajo colgó otra. Esta mostraba un detalle del cuello. La definición no era buena, pero todos sabían que aquel objeto era un dedal, como el que encontraron en el cuerpo de Nadine Reinhold, cuyo cadáver había sido hallado en el arcén de la ruta en Crystal Springs.

—¿Ven a lo que me refiero con la evolución de las pistas dejadas por el sujeto? —dijo Jeffrey—. Hasta ahora teníamos un caballo de felpa, unos bolígrafos que para cualquiera pasarían inadvertidos, un cuchillo, un paño rojo, todos simples objetos imposibles de relacionar con una película. En este caso, tenemos por primera vez un objeto fuera de lo común: un dedal perforado en los extremos.

El dedal que aparecía en la película había sido un regalo de Almásy, el personaje de Ralph Fiennes, a su amada, interpretada por Kristin Scott Thomas. Más adelante en la trama, ambos quedan varados en medio del desierto y él parte en busca de ayuda, dejando atrás a la mujer en una cueva, con apenas algunas provisiones para sobrevivir. La desdicha hace que Almásy sea capturado y no pueda regresar. La mujer se aferra al dedal como lo hace con su vida.

La siguiente película era *Braveheart*. Otra vez, el cardo de algodón era un elemento fuera de lo común. Sin embargo, en un jardín repleto de plantas exóticas podía pasar desapercibido.

—Por último, llegamos a *Forrest Gump*. —Jeffrey colgó la imagen del teniente Dan Taylor, la memorable creación de Gary Sinise—. No es posible advertirlo aquí, pero la inscripción en la silla de ruedas coincide con la frase hallada en el escenario del Beverly.

—Es como si quisiera… —Luca habló más para sí que para el resto. Había permanecido todo el tiempo sumido en una fascinación hipnótica. Apenas podía creer todo aquello.

—Exacto —dijo Jeffrey—. Es como si a estas alturas quisiera que lo supiésemos. Las referencias han sido cada vez más evidentes. La amputación de las piernas debió de llevarle un tiempo considerable, y además nos ha dejado la frase.

Tras lo anterior, el agente agregó los años cuyas películas no habían sido representadas por el sujeto.

Era la primera vez que veían la secuencia bajo esta nueva perspectiva. Guardaron silencio durante un buen rato, procesando la información. ¿Por qué había dejado fuera a *Chicago* y *Titanic*? ¿Qué relación tenían las películas elegidas?

2004 *El señor de los anillos*
2003
2002 *Una mente maravillosa*

2001 *Gladiator*
2000 *American Beauty*
1999 *Shakespeare in love*
1998
1997 *El paciente inglés*
1996 *Braveheart*
1995 *Forrest Gump*

Erica rompió el silencio. Golpeó las palmas una vez y luego otra. George fue el primero en seguirla. En pocos segundos, todos aplaudían.

28

La frase dejada por el asesino en el cine Beverly podría servir para que alguien más estableciera la relación que ellos ya habían descubierto. Había sido publicada en el Times, leída por miles de personas. ¿Cuánto tiempo tenían de margen?

¿Un día? ¿Dos?

Para George, armar los grupos de trabajo era una prioridad.

El primer equipo estaría formado por el detective Durham y el agente Strong. Ellos iban a enfocarse principalmente en el caso de Robert Silva, el dueño del Beverly, siguiendo con los procedimientos habituales de analizar en detalle los informes forenses y en entrevistar a todos aquellos que pudieran estar relacionados de una forma u otra con el crimen. Era el caso más reciente y su importancia era vital. Durham, como miembro de Robos y Homicidios, estaba perfectamente familiarizado con la gestión del departamento de policía. Strong, por su parte, era un individuo agudo, con capacidades probadas para interrogar sospechosos.

El detective Bruzzo y Alyssa iban a formar parte del segundo equipo. Tendrían a su cargo el caso de Abigail Flackett, el cual, después del hallazgo del cardo de algodón, se había convertido en prioritario. No había sido debidamente investigado en su momento, sencillamente porque habían pasado por alto una evidencia que podía ser trascendental.

Por último, la tercera fuerza iba a ser conformada por Erica Sanders y el agente Kinsman. Tendrían como prioridad la muerte de Gail Mitchell, que no dejaba de ser fundamental tras el hallazgo del ADN. George estaba de acuerdo en que haber esperado sólo doce días desde el asesinato anterior evidenciaba motivaciones adicionales.

George había tomado la decisión de apartar a Jeffrey de las calles y asignarlo a lo que él mismo había gestado: el análisis de la serie de películas elegidas por el sujeto. Todavía quedaban muchas preguntas por responder, como por ejemplo por qué había elegido esas películas en particular, o por qué se había saltado algunas. Y, por supuesto, ¿cuál era el significado de los números en cada escena del crimen?

George les comunicó su decisión a los miembros del equipo durante una reunión rápida en la herradura. Les pidió, además, trazar un plan de acción abarcando posibles zonas grises de la investigación y estrategias a seguir.

Tras el anuncio, George se encerró en su despacho donde recibió una visita de media hora de Luca Bruzzo.

Alyssa, que no estaba cómoda con la asignación de su compañero después de haberle dicho expresamente a George que prefería hacer equipo con Erica Sanders, se molestó por la actitud de Bruzzo de ir solo al despacho del jefe. Cuando el detective estaba a punto de salir, fue hacia allí. Se cruzaron en la puerta.

—¡Hola, compañera! —le dijo él en tono alegre mientras le sostenía la puerta para que entrara.

—Al menos esta vez no me la cierras en la cara —le soltó ella antes de entrar.

Alyssa no se molestó en ver la reacción de Bruzzo y cerró la puerta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó George.

—¿Qué ha sido qué?

—Lo que le has dicho a Bruzzo. ¿Ha ocurrido algo que deba saber?

—Eso quisiera saber yo —preguntó Alyssa.

George invitó a Alyssa a que se sentara.

—Empecemos de nuevo —dijo él—. ¿Qué me he perdido?

—Los equipos de trabajo...

—¿Qué pasa con los equipos de trabajo?

—Te dije que tenía un buen pálpito con Sanders. Siempre he respetado tus decisiones, y normalmente las considero acertadas, pero…

—Pero ¿qué? —George le dio un matiz un poco más grave a sus palabras. Lo suficiente para que ella lo advirtiera—. Parece que es la primera vez que trabajamos juntos. Siempre armo los equipos dividiendo el personal local. ¿Tienes algún problema con el detective Bruzzo? Porque si es así y eso va a entorpecer el trabajo, entonces tenemos un problema.

—¿Para qué ha venido a verte?

—Hablamos del periodista —explicó George—. El tal Robert Scott tiene información de primera y Luca ha hecho algunas averiguaciones por su cuenta para tratar de determinar la fuente.

Ella asintió, molesta consigo misma. Seguía convencida de que con Erica harían un mejor equipo, pero también sabía que no se estaba comportando de un modo profesional.

—¿Qué vas a hacer con el periodista? —preguntó.

—Voy a reunirme con él. Lamento todas las complicaciones políticas de este caso. Es una de las razones por las que necesito que estéis alerta allí afuera.

—Cuenta con ello.

—Escucha lo que voy a decirte —dijo inclinándose hacia adelante adoptando un tono confidencial—. Lo que ha hecho Jeffrey hoy será una constante en este caso. Vosotros seréis los que abráis las puertas. Yo estoy atado de manos.

George volvió a inclinarse hacia atrás en su silla y se llevó las

manos a la cabeza y las entrelazó. Luego agregó:

—Entonces, ¿todo está bien con Bruzzo?

—No habrá problemas —dijo Alyssa.

—Excelente. Tengo una intuición respecto al caso de Flackett. Ese cardo de algodón tiene que llevarnos a alguna parte. A Bruzzo no le gusta haber dejado este cabo suelto. Por lo demás, creo que han hecho un buen trabajo hasta ahora, ¿no crees?

—Por lo que he visto en los expedientes, parece una investigación correcta.

—Me alegra que todo esté en orden —dijo George echando un vistazo a su reloj—. Debo llamar a Mariann —se disculpó—. Le prometí hacerlo antes de su partido de *soccer*.

Alyssa se puso en pie.

—¿Cenamos con Jeffrey esta noche?

—Me parece perfecto. Oblígalo a que se vaya temprano, a ti quizá te haga caso.

Alyssa cerró la puerta de cristal tras de sí y cruzó la oficina con la vista clavada en la alfombra.

29

Cada vez que el GPS le daba una indicación, George lo miraba con recelo. Peyton vivía hacía el noroeste, al otro lado de las montañas, y el condenado prodigio de la tecnología insistía en guiarlo en la dirección opuesta.

Supuso que Jeffrey, que había sido el encargado de cargar todas las direcciones en el aparato —incluida la de Peyton—, podía haber cometido un error.

Recién se tranquilizó cuando tomó la autopista a San Diego. Durante quince minutos condujo admirando las montañas de Santa Mónica; eran las cuatro de la tarde del domingo y el tráfico era moderado. Una parte de él lamentaba no haber estudiado la ciudad y tener un mapa impreso, como había hecho siempre en el pasado. Depender de la tecnología no le gustaba.

Condujo el Taurus por las calles internas de Studio City y el GPS le indicó que estaba a punto de llegar a su destino.

Estacionó detrás de una limusina del tamaño de un trasatlántico. No era extraño verlas en Los Ángeles, pero allí parecía fuera de lugar. Los apartamentos parecían bonitos, pero no lo suficiente para que alguno de sus ocupantes pudiera darse el lujo de viajar en limusina. No había nadie al volante.

George caminó en dirección a la vivienda de su hermana atravesando unos jardines bien cuidados, y cuando se encontraba a medio camino, advirtió que la puerta de entrada se abría y surgía una figura masculina. Por el uniforme, lo identificó de inmediato como el chofer de la limusina.

El hombre se detuvo al verlo.

—¡George!

Era la voz de Peyton. Su hermana surgió desde atrás del chofer, lo esquivó y llegó donde estaba George en menos de dos segundos. Cuando se acercó lo suficiente, levantó la palma de la mano para que él se la chocara, y tras unos segundos de desconcierto y vacilación, él lo hizo.

—Hola, Peyton.

El parecido entre ellos era sorprendente: ojos ligeramente rasgados, pómulos bien marcados, frente amplia. George tenía el cabello rizado y negro, mientras que Peyton tenía una preciosa cabellera rubia idéntica a la de su madre.

—Por fin te dignas a venir —bromeó ella—. Sé que el trabajo es lo más importante para ti, pero al menos te han soltado un rato.

El chofer se estaba acercando. George no lo perdía de vista.

—Él es Vince —dijo Peyton.

Vince, que estrujaba una gorra con los dedos, tenía la expresión de un soldado novato ante un general experimentado. Extendió una mano enguantada. George se la estrechó, todavía confundido. Peyton había logrado cierta estabilidad en el mundo del espectáculo, pero todavía no viajaba en limusinas.

—Vince Anderson. Encantado de conocerlo, señor. —La voz del joven tembló ligeramente.

Era alto, delgado y de ojos verdes. Tenía una cabellera rubia abundante en la que le había quedado marcado el círculo donde le calzaba la gorra.

—Es mi novio —dijo Peyton mientras aferraba el brazo de Vince y lo atraía ligeramente hacia ella. ¿No es guapo?

Vince se sonrojó todavía más. Tendría unos veinticinco años. Quizá menos.

—El placer es mío —dijo George, sabiendo que cualquier comentario no haría más que importunar al muchacho.

Vince se disculpó y anunció que debía marcharse. Tenía que recoger a un tal señor Williams en menos de media hora.

—Llámame más tarde —le dijo ella y lo besó en la boca.

Él dijo que lo haría y se metió en la limusina lo más rápido que pudo.

El apartamento de Peyton estaba en la primera planta. Tenía una terraza con vistas a una piscina común, que además tenía un conjunto de muebles de jardín y varias plantas. La sala principal era amplia y estaba decorada con muebles modernos y coloridos, entre ellos una mesa de cristal redonda con seis sillas de metal. En el fondo había una barra con taburetes y en el centro un desnivel con asientos y almohadones. Un televisor plano de cuarenta y dos pulgadas estaba ubicado estratégicamente frente al desnivel.

George estaba impresionado. Su hermana le había hablado del apartamento por teléfono y había advertido el entusiasmo en su voz, pero no había esperado un sitio tan confortable. Pensó en Inés MacIntyre, en la bañera de su propio apartamento, sin haber podido cumplir sus sueños.

—Comparada con la habitación en la que vivía antes, es el palacio de Versalles —dijo Peyton. Estaban de pie en el centro del salón—. Ven, te mostraré el resto.

La cocina era espaciosa, aunque Peyton reconoció que ahora que podía permitírselo prefería cenar fuera o pedir comida. Normalmente llegaba cansada y la cocina no se le daba bien. El tour por las habitaciones fue breve. Vieron sólo una de ellas porque, según Peyton, la otra no estaba presentable.

—Me gustaría que Mariann viniera alguna vez —dijo al pasar.

—Estoy seguro de que a ella le encantaría —respondió George—. No sé qué diría su madre al respecto.

Regresaron al salón y George se sintió atraído de inmediato por la pared frente a la terraza, que Peyton había convertido en una galería de fotografías. Era difícil decir cuántas había, pero posiblemente cerca de cien. Estaban organizadas por grupos. En el primero, y más reducido, estaban las familiares. En total no eran más de diez y en dos de ellas aparecían George y Mariann.

—¿Quién es? —preguntó George, refiriéndose a una fotografía en particular del segundo grupo.

Ella rio.

—Muy gracioso.

George sabía perfectamente quién era el actor de la fotografía. No conocía a muchas estrellas de Hollywood, pero sí a Jack Nicholson, el actor preferido de Peyton desde hacía años.

La fotografía principal era en blanco y negro. El legendario Jack, con sus cejas malignas y su cabello desaliñado, observaba la estancia con su mirada tan característica, esa dualidad infalible de locura y normalidad. Debajo de aquella fotografía había otras; la mayoría tomadas en presentaciones o entregas de premios.

—Es fanático de los Lakers —dijo Peyton.

En efecto, en muchas de las fotografías llevaba la gorra amarilla de Los Angeles Lakers.

En el centro de aquel conglomerado de rostros del actor de El resplandor, había tres fotografías que resaltaban especialmente. Tenían un marco dorado idéntico y eran ligeramente más grandes. En ellas, Peyton posaba junto a Nicholson. En las dos primeras parecía una chica común junto a su estrella favorita; en la tercera, ambos estaban vestidos de gala y detrás podían verse a otras personas bien trajeadas, con vasos en la mano y sonrientes.

—Fue durante una fiesta que organizó la productora de la serie, a finales de año —dijo Peyton—. Como están asociados con Universal para diversos proyectos, muchos actores estuvieron presentes. Pude hablar un momento con él.

George se maravillaba cada vez que escuchaba a su hermana hablar de su trabajo. Era un mundo tan distinto al de él que bien podría estar hablándole de una civilización extraterrestre.

—Me alegro mucho por ti. Hace un tiempo vi una película de él en la televisión en la que conocía a una mujer en una boda y…

—*Se acabó el pastel* —dijo Peyton de inmediato—. Con Meryl Streep.

Él asintió. También conocía a Meryl Streep.

Peyton fue hasta la barra, pasando junto a su colección de películas

en DVD.

—Tengo todas las de Jack, por supuesto ¿Quieres tomar algo?

—Una Coca Cola.

—¿Seguro que no quieres otra cosa?

—No, gracias. —George todavía no le había hablado a su hermana de los motivos que lo traían a la ciudad y estaba pensando en cómo abordar el tema.

Se sentaron en los asientos del desnivel, uno frente al otro. Entre ellos se interponía una mesa baja donde colocaron las bebidas. Peyton también se sirvió un vaso de Coca Cola.

Mientras bebían los refrescos, George pensó en lo extraño que resultaba el contacto personal entre ellos. Su relación había sido básicamente por teléfono durante los últimos años. George se había incorporado al FBI cuando Peyton era todavía una niña, se mudó a Quantico y durante años viajó periódicamente a Pittsfield, Massachusetts, para visitar a sus padres y a su hermana. Normalmente, algunos primos o tíos también aprovechaban para ver al exitoso George, con lo que la casa era un desfile de gente. Él no recordaba haber mantenido una charla a solas con Peyton durante aquellos años. En cierto sentido, lo lamentaba, porque ella había sido una chica con un carácter difícil, con ambiciones marcadas y poco convencionales, y no sabía hasta qué punto sus padres habían sabido entenderla. Con el tiempo todos aceptaron que para Peyton la actuación no era un capricho pasajero, pero al principio fue difícil. La muchacha sobresalía en las obras de la escuela, tomaba clases de actuación, baile y canto, pero en el resto de las asignaturas no se esforzaba. Sus padres tuvieron que presionarla severamente para que no abandonara los estudios. Finalmente se graduó, pero una vez lo hizo, salió desesperada a perseguir sus sueños. Pittsfield no había sido capaz de retenerla ni siquiera un verano; huyó de allí como si fuera un desierto en el que estuviera condenada a morir de sed.

—Todos estamos muy orgullosos de ti —dijo George.

—No te he preguntado si has visto la serie…

Él rio. La realidad es que sí la había visto algunas veces, aunque reconocía que le costaba ver a Peyton en el papel de Dafne Dupree.

—He visto algunos episodios —se limitó a decir George.

—Los guiones son cada vez peores —se quejó ella.

Peyton se levantó de repente.

—¿Qué ocurre?

—Iba a decírtelo durante la cena, pero no puedo aguantar… ¡He firmado un contrato muy grande para un papel protagonista!

George abrió mucho los ojos y se levantó a su vez.

—¡Felicidades!

Hubo un momento incómodo cuando ninguno de los dos supo qué

hacer. George volvió a sentarse de inmediato. ¿Qué había pensado, que ella se le echaría encima para abrazarlo?

—¿Se lo has dicho a mamá?

—Todavía no.

—Se pondrá muy feliz. ¿De qué se trata?

Él se sentó y Peyton empezó a hablar con entusiasmo.

Su agente había conseguido un personaje protagonista en una película que compartiría con otras dos actrices y un actor de renombre, aunque todavía lo estaban buscando. Era una película de terror, pero no de esas de bajo presupuesto, sino una producción importante. El director, al que se refirió por su nombre, pero que a George no le dijo nada, era una de las jóvenes promesas del género. Peyton estaba segura de que era el trampolín que su carrera necesitaba para dar el paso decisivo a la gran pantalla . Los papeles que había hecho hasta el momento en cine habían sido participaciones menores e intrascendentes. Esta era su gran oportunidad y su agente le había garantizado que después de la película le lloverían las ofertas.

—¿Cuándo se inicia la filmación?

—Oh… todavía falta mucho para eso. Aún están en los trabajos de preproducción, ajustando el guion. Todavía no han seleccionado al resto del reparto. ¡Yo soy la primera!

—¿Entonces tendré que ver una película de terror… ?

—Con lo que tú haces, no creo que tengas inconveniente con unas salpicaduras de sangre.

—En mi trabajo no hay zombis, vampiros o cosas por el estilo.

Peyton bebió un trago de refresco y lo miró, ahora sin sonreír.

—Bueno ¿y tú? ¿Vas a decirme a qué has venido a Los Ángeles?

—Estoy colaborando con el departamento de policía.

—¿Otro loco suelto?

—Me temo que sí…

—¿Sólo eso? ¿No vas a decirme nada más?

—Acabamos de empezar con la investigación. No puedo decirte mucho más.

Media hora después, partieron rumbo a un restaurante ruidoso en North Hollywood, donde disfrutaron de una cena sabrosa y buena cerveza. Peyton habló un poco más de su película y George le confesó detalles de su separación con Naomi que nunca había hablado con nadie, y de la pésima relación que a día de hoy tenía con su exmujer.

30

Luca estacionó el Crown Victoria en el bonito vecindario de Granada Hills. Eran las once de la mañana. Alyssa ocupaba el asiento del acompañante y hasta el momento llevaban una convivencia pacífica. Bebían café mientras vigilaban la casa de Alex Flackett, el esposo de Abigail Flackett, la mujer asesinada en el porche trasero emulando la escena de *Braveheart*.

El plan original había sido localizar a Flackett en el bufete de abogados donde trabajaba, pero una llamada telefónica les reveló que el hombre no había ido ese día porque se sentía enfermo. Cuando llegaron, nadie les respondió. No había señales del coche del abogado, aunque la casa tenía un garaje y bien podía estar dentro.

Esperaron en el coche bebiendo café. Era una mañana radiante. Vieron a muy pocas personas circulando por las aceras estrechas que serpenteaban delante de los amplios jardines. La mayoría eran vecinos que hacían las compras, paseaban a sus perros o corrían.

—Ha sido impresionante la labor de Jeffrey —comentó Luca.

—La verdad es que sí —coincidió Alyssa. Buscó una forma de continuar la conversación, pero no la encontró. Hasta ese momento no habían hablado de otra cosa que no estuviera directamente relacionada con la muerte de Abigail Flackett.

—Hoy alquilaré *La lista de Schindler* —dijo Luca—. La vi en su momento, pero quiero tenerla presente.

La lista de Schindler era la siguiente de la lista.

Alyssa suspiró.

—También debería volver a verla. Será todavía más doloroso imaginando que alguna de las escenas podría ser recreada por el sujeto.

Guardaron silencio durante un buen rato. Bebieron todo el café y colocaron los vasos vacíos en una bolsa plástica que Luca conservaba debajo del asiento. Alyssa fingió estudiar el expediente que tenía en el regazo, pero luego lo abandonó. Los dos tenían la vista fija en la casa de Flackett. Finalmente, una camioneta todoterreno subió por el camino privado de la casa.

—No viene solo —observó Luca.

En el asiento del acompañante había una mujer.

Antes de bajar de la camioneta, Alex Flackett y la mujer se besaron.

—¿Quién es? —preguntó Alyssa.

—No tengo idea… ¿La enfermera?

El hombre había perdido a su esposa a manos de un asesino, y poco después de un mes traía a otra mujer a la misma casa. No es que fuera ilegal ni nada por el estilo —Alex Flackett sería el primero en saberlo siendo él mismo un abogado prestigioso— pero no dejaba de ser curioso.

El hombre y la mujer fueron a la parte trasera de la camioneta y entre los dos transportaron una serie de cajas hasta la casa.

—Yo diría que vayamos ahora mismo —dijo Alyssa.

—Estoy de acuerdo.

Salieron del coche y cruzaron la calle. En cuanto los vio venir, Flackett dejó en el suelo la caja que acababa de sacar de la camioneta y cerró la puerta trasera. Esbozó una sonrisa de cortesía; él y Luca ya se habían visto las caras en varias ocasiones.

—Señor Flackett —dijo Luca—, esperamos no molestar.

La mujer que lo acompañaba, que en ese momento regresaba de la casa para buscar más cajas, se detuvo a medio camino y observó a los recién llegados con evidente intranquilidad. Tendría unos treinta y cinco años, es decir ocho menos que Flackett.

—No sabía que vendrían —les dijo el hombre—. ¿Ha habido algún avance en la investigación?

—Ella es la agente especial Paget, del FBI.

A Alex se le borró instantáneamente la sonrisa. Alyssa le estrechó la mano.

—¿Podemos pasar un momento? —preguntó ella amablemente.

—Sí, claro que sí —dijo Alex. Se inclinó y agarró la caja—. Adelante, pasen.

Cuando los tres se encaminaron hacia la casa, la mujer ya había entrado. La encontraron de pie en la sala, como si no supiera exactamente qué debía hacer. El abogado la presentó como Kathleen Jenkins.

—Kat, querida, ¿por qué no empiezas a armar el gimnasio?

La expresión de la mujer se suavizó un poco y se marchó.

—Siéntense, por favor —dijo Alex mientras él mismo ocupaba uno de los sillones.

Alyssa y Luca lo hicieron en el sofá que estaba justo enfrente.

—¿Le molestaría que grabe esta conversación, señor Flackett? —preguntó Luca mientras extraía su grabadora portátil y la colocaba sobre la mesa. Habían acordado que sería él quien llevaría adelante el interrogatorio.

—Claro que no.

—Gracias. Estamos investigando activamente el caso de su esposa. Lamentablemente, no tenemos nada concluyente todavía. No obstante, nos gustaría revisar algunas cuestiones con usted.

—Por supuesto.

—¿La señorita Jenkins es su novia?

Alex se incorporó.

—No entiendo qué tiene que ver eso, detective.

—Sólo es una pregunta —dijo Luca—. No nos habló de ella durante la investigación.

—En aquel momento no tenía un romance con Kathleen —dijo Alex—. Empezamos a salir después.

—Perfecto. ¿Hace cuánto que conoce a la señorita Jenkins?

—Mmm… no lo sé. Algunos años. Vamos al mismo gimnasio.

—Y empezaron una relación después del fallecimiento de su esposa.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo después?

Alex estaba incómodo con la pregunta. Las fosas nasales se le ensancharon ligeramente.

—Hace un par de semanas que la invité a salir —dijo Alex procurando controlar su voz—. Estamos empezando.

—Lo entiendo. Perdone este tipo de preguntas personales, señor Flackett. Sé que son incómodas.

—La verdad es que sí.

—¿Cree que mi compañera podría ir y formularle algunas preguntas a la señorita Jenkins?

Alyssa sonrió con amabilidad cuando el abogado la miró brevemente.

—Me temo que no es una buena idea… —dijo Alex.

—¿Podríamos preguntárselo a ella?

Otra vez se le ensancharon las fosas nasales.

—Detective Bruzzo —dijo Alex pasándose una mano por la frente —. Conozco mis derechos. Los he invitado amablemente a pasar y a que me hagan preguntas, porque deseo colaborar con la investigación. Quiero que atrapen al tipo que mató a mi esposa. Pero ustedes se han presentado sin aviso y pretenden interrogar a personas que nada tienen que ver con esto.

Flackett sabía perfectamente que aquello quedaría registrado en la cinta. Agregó:

—Si las cosas van a ser así, voy a tener que pedirles…

—Señor Flackett —lo interrumpió Luca—. Sólo era una pregunta. Entiendo que la señorita Jenkins pueda no conocer algunos detalles de lo que le ocurrió a su esposa, y no sería bueno que se entere por nosotros. En realidad, la agente Paget y yo estamos aquí por otro motivo. Nos dijo durante la investigación que Abigail había perdido su empleo unos meses antes.

—Sí, le ofrecieron un traslado en la empresa, pero eligió la indemnización. Pensó que conseguiría otra cosa con facilidad.

—Pero no fue así —completó Luca—. Fue el motivo por el cual decidió dedicarse a la jardinería, ¿verdad?

Alex pareció más relajado con el curso que estaba tomando el interrogatorio. Se dejó caer contra el respaldo mullido del sillón.

—Bueno, en realidad siempre se dedicó a la jardinería —dijo el abogado—. Desde que se quedó sin empleo simplemente empezó a hacerlo a tiempo completo.

—¿Reconoce esta planta? —Luca extrajo del bolsillo de la chaqueta una fotografía doblada. La desdobló y la exhibió.

Se trataba de una ampliación en la que sólo se veía el cardo de algodón.

—La verdad es que no —dijo Alex inclinándose hacia la mesa baja que se interponía entre ellos—. Sinceramente, nunca presté atención a las plantas de Abigail.

—¿Podríamos echar un vistazo a las plantas?

Alex Flackett se sonrojó.

—Me temo que no.

Alyssa y Luca intercambiaron una breve mirada de desconcierto.

—¿Por qué no? —preguntó Luca.

—Las regalé casi todas. Requieren muchos cuidados y yo no puedo proporcionarlos.

Alyssa intervino por primera vez:

—¿Le importaría si echamos un vistazo al jardín?

—¿Qué importancia tiene esa planta?

—Como le he dicho —dijo Luca mientras se ponía de pie—, estamos investigando algunas cuestiones que pueden ser importantes.

Alex se encogió de hombros y los tres fueron hacia la parte de atrás de la casa. Efectivamente, allí no había ninguna maceta.

Cuando regresaron a la sala, Flackett les dijo que las plantas de Abigail las había repartido entre su hermana Dena, el jardinero y su amiga Andrea Stone.

Le pidieron la información para contactar a cada una de esas personas y se despidieron de Flackett. Él les dijo que lo llamaran si necesitaban algo más, pero su rostro suplicaba que lo dejaran en paz.

—¿Qué opinas? —preguntó Luca mientras se dirigían al Crown.

—Parece feliz con su nueva pareja —respondió Alyssa.

—¿Crees que dice la verdad?

Alyssa lo observó por encima del techo del coche antes de abrir la puerta del acompañante. Él la contemplaba, expectante, desde el otro lado, frunciendo el rostro a causa del reflejo del sol en el techo del coche.

—Parecía un poco nervioso para ser abogado —respondió ella finalmente—. ¿Cuál es su especialidad?

—No lo recuerdo. Trabaja en uno de esos bufetes grandes del

centro.

—Esos tipos tienen temple de acero. Aquí no estaba cómodo.

Abrieron las puertas al mismo tiempo y entraron. Bajaron los cristales para hacer circular el aire.

—Hay algo que no he visto en el expediente —dijo Alyssa—. ¿Su mujer tenía un seguro de vida?

—No creo que esté en el expediente —dijo Luca con cautela—. No lo investigamos específicamente, pero seguramente tenía uno.

—Deberíamos revisarlo —dijo Alyssa—. Este tipo oculta algo. No nos ha preguntado nada de los artículos del Times. Scott no mencionó el homicidio de Abigail, pero la forma en que murió coincide con las otras. ¿No debería al menos habernos consultado?

31

George recibió una llamada de Tim Arson e inmediatamente pudo percibir la urgencia en el capitán de Robos y Homicidios.

—¿Agente Allen?

—Buenos días, capitán.

—No tan buenos —dijo Arson con voz grave.

George cerró los ojos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Scott me ha contactado de nuevo.

—¿El periodista? ¿Qué quiere?

—Me ha dicho que ha descubierto el misterio de las muertes.

—¡Qué bien! —dijo George—. Así podré irme a casa de una vez por todas. ¿Le dijo lo que tenía?

—No subestime a Scott, agente Allen. Tiene información de primera. Y no, no me lo ha dicho.

—Pero ustedes son amigos…

—No somos amigos íntimos. De cualquier forma, me ha dicho que quiere almorzar conmigo.

—¿No le adelantó de qué se trata?

—No. Sólo mencionó que quería hablarme de un tal Oscar, pero no sé a quién se refiere.

George sintió un escalofrío.

—Será mejor que yo me reúna con él —dijo George—. Lo llamaré ahora mismo.

—No creo que sea una buena…

—Sí lo es. A partir de ahora, si vuelve a ponerse en contacto con usted, me avisa de inmediato.

George interrumpió la comunicación y llamó a Scott desde el móvil. Era como si el periodista hubiera estado esperando la llamada y en unos pocos minutos coordinaron un encuentro.

Una hora después, George llegó a Spiros, un sitio fuera del radar de polis y periodistas, según el propio Scott.

El restaurante era ruidoso y ofrecía menús asequibles para los empleados de las cientos de corporaciones que ocupaban los edificios del centro. Estaba dentro de una plaza comercial junto con otros seis restaurantes de características similares, todos a rebosar.

Scott llegó diez minutos más tarde. George lo esperaba bebiendo agua en una mesa retirada. El hombre se acercó con una sonrisa de disculpa. Era bajo, poco más de un metro sesenta; tenía cabello sólo en la coronilla y por lo menos veinte kilos de más. Llevaba la camisa

arremangada y vaqueros. Cuando George se puso de pie para estrechar su mano, Scott debió levantar el mentón como si intentara divisar el último piso de un rascacielos.

Pidieron bocadillos de salchicha alemana y pollo, y una cerveza para Scott.

—¿Es tu primera vez en Los Ángeles? —preguntó Scott.

—No. He venido algunas veces, a conferencias y seminarios principalmente.

—Los que vivimos aquí desde siempre no nos damos cuenta, pensamos que es el mismo caos de siempre, pero está empeorando.

—Yo me he criado en una ciudad pequeña de Massachusetts. Nunca me acostumbraré al ritmo de las grandes ciudades.

—Y lo bien que haces —dijo Scott, que observaba por la ventana hacia un callejón con poca circulación.

Cuando llegó la cerveza, el periodista bebió un trago largo directamente de la botella y se limpió los labios con el dorso de la mano. Sudaba profusamente.

—He leído algunas cosas de ti, George. No mucho, lo que he podido encontrar en los archivos del periódico y en internet. Tú seguramente no sabes nada de mí, ¿no es cierto?

—Lo poco que me ha dicho Arson —reconoció George.

Scott desvió la vista de la ventana y lanzó una risita amigable.

—Mi querido Arson —dijo como si recordara a un viejo amigo de la infancia—. Lo conozco desde que era un detective raso. Es un buen hombre. Debe luchar con muchas presiones en Robos y Homicidios. A veces hace lo correcto y otras no, pero sus intenciones son buenas.

—No lo dudo —dijo George.

—Desde O.J., el departamento de policía se ha convertido en una trituradora de cabezas. Arson lleva siete años como capitán recibiendo los embates de esta ciudad.

Un camarero les trajo los bocadillos.

Scott le dio un mordisco al suyo. Masticó y se limpió un punto de mostaza de la comisura de los labios con una servilleta de papel.

—Mi mujer insiste en que debería retirarme —dijo el periodista—. Recibí una pequeña herencia de un tío el año pasado; además llevamos una vida sencilla, por lo que hemos podido ahorrar algo de dinero. Tengo una casa en un vecindario bonito y una cabaña en Oregon. Le digo a mi esposa que todavía no es el momento de dejarlo, pero muchas veces ni yo mismo sé si me estoy engañando. Tengo sesenta y cuatro años…, he hecho todo lo que he querido en el periodismo.

A George le gustaba estudiar a las personas cuando estaban en su zona de confort. No le molestaba en absoluto escuchar a Scott.

—Lo que quiero que sepas, George, es que no voy en busca de una

historia que me lleve a la luna. Hace treinta años soñaba con ganar el Pulitzer. Hoy sueño con que llegue el fin de semana para ver a los Lakers, beber una cerveza y pasar un rato con mi nieto.

George había comido la mitad de su bocadillo. Escrutaba a aquel hombre rollizo con la mayor concentración de la que era capaz. Parecía sincero y cansado.

—A veces, lo que publicamos entorpece el trabajo de los investigadores —continuó Scott—. La verdad incomoda, pero así debe ser. Soy un defensor del derecho a la información que tienen las personas de este país. Si no lo creyera, no haría lo que hago.

Hizo una pausa. Volvió su atención a la ventana y se concentró en un hombre de la limpieza que barría el callejón. En voz baja agregó:

—No quiero equivocarme, George. No a estas alturas de mi vida.

Robert Scott colocó su maltrecho maletín de cuero sobre la mesa, junto al plato con el bocadillo a medio comer. Extrajo dos hojas dobladas por la mitad y las puso sobre la mesa.

—Entiendes, George, que bajo ningún concepto puedo revelar mis fuentes, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Bien —dijo Scott—. Cuando tuve conocimiento de la historia, no me quedó más remedio que publicarla. Seguro que has leído el artículo. No podía esperar a que alguien más me quitara la primicia.

—El artículo ha estado bien —dijo George—. Te limitas a relatar los hechos y no te vas por las ramas con especulaciones sin fundamento.

—Una mujer me llamó al día siguiente para decirme que la frase que encontraron en el caso del Beverly pertenece a la película *Forrest Gump*.

Antes de que Scott se lo preguntara, George decidió ofrecerle un voto de confianza.

—Eso es correcto. Lo estamos investigando.

—He trabajado día y noche junto a mi asistente en la redacción de este artículo —dijo refiriéndose a las dos hojas que había dejado sobre la mesa—. Quiero que lo leas primero.

George asintió y agarró las dos hojas.

—Sólo mi asistente y yo estamos al corriente de esto —dijo Scott —. Ella es mi sobrina y cuenta con mi entera confianza. No se lo he mostrado ni siquiera al director del Times… Estaría encantado, créeme. ¿Arson te habló de Oscar?

George hizo una mueca y asintió.

—Yo creo que el nombre va a pegar —dijo Scott—. A la gente le gustan los asesinos con nombre propio.

Mientras el periodista comía, George leyó el artículo en silencio. Estaba impecablemente redactado, sin florituras e iba al grano. No

hacía falta inflar con palabras una historia que tenía la fuerza necesaria para hincharse por sí sola como un pez globo. Empezaba con una reseña de la última entrega de los premios Oscar, el veintinueve de febrero, que con habilidad se enlazaba con una breve y contundente descripción de la actualidad de la industria del cine en Los Ángeles. Hablaba de los estudios y de las fastuosas mansiones de las estrellas en las colinas de Hollywood. En cinco o seis párrafos, Scott se las ingeniaba para hacer ver que el surgimiento de un desequilibrado de ese mundo de ficción, sueños, arte y ambición era casi una consecuencia lógica.

Scott daba algunas precisiones adicionales, todas ellas certeras, de la muerte del dueño del Beverly, Robert Silva. Entre ellas estaba la amputación de sus piernas, que no había mencionado en el artículo anterior, y citaba nuevamente la frase que dejó el asesino, pero ahora con la referencia a *Forrest Gump*.

El texto también se ocupaba de las muertes de Inés MacIntyre y Nadine Reinhold, aunque sobre estas no había datos adicionales, salvo su correspondiente correlación cinematográfica. Y ahí estaba el primer error de Scott. Había acertado con MacIntyre, cuya muerte asociaba con *American Beauty*, pero fallaba en el caso de Nadine Reinhold, a la que relacionaba con una escena de *Titanic* y no con *El paciente inglés*.

—Está muy bien —dijo George.

—Gracias.

George dobló de nuevo las hojas por la mitad, pero no se las devolvió.

—¿Tienes para tomar notas?

Scott se agachó y sacó una libreta de su maletín.

—El asesinato de Nadine Reinhold recrea una imagen de *El paciente inglés* —dijo George—. Reinhold llevaba un dedal colgado en el cuello; encontrarás la referencia fácilmente en la película.

El periodista tomaba notas con presteza. George había definido su estrategia. Corregir las imprecisiones del sexto caso era prioritario. El siguiente paso, sin embargo, era más delicado. Estaba dispuesto a entregarle un caso más a Scott y quería que fuera de los primeros, quizá incluso el primero. Con esto lograría ampliar el espectro de búsqueda de Scott, que, si sospechaba que había más casos, entonces tendría que retroceder más de seis meses, e incluso más, si suponía que podía haber muertes anteriores. George sabía positivamente que muchos de los detalles que servían para identificar las muertes no habían sido filtrados a la prensa, y aun conociéndolos, resultaría complejo establecer las relaciones sin el orden dado por los números que el sujeto dejaba en las notas.

—El nueve de septiembre —recitó George de memoria—. Una mujer de setenta y dos años llamada Dorothy Whitmore fue asesinada

en Prospect Park. La sorprendieron mientras alimentaba gatos, durante la noche. Sobre el cadáver encontraron un caballo de felpa. La escena pertenece a *El señor de los anillos*.

—De eso hace ocho meses —dijo Scott.

George ignoró el comentario.

—Puedes incluir en tu artículo que he confirmado lo que afirmas.

El periodista detuvo la toma de apuntes. Un punto de tinta se formó en el extremo del bolígrafo. Alzó la vista.

—¿Puedo mencionar tu nombre? —dijo Scott.

—Debes mencionar mi nombre —dijo George—. De ahora en adelante, me gustaría que las cosas funcionen así entre nosotros. Si descubres algo, quiero verlo antes de que salga publicado. Yo mismo me encargaré de que tus artículos cuenten con información nueva y cierta.

Robert Scott soltó el bolígrafo sobre la libreta y se dejó caer contra el respaldo de su silla. La atmósfera de Spiros era una colmena de voces, sin embargo los dos hombres parecían sumergidos en su propio mundo.

—¿Qué es lo que quieres a cambio, George? Francamente, estoy un poco sorprendido. Esperaba encontrarme con un agente hostil.

—No quiero que se filtre información incorrecta.

—No puedo prometerte control absoluto sobre lo que voy a publicar —dijo Scott—. Pero pareces un tipo sensato y creo que vamos a entendernos.

—Hay un detalle… —dijo George—. Necesito que elimines todo lo referente al perfil psicológico del asesino. Todo. No podemos cambiar lo que se publicó en el artículo anterior, pero estamos a tiempo en este.

Scott lo observó con recelo.

—Quizá en el próximo —insistió George—. No me preocupa la opinión pública, sino lo que el sujeto pueda leer de sí mismo.

—Sujeto…

—Así solemos referirnos internamente. Las etiquetas suelen limitar nuestro modo de pensar. No sólo en cuanto al género; llamar a este sujeto asesino, que desde luego lo es, puede ser una simplificación muy grave.

Scott sacó una tarjeta personal del bolsillo del pantalón y se la entregó.

—Ahí están todos mis teléfonos. Móvil, redacción, mi casa. Por la otra parte he incluido el de mi cabaña. No tienes más que llamarme.

El periodista sacó dos billetes de diez para cubrir sus gastos de la cuenta. Se disponía a ponerse de pie cuando George lo detuvo.

—Una cosa más. En mi equipo hay algunas especulaciones acerca de quién proporcionó la información desde adentro.

Scott lo observó sin mover un músculo de la cara.

—Dile a tu fuente que si sigue filtrando información, yo mismo me encargaré de que lo echen a patadas. A partir de ahora sólo hablarás conmigo.

El periodista le tendió la mano y George se la estrechó. Un apretón sólido.

—Adiós —dijo Scott.

George no le soltó la mano.

—Yo sé quién ha hablado contigo —dijo George—, confío en que sabrá disuadirlo para que no vuelva a hacerlo. Si se repite, me veré obligado a intervenir.

32

El Hollywood Paradise estaba a rebosar. Alyssa y Jeffrey esperaban mesa en la antesala, y cuando Leslie los vio, les hizo un gesto para que se acercaran.

—Tengo una mesa a punto de desocuparse.

Era la cuarta vez que visitaban el restaurante en apenas una semana y ya habían entablado con la camarera un vínculo de confianza.

En pocos minutos, Leslie retiró las sobras de una mesa central y distribuyó los característicos manteles individuales. El de Jeffrey decía que John Williams, el reconocido compositor de las bandas sonoras de *Star Wars*, *E.T.*, *Indiana Jones*, *Superman* y *Parque jurásico*, entre tantas otras, era el individuo vivo más nominado a los premios Oscar, con más de cuarenta.

Pidieron bebidas, y como entrante unos calamares y una bandeja VIP.

—¿Qué tal van las cosas con Eugene? —preguntó Alyssa cuando se quedaron solos.

—He hablado con él antes de salir.

—Por tu expresión, la conversación no ha sido buena.

—Nunca lo son cuando estamos separados —dijo él con pesar—. Ya sabes, yo puedo manejarlo mejor que él, pero con el tiempo empeora.

Alyssa era la única en el FBI que sabía de la relación que su compañero mantenía con un empleado siete años menor del archivo general en Quantico. Se habían conocido en el año 2000 y, desde entonces, llevaban adelante una complicada vida de pareja que, de mutuo acuerdo, excluía la convivencia por el momento.

—Ahora se le ha metido en la cabeza que quiere renunciar —dijo Jeffrey negando una y otra vez.

—Eso no cambiará nada.

—Le he dicho lo mismo. Lo peor es que él también lo sabe. Conoce al FBI tan bien como nosotros.

—Vais a tener que tomar una decisión en algún momento.

—Lo sé. Tres años es un tiempo más que suficiente para saber lo que sentimos el uno por el otro. Quizá lo mejor sea dejar de escondernos y enfrentarnos a las consecuencias.

—Ya sabes lo que pienso. Los tiempos han cambiado.

Él sonrió.

—No han cambiado tanto. Si fuera por Eugene, lo publicaría en el

periódico. Ya lo conoces.

—Podrías hablar primero con George —dijo Alyssa—. Él podría aconsejarte respecto a cómo manejarlo internamente.

—Siempre tengo la sensación de que lo intuye.

—No lo intuye —le aseguró Alyssa—. Créeme, puede ser el hombre más perspicaz sobre la tierra cuando se trata de su trabajo, pero en cuanto a la gente que lo rodea, su falta de percepción es abismal.

Él se la quedó mirando. Sabía por qué había dicho lo anterior.

—¿Y tú cómo estás, amiga?

Leslie se acercó, pero al advertir que estaban en una conversación seria se limitó a dejarles la comida y se marchó.

Alyssa hizo una mueca.

—Hace apenas diez días estabas encerrada en tu casa —dijo Jeffrey —. Ni siquiera querías verme.

—Necesitaba pensar, nada más.

—Durante los últimos días has tenido actitudes que no son propias de ti, especialmente con George.

Alyssa lo estudió.

—¿Él te ha dicho eso?

—No. Es lo que yo observo.

Alyssa negó con la cabeza.

—Me molestó cuando no me informó antes que al resto de la secuencia de películas…, y algunas cosas más. No sé, es una suma de cosas.

—Alyssa…

—Sí, no me lo digas. Estoy exagerando.

—¿Qué más? —insistió él—. Has dicho que es una suma de cosas.

—Mierda, Jeffrey, tú y tus interpretaciones literales.

—¿Es Bruzzo?

—Deberías ponerte un turbante y trabajar en una feria.

—Por lo menos dime que lo pasas bien en compañía de esos ojazos azules.

—Hasta ahora Bruzzo se ha comportado como un buen detective —reconoció ella—. Pero no sé si congeniamos como equipo. Somos demasiado iguales.

—Si no congenian en el trabajo, entonces…

Ella rio.

—No pasará nada con Bruzzo… Si lo quieres, puedes quedártelo.

—Ya quisiera.

—No sé nada de su vida, salvo que nunca ha estado casado. Ayer me lo comentó de pasada.

—Sí, claro. De pasada.

—Nos estamos yendo por las ramas. Dejemos a Luca afuera de esto…

—*Luca* —dijo Jeffrey de un modo sensual.

Alyssa sonrió.

—Ok, dejemos afuera de esto al *detective Bruzzo*, sus ojos azules o cualquier otra cosa relacionada con él. Eso, o me veré obligada a enviarle un mensaje a Eugene contándole que su novio no hace más que hablar de un detective local.

—Si Eugene lo viera, estaría de acuerdo conmigo, te lo aseguro.

Alyssa volvió a reír. Lo cierto es que echaba de menos estas conversaciones con su amigo. Le gustaba que Jeffrey se ocupara de ella.

Siguieron comiendo y la conversación viró hacia el trabajo, como solía suceder entre ellos. Jeffrey le habló de las tareas que lo habían mantenido ocupado durante los últimos días. Él y Jamie, un técnico a tiempo completo que había sido asignado a instancias de George, habían improvisado un área para ver películas y analizar la vinculación entre ellas.

—Jamie está haciendo un buen trabajo —dijo Jeffrey—. Estamos preparando un informe para la reunión del viernes, aunque no hemos encontrado nada significativo todavía. Más bien estamos descartando cosas.

—¿Qué estáis buscando exactamente?

—Todo lo que se te ocurra. Estamos suponiendo que las películas que el sujeto elige tienen algo en común. ¿Las recuerdas de memoria?

Alyssa las recitó sin atisbo de duda:

—*El señor de los anillos*, *Una mente maravillosa*, *Gladiator*, *American Beauty*, *Shakespeare in love*, *El paciente inglés*, *Braveheart* y *Forrest Gump*.

—¿Y las que ha dejado afuera…? —la desafió Jeffrey.

—*Chicago* y *Titanic*.

—Muy bien —aprobó Jeffrey—. Estamos buscando cualquier cosa que puedan tener en común las primeras, y que no compartan las segundas. Buscamos coincidencias en líneas argumentales, intérpretes, escenas específicas, lo que se te ocurra. Y cuando digo lo que se te ocurra, me refiero, por ejemplo, a que si en una película aparece un perro o un caballo… entonces buscamos en las otras para ver si ese es el detalle significativo. La lista de elementos que hemos descartado tiene varias páginas. Algunos son realmente graciosos, pero no queremos desestimar nada.

—Impresionante —se maravilló Alyssa.

—No te imaginas. Hemos intentado relacionar cada película con los números de las notas, pero no hemos encontrado nada. Imagínate que podría tratarse de la matrícula de un coche, el número de una casa, cualquier cosa. A estas alturas estamos casi seguros de que la secuencia numérica no guarda relación directa con las películas. A mí

me sigue inquietando lo de las diferencias de 83 u 84

—Este caso me desconcierta. Es todo tan… rebuscado y cinematográfico. —Alyssa hizo un ademán para abarcar el salón en el que se encontraban.

En la pared había dos pósters: el de *Rain Man*, con Tom Cruise y Dustin Hoffman, y otro del *Batman* de Tim Burton. Sobre una repisa de madera, un busto de E.T. palpitaba con una luz anaranjada.

Jeffrey se mostró animado.

—Si esto fuera una película —dijo con excitación—, a estas alturas el asesino debería haber hecho su aparición.

—Leslie, por ejemplo —bromeó Alyssa.

—¿Por qué no? ¿Recuerdas que el día que la conocimos supo que éramos agentes? Sería un buen gancho. Nos ha estado esper…

—Shhhh… —Alyssa agitó las manos.

Leslie se acercaba.

—¿Está todo bien? —preguntó.

Ambos asintieron y la muchacha se marchó. Jeffrey recuperó el entusiasmo:

—¿Has visto *Asesinato en el Orient Express*?

—No. ¿Es reciente?

Jeffrey rio.

—¡No! ¡Es un clásico! Una adaptación de una novela de Agatha Christie con un reparto extraordinario. Es el paradigma de la deducción detectivesca. Toda la película tiene lugar a bordo del Orient Express, un tren de lujo que cruza Europa desde Estambul hasta Londres. En plena noche, un hombre es asesinado. Poco después, una tormenta de nieve bloquea la ruta y se ven obligados a esperar hasta ser socorridos. El detective Poirot viaja a bordo del tren y se ocupa de la investigación para entregar al culpable a las autoridades en el siguiente destino. En primera clase viajan unas doce personas y el culpable se encuentra entre ellos.

—¿Quién era la víctima? —se interesó Alyssa.

—Un hombre rico que viajaba con su asistente. El día de su muerte, se acercó a Poirot y le dijo que creía que su vida corría peligro, aduciendo que había recibido una serie de notas amenazantes. Finalmente, esa noche, fue envenenado y apuñalado varias veces en el pecho.

En cuanto hizo mención a este detalle, Jeffrey advirtió la similitud con el sujeto al que intentaban dar captura.

—¿Me dirás el final? Porque parece interesante.

—No tan rápido. Primero debes saber que Poirot investigó el compartimento de la víctima y descubrió una conexión con el secuestro y posterior asesinato de una niña que ocurrió unos años antes y cuyo responsable nunca fue capturado.

—La víctima había sido el secuestrador —aventuró Alyssa.

—Así es —dijo Jeffrey—. El detective procede entonces a entrevistar a todos los implicados. El espectador advierte, desde el principio, un interés desmesurado del dueño del tren en incriminar a alguno de los pasajeros, pero claro, él no viajaba en primera clase, por lo tanto, en apariencia, su participación en el hecho está descartada. En buena parte de estas películas policiales siempre hay algunos sospechosos de este tipo. Nunca resultan ser los culpables; su función es engañar a los espectadores. Son sospechosos anzuelos. Detectarlos es sencillo, porque aparecen relativamente temprano en la historia. Y, lo más importante, junto con ellos, aparecen posibles motivaciones. En *Asesinato en el Orient Express*, uno de los primeros entrevistados por Poirot es el secretario del hombre asesinado, que dice haber conocido a su patrón un año antes durante un viaje, en circunstancias absolutamente casuales. En medio del interrogatorio, confiesa ser el hijo del fiscal de distrito en el caso de la niña secuestrada.

Jeffrey se recostó en su asiento. Su silencio parecía invitar a una reflexión.

—Y en el caso de los crímenes de Hollywood, ¿quiénes serían esos sospechosos anzuelo, como tú dices? —preguntó Alyssa divertida.

—Déjame ver —dijo Jeffrey tomándose el desafío muy en serio—. Para empezar, todos los que han estado aquí en Los Ángeles, empezando por el trío de Robos y homicidios, incluido tu futuro novio Luca.

—Muy gracioso.

—Luca Bruzzo, el detective apuesto, abnegado en su trabajo, que ha cruzado la barrera de los cuarenta y vive solo, soltero… Me pregunto qué oscuro secreto se esconde detrás de esa mirada profunda —expresó Jeffrey en tono soñador—. O detrás de Erica Sanders, la detective eficiente y supermamá.

—¿Quién más?

—La hermana de George Allen, por supuesto, la bella actriz que además está relacionada con el mundo del cine. ¡Perfecto!

—Ya has incluido a dos mujeres en tu lista. Tres, si contamos a Leslie.

—Es cierto, hay que equilibrar un poco. Tenemos también al periodista Scott, que recibe información de una fuente misteriosa, y también al capitán de Robos y Homicidios, Arson. Todos son sospechosos. Estamos en el Orient Express. Y déjame decirte que, al final de la película, cuando Poirot los reúne a todos para desvelar el misterio, la resolución resulta inesperada.

—¡Dímela!

—Por supuesto que no. Una parte de la verdad ha estado oculta; ahí reside la magia de una película policíaca. Si partes de una

hipótesis falsa, llegarás a una conclusión falsa. En el comienzo de la historia, algo de lo que cree el espectador no es correcto… No se trata de una mentira, sino de un engaño.

Alyssa se quedó pensando. Miraba a Jeffrey con la vista desenfocada. Se acercó ligeramente por encima de los platos.

—¿Tú y yo somos sospechosos?

Él se encogió de hombros.

—Me temo que tus largas vacaciones sin dar señales de vida te colocan en esa lista.

Alyssa le lanzó una bola hecha con una servilleta y los dos empezaron a reír.

33

La publicación del artículo de Scott sacudió la investigación.

George llegó temprano al piso 15 y fue recibido por una horrorizada Lizeth, que lo esperaba con un listado de personas que necesitaban hablar urgentemente con él, entre ellas Arson y Duncan. George agarró el listado y le dijo que se ocuparía de calmar los ánimos durante la mañana.

—¡Buenos días! —lo saludó Jeffrey—. Ha empezado la función.

Él y Jamie eran los únicos que trabajaban en el área comunitaria.

—Así parece.

—¿Oscar? ¿Dónde ha quedado la originalidad?

George se encogió de hombros y se metió en el despacho. Utilizó los siguientes minutos para hablar con cada uno de los miembros de su equipo. Aunque trabajaban en parejas, repitió la misma conversación y recomendaciones ocho veces.

34

Alyssa y Luca se dirigían a un vivero cercano al cementerio Holly Cross donde habían ido a parar buena parte de las plantas de Abigail Flackett.

Ese día podían ocurrir dos cosas: o bien el cardo de algodón nunca había sido trasladado a Pomona, en cuyo caso deberían volver atrás y seguir la última pista que tenían para rastrearlo, o dar con él y recuperar una huella o algo que explicara su procedencia. Quizá de esa forma podían dar con algún testimonio relevante o el santo grial: una cámara de seguridad.

El móvil de Luca sonó y él reprimió el acto instintivo de activar el altavoz. Se acercó el aparato a la oreja mientras presionaba el botón para responder. Era Arson. El capitán se saltó los formalismos.

—Entiendo, capitán —dijo Luca al cabo de unos segundos. Redujo la velocidad y se cambió de carril, aunque la autopista estaba despejada.

En el asiento del acompañante, Alyssa se mantuvo atenta.

Tras una pausa prolongada, en la que Luca intentó dos veces hablar, sin suerte, finalmente pudo ensayar una defensa.

—No sabía nada del artículo. El agente Allen acaba de decírmelo.

Una pausa breve.

—No lo sé, capitán. Allen me exigió hacerme a un lado en el tema de Scott, me dijo que él mismo lo manejaría. —Luca lanzó una mirada efímera a Alyssa, que mantenía la vista clavada al frente—. De hecho, nos ha dado instrucciones para mantenernos completamente al margen de la prensa.

Otra pausa, esta vez más prolongada. Alyssa no tenía manera de saberlo, pero hubo un breve silencio en la línea. Luca finalmente habló:

—No creo que el agente Allen se haya equivocado con Scott —dijo —. Seguramente negoció con el periodista lo que se ha publicado. ¿Usted no se lo ha preguntado a Scott?

La pregunta debió inquietar a Arson, porque Luca hizo una mueca.

—La verdad es que no sé qué decirle, jefe —dijo Luca en tono conciliador—. Estoy investigando uno de los crímenes a fondo, no sé qué tiene en mente el agente Allen en cuanto al manejo de la prensa.

Luca sostuvo el móvil entre el hombro y la oreja y aferró el volante con las dos manos para sobrepasar una camioneta que circulaba por debajo de la velocidad mínima. Al terminar la maniobra dijo:

—Sé lo que hablamos en la oficina de Dixon, y no tengo

inconvenientes en reportar todo aquello que sea de interés para el departamento, en tanto y en cuanto el agente Allen así lo disponga. ¿Por qué no habla usted con Allen? Estoy seguro de que él estará gustoso de darle más detalles.

Cuando interrumpió la comunicación, Luca sintió la necesidad de lanzar el móvil por la ventana.

—El capitán está bastante molesto.

—Ya veo.

Alyssa no sabía si aquello había sido una puesta en escena para demostrar su compromiso o una conversación genuina.

35

George pasó el resto del día en su despacho ocupándose de contener el efecto del artículo de Scott.

La primera llamada fue a Quantico. Richard Duncan lo saludó sin ningún rastro de alarma en la voz. Se interesó por las novedades que las cadenas de televisión se habían encargado de desparramar por la costa este, pero se conformó con saber que la situación estaba controlada. Una buena sacudida en el avispero había echado a las avispas a volar, y eso era bueno. Duncan se alegraba. Que una investigación que llevaba meses estancada se convirtiera en noticia nacional eran buenas noticias para ellos. Significaba que había progresos. La conversación fue breve.

Las cosas con Arson no fueron tan cordiales. En cuanto se puso al teléfono, el capitán de Robos y Homicidios lo increpó por no haber podido localizarlo inmediatamente. George no se dejó amedrentar. Le dijo que no le interesaba discutir con nadie del departamento de policía y que, tal como habían acordado, ahora sería él quien llevara adelante la relación con la prensa, incluido Scott. Arson no se dio por vencido e insistió en que el departamento de policía estaba colaborando con el FBI, y que él en lo personal tenía mucho que perder.

George no supo exactamente cuándo dejó de escuchar al capitán. En algún punto de su exposición lo interrumpió con voz pausada y firme, le respondió que no iba a discutir con él ningún aspecto de la investigación, primero porque no estaba obligado a hacerlo, y segundo porque no le daba la gana. Arson se quedó mudo ante semejante embestida. George insistió: si más adelante creía pertinente informar al departamento de policía de Los Ángeles de algo, se lo haría saber. Mientras tanto, lo exhortaba a dar un paso al costado, y esto incluía no acosar al equipo a su cargo, *especialmente* a los miembros del departamento de policía. Si George se enteraba de que había traspasado cualquier línea, no dudaría en poner el culo de Arson en el punto de mira del departamento y hacerlo responsable si volvía a producirse una filtración.

La línea se quedó muda. George empezó a preguntarse si el capitán seguía al otro lado o no. La voz de Arson surgió al fin, metálica y definitivamente más cautelosa que al principio. Se despidieron de forma abrupta, sin que ninguno de los dos ocultara su malestar.

La llamada del director adjunto McCord no se hizo esperar. Media hora fue suficiente para que Arson se comunicara con su superior, le

diera su versión distorsionada de la situación, y McCord decidiera llamar a George. El director adjunto se mostró comedido y preocupado, y volvió a manifestar su posición de colaborar con la investigación en todo lo que fuera posible. No hubo reproches ni menciones a la escalada mediática del caso, pero George interpretó la llamada como una forma del director adjunto de dejar bien claro que estaba siguiendo los acontecimientos de cerca.

George colgó y se levantó para cerrar la puerta del despacho y procesar lo que acababa de suceder. Detestaba la burocracia que inevitablemente traía consigo este tipo de casos. Cuando levantó la cabeza, vio acercarse a Lizeth. La mujer lo observaba con la expresión de alguien que ha visto un fantasma.

—Siento interrumpirlo, señor.

George no se molestó en recordarle que lo llamara por su nombre de pila.

—¿Qué ha sucedido, Lizeth?

—Tengo a una mujer en la línea. Su nombre es Naomi y dice que es su exmujer.

George respiró aliviado. No se alegraba de recibir una llamada de Naomi, ni mucho menos, pero por la expresión de Lizeth había esperado algo peor.

—Ha llamado dos veces mientras usted estaba…

—Está bien, no hay problema, pásame la llamada, por favor.

El teléfono empezó a sonar. George lo dejó un instante y se armó de valor.

—Hola, Naomi.

—¡Por fin puedo hablar contigo!

George cerró los ojos. Las palabras afectuosas habían desaparecido del diccionario de Naomi desde el momento en el que se divorciaron. Bastante antes, en realidad.

Naomi había visto en las noticias el caso de Oscar e inmediatamente había adivinado la razón por la que George había volado a Los Ángeles de un día para el otro. Dijo estar horrorizada y preocupada. Las vacaciones de primavera de Mariann daban comienzo la siguiente semana, el viernes, y George debía estar en Quantico para ese entonces.

—Lo recuerdas, ¿verdad? —preguntó Naomi en tono amenazante.

George dijo que lo recordaba perfectamente.

Mariann, que estaba cerca, le arrebató el teléfono a su madre.

—¡Hola, papá!

George había pasado las primeras horas del día lidiando con burócratas que tenían miedo de no quedar bien parados frente a un caso mediático, y después con una exesposa que estaba más preocupada por un viaje con su novio que por atrapar a un tipo que

estaba asesinando a personas inocentes.

Hablar con Mariann era la primera cosa buena del día.

36

La siguiente reunión grupal tuvo lugar el viernes 2 de abril, ocho días después de la llegada del equipo del FBI. En comparación con la maratónica sesión de la semana anterior, fue breve y resolutiva.

El avance más significativo lo había conseguido la pareja integrada por Erica Sanders y Preston Kinsman en el caso de Gail Mitchell, la muchacha de veintidós años muerta en la mansión que la familia compartía en Bel Air.

Las cosas no cambiaron sustancialmente en la familia con la partida de Gail. La madre, Donna Mitchell, siguió viendo a su amante, y el negocio de Leonard Mitchell se sumía cada vez más en una situación crítica que casi nadie conocía.

La inocencia de los padres nunca estuvo en duda. El día del asesinato de Gail, el padre había participado en dos reuniones en su compañía de fácil comprobación. La madre, por su parte, había hecho una maratónica sesión de compras, dejando tras de sí múltiples cargos en la tarjeta de crédito y grabaciones en las cámaras del centro comercial.

Donna Mitchell fue quien encontró el cuerpo sin vida de su hija y avisó a la policía. Cuando volvieron a interrogarla, Donna no se desdijo ni un ápice de sus palabras. La mujer no se amedrentó con la presencia de un agente del FBI en su casa, o decía la verdad o había estudiado a fondo su versión de los hechos. Insistió en que llegó a su casa a las seis en punto, que traía consigo varias bolsas con ropa, así que hizo dos o tres viajes desde el coche hasta el salón. Luego subió, llamó a su hija, y cuando ella no respondió, fue hasta la habitación y la encontró muerta. Avisó a la policía de inmediato. Fin de la historia.

Ante este aparente callejón sin salida, Sanders y Kinsman trabajaron en la hipótesis de que, quizá, el sujeto podía haber estado en la casa cuando llegó la mujer. No tenían ninguna prueba a favor de esta hipótesis más allá de la hora probable de la muerte, que coincidía con la hora de llegada de Donna Mitchell a la casa.

En función del relato de la madre, que había ido directo a la habitación de su hija al llegar a la casa, quizá el sujeto no había tenido más remedio que esconderse en alguna parte o improvisar una vía de escape. Le volvieron a preguntar específicamente a la mujer si no existía la posibilidad de que hubiese hecho otra cosa, por ejemplo, ir a su propia habitación antes de llamar a su hija a voz en grito, pero ella sostuvo que no.

Una de las ventanas de la habitación de Gail daba a la parte de

atrás de la casa, donde había un tejado con una leve pendiente. Cuando lo revisaron, Erica descubrió que tres tejas estaban rotas. Entusiasmados, ella y Kinsman plantearon algunas posibilidades de escape por la parte de atrás, lo que los llevó a examinar el muro trasero de la propiedad, coronado con alambre de púas. Fue allí donde encontraron un pequeño trozo de tela negra.

Un análisis preliminar no reveló sangre ni nada que les permitiera determinar a qué tipo de prenda pertenecía, pero la sensación de acercarse un poco más al asesino fue reconfortante.

Erica se encargó de llevar algunas tejas al departamento técnico para analizarlas y confirmaron lo que sospechaban: era imposible partir una de aquellas tejas con menos de cien kilos de peso. Si se tomaba en consideración el efecto dinámico de una carga que actúa durante un lapso breve de tiempo, como puede ser el andar de una persona, podía reducirse a ochenta kilos, pero nunca menos de eso. Concluyeron así que el asesino pesaba entre ochenta y cien kilos —porque de lo contrario hubiera roto más tejas—, y que el día de los hechos vestía una prenda negra. Con esta información y la hora del asesinato, tenían previsto volver a hablar con los vecinos, especialmente los que estaban en la parte de atrás, que no habían sido interrogados la primera vez.

También tenían en marcha un análisis detallado del tipo de tela. Las esperanzas estaban puestas en poder obtener información valiosa del fabricante y quizá hasta de la prenda a la cual pertenecía. Una información así, en apariencia insignificante, podría aportar muchísimo en cuanto al perfil del sujeto.

Cuando Erica Sanders y Preston Kinsman terminaron de exponer sus hallazgos, llegó el turno de Alyssa. Por desgracia, ella y Luca no habían conseguido avanzar demasiado. Seguían enfocados en intentar dar con el cardo de algodón que el marido de Abigail Flackett había regalado. Descartada su hermana y un vivero en Pomona, todo parecía indicar que la planta podía estar en poder de su amiga Andrea Stone, con quien todavía no habían podido hablar porque estaba de viaje a ilocalizable.

Alyssa explicó también que estaban investigando una póliza de vida a favor del abogado por más de trescientos mil dólares.

El detective Durham y el agente Strong, asignados al asesinato de Robert Silva, seguían adelante con los procesos habituales en un caso de homicidio. El laboratorio estaba trabajando en la identificación de la herramienta utilizada para cortar las piernas de Silva. El proceso era lento, porque estaban estudiando las marcas en el hueso y el polvo recuperado para intentar obtener el material del disco cortante. Por el momento, sabían que buscaban una herramienta de mano poderosa, pero de disco pequeño. No había tantas en el mercado y

eventualmente podrían dar con ella. Si el asesino la había adquirido recientemente y los puntos de venta no eran demasiados, podrían tener ahí una línea de investigación prometedora.

37

Jamie llevaba poco tiempo en el FBI. No tenía entrenamiento de campo y su función era colaborar con distintos departamentos en el análisis de vídeos. En el noventa y nueve por ciento de los casos su trabajo consistía en detectar anomalías en grabaciones caseras o profesionales para determinar su autenticidad. En ese momento, estaba sentado frente a un monitor de veintiséis pulgadas revisando tres fragmentos de vídeo simultáneamente. Cuando alzó la mirada, vio que Jeffrey seguía con la vista fija en la pizarra.

—Sin suerte con esto —dijo Jamie en un intento de entablar conversación.

Jeffrey negó un par de veces con la cabeza sin apartar los ojos de la pizarra, como si una voz cerebral acabara de hablarle y quisiera deshacerse de ella.

—Pareces John Nash a punto de descifrar el código secreto.

Esta vez el agente reaccionó.

—Perdón. Me enloquece no poder interpretar a este tipo. Siento que lo tenemos frente a nuestras narices. Es obvio que quiere darnos un mensaje. ¿Por qué no podemos verlo?

—¿Quieres que suspenda por un momento lo que estoy haciendo? —preguntó el joven.

—Sí, vamos a la salita de recreo con un par de cafés e intentemos ver si podemos observar esto con un poco de perspectiva.

Cinco minutos después, los dos estaban sentados otra vez en sus puestos de trabajo, ahora con una taza de café cada uno.

En la pizarra, con rotuladores de distintos colores, podía leerse lo siguiente:

	NO	SI	Núm.	Dif.
2004		*El señor de los anillos*	83	83
2003	*Chicago*			
2002		*Una mente maravillosa*	166	83
2001		*Gladiator*	250	84
2000		*American Beauty*	333	83
1999		*Shakespeare in love*	416	83
1998	*Titanic*			
1997		*El paciente inglés*	500	84
1996		*Braveheart*	583	83
1995		*Forrest Gump*	666	83

Ocho películas eran las que el asesino había escogido para representar sus crímenes. A dos las había dejado deliberadamente afuera.

—Estamos usando recursos en algo que sabemos que no nos servirá —reflexionó Jeffrey—. Si supiéramos a ciencia cierta cuál será la siguiente película, no nos serviría de nada.

—Dicho de ese modo suena desalentador.

—Lo es. Tiene que haber algo oculto.

—¿Algo como qué?

Jeffrey sonrió.

—Esa es la pregunta correcta. Veamos el asunto de atrás hacia adelante. Si en efecto hay detrás de esta elección algo más profundo…, algo que verdaderamente pueda llevarnos al asesino, ¿qué podría ser?

Jamie pensó un segundo.

—No se me ocurre nada.

—Muchas de estas películas son historias de amor.

—Eso es porque Hollywood se niega a premiar la ciencia ficción —dijo Jamie—. Quizá Oscar es alguien con el corazón roto. Por eso apuñala a las mujeres.

Jeffrey meditó un segundo sin quitar los ojos de la pizarra. Bebió un poco de café.

—Enamorado…, belleza..., paciente…, corazón…, anillos. Parece una historia. Ahora la pregunta es: ¿por qué incluir en la lista a *Forrest Gump* y dejar fuera a *Titanic*?

Jamie reflexionó un momento.

—*Forrest Gump* es una tragedia amorosa: Jenny muere de cáncer. Pero *Titanic* también lo es, incluso más épica.

Jeffrey sonrió.

—En *Titanic*, Jack Dawson muere. Rose vive.

—¿No estamos forzando las cosas demasiado? —dijo Jamie—. Esto es como cuando quieres encontrar alguna señal en tu día a día y empiezas a verla en todos lados. Una tía mía, hace años, empezó a ver el número once en todas partes. Consultó con un vidente que le dijo que un ángel estaba intentando contactar con ella. Mi tía pensó que se trataba de mi primo, su hijo, que murió al nacer. Por supuesto, nadie podía siquiera insinuar que la justificación fuera otra. Se llama sesgo de confirmación: nos centramos en todo aquello que cumple con nuestras expectativas y pasamos por alto el resto.

—Puede que tengas razón. Quizá estamos ajustando el mensaje a lo que tenemos.

—Sólo digo que es una posibilidad —dijo Jamie—. Y respecto a las nacionalidades que se mencionan: americana e inglesa…

Jamie, que había permanecido sentado en la esquina del escritorio

mientras acababa su café, se puso de pie y se situó frente a la pizarra.

—Oscar es un inglés que conoció a una mujer aquí en América, de la que se enamoró perdidamente. La esperó pacientemente, incluso tenía los anillos para casarse, pero un buen día… ella se marchó. Quizá murió, no lo sabemos. —Hizo una pausa—. No parece suficiente para atrapar al tipo, ¿verdad?

—Me temo que no.

—Quizá es gay —dijo Jamie y dejó escapar una carcajada.

Jeffrey se lo quedó mirando con seriedad.

—¡Así es como los llaman en la cárcel! —dijo Jamie señalando la palabra Gump, todavía sin dejar de sonreír.

—No lo sabía.

—Uno de mis primos, hijo de la tía del número once, trabaja en la prisión estatal de California. Un día me dijo todas las maneras que tienen para llamarlos. ¡Son muchísimas!

Jeffrey cambió radicalmente de tema.

—Respecto a la secuencia numérica, hay números pares, impares y primos. Creo que si aplicamos a estos números el mismo razonamiento que a las películas, entonces no tenemos que buscar una explicación matemática profunda. La diferencia entre cada número, 83 u 84, puede ser todo lo que Oscar tiene para decirnos. ¿Qué películas ganaron el Oscar en 1983 y 1984?

Jamie dio un salto y se sentó frente al ordenador. Movió el ratón y escribió algo en el teclado. Una sonrisa se le dibujó en el rostro:

—En 1984: *La fuerza del cariño* —dijo entusiasmado.

—¿Y en 1983? —preguntó Jeffrey con impaciencia.

La sonrisa de Jamie se borró de repente.

—*Gandhi* —dijo con resignación—. Pero ese año debió de haber sido para *E.T.* No sé en qué estaban pensando. Te lo he dicho, Hollywood no premia la ciencia ficción.

38

La sala de Andrea Stone era espaciosa y había sido decorada con gusto, conjugando una mezcla bien equilibrada de estilos. Alyssa y Luca no se sorprendieron cuando Stone les reveló que se dedicaba profesionalmente a la decoración.

—Siento haberlos hecho esperar —se disculpó.

La mujer les explicó que el vuelo en el que había llegado a Los Ángeles sufrió retrasos y eso complicó las cosas. Luca y Alyssa habían tenido que esperar durante casi una hora en la puerta de la casa.

—¿Quieren algo para tomar?

Andrea no se había sentado todavía. Tenía treinta y siete años, pero aparentaba menos. Sus movimientos eran enérgicos; daba la impresión de ser de esas personas a las que les cuesta permanecer quietas, que duermen poco y llevan adelante un sinnúmero de actividades.

—No, gracias.

Alyssa y Luca ocuparon uno de los sillones de dos piezas. Por el momento, se limitaban a observar a Stone. El repiqueteo de sus tacones contra el suelo de cerámica musicalizaba sus pasos.

—Regreso enseguida —les dijo levantando el tono de voz mientras se alejaba—. Es que…, primero debo asegurarme de… ¡Redford!

Luca se sobresaltó con el grito. Se volvió, pero desde dónde estaba no podía ver a Andrea, que había entrado a la cocina. Entonces captó un movimiento con el rabillo del ojo izquierdo y estuvo a punto de sacar su arma para dispararle a un hombre pelirrojo que se asomaba desde detrás de un mueble.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Estás bien? —Alyssa se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir y no pudo evitar sonreír.

Un gato anaranjado, más asustado que el propio Luca, los miraba con displicencia.

—Anda, gato… ¿no has oído que te están llamando? —lo instó Luca—. ¿A quién se le ocurre llamar a un gato Redford?

—¡Oh, Red! ¡Estás ahí! —dijo Andrea desde la puerta de la cocina —. Ven aquí…, estoy segura de que la señora Castiglione no te ha dado de comer todos los días.

Castiglione debió de olvidar alimentar a Redford algunas veces, porque este se puso en movimiento de inmediato.

—¡Hola, Red! ¿Me has extrañado? Aquí tienes tu comida.

Redford emitió un maullido largo y gutural.

—Perdón —se disculpó Andrea una vez más cuando ocupó el sillón de enfrente—. Si no le doy su comida, en cinco minutos nos iba a interrumpir.

—Descuide —dijo Luca mientras introducía su mano en el bolsillo de la chaqueta—. ¿Le molesta si grabamos esta conversación?

—En absoluto.

El detective activó la grabadora y la dejó sobre la mesa. Esta vez habían convenido que fuera Alyssa la que hiciera las preguntas. Sin embargo, antes de que pudiera formular la primera, Andrea se le adelantó.

—Es por el caso de Oscar, ¿verdad? ¿El asesino en serie?

—No sabemos si el asesinato de Abigail Flackett tiene algo que ver con la investigación que usted menciona —se apresuró a decir Alyssa.

La mujer la observó durante diez largos segundos.

—Yo fui la que descubrió el cadáver —dijo Andrea—. Vi su cuerpo con las puñaladas en el torso. También vi la nota con el número. No salió publicado, pero yo lo he visto todo.

—Señorita Stone —dijo Alyssa con voz firme—. Le repito que no sabemos si existe una relación. A estas alturas no descartamos nada. ¿Le molesta si le formulamos algunas preguntas?

—No, no me molesta. Aunque ya les dije en su momento todo lo que recuerdo.

Alyssa conocía al dedillo las declaraciones de Stone. Alex Flackett había regresado a su casa alrededor de las seis de la tarde y bebió una cerveza y miró la televisión un rato. Dormitó un poco y decidió ir a la casa de Andrea Stone, creyendo que allí encontraría a su esposa. Ella le dijo que no la había visto en todo el día y los dos regresaron a la casa para decidir qué hacer. Stone descubrió el cuerpo sin vida de su amiga atado a uno de los postes del porche.

—En realidad queremos preguntarle otras cosas.

—¿Necesito un abogado?

—Oh no —se apresuró a intervenir Luca—. La grabadora es sólo para no olvidar los detalles, de ninguna manera es evidencia de nada, igual que todo lo que hablemos aquí. Tiene mi palabra.

Andrea asintió, pero la expresión en su mirada había adquirido cierto brillo de desconfianza.

—¿Tiene que ver con…? —Andrea señaló con el pulgar hacia la ventana que tenía a sus espaldas.

—¿Con el señor Flackett?

—Bueno… Supongo que ya saben que ha empezado una nueva relación.

Alyssa se acomodó en el sillón.

—¿Se refiere a la señorita Jenkins?

–Oh, así que ese es su nombre. Abigail y yo la llamábamos

Caderitas.

La revelación generó un silencio incómodo. Andrea Stone no había mencionado en sus anteriores declaraciones que Alex Flackett mantenía un romance con otra mujer, y mucho menos que Abigail sabía de su existencia.

—Oigan —dijo Andrea—. Alex no es un asesino… Puede ser muchas cosas, pero no es…

—Señorita Stone —la interrumpió Alyssa—. Cuéntenos lo que sabe de la nueva pareja del señor Flackett, por favor.

Ahora fue el turno de la mujer de acomodarse en el sillón. El cabello castaño, con reflejos claros, le caía delante de los hombros. Lo apartó con las dos manos, lo juntó en la nuca y luego dejó que cayera sobre la espalda.

—Ocurrió tras el despido de Abigail —dijo Andrea—. Ella pasaba más tiempo en casa y empezó a ser más consciente de los tiempos de Alex. Es un hombre ocupado, con el bufete y todo eso, pero algunas cosas no cuadraban. Un día lo siguió y lo vio con Caderitas entrando a un motel.

—¿Nos puede decir exactamente cuándo fue eso?

—Déjenme pensar… yo diría que a mediados de noviembre del año pasado.

—¿Sabe si Abigail se enfrentó al señor Flackett?

—No lo hizo.

—¿Le dijo por qué?

—Sí, de hecho, yo estaba de acuerdo. Hacía tiempo que el matrimonio entre ellos no funcionaba. Seguían juntos por inercia. Cuando Abi me habló de la amante de Alex, después de haberlo seguido hasta el motel, no estaba molesta. No sentía nada por él desde hacía tiempo. Desde ese día, cada vez que Alex llegaba tarde o se ausentaba más de la cuenta, ella misma me decía que posiblemente estaba con Caderitas. No le importaba.

—¿No creyó conveniente mencionar este dato antes?

—Nadie me lo preguntó específicamente. Como le he dicho, Alex Flackett no es un asesino, y si había algo que marcó a Abi en sus últimos días, fue la pérdida de su trabajo, no las aventuras de su esposo.

—¿Sabía que Abigail Flackett tenía una póliza de vida, y que el señor Flackett cobrará una buena suma de dinero tras su muerte?

El rostro de Andrea Stone lo dijo todo. Se puso pálida. Observó a Luca, como si en el fondo creyera que el comentario no era cierto y que la agente lo había hecho sólo para ver su reacción. El detective asintió en silencio.

—¿Puede respondernos? Para que conste en la grabación —le pidió Alyssa.

—No lo sabía. —La voz de Andrea fue apenas un susurro.

Era la primera vez que Luca veía a Alyssa llevar adelante un interrogatorio completo. Le gustaba su estilo frío, siempre al límite.

—El señor Flackett —dijo Alyssa— nos ha dicho que Abigail se dedicó a coleccionar plantas y que usted se quedó con algunas de ellas después de su muerte. ¿Es cierto?

La mujer no pareció comprender.

—Me quedé sólo con una, como recuerdo.

Luca se mantuvo en silencio, pero no pudo evitar que sus labios esbozaran una leve sonrisa. No sabía por qué, pero supo de inmediato que la planta que Andrea Stone había decidido conservar sería el cardo de algodón.

—¿Podemos ver esa planta?

—Claro. —Andrea se puso de pie, rodeó la mesa y se encaminó hacia la parte de atrás de la casa.

Antes de seguir a las dos mujeres, Luca agarró la grabadora y se la llevó consigo. No la apagó.

El porche trasero de Andrea Stone guardaba una similitud notable con el de su amiga. Las columnas estaban más o menos a la misma distancia, también eran blancas y no había barandillas en los laterales. Para bajar al jardín había dos peldaños.

Junto a una de las columnas estaba el cardo de algodón.

Tres de las características flores, de bulbo redondo y con el penacho violeta, se alzaban por encima de las hojas.

—Ahí está.

Alyssa y Luca se acercaron. Cuando estuvieron junto a la planta, se pusieron en cuclillas y la observaron como si se tratara de un espécimen único en la tierra. Comentaron algo en voz tan baja que Andrea no alcanzó a escucharlos.

—Vamos a tener que llevarnos esta planta —dijo Luca.

—¿Creen que podré recuperarla en algún momento?

—No lo creo —dijo Alyssa.

Unos minutos después, la planta descansaba en el suelo de la sala, dentro de una caja de cartón. Luca había sido el encargado de colocarla ahí, valiéndose de un par de guantes. Si bien no había visto rastros de sangre ni nada fuera de lugar, sabía que el laboratorio le diría mucho más que sus ojos. Estaba eufórico con el hallazgo y no veía la hora de empezar con los análisis. Se alegró de que Alyssa formulara el resto de las preguntas; él había perdido por completo el foco.

—¿Por qué decidió quedarse con esa planta en particular? —preguntó Alyssa.

Andrea se volvió hacia la caja de cartón. Las tres flores se alzaban como ojos.

—Era importante para ella… —explicó Andrea.

Luca se interesó de inmediato. Si la planta había sido importante para Abigail, entonces no la había llevado el asesino en el momento de cometer el crimen, como ellos habían asumido. El cardo había estado allí antes.

—Continúe, señorita Stone.

—Abi cuidaba sus plantas con mucho cariño. Les tomaba fotografías y las publicaba en internet. Por lo menos a algunas de ellas.

Alyssa y Luca se miraron. Nunca había salido a la luz que Abigail tuviera un espacio en internet.

—Alex Flackett nunca mencionó un sitio en internet —intervino Luca.

—No me extraña —dijo Andrea—. Como les dije antes, la comunicación se había perdido entre ellos. Es simple, Alex tenía su trabajo y a Caderitas; Andrea a sus plantas y a mí.

—Le voy a pedir que nos facilite la dirección del sitio de Abigail.

—Oh, no lo recuerdo de memoria. Se trata de esos portales gratuitos que ofrecen alojamiento para páginas privadas. La dirección es larga y difícil de recordar, pero la tengo grabada en mis sitios favoritos. Cada tanto entraba a la página para comentar sobre las fotografías. A Abi le hacía bien.

Andrea fue a buscar su ordenador portátil.

Luca y Alyssa intercambiaron miradas esperanzadoras.

—Aquí está —dijo Andrea.

Los investigadores leyeron el encabezado: LAS PLANTAS DE ABI

—¿Me permite? —preguntó Alyssa antes de tocar el ordenador.

—Claro que sí.

En efecto, el sitio era sumamente simple. Debajo de una breve introducción en la que Abigail expresaba su amor por las plantas y lo mucho que la ayudaban a sobrellevar momentos difíciles de su vida, había un listado de todas las especies de su colección.

La quinta era el cardo de algodón.

Alyssa le habló directamente a Luca.

—Voy a probar hacer una búsqueda.

Alyssa accedió a Google. En el cuadro de búsqueda escribió: cardo de algodón, colección, Los Ángeles. La búsqueda no arrojó demasiados resultados, apenas más de medio centenar. El quinto resultado correspondía a la página de Abigail Flackett.

—Bastante simple, ¿eh? —dijo Alyssa.

Luca asintió.

—Muchas gracias, señorita Stone —dijo Alyssa devolviéndole el ordenador portátil.

Andrea dudó un instante antes de responder. De un momento a

otro su energía se había desvanecido y parecía nerviosa.

—Hay algo que deben saber —musitó.

Su vista vagó por la moldura de los techos, luego por las paredes y por último por las fotografías sobre el mueble. En una de ellas estaba junto a un niño pequeño y se la quedó mirando.

—Es mi sobrino —dijo Andrea—. Viene a menudo a visitarme. Es como un hijo. —Hizo una pausa. Las palabras que pronunciaba parecían herirla por dentro—. Abi y yo siempre hablábamos de lo bonito de tener hijos, aunque ninguna de las dos los teníamos. Podría decirse que las dos hemos sido desgraciadas en materia amorosa. Yo he estado con algunos hombres, pero ninguno de ellos valía la pena. Tampoco he estado tan ciega como para vivir con uno sólo para tener hijos. Abi me admiraba por eso…

La voz se le quebró. Apretó los labios y una lágrima temblorosa asomó por el rabillo del ojo, pero permaneció allí, como una gota de lluvia en la punta de una hoja.

—Abi estaba casada, pero era como si no lo estuviera. Alex no la amaba, nunca lo hizo. Ella sí. De eso hace mucho tiempo.

Aunque la mujer no iba directamente al punto, Alyssa sentía que no debía interrumpirla. Algo le decía que lo que Andrea estaba a punto de revelarles podía ser importante. Por un instante, Alyssa se permitió fantasear con que quizá Abigail tenía un admirador que le había obsequiado con esa planta.

—Esa planta fue un regalo —dijo Andrea—. Un niño la dejó en la puerta de la casa. Venía con una tarjeta. No tenía una frase personalizada, pero era una tarjeta romántica, de esas de San Valentín.

Un batallón de preguntas se alojó en la cabeza de Alyssa, pero la agente les ordenó que no se movieran hasta que la mujer terminara de hablar.

—Durante el último tiempo imaginamos quién podía ser el admirador secreto —continuó Andrea—. Abi era una mujer hermosa… ustedes la han visto en las fotografías.

La expresión en el rostro de Andrea se transformó en furia. La lágrima se dejó caer por la mejilla antes de secarse y ella la barrió con el dedo.

—Nunca supimos quién envió la planta. Al menos Abi murió con la ilusión de que alguien se interesaba por ella.

—¿Sospechaba de alguien? —se permitió preguntar Luca.

Ella negó con la cabeza.

—¿Sabe si Abigail conservó la tarjeta?

—Me dijo que iba a deshacerse de ella —dijo Andrea—, así que supongo que eso hizo. Era de esas tarjetas con mensajes genéricos.

—¿Y la planta se la entregó un niño? —preguntó Alyssa.

—Abi no recibió la planta. El niño la dejó en la puerta de la calle y se marchó. Lo sé porque yo estaba justamente ahí, frente a la ventana, y lo vi con mis propios ojos.

Alyssa y Luca guardaron silencio un momento.

—¿Nos podría decir cuándo fue eso? —preguntó Alyssa.

—Unas dos semanas antes de la muerte de Abi, no me acuerdo exactamente el día. Era entre semana, cerca del mediodía, eso sí lo recuerdo.

—¿Podría decirnos algo del niño? —preguntó Luca comprobando que su grabadora seguía funcionando.

—La verdad es que no. Llegó en su bicicleta, dejó la planta y se marchó. Calculo que tendría unos diez años, no muchos más. En ese momento supuse que sería uno de los tantos chiquillos del vecindario al que alguien le habría dado la planta para no acercarse demasiado a la casa.

—Vamos a necesitar una descripción lo más precisa posible de ese niño —dijo Alyssa—. También de la bicicleta. Si no tenía más de diez años es probable que viva cerca.

—Claro, les diré lo que pueda recordar. Sinceramente, nunca pensé que esa planta podía estar relacionada con la muerte de Abi. Y ahora ustedes llegan a mi casa preguntando por eso…

El rostro de la mujer se transformó, como si ahora se diera cuenta de la verdadera dimensión de lo que aquella planta podía significar.

Alyssa y Luca le agradecieron a Stone su tiempo y se marcharon. Fueron hasta el coche en silencio. Ninguno de los dos había imaginado que saldrían de aquella casa, no sólo con el cardo de algodón, sino también con una pista sólida para dar con su dueño original. Lo único que tenían que hacer era encontrar al niño que la había llevado a la casa de Abigail.

39

Lizeth entró a la oficina de George.

—Señor, acabo de enviarle el billete de avión por correo electrónico ¿Feliz de volver a casa?

—Gracias. La verdad es que no me hace nada de gracia alejarme de la investigación en este momento —reconoció George—, pero le prometí a mi hija que pasaría con ella las vacaciones de primavera.

—Es una niña hermosa —dijo Lizeth señalando la fotografía de Mariann sobre el escritorio—. Y aquí estaremos bien. La agente Paget parece muy competente.

George tenía previsto hacer un seguimiento desde Quantico, pero Alyssa tendría que cargar con la operación del día a día, y si bien confiaba en ella y en su capacidad para manejar situaciones críticas, lo cierto es que Alyssa no era la misma desde su decisión de tomarse un tiempo fuera del FBI. Una cosa era sacarla de su casa para volver al ruedo y otra muy distinta someterla a situaciones de presión a las que no estaba acostumbrada.

Se obligó a apartar la idea de su cabeza y a pensar en el entusiasmo que había advertido en su voz minutos atrás, cuando ella y Luca Bruzzo lo pusieron al corriente del hallazgo del cardo de algodón.

Lizeth salió de la oficina y él aprovechó la calma para revisar las notas que le había entregado Jeffrey un rato antes sobre un nuevo enfoque que estaba llevando adelante con Jamie. Todo el asunto de las películas y su significado lo desconcertaba. Quizá, efectivamente, había ahí algún mensaje relativo a la vida sentimental del sujeto, pero George dudaba de su utilidad práctica en el caso.

Cuando Lizeth regresó, apenas tres minutos después y con el rostro desencajado, supo que algo malo había pasado.

—Ha habido otro asesinato —dijo Lizeth sin rodeos.

«Veinte días», fue lo primero que pensó George. Han pasado sólo veinte días.

Las siguientes horas fueron frenéticas.

George llegó en coche a la escena del crimen pasadas las nueve de la noche. Un grupo de reporteros le impidió el paso y debió bajarse del vehículo y llegar a pie a la casa en la calle Peach Grove. Lo ametrallaron con las preguntas de rigor y él se limitó a responder que no haría declaraciones por el momento. Las preguntas no cesaron y él repitió el discurso dos o tres veces, hasta que un policía le dio paso por debajo de la cinta amarilla.

Caminó los siguientes treinta metros en silencio, con las voces de los reporteros más insistentes todavía sonando a sus espaldas y las luces rojas y azules de las patrullas iluminando las copas de los árboles. Estaban en un vecindario tranquilo en Van Nuys, las casas eran de una sola planta, simples, pero bonitas. Una ambulancia y el vehículo de los técnicos flanqueaban el portal. Unos metros más allá, calle abajo, otra cinta amarilla contenía más espectadores casuales y reporteros.

George había dado instrucciones de no mover nada hasta su llegada.

—Agente Allen, debe venir a ver esto.

Era el agente Strong, que acababa de salir de la casa y avanzaba hacia George por un sendero peatonal.

George lo siguió.

En el amplio salón había varios técnicos trabajando. Fueron hasta la cocina, donde encontraron el cuerpo de un hombre tendido boca abajo con horribles heridas en la espalda. Estaba rodeado de unas piedras que no podían ser otra cosa que la puesta en escena del sujeto. Esta vez no había una nota, sino que, en las baldosas blancas, escrito con la propia sangre de la víctima podía leerse:

HOLA GEORGE
750

El médico forense, que hasta ese momento había estado arrodillado y haciendo su trabajo, se levantó y se alejó sin que nadie se lo pidiera. Strong se quedó en el extremo de la cocina junto a Danny Durham.

George observó la frase durante un largo rato, como un niño que apenas empieza a leer y estudia cada letra concienzudamente.

—Vamos afuera —dijo George—. Empecemos desde el principio.

Los tres salieron de la casa.

—Suponemos que lo atacaron aquí —dijo Strong.

No había sangre por ninguna parte. Estaban en la acera perimetral de la casa y lo que tenían delante era un charco de un líquido espeso y oscuro.

—Al principio pensamos que era vómito.

George se inclinó y lo olió. Definitivamente no era vómito.

—¿Qué sabemos de la víctima? —preguntó George.

—Su nombre era Lewis Hendrix —dijo Durham—. Tenía veintinueve años y vivía solo. Trabajaba en una tienda de muebles de oficina al sur de la ciudad. Hemos contactado con el dueño de la tienda y él nos ha proporcionado la dirección de su prometida. Se llama Tamara Gilroy. Sanders y Kinsman van camino de su casa en este momento.

Si bien los reporteros estaban lejos, las voces se hacían oír y los

flashes no cesaban.

—En el coche encontramos su maletín y una bolsa de la compra —dijo Strong—. La puerta del coche estaba abierta, al igual que la de la casa. Lo que suponemos es que vino hasta aquí, atraído por esa masa informe en el suelo y fue golpeado o atacado, o quizá vio al asesino.

—Él mismo llamó al 911 —dijo Durham—. Recibimos la grabación hace un momento.

Activó el altavoz del móvil y George se acercó para escuchar.

«9-1-1. ¿Cuál es su emergencia?».

«Mi nombre es Lewis Hendrix, vivo en el número 13980 de la calle Peach Grove, en Van Nuys. Por favor, necesito que vengan inm… diattt..ttt…».

«¿Señor Hendrix? ¿Señor Hendrix…?».

—El sujeto lo detuvo justo a tiempo —reflexionó George—. ¿Algo más aquí afuera?

—En el parterre faltan piedras —dijo Durham—. Son las que rodean el cadáver. Hemos llamado a Jeffrey y se dio cuenta inmediatamente de que la escena pertenece a *La lista de Schindler*. Y hay un detalle más, fíjese aquí.

El detective señalaba dos surcos en la tierra que iban desde un lado de la acera hasta el centro del jardín. Estaban separados unos cuarenta centímetros uno del otro y se interrumpían de repente.

—¿Esa escoba estaba ahí?

Durham y Strong se volvieron para mirar en dirección a una escoba que estaba apoyada contra la pared. Los dos hombres asintieron.

Durante un momento, George repasó la escena en silencio: el coche de Hendrix, las rocas que faltaban, los surcos en la tierra, la escoba, el líquido marrón.

—Sigamos adentro —dijo.

De vuelta a la cocina, George examinó la escena con detenimiento. Se concentró primero en el cuerpo, poniendo especial atención en el calzado, y después en la cocina.

—¿Habéis visto esto?

Strong y Durham se acercaron a una barra para comer con dos taburetes de metal. Entre ellos, en el suelo, había un charco.

—Parece agua —dijo Strong.

Durham le pidió a Jonathan Glover que tomara muestras. Lisa Deschanel, una de las colaboradoras de Glover, se encargó de colocar un par de marcadores amarillos a cada lado.

Los técnicos acataban las directrices en un inusitado silencio. Hacía más de una hora que estaban en la casa y todavía no habían procesado ninguna prueba. Las órdenes de George Allen de no tocar nada hasta que él lo viera, además de inusuales, los habían encabronado un poco.

Hasket, el forense, también esperaba indicaciones junto al cuerpo. La acompañaba una mujer joven que no había participado en el Beverly.

—¿Qué puede decirnos, doctor? —preguntó George.

—No hay *rigor mortis* en las extremidades —dijo el hombre mientras sostenía uno de los brazos y exhibía su flexibilidad—. Estoy seguro de que la muerte se ha producido hace menos de dos horas. Bevin, mide la temperatura para que la hora exacta conste en el reporte, por favor.

La muchacha asintió y buscó el termómetro.

—Tenemos tres puñaladas en la espalda —dijo Hasket señalándolas en el torso desnudo—. La falta de daño en el tejido periférico sugiere que la víctima estaba muerta cuando las recibió.

Este era uno de los detalles más desconcertantes. Hasta el momento, el sujeto se había limitado a cortar el cuello de sus víctimas masculinas sin que ninguna de ellas presentara otras heridas.

—Todavía no hemos encontrado la camiseta —acotó Strong.

Hasket dio vuelta el cadáver. Los ojos de Lewis Hendrix estaban abiertos. La herida del cuello era espantosa.

—La víctima sufrió un corte con arma blanca en el cuello. Murió desangrado. A juzgar por la ausencia de salpicaduras, diría que fue atacado boca abajo tal cual lo encontramos.

—Tiene algo en la mano —dijo la asistente.

El doctor Hasket abrió la mano derecha con cierto esfuerzo.

—Creí que el *rigor mortis* todavía no se había manifestado —dijo George.

—Es extraño. —Estuvo de acuerdo Hasket.

El médico les entregó un móvil de tamaño diminuto. Su expresión era de confusión.

—¿Qué le llama la atención?

—Los músculos se distienden al morir, para después entrar en la fase de *rigor mortis*, que sucede entre seis y veinticuatro horas después.

George lo sabía. Era la razón por la que a los suicidas nunca se les encontraba con el arma en las manos, sino en las proximidades. Muchos asesinatos que querían ser camuflados como suicidios eran descubiertos porque el asesino colocaba el arma en la mano de la víctima.

—¿Sugiere que el sujeto colocó el móvil en la mano de la víctima? —preguntó George.

—Eso o el hombre volvió a cogerlo cuando agonizaba —aventuró Hasket—. Pero incluso en este caso debería haberlo soltado.

—Hay demasiados elementos fuera de lugar —dijo Durham—. ¿Cómo encaja el agua en el suelo?

En cuanto a ella, George creía saber su procedencia. De hecho, casi

había adivinado que la encontraría allí. De pronto su rostro se iluminó.

Las piezas empezaban a encajar en su sitio.

40

George regresó al jardín de Lewis Hendrix. Strong y Durham lo esperaban junto a uno de los técnicos que procesaba una bolsa de basura vacía que habían encontrado enredada en el cerco perimetral.

—¿Qué creen que ha sucedido aquí? —preguntó George.

Strong habló primero.

—Hendrix llega a la casa y ve eso en medio de la acera. —El agente señaló en dirección al líquido marrón—. Sabemos que es ordenado, quizá incluso obsesivo. Ve ese guisado y decide limpiarlo de inmediato. Se baja del coche, entra a su casa, coge la escoba y una bolsa… seguramente deja la puerta abierta. El asesino lo ataca desde atrás.

—Te has olvidado de la llamada al 911 —dijo Durham.

—Es verdad. —Strong pensó un segundo—. Hendrix entra en su casa y advierte que algo no va bien. Cuando sale, en lugar de limpiar la acera, llama a la policía. Entonces, el asesino lo golpea desde atrás y lo arrastra hasta la casa.

—El médico no ha encontrado golpes —dijo George—. ¿Y cómo es posible que tenga el móvil en la mano?

—Se me ocurren dos cosas —dijo Strong—. O bien hay algo en nuestra teoría que no funciona y la llamada la hizo desde dentro, en cuyo caso no sé cómo explicar la escoba y esos surcos, o el asesino le volvió a colocar el móvil en la mano.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó Durham.

El móvil de George los interrumpió. Era Erica para informarle que ella y Kinsman habían hablado con la novia de Hendrix, que apenas pudo decirles unas pocas palabras antes de que entrara en una crisis nerviosa. En ese momento estaban en casa de los padres de Lewis Hendrix.

George se lo agradeció y le hizo una pregunta que descolocó a todos.

—¿Los padres de Hendrix tienen mascotas?

George escuchó la respuesta y cortó.

—Al menos algo tiene sentido —dijo dirigiéndose a Strong y Durham—. Los padres de Hendrix tienen perros y gatos, Erica no sabe cuántos, pero ha visto dos o tres por ahí dando vueltas.

—¿Eso qué tiene que ver con la escena del crimen? —dijo Strong.

—Mucho. Vamos adentro. Quiero verificar una cosa y luego les diré lo que haremos.

Volvieron a entrar.

En la cocina, Hasket estaba introduciendo el cuerpo en una bolsa para cadáveres. George abrió las alacenas de una en una. Primero le pidió a uno de los técnicos que tomara fotografías del interior, luego que retirara los vasos que había en el primer estante y que los colocara sobre la barra para comer.

Minutos después, salieron de la casa.

Cuando los reporteros advirtieron la salida del cadáver y del grupo completo de investigadores, se revolucionaron tras las cintas amarillas. Se dispararon decenas de flashes y las preguntas estallaron en la distancia.

George los reunió a todos. El equipo de técnicos, liderado por Glover, no entendía el motivo de la reunión; apenas habían procesado el cadáver y les quedaba todo lo demás. Era tarde y todos querían irse a casa. Lisa Deschanel, Arnold Schwartz y otros dos técnicos que Durham no conocía los observaban con expectativa, deseosos de terminar con aquello cuanto antes.

—Seré breve —dijo George. Hablaba en tono bajo. Nadie fuera del círculo podía oírlos—. Esto es lo que creo ha sucedido aquí.

Caminó hasta la senda peatonal. Señaló hacia la derecha, en dirección a la calle Murietta, por donde él mismo había llegado. Los reporteros se agitaron suponiendo que el hecho de que señalara en aquella dirección podía significar algo.

—El sujeto ha venido desde aquella dirección. Posiblemente con un equipo deportivo, aunque es seguro que trajera una mochila o una riñonera. Cuando el señor Hendrix llegó a su casa como todos los días, encontró al sujeto inclinado sobre ese mejunje que vemos allí, al que colocó previamente para simular estar descompuesto. Es altamente probable que encontremos restos de saliva, por lo que quiero que traten esa sustancia con especial cuidado. No la guarden en un contenedor; tomen muestras pequeñas de la superficie. Cualquier resto orgánico nos servirá. Recuerden que el asesino debió de permanecer inclinado sobre la sustancia durante un buen rato.

Todos observaban perplejos. George no buscaba confirmación mientras hablaba. Relataba los hechos como si se tratara de una película que había visto el día anterior, o él mismo hubiera estado de pie en el jardín de Lewis Hendrix cuando todo aquello había tenido lugar.

Los rostros fueron pasando del hastío al asombro.

—Cuando Hendrix se baja del coche, se dirige al sujeto y le pregunta si está bien. Él le dice que sí, que se siente mareado o algo por el estilo, y le pide un vaso de agua, posiblemente incluso le pide pasar al baño para no exponerse a que Hendrix le traiga el agua hasta aquí. Estamos en presencia de un sujeto que destila confianza. Tiene que haber sido muy convincente en la forma de vestir.

George entró a la casa, seguido por el resto.

—Los dos entran juntos —dijo—. Hendrix le da un vaso de agua y es entonces cuando se produce un ligero cambio de planes. El sujeto tiene previsto matar a la víctima aquí, pero Hendrix, cuya casa es un claro ejemplo de su meticulosidad, dice y hace algo totalmente inesperado. Coge la escoba, una bolsa de basura y le dice al extraño que, mientras utiliza el baño, él irá a limpiar la acera.

—Parece un poco confiado —comentó Glover—. ¿Existe la posibilidad de que lo conozca?

—Ninguna —sentenció George—. Como podemos ver, en la alacena hemos encontrado once vasos, dispuestos como podemos ver ahí en la mesa. ¿Qué piensa, detective Durham?

—Que los vasos debían ser doce y que Hendrix utilizó uno para darle agua al asesino. No parece el tipo de persona que deja un juego incompleto cuando se rompe una unidad.

—Yo diría que no es siquiera el tipo que permite que se rompa uno en primer lugar. De todos modos, lo confirmaremos con su novia, cuando esté en condiciones de hablar. El agua que vemos en el suelo, caballeros y señorita Deschanel, estuvo en el vaso del sujeto. Dudo que haya bebido; no es tan estúpido, pero tratenla con la misma precaución que el líquido de la acera.

Todos asintieron. George estudió la cocina. La mancha de sangre con su nombre trazado en ella seguía allí. No quiso mirarla. Continuó hablando:

—La decisión de salir inmediatamente desconcertó al sujeto; en consecuencia, improvisó. Permitiría que Hendrix hiciera su trabajo, lo esperaría dentro, y cuando regresara, lo mataría… sus planes no habían cambiado mucho. Sólo que cuando Hendrix se disponía a llegar al vómito, se dio cuenta que no era tal. Aquello, como quizá alguno de ustedes ya sabe, es comida para gatos. No la de ejemplares adultos, sino de cachorros. Hendrix lo advierte; lo sabe porque su familia siempre ha tenido mascotas. Entonces deja caer la escoba donde la hemos visto, agarra el móvil que lleva en el bolsillo y llama a la policía.

Todos escuchaban con atención. Durham estaba especialmente impresionado. Hasta el momento, todo lo que decía Allen tenía sentido.

—Llama al 911. El sujeto, al advertir lo que está sucediendo, sale de la casa. —George hizo una pausa y en tono ominoso le preguntó al resto—. ¿Qué hizo entonces?

Todos se miraron. Habían descartado que lo hubiese apuñalado o golpeado con una roca. ¿Lo habría apresado? ¿Por qué Hendrix no gritó?

—Hasta el momento —dijo George—, creíamos que las puñaladas

en el pecho que encontramos en las víctimas mujeres eran parte de la firma del asesino. Ahora nos encontramos con que Hendrix también presenta puñaladas, en su caso en la espalda. Esto, sumado al hecho de que fueron aplicadas *post mortem*, tira por la borda nuestra teoría, pero sugiere algo más: que las puñaladas fueron utilizadas para ocultar algo.

Durham recordó la llamada al 911 y el modo abrupto en que había finalizado, con un ligero tartamudeo de Hendrix antes de enmudecer.

—Utilizó una Taser —dijo Durham.

George asintió en silencio, satisfecho con la respuesta.

Las Taser eran pistolas de electroshock. Todos las conocían; la policía incluso las utilizaba como armas antidisturbios, y no era extraño encontrarlas en las casas de algunas personas como defensa personal. Funcionaban disparando dos dardos vinculados a la pistola por cables conductores. Cuando se clavaban en el cuerpo de la otra persona, atravesando la ropa si se topaba con ella, le aplicaba al destinatario una descarga que podía variar de los cincuenta a los quinientos mil voltios. Funcionaban con un amperaje muy bajo, por lo cual no eran mortales, pero ocasionaban una contracción involuntaria de todos los músculos del cuerpo. El sujeto afectado quedaba literalmente imposibilitado de reaccionar por períodos de cinco a diez minutos.

—Odio esos chismes —dijo Hasket—. La gente piensa que son inofensivas, pero si le das a alguien con un marcapasos, lo liquidas en un abrir y cerrar de ojos.

—El sujeto ha utilizado una pistola Taser para controlar a sus víctimas —dijo George—. Recordemos el jabón con los dedos marcados de Inés MacIntyre o el bolso que aferraba Nadine Reinhold. Ahora lo vemos con Hendrix y su móvil.

Tenía todo el sentido. Hallar puñaladas sólo en los cuerpos de las mujeres los había llevado en la dirección incorrecta. Hasta era probable que el sujeto hubiera seguido con el patrón a propósito, atento al detalle y sabiendo que sembraría una pista falsa. Sin embargo, con Hendrix se había acabado el engaño. Utilizar la Taser no había sido el plan original, pero no le había quedado más remedio.

—El sujeto no ha dudado. Extrajo la pistola de su mochila, salió y disparó, posiblemente desde la puerta. Hendrix cayó aquí. Luego fue arrastrado hasta el interior, donde lo encontramos. La contracción muscular hizo que no soltara el móvil durante el traslado.

—Por eso no hemos encontrado la camisa —reflexionó Durham —, porque contenía las perforaciones causadas por los dardos y el asesino se la llevó consigo.

—Exacto. Una vez dentro, el sujeto le quita la camisa a Hendrix y esconde las marcas con las tres puñaladas que hemos visto. Nos ha

dejado una de más para que no resulte tan obvio, pero no son nada en comparación con las siete u ocho de los otros casos. Esta vez tenía más prisa que de costumbre. La policía estaba en camino.

George hizo una pausa.

Todos sabían lo que vendría a continuación. Mientras el desgraciado vendedor de muebles perdía sus más de cuatro litros de sangre en la cocina de su casa, Oscar se apresuró a transportar unas cuantas piedras desde el parterre hasta el interior de la casa.

—Pero antes de marcharse hizo una última cosa —explicó George —. Vio el vaso sobre la mesa y supo que lo había tocado sin guantes. Se deshizo del agua, guardó el vaso en su mochila junto con la camisa y entonces sí…, se marchó.

Todos se lo quedaron mirando, buscando una fisura en la lógica que acababan de escuchar; algo fuera de lugar, un detalle que pudiera explicarse de manera más simple. Ninguno dijo nada.

—Lo que necesito —dijo George—, es que se centren en la cadena de sucesos que he descrito. Sigan los pasos del sujeto uno tras otro. Este asesinato es diferente a los demás. Por primera vez iba contrarreloj, por eso se deshizo del agua en medio de la cocina y no fue hasta la encimera. Pudo dejar algo atrás. Doctor, necesito que trate de buscar evidencias del uso de la pistola Taser.

—Puede haber algún deterioro celular cerca del punto de aplicación. Con las heridas del cuchillo, será algo más difícil advertirlo, pero vale la pena intentarlo.

George estaba convencido de que el sujeto había cometido un error en el asesinato de Lewis Hendrix. Cuando improvisas, siempre dejas algún cabo suelto.

41

Mariann estaba feliz de pasar una temporada en Los Ángeles con su tía Peyton. La idea había sido de George que, en vistas de los acontecimientos recientes, no había tenido más remedio que cancelar su viaje a Quantico, con los consiguientes reproches de su ex. Naomi finalmente había aceptado, no sin antes decirle a George que no era posible que siempre priorizara su trabajo sobre todo lo demás, incluida su propia hija.

Mariann había viajado en avión dos veces, pero esta era una travesía más larga que las otras y además lo haría sola. Una persona de United Airlines estuvo con ella antes de embarcar y otra la recibió cuando el 747 aterrizó en el aeropuerto internacional de Los Ángeles. Allí estaba Peyton, con un letrero en el que había escrito su nombre a modo de broma. Mariann se abalanzó sobre su tía y la abrazó con fuerza. Quería que todos la vieran. Peyton era hermosa y siempre llamaba la atención.

Cuando caminaban por el aparcamiento del aeropuerto, se acercaron dos chicas de unos dieciséis años que reconocieron a Peyton y le pidieron un autógrafo. Ella accedió de buen grado, les preguntó sus nombres y les escribió una pequeña dedicatoria. Mariann observaba embelesada. Las dos chicas dijeron que eran fanáticas de la serie, en especial de Dafne Dupree, el personaje de Peyton. Le dijeron que estaban ansiosas de que el personaje regresara de Europa, y ella les respondió que también esperaba el momento con ansias.

El trayecto en coche duró más de cuarenta minutos. Era la primera vez que Mariann visitaba Los Ángeles y observaba todo por la ventanilla con fascinación. En un momento dado, pasaron por un edificio imponente y Peyton le comentó que pertenecía al FBI y que posiblemente George estaría allí en ese instante. Ella sugirió pasar a verlo; ya habían acordado que más tarde su padre las recogería para ir a cenar.

Durante el resto del viaje hablaron de muchas cosas. Mariann le preguntó a Peyton a qué se habían referido las dos chicas en el aparcamiento, y ella le respondió que su personaje de ficción había viajado a Europa y todavía no había regresado. A veces los guionistas hacían ese tipo de cosas para generar intriga o cuando una actriz tenía otro compromiso.

—¿Es cierto que tendrás tu propia película?

—¡Sí! Esta vez seré una de las protagonistas.

—¿Será de terror?

—Sí.

Mariann hizo una sutil mueca de decepción. Sabía que sus padres no le permitirían verla.

Cuando llegaron al apartamento, lo primero que hizo Mariann fue mirar todas las fotografías del salón con curiosidad. Luego bebieron zumo de naranja sentadas en los almohadones.

—¿Aún tienes novio?

—Sí —dijo Peyton—, Vince. Pero no te preocupes, le he dicho que los próximos días se olvide de mí.

Las dos rieron.

—¿Y tú, Mariann?

La niña se sonrojó. Había dejado el vaso de zumo en el suelo, agarró un almohadón gigante color azul y se cubrió el pecho con él.

—Hay dos chicos que me gustan.

—¿Los dos por igual?

—Mmmm… Chad es más guapo. Además, es uno de los chicos más altos, tiene el cabello rubio y los ojos azules. A todas les gusta y dicen que soy una tonta por no besarlo. Sus padres tienen mucho dinero y siempre está presumiendo de las cosas que tiene. A mí no me molesta que tenga cosas, pero a veces se comporta como un idiota.

—Qué lástima —dijo Peyton—, empezaba a gustarme.

—Chad le dijo a mi amiga Sophia que yo era su novia, así que hablé con él y le dije que no podía ser mi novio si yo no estaba de acuerdo. Entonces me dijo que yo tenía que decidirme. Hace unas semanas me regaló un móvil para convencerme, pero mi madre me obligó a devolverlo.

Peyton fue a la cocina por más zumo y trajo un trozo de pastel para Mariann.

—¿Y el otro chico?

—James es tranquilo. Sus padres no tienen tanto dinero como los de Chad, pero no me importa. Lo que no me gusta de él es que habla mucho de videojuegos, y a mí no me interesan tanto. Un día fuimos con otro chico a su casa para hacer un proyecto de ciencia y se pasó todo el tiempo con la consola.

—Tampoco parece muy interesante —dijo Peyton—. Ya aparecerá el indicado. A veces hay que ser paciente hasta conseguir lo que uno quiere.

Siguieron hablando de chicos un poco más. Mariann le dijo que no hablaba de ellos con su madre, ni mucho menos con su padre, aunque suponía que su madre no se opondría a que tuviera un novio. Con ella habían hablado de cosas íntimas y también de temas sexuales. George, en cambio, siempre la trataba como a una niña.

—¿Crees que papá capturará a Oscar? —dijo Mariann de repente.

Peyton se sintió contrariada.

—¿George te ha hablado de eso?

—No —dijo Mariann desviando la vista al suelo. Había terminado de comer el pastel—. Dice que no tengo edad suficiente para saber sobre su trabajo. Pero en la escuela todos hablan de eso.

—¿Sabes una cosa? Conmigo tampoco ha hablado demasiado desde que ha llegado. En realidad, nunca. George es muy reservado.

Mariann asintió. No podía estar más de acuerdo. Dejó el almohadón a un lado y caminó otra vez hasta la pared donde estaban las fotografías. Se concentró en una en particular.

—¿Lo conoces? —preguntó Peyton.

—Creo haberlo visto en la televisión —dijo Mariann.

—Su nombre es Jack Nicholson. Es el mejor actor de todos los tiempos.

—Parece enojado.

—Eso es porque en muchas de sus películas lo está. Ha protagonizado a algunos locos de remate. Esa de allí corresponde a *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

Peyton señaló una fotografía en blanco y negro en la que un joven Nicholson abría la boca en una sonrisa redonda mientras lanzaba agua con una manguera. Llevaba ropa de interno de un hospital psiquiátrico y su característica melena revuelta.

—¿Y esa de ahí?

Pertenecía a la famosa escena de *El resplandor*. El rostro de Jack Torrance asomaba por una puerta que acababa de destrozar con un hacha, mostrando los dientes como un perro rabioso. Siguieron con *Mejor imposible*, *Chinatown* y otras más. De todas ellas, Peyton hizo una breve reseña. Cuando advirtió que aburría a Mariann, le dijo:

—¿Has oído decir alguna vez que la realidad supera a la ficción?

—Sí —respondió la niña.

—La vida de Jack tiene algo de eso. ¿Quieres que te la cuente? Es fascinante.

—¡Claro!

Las dos se tendieron en el suelo sobre los almohadones, mirando el techo, como si acamparan en medio de un bosque y se dispusieran a escuchar una buena historia mirando las estrellas. Por el gran ventanal entraban los últimos rayos de sol.

—Jack Nicholson nació hace casi setenta años en Nueva York. Su madre, June, era bailarina y tuvo al pequeño siendo una jovencita. No se sabe a ciencia cierta quién fue el padre. Pudo ser un cómico italiano con el que June estuvo casada o su representante. Algunos dicen que ni siquiera la propia June lo sabía.

La voz de Peyton era susurrante. Mariann aprovechó una pausa para preguntar:

—¿Es eso posible? —Parecía asustada ante la posibilidad—. Para

una mujer, quiero decir… tener un hijo y no saber quién es el padre.

—Sí, a veces puede suceder.

Mariann asintió, todavía perturbada por la revelación.

—June era muy joven y sus padres se hicieron cargo de la crianza del niño como si fuera propio. Para el pequeño Jack, June siempre fue su hermana mayor.

—Entonces la madre de Jack era en realidad…

—Su abuela.

Mariann se quedó mirando las fotografías de Nicholson.

—¿Puedes creerlo? —dijo Peyton.

—No. ¿Y cuándo se lo dijeron?

—Cuando Jack lo supo, ya no era un niño. Tenía 37 años y ya había hecho muchas de sus películas. Y se enteró de la peor manera.

—¿Cómo?

—Un periodista estaba haciendo un artículo sobre él y lo averiguó. Investigando los certificados de nacimiento, cotejó fechas y supo la verdad.

—La prensa siempre se entromete —protestó Mariann—. Mi padre lo dice siempre. ¿El señor Nicholson se enojó con su madre? Con su verdadera madre, quiero decir.

Peyton susurró la respuesta.

—June y su madre habían muerto apenas unos años antes. Ellas se fueron a la tumba con el secreto.

Guardaron silencio. Una lágrima rodó por la mejilla de Mariann.

—Es una historia muy triste ¿Nunca quiso saber quién era su verdadero padre?

—No. Nunca quiso saberlo.

42

—¿Una asesina en serie? —preguntó Alyssa.

Luca la observó desde el otro lado de la mesa. Compartían uno de los reservados en el Hollywood Paradise.

—No estoy diciendo que yo lo crea —se defendió él—. Desde el primer momento, creo que es un hombre y que tenemos su ADN en el condón hallado en casa de Gail Mitchell.

—¿Entonces? —preguntó Alyssa.

—Objetivamente hablando, la pistola de electroshock resulta una opción lógica para alguien incapaz de dominar a sus víctimas por la fuerza.

—Eso es cierto —reconoció Alyssa—. Pero piensa que el sujeto no la utilizó en todos los casos, específicamente con los hombres se las ha apañado sin ella. Llevarla consigo encaja con nuestro perfil de planificador extremo. Es un seguro.

Luca se quedó pensativo. Era la primera vez que cenaba con Alyssa y lo cierto es que las asperezas entre ellos se habían ido limando con el correr de los días.

—Te has quedado pensando —dijo Alyssa—. No tenemos que descartar la posibilidad, pero digamos que es muy poco probable.

Habían terminado la cena y Leslie les trajo dos tazas de café.

—Supongo que has visto la película con Charlize Theron, ¿verdad? —preguntó Luca.

La película en cuestión era *Monster*, estrenada a finales del año anterior. Le había valido a Theron el Oscar a la mejor actriz por su papel de Aileen Wuornos, basado en el caso real de una prostituta que mató a siete hombres.

—Sí la he visto —dijo Alyssa—. Me pareció magníficamente interpretada, pero el caso de Wuornos no es la regla para las asesinas en serie. Su comportamiento se encuadra más en el modelo masculino.

—Cuando se conoció el caso —recordó Luca—, allá por el año noventa, algunos periódicos hablaron de la primera asesina en serie.

—Sí, un auténtico disparate. La historia de las asesinas en serie es tan antigua como la de los hombres. Cuando trazamos el perfil con George, hablamos de un ochenta y cinco por ciento de hombres, pero no es un dato consensuado. Hay quienes sostienen que el porcentaje de mujeres apenas supera el diez por ciento.

Luca conocía las cifras referentes a los delitos con los que él batallaba: asesinatos, robo agravado, entre otros. La triste hegemonía a favor de los hombres era un hecho con el que se enfrentaba a diario

y que, a su modo de ver, no tenía sus orígenes en estigmas culturales. Era algo primitivo. Los años le habían enseñado que algunos hombres son violentos por naturaleza, y que sólo necesitan de un entorno hostil para darle rienda suelta a ese instinto latente.

—¿En qué piensas?

Luca parpadeó, como si despertara de una sesión de hipnosis.

—¿Por qué dices que el caso de Wuornos se adapta más al modelo masculino?

—El modus operandi de las asesinas en serie es básicamente inverso al de los hombres. Es muy común que actúen en locaciones fijas motivadas por dinero, cosa que en los hombres se ve muy poco. Las viudas negras o las enfermeras asesinas son dos tipologías muy frecuentes y que cumplen con estas características. Wuornos apuñalaba a sus clientes, normalmente en aparcamientos o moteles. Sin embargo, fíjate que el móvil principal era el dinero.

—Es cierto —reconoció Luca—. Si lo que muestran en la película es fehaciente, entonces buscaba la aceptación de su pareja llevando dinero a la casa.

—Wuornos cumple con uno de los dos arquetipos de las asesinas en serie. Mata por dinero. Nuestro sujeto claramente no busca dinero, ni actúa en un sitio determinado.

Leslie se presentó para retirar las tazas y preguntarles si les apetecía algo más. Una vez que la camarera se alejó, Luca retomó la conversación:

—¿Y el arma homicida?

—El arma por excelencia de las mujeres es el veneno; más del cuarenta por ciento lo ha utilizado. El resto incluye armas de fuego, asfixia, golpes o una mezcla de ellas. ¿Sabes qué cantidad de asesinas en serie apuñalan a sus víctimas?

—No tengo idea.

—Menos del cinco por ciento.

Luca lo meditó. Tenía sentido en su concepción delictiva de la mujer. El uso del cuchillo tenía que ver con infligir dolor, ejercer control sobre la víctima, no sólo con matar.

—Parece bastante concluyente —apuntó Luca.

—Como digo siempre, la estadística es sólo una herramienta. La realidad se transforma. Pero es útil saber cómo son las cosas. La mayoría de nosotros somos seres previsibles.

Guardaron silencio. No fue un momento marcadamente incómodo, pero Alyssa deseó que Leslie llegara con la cuenta y dijera algo. Creía empezar a conocer a Luca y a saber cuándo batallaba con algún demonio interno.

—Vuestra participación está siendo de gran utilidad para la investigación —dijo Luca finalmente—. Danny Durham se quedó

perplejo con el poder deductivo de George en la escena del crimen de Lewis Hendrix. Ha dejado a todos con la boca abierta.

—Oh…, George es una persona muy perspicaz —dijo Alyssa—. A veces me asusta un poco.

43

Luca subió con el coche por la pendiente privada de su casa y lo estacionó al fondo, como hacía cada noche. Detuvo el motor, que se despidió de la faena diaria con un siseo prolongado y una serie de sonidos metálicos cuando el motor empezaba a enfriarse. Luca se maravilló al escucharlos. Nunca lo había hecho antes, por la sencilla razón de que nunca se le había ocurrido permanecer tras el volante durante más de cinco minutos después de que llegara a casa. Los ruidos propios de la noche se mezclaron con los del Crown Victoria: el canto intermitente de los grillos, algún coche circulando por una calle lejana, la brisa nocturna colándose por entre las hojas de los árboles en la calle Bonnie. Era tarde, estaba agotado y no había razón para que permaneciera tras el volante de su propio coche en la puerta de su casa. No podía explicarlo.

Finalmente, reunió fuerzas y se obligó a bajar. Cerró la puerta con suavidad, temiendo que si lo hacía de golpe quebraría la magia que lo envolvía desde que había dejado a Alyssa en el hotel.

La sensación de extrañeza no desapareció cuando entró en su casa. Era el mismo salón de siempre, con la mesita de café, los sillones descoloridos, los cuadros que había visto millones de veces. Desde la muerte de su madre, doce años atrás, se había ido deshaciendo de algunos muebles, pero no de todos. Era algo que venía posponiendo sistemáticamente por alguna razón.

Cruzó el salón hasta el comedor. Examinó la mesa, donde apenas una esquina estaba desocupada, y el resto había sido devorada por expedientes y archivos del caso. La cocina estaba a oscuras y decidió seguir de largo. Subió la escalera con lentitud, deleitándose con el crujido de cada escalón, como si fuera la primera vez que los oía. Desde el otro extremo del pasillo de la planta alta, una figura esbelta lo observó. Cuando encendió la luz, el hombre del espejo hizo lo mismo.

La habitación de Luca, la misma que había utilizado desde niño, era la primera del pasillo. Con los años, la había adaptado acorde a sus necesidades: el tamaño de la cama había aumentado, al igual que el del televisor, pero en esencia no había cambiado demasiado.

En vez de entrar, Luca fue hasta el espejo, avanzando como hipnotizado. De camino, pasó junto al baño, la habitación de invitados y, justo antes del final, la habitación de su madre, cuya puerta permanecía siempre cerrada. Si la abría, vería sus cosas tal cual las había dejado el día que había decidido bajar en mitad de la noche a

prepararse un té, para nunca volver a subir.

Observó la puerta con perplejidad. El tiempo había pasado y él apenas se había dado cuenta de ello. Doce años. Doce años transitando una vida rutinaria, sumergido en casos policiales que se habían convertido en su vía de escape. Durante su vida adulta, una sola mujer había cruzado el umbral de esa casa con una promesa de matrimonio que no prosperó. Los ojos azules del hombre-espejo parecían pedirle a gritos que despertase.

Su boca era una mueca deforme. Retrocedió con pasos tambaleantes, incapaz de volverse y darle la espalda a su alter ego.

Llegó a su habitación, donde finalmente se sintió seguro cuando cerró la puerta. Se desvistió despacio, como todo parecía que tenía que ser esa noche, y se metió en la cama. Tenía la costumbre de dormir desnudo, tendido de costado, pero esta vez permaneció boca arriba, con las sábanas hasta la barbilla. Cerró los ojos y pensó en Alyssa Paget.

44

George convocó una conferencia de prensa para el lunes 12 de abril —cinco días después del asesinato de Lewis Hendrix—, en una de las salas del segundo piso del edificio del FBI.

Desde el artículo de Scott, los medios nacionales habían especulado hasta el hartazgo. No había quedado un solo asesinato producido en los últimos dos años sin resucitar, aunque no fuera más que por un par de días en las páginas de algún periódico. Era tal la desesperación por publicar algo, que se habían citado casos de heridos de balas, disputas domésticas a puñetazos, accidentes de coches y hasta laborales. Por cada caso que hipotéticamente podía estar emparentado con los otros, había media docena que eran disparates. George no había fomentado esta desinformación generalizada, pero definitivamente había operado a su favor.

Robert Scott se había convertido en la voz autorizada, y al primer artículo le habían seguido tres más. El último se ocupó de la novena víctima, aportando detalles sorprendentes, como la posibilidad de que el asesino se valiese de una Taser para controlar a sus víctimas. George no había vuelto a reunirse con Scott, pero hablaba por teléfono con él periódicamente. Las cosas iban bien hasta el momento. El hombre hacía sus preguntas y George respondía aquellas que podía; si estaba dentro de sus posibilidades y deseos, le brindaba algún dato adicional. En medio del caos mediático era bueno contar con un medio prestigioso que llevara la voz cantante, y ejercer así de cierto control sobre lo que se publicaba.

Por el momento, no se había producido ninguna filtración interna, lo cual hablaba de la solidez del equipo, que incluía no sólo a los investigadores de la policía y del FBI, sino también a forenses, técnicos y mandos superiores.

Para la conferencia de prensa George escogió como representantes del departamento de policía a los detectives Luca Bruzzo y Erica Sanders, dejando así al capitán Arson fuera de la partida, algo que probablemente a él no le importó dado el estado crítico de la investigación.

Si bien la conferencia estaba prevista para las dos de la tarde, quince minutos antes la sala estaba repleta y el bullicio era ensordecedor. George y parte del equipo estaban en la habitación contigua bebiendo café. No había nerviosismo ni impaciencia, sino deseos de terminar con eso cuanto antes.

Lizeth fue la primera en entrar a la sala principal.

—Buenas tardes a todos —dijo de pie en el atril—. El agente especial Allen contestará algunas preguntas. La conferencia se extenderá por veinte minutos y tiene como propósito aclarar cuestiones que puedan ser de interés para la población. Les pido que sean breves.

Tres o cuatro alzaron la voz a la vez para decir algo. George entró y detrás de él lo hicieron Alyssa Paget y Erica Sanders. Un instante después lo hicieron Luca Bruzzo y Jeffrey Lowe.

—Muy buenas tardes.

George escaneó los rostros expectantes, entre los cuales estaba el de Robert Scott. Un par de preguntas estallaron al mismo tiempo.

—Un momento —dijo George—. Vamos a hacerlo por turnos. Como les ha explicado la señorita Benítez, vamos a hacer esto breve. Por favor, alcen la mano y les daré la palabra.

Por lo menos cinco manos se alzaron en ese instante. George señaló a una mujer que estaba enfrente. Era joven y tenía la mirada de un halcón.

—¿Por qué no está presente el capitán Arson o alguna autoridad del departamento de policía de Los Ángeles?

—La investigación la está llevando el FBI, con la colaboración del departamento de policía local. Aquí presentes se encuentran los detectives Sanders y Bruzzo, del LAPD.

—¿No considera que el LAPD le está quitando el apoyo?

—No, en absoluto… Usted.

Fue el turno de un hombre de barba que parecía salido de otra época. Consultó rápidamente su libreta antes de hablar.

—Hasta el momento, el FBI ha confirmado cinco asesinatos a manos de Oscar. Se ha especulado mucho con la posibilidad de que haya más. ¿Qué nos puede decir al respecto?

—En cuanto tengamos absoluta certeza de dicha conexión, les informaremos —dijo George asiéndose al atril por los laterales—. Tengan en cuenta que detrás de estos horribles sucesos hay familias que han perdido a sus seres queridos y que merecen saber exactamente qué ha ocurrido. No podemos afirmar nada en base a supuestos.

—¿Hay algún sospechoso?

—Estamos avanzando en varios frentes. Soy optimista al respecto. Si su pregunta se refiere a si tenemos algún detenido, la respuesta es no.

George señaló a un muchacho que sacudía la mano frenéticamente.

—¿Piensan hacer alguna detención próximamente?

Era el tipo de preguntas que George detestaba, porque las dos respuestas posibles lo perjudicaban.

—No a corto plazo —respondió y se apresuró a señalar a una

periodista que lo fulminaba con la mirada.

—¿Qué tiene que hacer la gente?

—Buena pregunta —dijo George—. Las medidas en la vía pública son siempre bienvenidas. Procuren no caminar solos de noche, viajen en coche acompañados, lo que ya saben. No obstante, lo que sabemos hasta ahora del sujeto nos indica que ataca a sus víctimas cuando están en casa, preferentemente solas. Lo que mejor pueden hacer es colocar medidas de seguridad en las puertas, tener precaución cuando entren y salgan y permanecer acompañados el mayor tiempo posible. También sabemos que el sujeto elige a sus víctimas después de un periodo minucioso de observación, de manera que si detectan a alguien que los sigue o merodea por sus casas, no avisen a la policía inmediatamente, pero estén alerta. Si la situación se repite, no duden en contactar a las autoridades.

—¿Los niños están fuera de peligro?

—Quisiera responder que sí, pero me temo que no puedo hacerlo.

—¿No se supone que los asesinos en serie repiten el perfil de sus víctimas? ¿Puede ser el trabajo de más de una persona?

—No podemos asegurar que sea la obra de más de una persona.

—Pero no lo descarta.

—No.

Los minutos pasaban y las preguntas se sucedían unas tras otras. Cuando le fue posible, George las respondió simplemente con un sí o un no. En algunos casos, incluyó una breve aclaración. Fueron pocas las preguntas que requirieron más que eso.

George no podía verlos, pero sabía que su equipo estaría deseoso de terminar con la rueda de prensa de una vez por todas. Casi se habían cumplido los veinte minutos pactados cuando una muchacha de la primera fila levantó el brazo otra vez y lo agitó con vehemencia. George le dio la palabra.

—Agente Allen —dijo mientras consultaba unas notas—. Las dos últimas muertes corresponden a películas consecutivas: 1994 y 1995, respectivamente. La primera al año 2004. Parece bastante obvio que Oscar ha escogido una víctima por cada año y que el FBI, o bien lo sabe y no lo ha dado a conocer, o no lo ha confirmado todavía. Si esto es así…

—¿Cuál es la pregunta?

—Sí, esta es mi pregunta: ¿El asesino ha dejado algo para atribuirse las muertes como propias? ¿Quizá una nota con una numeración o algo así?

George sabía que esa pregunta llegaría en algún momento. Que la reportera fuese tan precisa al mencionar las notas lo desconcertó un poco. Podía ser una especulación o contar con información privilegiada. George sabía que tenía que ser especialmente cuidadoso

con su respuesta; no lo podían pillar más adelante en una mentira. Y lo de las notas saldría a la luz más temprano que tarde.

—Hay ciertos aspectos de las escenas del crimen que no podemos revelar —dijo con firmeza—. Primero porque constituye información importante para capturar al sujeto, y segundo porque hacerlo podría disparar una ola de imitadores.

—¿Entonces no niega esta posibilidad? —insistió la muchacha.

—No la niego —dijo George con sequedad—. Gracias por su tiempo. No habrá más preguntas.

Cuando regresó al piso quince, George se sentó tras su escritorio y le dijo a Lizeth que durante los próximos minutos no le transfiera ninguna llamada. Una vez solo, no pensó en la conferencia de prensa, sino en la frase escrita con la sangre de Lewis Hendrix.

Hola George.

Esa frase era la confirmación de que el sujeto lo había estado esperando, a él o a alguien responsable. Alguien a su altura.

Cogió el móvil y llamó a Peyton. Ella respondió de inmediato.

—¿Está Mariann contigo?

—Sí, estamos en Universal, comprando las entradas. ¿Quieres hablar con ella?

—En realidad quería hablar primero contigo, pedirte que vayas con cuidado. Con toda la atención que el caso está recibiendo en los medios… ya sabes.

—Oh, no te preocupes. Si se me acerca algún periodista, tengo mi gas pimienta en el bolso.

—No me refiero sólo a periodistas —dijo George procurando no sonar demasiado alarmista—. Anda con los ojos bien abiertos. Si alguien os sigue o ves algo fuera de lo normal, avísame de inmediato.

—¿Ha ocurrido algo?

—No quiero alarmarte, Peyton. Es sólo por precaución. Si alguna de vosotras corriera algún tipo de peligro real, no me arriesgaría ni un segundo.

—Quédate tranquilo. No nos separaremos ni un instante. Y no le diré nada a Mariann.

—Gracias. Pásame con ella, por favor. Peyton, me has salvado la vida. No sé cómo hubiera podido arreglármelas sin ti.

Mariann se apropió del móvil.

—¡No te lo vas a poder creer, papá!

El día de George mejoró sustancialmente en cuanto escuchó la voz de su hija.

45

Erica y George estaban en la herradura analizando el caso de Gail Mitchell, el más prometedor a raíz del hallazgo del condón.

—Los últimos dos días hemos estado dando vueltas en círculos —dijo la detective—. Quizá es momento de enfocarnos en otra dirección.

Tras el descubrimiento de las tejas rotas, la estimación del peso del asesino y una dudosa descripción brindada por una vecina, no habían podido obtener nada más.

—Estoy de acuerdo —dijo George. Estaba de pie, con las manos sobre la mesa. La corbata oscilaba sobre el expediente del caso. Sin poder evitarlo, consultó su reloj.

—¿Todavía no has tenido noticias? —preguntó Erica cuando advirtió el gesto.

Él negó con la cabeza. Hablaba de Durham, que en ese preciso momento estaba en comunicación con Quantico. Durham tenía a su cargo el análisis de la muestra del falso vómito encontrado en la acera de Lewis Hendrix. Lo habían enviado a los laboratorios del FBI en Virginia para la búsqueda de ADN y llevaban cinco días de espera. Los técnicos le habían asegurado que el proceso podía ser tedioso, pero les habían prometido una respuesta en el transcurso del día.

Durham podía entrar a la sala de un momento a otro.

—Repasemos rápidamente lo que tenemos de los últimos días —pidió George—. Empecemos con Mitchell.

Erica se inclinó sobre la mesa y pasó las hojas del expediente hasta que llegó al reporte cronológico, donde figuraban las actividades desarrolladas por ella y Kinsman durante la última semana.

—Este es el listado de todas las personas entrevistadas —dijo Erica señalando una columna con más de treinta nombres—, la mayoría son amigas de la víctima, familiares, etcétera. Los nombres subrayados corresponden a personas ya entrevistadas antes, durante la primera etapa. Estos otros que están más abajo son allegados del novio.

En total había cuarenta y dos nombres. Los interrogatorios habían tenido como propósito repasar las coartadas del círculo de allegados y buscar posibles sospechosos.

—Lo hemos revisado todo, George —dijo Erica con resignación—. Ninguno de los muchachos que apareció está implicado. Algunos la invitaron a salir, con mayor o menor insistencia, pero lo normal para una chica popular como Gail.

—¿Algo más?

—Una cosa —dijo Erica—. No creo que valga la pena, pero te la diré de todos modos para que la consideres. Está en el testimonio de… déjame ver. —Pasó dos o tres páginas hasta que llegó a una transcripción en particular—. Aquí está. Amanda Landmark. Es una de las amigas íntimas. Si te fijas, su nombre está subrayado. Hemos hablado con ella unas cuatro veces en total. La cuestión es que un par de semanas antes de la muerte de Gail, su padre le regaló una salida a ella y a sus amigas. Fueron a un concierto de rock de uno de los grupos que el señor Mitchell maneja; contaban con pases especiales para visitar los camerinos y esas cosas. El padre contrató una limusina que se encargó de llevar a las cinco muchachas de un sitio a otro. Después del concierto, fueron a un club, donde se quedaron unas horas. Según Landmark, a una media hora más o menos antes de marcharse a casa, Gail les dijo que se sentía mareada y que las esperaría en la limusina. La amiga nos dijo que, cuando regresó a la limusina, Gail estaba mejor y hablaba con el chofer, con quien no dejó de coquetear durante todo el viaje.

—Cuando el chofer las llevó a casa —dijo George—. ¿Gail fue la última en bajar?

—No, la segunda. La limusina las llevó siguiendo la ruta más conveniente.

—¿Qué más habéis averiguado?

—Ninguna de las muchachas recuerda el nombre del chofer. Le pedimos al señor Mitchell la información de la empresa de limusinas y, cuando llamamos, se pusieron un poco a la defensiva. Vamos a tener que ir a verlos.

George hizo una mueca de fastidio.

—Indaguemos a ese tipo y demos por cerrado el caso Mitchell, al menos por ahora. Si no coopera, vamos con una orden. Coméntame qué tienes de la Taser.

Erica cerró la carpeta del caso Mitchell y abrió otra más delgada.

—Aquí hay buenas noticias —anunció.

La primera fotografía de aquel expediente mostraba el torso de Dorothy Whitmore, conocida como la dama de los gatos y primera víctima del sujeto.

Dos de las puñaladas, separadas unos treinta centímetros entre sí, estaban rodeadas por círculos rojos trazados con bolígrafos.

—El laboratorio ha vuelto a analizar la blusa de Whitmore —dijo Erica—. En la tela han detectado fibras quemadas, lo que confirma la utilización de la Taser.

—¡Genial! —dijo George contemplando la fotografía.

—Estaban un poco afectados por haberlo pasado por alto. En su defensa, alegaron que tuvieron que ampliar la zona con el microscopio para ver el daño. No resulta visible con la lupa.

El sujeto había sido muy astuto al cubrir los rastros de la Taser con puñaladas, que luego había repetido en las otras víctimas mujeres para simular un patrón.

—Aquí está el reporte completo. No han podido sacar ningún dato del arma utilizada; ni siquiera acerca de la corriente empleada. No estamos en condiciones de acercarnos siquiera a un modelo o algo que permita identificarla.

—Tampoco serviría de mucho.

—En el caso de Inés MacIntyre, no contamos con ninguna prenda, así que no se ha podido analizar nada. La marca de los dedos de la muchacha en el jabón apunta también al uso de la pistola. Hay un informe al respecto, aunque no es concluyente, pues no sabemos cómo estaba de mojado el jabón cuando le dispararon a MacIntyre.

—¿Podemos decir algo de los casos de Mitchell y Flackett?

—No. El caso de Flackett es el más extraño, porque sí recuperamos su ropa, pero no han detectado fibras dañadas.

Erica cerró la carpeta. Un caso era suficiente para probar el uso de la Taser. Constituía, sin duda, un avance en el entendimiento del sujeto.

La detective Sanders se disponía a decir algo más cuando Durham irrumpió en la herradura.

—¿Tenemos una respuesta? —preguntó George con ansiedad.

—Coinciden —dijo Durham en tono triunfal—. El semen del condón y la saliva en la escena de Lewis Hendrix pertenecen a la misma persona.

George cerró los ojos y tomó aire. Erica sonreía.

—Noventa y nueve punto nueve y muchos nueves detrás… —agregó el detective.

Eran excelentes noticias.

—Lo tenemos, ¿verdad George? —preguntó Erica—. Es el ADN del asesino… ¿lo dudas?

—No, no lo dudo.

Pero no dejaba de ser una ilusión hasta que no pudieran compararlo con el ADN de un sospechoso.

46

El equipo recibió con euforia la concordancia del ADN de los casos cinco y nueve. Para Luca representaba, además, una victoria personal, habiendo sido él uno de los responsables de recuperar el condón en casa de Gail Mitchell. Este tipo de hallazgos, sumados a otros, como la confirmación del uso de la Taser, reducía el círculo en cuyo centro estaba el responsable de toda esa locura.

Luca estaba sentado en su escritorio con el portátil abierto. El equipo llevaba menos de un mes de trabajo y habían sido pocas las jornadas que había dedicado a tareas de oficina. Por lo general, era Alyssa la que redactaba los informes, normalmente en el hotel y a una velocidad asombrosa.

Observó la pantalla del portátil. Utilizaba un software propiedad del FBI para hacer comparaciones con bases de datos. Hubiera deseado que Alyssa estuviera con él, pero su compañera estaba coordinando la búsqueda del niño que había entregado el cardo de algodón en casa de Abigail Flackett. Llevaban una semana trabajando en un perímetro de diez manzanas y de momento no habían obtenido nada. Un grupo de cuatro agentes de policía estaba colaborando con ellos, pero era difícil con los pocos datos que tenían: buscaban a un niño de entre diez y catorce años.

Luca había recibido los informes del laboratorio, tanto del cardo de algodón como de la máquina utilizada para cortar las piernas de Robert Silva, el dueño del Beverly. Creía haber llegado a algo prometedor, pero entre la imprecisión de los informes y el condenado ordenador, hacía tres horas que estaba atascado.

Se puso de pie. Se prepararía un café y al regresar empezaría de nuevo. A veces ayudaba mirar las cosas con nuevos ojos.

—¿Algún problema, Luca? —le preguntó Jeffrey. El agente estaba en su propio escritorio, con el muchacho cuyo nombre Luca no recordaba.

—Pensé que sería más sencillo —dijo sin deseos de seguir dando explicaciones.

—Si necesitas ayuda con el ordenador, aquí tenemos a Bill Gates —dijo Jeffrey en clara referencia a Jamie.

—Gracias —dijo Luca sin volverse—, quizá en un momento lo necesite.

Se marchó a la salita de recreo. Odiaba no poder resolver las cosas por sí mismo. Se sirvió una generosa taza de café y regresó a su puesto en silencio.

Junto al portátil había dos carpetas. Ya las había revisado, pero si iba a repasarlo todo desde el principio, mejor que le echara un vistazo otra vez. Cogió una y la abrió. Había unas pocas hojas y una fotografía sujetas con un gancho. Era el cardo de algodón. Volvió a leer el informe desde el principio.

Las pruebas sobre la planta no habían arrojado gran cosa. No había huellas, materiales extraños, nada. El único detalle posiblemente relevante era que había sido trasplantada. En la maceta encontraron dos tipos de tierra perfectamente diferenciados, uno en el centro y el otro en la periferia. Algunas raíces estaban cortadas, lo que significaba que el cardo había estado en un jardín o en una maceta más grande.

La maceta era un modelo de plástico de mala calidad. La empresa que las fabricaba se llamaba Plastec, poseía su planta en Pasadena y tenía un catálogo con un sinnúmero de productos de plástico. Las macetas eran sólo uno entre más de cincuenta.

Después de hablar con ellos, supo que la empresa no se ocupaba de ventas a minoristas; sus productos se vendían en todo el país e incluso en el extranjero. El resultado era desalentador y por sí mismo no servía de nada.

Con respecto a la identificación de la herramienta para cortar las piernas de Robert Silva, el laboratorio había determinado que se trataba de una moladora con un disco de cinco pulgadas. El reporte había llegado a esa conclusión en base a las marcas curvas en el hueso de Silva y al hecho de que cada corte había sido realizado desde múltiples ángulos, porque el tamaño de la pierna excedía al diámetro del disco. En Los Ángeles y alrededores podían adquirirse siete marcas diferentes de moladoras y todas ellas eran capaces de funcionar con discos de cinco pulgadas.

Otro resultado desalentador.

Ninguno de los dos informes servía de mucho. Sin embargo, Luca pensó que, quizá, la maceta y la herramienta podían haber sido adquiridas en el mismo sitio: un almacén grande con la suficiente diversidad de productos. Si estaba en lo cierto, entonces podría reducir los puntos de venta considerablemente.

Había llegado así a un listado de 200 puntos de venta, que seguía siendo demasiado extenso.

En su cabeza había fantaseado con la posibilidad de que el cruce de información arrojara uno o dos resultados, como en las películas. El día anterior, cuando había tenido la idea en primer lugar, había llamado a Alyssa entusiasmado, creyendo que podía tener algo entre manos. Si daban con la tienda, podrían tener una filmación o un número de tarjeta de crédito.

Observó los documentos en detalle, incluso las fotografías de la escena del crimen. Necesitaba algo nuevo. Algo que le permitiera

mejorar la búsqueda.

Pero ¿qué?

Después de algunos minutos de darle vueltas al asunto, concluyó que la única manera de acotar el listado, si es que acaso existía una, era la pista de la moladora. Si podía identificar qué marca había sido utilizada, quizá…

Se puso manos a la obra e ingresó en los sitios web de cada empresa. Buscó la descripción de los productos e imprimió los manuales que encontró. Le llevó casi una hora tenerlos todos. Mientras la impresora comunitaria expulsaba las hojas, examinó los dibujos y las fotografías de las herramientas y se desanimó al comprobar que todas las herramientas eran casi idénticas a simple vista. En su ignorancia había esperado que cada fabricante tuviera un diseño propio y radicalmente diferente, pero resultó no ser así: las moladoras habían alcanzado el grado de optimización del martillo o la tenaza.

Las posibilidades de descartar alguna herramienta por su configuración o modo de empleo se evaporaron en un abrir y cerrar de ojos.

Luca se masajeó el rostro y echó un vistazo a su alrededor. Junto al portátil vio su café por la mitad. Era cerca del mediodía y sabía que su presencia para coordinar los equipos de búsqueda era necesaria. Le costaba reconocerlo, pero no se le ocurría cómo determinar cuál de todas las herramientas había elegido el asesino. ¿Habría optado por la más barata? A fin de cuentas, sólo tenía previsto hacer dos cortes.

Ojeó uno de los catálogos que acababa de imprimir. Leyó todas las especificaciones técnicas sabiendo que no era el tipo de información que podría guiarlo en la dirección correcta. ¿Qué podría significar el peso de la herramienta, la potencia, las revoluciones por minuto del disco o el sistema antivibración?

Pero entonces llegó a un punto que le llamó la atención e hizo que una luz de alerta se encendiera dentro de su cabeza. El cable de alimentación de la herramienta Bosch era de dos metros y medio de largo.

Regresó a la fotografía del Beverly con el corazón latiéndole con fuerza. Él había estado allí y recordaba perfectamente que los montículos de partículas, producto de los cortes, habían estado más lejos que esa distancia del enchufe en la pared.

Lo recorrió un ramalazo de excitación. En la fotografía se apreciaba perfectamente que la distancia era de no menos de tres metros y medio, quizá incluso cuatro.

Luca consultó la información que tenía del resto de los modelos y descubrió que las herramientas SanTy eran las únicas con cables de cuatro metros.

El paso siguiente sería cruzar los listados de los puntos de venta de la herramienta SanTy y la maceta Plastec. Sabiendo que su torpeza informática jugaría en su contra, decidió pedir ayuda a Jamie. El joven se acercó de inmediato y él le dijo cuáles eran los listados que necesitaba comparar.

—¿Necesitas limitar geográficamente? —preguntó Jamie—. Podemos hacerlo por área de influencia o por código ZIP.

—Limítate a Los Ángeles.

El ordenador arrojó la respuesta casi instantáneamente.

Sólo diez tiendas vendían esos dos productos.

47

Alyssa recibió las buenas nuevas en su móvil mientras trabajaba en la búsqueda del niño que había entregado el cardo de algodón en la casa de Abigail Flackett. «SÓLO 10 RESULTADOS», decía el mensaje junto a una carita feliz.

Las palabras de Luca lograron arrancarle una sonrisa. Sintió deseos de llamarlo, pero supuso que le habría enviado el mensaje antes de hablar con George, y en ese momento estaría reunido con él.

Alyssa caminaba por la calle Ludlow, en Granada Hills, dentro del perímetro de búsqueda trazado en torno a la casa de Abigail Flackett. Dos policías cedidos por la comisaría de Devonshire colaboraban con ella, pero cubrían otros sectores en ese momento. Estaba sola. Era un día soleado, ideal para caminar al aire libre y reflexionar.

El perímetro trazado era un cuadrado de ochocientos metros de lado. La propiedad de Alex Flackett no estaba en el centro, sino casi en el margen derecho, delimitado por avenidas más transitadas: el boulevard de San Fernando Mission al norte y la calle Chatsworth al sur; al oeste estaba el Boulevard Reseda, y al este había una zona expropiada por la que cruzaban tres tendidos de alta tensión. Ahora sabían que muchos niños cruzaban esa zona a diario.

Dentro del área había más de mil familias, y a la policía le resultaba más sencillo hacer preguntas que a Alyssa. Cuando ella se identificaba como agente del FBI, los dueños de las casas se ponían nerviosos y más reticentes a brindar información.

Giró por una calle tranquila, justo al lado de las líneas de alta tensión, donde encontró a un grupo de chicos de entre doce y dieciséis años.

—¿Sois de por aquí? —preguntó.

Eran cinco en total. Uno de ellos señaló hacia el este.

—¿Reconocéis esta planta? —Alyssa extendió la fotografía para que pudieran verla.

—No —dijeron los cinco.

Les agradeció y siguió su camino.

Se sentía lejos de encontrar al niño, pero se consoló repasando lo que el equipo había logrado recientemente. La confirmación del ADN era un gran paso; ahora no tenían dudas de que disponían de material genético para una futura comparación. Por otro lado, si Luca estaba en lo cierto y podían localizar la compra de la maceta y la moladora en alguna de las tiendas, quizá podían llegara a un sospechoso.

—Estamos cada vez más cerca… —dijo en voz alta mientras tocaba

el timbre de la siguiente casa.

48

Dos equipos se conformaron para visitar los diez almacenes que vendían la moladora SanTy y la maceta fabricada por Plastec. Jeffrey y Jamie se ocuparon de cinco de ellos y Erica Sanders y Preston Kinsman del resto.

El agente Kinsman estacionó el coche en el inmenso aparcamiento de Anawalt Lumber, un almacén que ofrecía desde piezas de madera cortada, herramientas y materiales para la construcción, pinturas, accesorios para el hogar, un nutrido vivero y mucho más.

—Tengo una buena sensación —comentó Kinsman cuando se bajó del coche.

Erica, que había aprendido a respetar a Kinsman durante el poco tiempo que llevaban trabajando juntos, se permitió mofarse un poco de él:

—Es lo que has dicho en los tres sitios anteriores.

Al principio, habían creído que la tarea sería sencilla, que podrían revisar los cinco sitios en una mañana y tener el resultado casi de inmediato. La realidad se encargó de demostrar lo contrario. Una vez que determinaban que la tienda en efecto tenía en stock los artículos que les interesaban, venía la tarea de hablar con el responsable y era donde las cosas se complicaban. George les había dado la orden de no marcharse de un sitio hasta no obtener la información. Si alguno de los encargados se mantenía firme y no quería cooperar, habían acordado con un juez que se había comprometido a firmar las órdenes de inmediato.

Una vez dentro del almacén, Erica se dirigió a la sección de jardinería y Kinsman a la de herramientas para el hogar. Diez minutos después se reencontraron. Los dos productos estaban a la venta.

Se acercaron a un dependiente y le dijeron que necesitaban hablar con el responsable. El muchacho, cuyo nombre era Dominique, según constaba en la chapa que llevaba en la solapa, les ofreció una sonrisa y les dijo que quizá él podría ayudarlos. Kinsman se impacientó rápidamente y le dijo que eran del FBI y que necesitaban hablar con el gerente *en ese instante*.

La sonrisa de Dominique desapareció y se marchó sin decir nada más.

El dependiente regresó al cabo de unos minutos. A su lado iba un hombre de traje, alto y excedido de peso. Llevaba el pelo al cero y su cuello era una construcción piramidal entre los hombros y la mandíbula.

—¿Qué sucede? —dijo de mala manera.

—Soy el agente Kinsman, del FBI —dijo exhibiendo su identificación—. Ella es la detective Sanders, de Robos y Homicidios del departamento de policía de Los Ángeles.

—¿Y?

—¿Usted es el encargado?

—Sí.

Estaban cerca de la línea de cajas y algunos de los empleados habían advertido que estaba ocurriendo algo. Dominique se había alejado.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Kinsman.

—Primero quiero que me digan de qué va esto…

Kinsman no dijo nada. Erica lo observó, considerando si había llegado el momento de intervenir. Finalmente, el agente habló.

—Mire, señor, no me interesa lo que usted cree que debe hacerse primero. Le acabo de preguntar su nombre. Dígamelo y terminemos con esto.

—¿Y qué pasa si no se lo digo?

—Usted ha visto muchas películas, ¿verdad?

—Cliff Horsley —dijo el hombre.

—Muy bien, señor Horsley. —Kinsman se mostró más amable que antes—. ¿Podemos hablar en un lugar privado?

—¿De qué?

Erica tomó la palabra.

—Estamos investigando la compra de dos artículos que ofrecen entre sus productos. Una moladora marca SanTy y una maceta fabricada por Plastec.

Horsley arrugó la frente.

—No somos el único almacén que vende eso.

—Lo sabemos, señor. No son los únicos a los que hemos visitado.

—¿Y qué necesitan exactamente?

—Verificar si alguien compró esos dos productos al mismo tiempo antes del mes de diciembre —dijo Erica.

La expresión del gerente cambió. Ahora había precaución en sus ojos. O bien no se fiaba de lo que acababan de decirle o la extraña petición había despertado su curiosidad.

—No sé si lo que me piden es posible, tendría que verlo con los de sistemas. Además, debería consultarlo con el dueño.

—¿Nos está tomando el pelo?

—No. Es la verdad.

—Si usted no puede decidir algo tan simple, tendría que haber empezado por ahí. Llame al dueño.

—No está.

—¡Llámelo por teléfono! No nos moveremos de aquí.

Horsley se marchó.

—Preston, por favor, tranquilízate —dijo Erica—. Déjame seguir a mí.

—Sí, tienes razón. Este tipo me va a sacar de quicio. ¿Por qué no ser amable y colaborar? Ya de entrada ha venido con actitud desafiante. Le voy a pasar el nombre a los de fraude…

—Yo me encargo.

Cliff Horsley regresó diez minutos después con una sonrisa de oreja a oreja.

—Acabo de hablar con el dueño —dijo con las manos en la cintura —. Me ha dicho que necesitan una orden del juez para ver nuestros registros.

Kinsman debió contenerse. Que el tipo se alegrara porque la ley lo amparaba para no ayudarlos era todavía más irritante.

—Voy a ser sincero con usted, señor Horsley —dijo Erica—. Esta es una investigación de máxima prioridad. Se imaginará que no estaríamos aquí importunándolo si no fuera así. Tenemos órdenes estrictas de no marcharnos sin la información. De ser necesaria una orden, la solicitaremos de inmediato y la tendremos aquí en tres o cuatro horas. Mientras tanto esperaremos. La razón por la que hemos venido sin ella es porque se trata de una petición tan simple, que no la creemos necesaria. Así ha sucedido en los otros almacenes. Si pedimos la orden vamos a irnos a las once de la noche o quizá más tarde.

Erica hizo una pausa. La expresión de Horsley era de terror absoluto. Cualesquiera que fuesen sus planes para esa tarde, no contemplaban quedarse en la tienda.

—Bueno, el jefe ha dicho…

—Vamos, señor Horsley, terminemos con esto rápido —lo interrumpió Erica—. Es muy probable que ni siquiera encontremos lo que suponemos. Ayúdenos y estaremos fuera de su tienda antes de las seis, ya verá.

Ya lo habían convencido. Horsley se limpió el sudor de la frente con la palma de la mano.

—Síganme —dijo en un tono apenas audible.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, Erica le habló a Kinsman al oído:

—El FBI tiene que aprender de nosotros.

—Te lo he servido en bandeja.

Cruzaron la línea de cajas hasta una escalera metálica. Los tres subieron hasta una plataforma situada a unos cuatro metros de altura. Desde ahí era posible ver todo el almacén.

—Por aquí —les dijo Horsley.

Entraron a una sala amplia con unos diez escritorios, la mitad de ellos ocupados. Caminaron hasta el centro, donde una muchacha muy

joven se mostró aterrorizada cuando los tres se detuvieron junto a su escritorio. Llevaba gafas rectangulares de montura gruesa, unas mechas rosas en el cabello y mascaba chicle.

—Aileen —dijo Horsley—, estas personas son de la policía y necesitan una información de nuestros sistemas.

—¿Qué necesitan? —dijo ella con un ligero temblor en la voz.

Erica extrajo una hoja de papel del bolsillo de su chaqueta y se la entregó a la muchacha.

—Necesitamos verificar si alguien compró estos dos productos al mismo tiempo entre agosto y diciembre del año pasado.

Aileen lo pensó un momento.

—No creo que sea posible.

—Vamos, chica —la instó Kinsman—. En otras tiendas no han tenido problemas.

—Es que nuestro sistema no lo permite —dijo Aileen—. Puedo ver cualquier compra, de cualquier día específico, pero no puedo hacer búsquedas de ciertos productos. Tendríamos que imprimir todas las compras y buscar a mano.

—Olvídenlo —dijo Horsley—. Hay un promedio de unas tres mil ventas por día. Imposible revisarlas todas, y menos en un periodo de meses. Imposible.

Claramente lo era. La muchacha se mordía una uña mientras pensaba.

—¿Y si pruebas con el *stock*, Aileen?

Quien habló fue un hombre obeso sentado en uno de los escritorios de la pared. Todos lo observaron.

—Puedes refinar la búsqueda… —completó.

Aileen pareció meditar la sugerencia.

—Edgar tiene razón. Del módulo de stock podemos saber cuándo se dio de baja un artículo determinado y listar las compras asociadas. En este caso el artículo de menos salida es sin duda la moladora. Listaremos esas compras y buscaremos manualmente si en alguna de ellas también se incluyó la maceta.

—¿De cuántas compras estamos hablando? —preguntó Kinsman.

—Déjeme ver. —Aileen escribió unos datos en el ordenador. Introdujo el código de la moladora SanTy y en un instante tuvo la respuesta—. Cincuenta y tres artículos vendidos entre agosto y diciembre.

—Son pocas. —Se alegró Erica—. Retrocede tres meses más.

La muchacha hizo lo que se le pidió.

—Setenta y tres —dijo—. Podremos revisarlas en unos minutos.

—Excelente —dijo Kinsman—. Imprímelas, por favor.

Durante los siguientes minutos, esperaron a que la impresora hiciera su trabajo. Horsley se marchó a su despacho, quizá temiendo

que los agentes le pidieran que ayudara con la verificación de las compras.

Empezaron a las seis de la tarde. Veinte minutos después, el propio Edgar alzó la voz:

—¡La tengo!

Kinsman dio dos zancadas y llegó al escritorio de Edgar. Este le extendió la hoja donde figuraba la compra en cuestión. Había resaltado con verde el código de la maceta.

Compra # 0015212523
Fecha 23 Ago. 2003
Hora: 11:27 a.m.

[illegible]
[illegible] Mod. ST235
[illegible] Mod. TL3412
[illegible] Alum. Mod. 40LT
[illegible]

La compra contenía sólo cuatro artículos y había tenido lugar unos días antes del primer asesinato. Tenía que ser lo que buscaban. De alguna manera, el hecho de que fueran sólo cuatro artículos parecía la confirmación definitiva.

Se detuvieron un instante en los dos últimos artículos. La escalera no les llamó demasiado la atención. Los cuatro pares de botas de agua, por el contrario, resultaban sumamente llamativos.

Horsley salió de su oficina. Empezó a decir algo pero Kinsman lo interrumpió.

—Tenemos la hora de la compra. ¿Tenéis algún sistema de vigilancia?

—Claro que tenemos —dijo Horsley.

—Pero las cintas se borran cada dos meses —comentó Aileen.

—Ella tiene razón —convino Horsley—. ¿De cuándo es la compra?

—Necesito que nos diga todo lo que sepa en cuanto a esa compra —lo urgió Kinsman.

Aileen introdujo el código en el ordenador y una serie de resultados aparecieron en la pantalla.

—La compra se realizó en efectivo —dijo—, pero el comprador utilizó nuestro servicio de entrega a domicilio. Aquí tengo el código interno.

El corazón de Erica Sanders iba al galope. Kinsman caminaba de un lado para el otro.

—Aquí está —anunció Aileen—. El servicio de reparto entregó la mercancía ese mismo día a James Kelly, con domicilio en 9392

Avenida Melvin, Chatsworth CA 91324.

Erica no podía creerlo. ¿Podía ser cierto? ¿Tenían entre manos el nombre y la dirección del asesino? Parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Voy a hablar con George de inmediato —dijo Kinsman.

Se apartó unos metros.

Erica le pidió a Aileen que imprimiera la información, así como también la descripción en detalle de todos los productos, si era posible con fotografías. Ella le dijo que no habría problema.

—Hola, ¿Lizeth? Soy Kinsman. Escucha, necesito hablar con George y su móvil no… Oh, entiendo. Mira, es importante. Necesito que lo interrumpas y le digas que nos llame ahora mismo.

Kinsman y Erica bajaron por la escalera metálica y permanecieron de pie debajo, alejados de los ocasionales visitantes del almacén. El móvil sonó y Kinsman activó el altavoz.

—George, perdona la interrupción.

—Hablaba con mi hija, que está de visita en la ciudad. ¿Alguna novedad?

Kinsman relató sucintamente las peripecias en Anawalt Lumber. En menos de un minuto llegó a la parte importante.

—Utilizó el servicio de entrega a domicilio —dijo Kinsman—. Su nombre es James Kelly, vive al norte de la ciudad, en Chatsworth…

Una pausa.

—George, ¿estás ahí?

—Sí.

—¿El nombre te dice algo?

—El nombre es falso. James Kelly fue uno de los sospechosos de ser Jack el destripador —dijo George—. Nunca llegó a confirmarse la verdadera identidad.

La revelación dejó mudos a sus interlocutores.

49

Durham y Strong estaban en Van Nuys haciendo preguntas en el vecindario de Lewis Hendrix, pero de momento nadie recordaba a un hombre sospechoso vestido de deportista merodeando por la zona el día del asesinato.

Recibieron la llamada de George, que rápidamente los puso al tanto del hallazgo en el almacén Anawalt Lumber, y les pidió que fueran a la dirección que Erica y Kinsman habían obtenido del comprador. El nombre proporcionado por el comprador era falso, pero su domicilio debía ser real. George iba en camino, pero ellos estaban más cerca.

Durham colocó la sirena en el techo del coche y se dirigió hacia el norte a toda velocidad.

—Iremos por Ventura hasta la autopista de San Diego —dijo mientras trazaba la ruta mentalmente.

—Me parece bien —dijo Strong, que también conocía la ciudad, especialmente el norte donde había vivido toda su vida—. Llegaremos media hora antes que los otros.

Durham aceleró. La sirena se encargó de espantar a los conductores con menos prisa.

Casi no hablaron durante el trayecto. Ninguno de los dos conocía la calle Melvin, pero suponían que debía de ser una de las calles pequeñas alrededor del Northridge Fashion Center, un centro comercial gigantesco. Estaba rodeado por zonas residenciales, salvo hacia el oeste, donde había un polígono industrial con la mayor concentración de compañías del valle de San Fernando.

Cuando llegaron a la dirección, se encontraron con un sitio de alquiler de trasteros: Storage Morgan. En la pared vieron una ventana pequeña y junto a ella un portón metálico y una puerta. Un hombre musculoso forcejeaba con el candado del portón.

Estacionaron enfrente y se acercaron al hombre por detrás. Cuando le hablaron, se volvió sobresaltado. Sus gruesos brazos estaban cubiertos de tatuajes, vestía una camiseta blanca sin mangas y pantalones anchos. Tenía unos treinta años.

—¡Hey! Casi me muero del susto.

Parecía irritado al principio, pero en cuanto advirtió la sirena apagada sobre el coche y el aspecto de los dos recién llegados, su expresión cambió.

—¿Usted trabaja aquí?

—Sí, pero ya estoy cerrando, lo siento. —El hombre se volvió para

terminar de colocar el candado.

—Soy el detective Durham, de la policía de Los Ángeles.

El hombre se volvió.

Strong permaneció unos pasos más atrás. Su aspecto imponente llamó la atención del hombre, que lo miraba a intervalos regulares, como si temiera perderlo de vista.

—Spencer Hollister —dijo el hombretón, pero no extendió la mano.

El portón metálico de rejas permitía ver parte de la propiedad por detrás. Pudieron ver algunas de las persianas metálicas enrollables.

—¿Cuántos trasteros hay?

—Unos ochenta de los grandes. Pero no tenemos ninguno disponible.

La mentira era tan evidente que Durham no se preocupó por refutarla. El nerviosismo que se había apoderado del empleado iba más allá de lo razonable si no tenía nada que ocultar. Durham sabía que aquellos sitios, aunque legales, normalmente hacían la vista gorda con algunas reglas para seguir en funcionamiento. No eran tan estrictos a la hora de pedir documentación, aceptaban pagos en efectivo y, sobre todo, no hacían demasiadas preguntas.

—¿Es usted el dueño?

—No. Sólo trabajo aquí. Y ahora tengo que…

Dio un paso vacilante con intención de marcharse, pero Durham lo detuvo.

—Vamos, Hollister, ya sabes cómo funcionan las cosas con nosotros. No nos hagas perder el tiempo.

—Yo sólo trabajo aquí, ¿vale?

—¿Te suena el nombre James Kelly?

Lo pensó unos segundos.

—No —respondió con firmeza.

—Pues alquila uno de tus trasteros.

—No sé todos los nombres —dijo el hombre a la defensiva—. Además, algunos no aparecen nunca. Dejan sus cosas y desaparecen.

—Me temo que vas a tener que abrir el portón y revisar tus archivos.

Hollister no protestó. De hecho, pareció tranquilizarse. Abrió el portón y caminó hasta una caseta pequeña a un lado. Cuando entró, la ventana que daba al exterior se iluminó.

—Cinco minutos más tarde y este se nos va —comentó Strong.

Los dos entraron y fueron tras los pasos de Hollister. Estaba sentado tras una mesa destartalada, en una silla que a duras penas lo soportaba. Sobre la mesa había una televisión de catorce pulgadas con la antena portátil extendida y un libro de entradas y salidas. El hombre lo estaba revisando.

—¿No tienes un ordenador? —preguntó Durham desde el umbral.

Dentro no había espacio suficiente para los tres.

—No. Lo hacemos a la vieja usanza —dijo Hollister sin levantar la vista.

Al cabo de cinco minutos llegó la respuesta.

—Aquí está. James Kelly. Trastero 147.

—Pensé que sólo había ochenta —dijo Strong.

Era la primera vez que el empleado oía su voz.

—Empiezan desde el cien —respondió Hollister—. Para dar la sensación de que hay más.

—Oh, entiendo. Muy inteligente.

El hombre seguía revisando sus apuntes. De pronto exclamó:

—¡Mierda! ¡El plazo ha vencido!

—¿Cómo que ha vencido?

—Al señor Morgan no le va a gustar esto —dijo el hombre, como si no hubiera escuchado la pregunta. Pasó las páginas del libro con torpeza—. Este tipo no ha venido nunca.

Quince minutos después, George y Jeffrey estacionaban frente a Storage Morgan. Erica y Kinsman lo hicieron muy poco después.

Hollister abrió los ojos como platos al ver la comitiva.

—Buenas noches —dijo George—. Soy el agente especial Allen y pertenezco al FBI.

—Ya os he dicho lo que sé. James Kelly alquiló uno de los trasteros en el mes de agosto y pagó seis meses.

—Supongo que no dispone de una copia de su identificación, tarjeta de crédito, nada… ¿verdad?

—Me temo que no.

El sol se había ocultado casi por completo y el sistema de iluminación se había activado automáticamente.

Durham intervino:

—¿Cómo es que no ha advertido que el plazo había vencido desde hace dos meses?

—Porque el tipo no ha venido ni una sola vez. Lo acabo de verificar en el registro del 147. Cuando alguien viene, le pregunto y lo apunto. En ese momento me fijo en el estado de la cuenta, que suelo apuntarlo en el registro. Como nunca ha venido, no he podido darme cuenta.

—O sea, que desde que alquiló la unidad —dijo George—, nadie ha tenido acceso a la 147.

—No durante el día. Todos nuestros clientes disponen de una tarjeta magnética y pueden acceder cuando quieran por esa puerta lateral.

—¿Y hay registros de los ingresos?

—No que yo sepa —dijo Hollister encogiéndose de hombros—.

Tendrías que preguntárselo a Morgan. No creo que quede un registro. Quizá Wallace lo sabe; es el encargado de la mañana y lleva aquí más tiempo que yo.

—¿Recibe paquetes, señor Hollister? —dijo George.

—A veces —dijo él, cauteloso—. Si son cosas pequeñas las guardo aquí, pero no me hago responsable. De lo contrario, lo llevo al trastero que corresponda y lo dejo en la puerta. Nunca ha habido problemas.

—Vamos a tener que abrir el 147 —anunció George de repente.

Hollister esbozó una sonrisa. Al ver que ninguno de los seis estaba bromeando se puso blanco.

—No podemos abrir los trasteros de los clientes. Es política de la casa.

—Pero el señor Kelly no ha pagado —dijo George—. Técnicamente el 147 no le pertenece, ¿no es verdad?

Hollister no estaba convencido.

—No nos iremos sin abrir ese trastero. Así que ahórrese el tiempo. Le doy mi palabra de que no nos llevaremos nada.

Hollister bajó la cabeza. Fue a buscar una tenaza gigantesca y los condujo por uno de los caminos internos hasta el trastero 147. Se arrodilló delante de la persiana.

—Espere —le dijo George—. ¿Por qué no prueba primero con la combinación original?

Hollister se volvió, como si George le hubiese hablado en otro idioma.

—Normalmente es el número del trastero, pero todos lo cambian. Pero puedo probar…

George estaba delante del grupo, seguido por Jeffrey un paso por detrás. A su derecha estaban Durham y Sanders, y a su izquierda Kinsman y Strong.

La persiana empezó a elevarse.

El traqueteo del motor era perfectamente audible en la quietud de la noche. El proceso duró casi un minuto.

El trastero estaba completamente vacío.

Era una habitación de tres por cinco metros, sin ninguna apertura, pintada totalmente de blanco. El techo era alto, como habían adivinado desde afuera: unos tres metros y medio. En todo el espacio había un estante de medio metro de profundidad para maximizar el espacio.

—Parece que el señor Kelly se ha llevado sus cosas —dijo Hollister.

—Jeffrey —dijo George sin poder ocultar su fastidio —, acompaña al señor Hollister a la caseta de entrada. Seguro que el señor Kelly firmó algún papel o algo. Veamos qué tiene.

Cuando el encargado se marchó, George permaneció varios segundos contemplando la habitación vacía. El resto no sabía muy

bien qué hacer.

—Este es un callejón sin salida —dijo George al fin.

—Quizá no —dijo Erica.

Todos se volvieron hacia ella.

—La escalera que ha comprado se adapta perfectamente a ese estante de allí —dijo la detective—. Quizá alquiló también otro trastero. Hollister acaba de decirnos que hay otro empleado; pudo alquilar uno con cada uno sin levantar sospechas. Recibe los paquetes en el 147, Hollister o el otro tipo los deja aquí, y el sujeto viene por la noche y los lleva al otro sitio. De esa forma es imposible rastrearlo, y así pudo comprar todo lo necesario para los asesinatos sin preocuparse. Nunca ha cambiado la combinación de este candado porque ¡nunca ha entrado a este trastero!

Era posible. Detrás de alguna de esas persianas podía estar la clave para resolver el caso.

50

El segundo intento de dar con el niño que dejó el cardo de algodón en casa de Abigail Flackett tuvo lugar en un área dos veces más grande que la primera, localizada al este de las líneas de alta tensión. Llevaban cuatro días sin hallarlo, pero algunas cosas habían sucedido mientras tanto. La primera de ellas fue que los medios se habían enterado. No sabían exactamente cómo, pero no era difícil imaginarlo. Alguno de los vecinos habría sospechado de las preguntas del FBI y puesto sobre aviso a la prensa. La segunda tuvo lugar el lunes 19, cuando Alyssa interrogó a un grupo de niños que encontró en la calle Lahey. Les mostró la fotografía y les preguntó si les resultaba familiar, y todos dijeron que no, como ya estaba acostumbrada. Sin embargo, esta vez creyó reconocer a uno o dos niños de algún grupo que había interrogado antes. Cuando se alejó, sintió que alguien la llamaba. Al volverse, vio a uno de los niños del grupo y rápidamente entendió que no quería que el resto de sus amigos lo vieran hablando con ella, por lo que aceptó caminar delante de él mientras lo escuchaba. El niño se llamaba Peter Linskey, tenía once años y dijo haber escuchado a otro niño mencionar que le habían pagado veinte dólares por llevar una planta y dejarla en la puerta de una casa. Lo conocía de la escuela y sabía que su apellido era Bris-algo.

Una llamada telefónica a la escuela fue suficiente para averiguar que el niño se llamaba Chet Brisbane, tenía trece años y vivía en Granada Hills, pero al norte del Boulevard Ronald Reagan, o sea más allá del perímetro de búsqueda. La casa de los Flackett estaba a más de un kilómetro de la de Brisbane.

Alyssa se comunicó con Luca, que estaba a unas pocas manzanas haciendo preguntas, y lo puso al corriente. Él pasó a recogerla y llegaron a la casa de la familia Brisbane en tiempo récord.

La puerta se abrió antes de que tocaran el timbre.

De pie en el umbral, una mujer con el cabello enmarañado y los ojos enrojecidos los escrutó con desesperación y estalló en llantos.

—Lo habéis encontrado, ¿verdad? ¿Habéis encontrado a mi pequeño?

Alyssa y Luca se quedaron de piedra. La mujer lloró con mayor intensidad cuando le dijeron que no habían encontrado a Chet todavía, y luego se lanzó en los brazos de Alyssa, que la acogió en silencio.

Para explicar su presencia a la señora Brisbane, le dijeron que necesitaban confirmar la descripción de la bicicleta de Chet. Ella se las

brindó en medio de sollozos.

Entendieron rápidamente que la comisaría local estaba investigando la desaparición del niño, y no les pareció prudente revelarle a esa pobre madre la razón que los había llevado hasta allí, y lo que eso podía significar ahora que sabían que Chet se había ausentado de su hogar.

Se despidieron de la mujer bajo la promesa de que alguien de la comisaría se pondría en contacto con ella pronto.

Una vez en el coche, Luca se comunicó con la comisaría de Devonshire, con jurisdicción en Granada Hills, y habló con el detective Felix Mellencamp, responsable del caso de desaparición de Chet Brisbane. Mellencamp le relató que Chet Brisbane llevaba desaparecido dos días. Luca le notificó al detective que necesitaría el expediente completo, y que seguramente recibiría instrucciones al día siguiente en cuanto a cómo proceder. Mellencamp explicó que en ese momento estaba de salida por un 217 en curso, y que todo estaba bastante revuelto en la comisaría. Prometió que alguien le haría llegar a Luca el expediente escaneado a su correo electrónico en unas horas. Se disculpó por sus prisas, pero el caso parecía de los feos.

Un 217 era un asalto con intento de asesinato.

Minutos después iban camino al Plaza. Alyssa viajaba en el asiento del acompañante, con el móvil pegado a la oreja, poniendo a George al corriente de lo sucedido. George se disculpó por el bullicio de fondo; estaba en el aeropuerto despidiendo a Mariann, que regresaba con su madre.

Alyssa cortó y se guardó el móvil en el bolsillo.

—Quiere que nos reunamos mañana.

Luca asintió con la vista fija en la autopista de San Diego, por la que circulaban en dirección sur.

No dijeron nada durante un rato. Ese era uno de los días en los que era difícil dejar de trabajar e irse a dormir, pero sabían que eso era precisamente lo que tendrían que hacer, porque los días sucesivos podían ser incluso más intensos.

—¿Puedo preguntarte algo, Alyssa?

—Sí, claro.

—Tú y George… perdón por preguntar, no es asunto mío, pero el otro día hiciste un comentario que…

Ella lo observó y fue suficiente para que él dejara de hablar.

—Tienes razón, no es asunto tuyo —le disparó.

—Perdóname. No te enfades.

—No estoy enfadada.

Durante cinco minutos ninguno de los dos dijo nada.

—Lo siento. Sé que a veces soy un poco intensa. Supongo que la pregunta es válida.

—No, no lo es. No sé por qué lo he dicho. Sacarte un poco del caso, supongo.

—No ha pasado nada entre George y yo.

—Oye, Alyssa, de verdad, lo siento.

—Está bien. Dejémoslo así, ¿vale?

Llegaron al Plaza veinte minutos después. Alyssa se bajó del coche y se inclinó sobre la ventanilla abierta. Iba a decir algo cuando el móvil de Luca sonó. Ella aguardó mientras él hablaba.

—Era el detective de Devonshire —dijo Luca cuando cortó—. Me ha enviado el expediente.

—¿Quieres subir a la habitación y le echamos un vistazo?

Luca lo pensó. La alternativa era regresar a casa, subir las escaleras y enfrentarse al hombre del espejo como hacía cada noche.

—¿Te parece? —se obligó a decir Luca—. No vamos a poder hacer nada hasta mañana.

—Luca, ese niño puede estar en serio peligro, si es que no está muerto ya. No voy a pegar ojo en toda la noche si no leo ese expediente.

51

En la habitación 206 había un vestíbulo reducido con un par de sillones de una pieza y una mesita baja. La alfombra era color café y las paredes estaban empapeladas.

—El ordenador está aquí —dijo Alyssa mientras avanzaba por el pasillo.

Luca la siguió en silencio.

En una esquina había un escritorio con el portátil y una impresora. Alyssa se sentó y encendió el ordenador, mientras Luca acercaba una silla adicional y se ubicaba a su lado.

Alyssa introdujo la contraseña y le cedió el ordenador a Luca.

—Todo tuyo. Mientras accedes al correo e imprimes los documentos me pondré ropa más cómoda.

Empezó a quitarse la ropa allí mismo. Primero la chaqueta, que lanzó sobre la cama. Luego llegó el turno de la blusa y por último el sostén. Se desvistió como si aquello fuera lo más normal del mundo. Con el torso desnudo se dobló para desabrochar el cierre lateral de la falda, que cayó a peso como el telón de una obra de teatro. Alyssa dio dos pasos en el lugar para deshacerse de la falda, que no se preocupó por levantar del suelo. Se quitó las bragas en unos segundos.

—¡El interruptor de la impresora está detrás! —gritó Alyssa desde el baño.

Luca parpadeó. Estaba solo en la habitación, mirando un punto cualquiera. Se volvió rápidamente y se puso manos a la obra con el correo. Encontró el mensaje del detective Mellencamp y lo imprimió.

Alyssa regresó del baño en cinco minutos. Vestía unos vaqueros gastados y una camiseta del Hollywood Paradise. Se había recogido el cabello en un moño. Era la primera vez que Luca la veía sin su ropa habitual de trabajo.

—Son treinta páginas —dijo él.

Las hojas se acumulaban en la bandeja de la impresora.

Alyssa fue hasta el armario y colgó en una percha la ropa que acababa de quitarse en el baño.

Leyeron el expediente durante los siguientes veinticinco minutos; Alyssa tendida en la cama y Luca sentado frente al ordenador, con las piernas extendidas sobre la silla. Él leyó cada página primero, y al finalizar se la entregó a ella. No pronunciaron una sola palabra hasta terminar.

Chet Brisbane salió de su casa el sábado al mediodía. Según su madre, era un niño responsable y ella le permitía andar en bicicleta

por el vecindario. Tenía un grupo de amigos, tres de los cuales vivían en la misma manzana. El grupo regresó a las cinco, pero Chet no. Los otros niños explicaron a la descorazonada madre que habían trazado un circuito para jugar a las carreras y que Chet se había marchado en algún momento sin terminarla.

La policía interrogó a todos los niños y el relato se repitió una y otra vez. Hicieron preguntas en busca de alguien que pudiera haber visto algo, pero fue en vano. Todos contestaron de manera más o menos educada que en el vecindario había muchos niños que andaban en bicicleta, especialmente los sábados.

Finalmente, el detective Mellencamp visitó a tres exconvictos con antecedentes penales con residencia en el área de influencia. Uno de ellos había pasado casi un año preso por comportamiento indecente con menores. Las declaraciones eran largas y aburridas y el propio detective expresaba en sus conclusiones que las coartadas eran sólidas y que no había ningún indicio que indicara que alguno de ellos podía estar implicado en la desaparición de Chet Brisbane.

Había dos o tres fotografías del niño.

—Voy a llamar a Andrea Stone —dijo Alyssa—. Podemos enviarle la fotografía para que nos confirme que es el niño que vio entregando el cardo.

—Buena idea, aunque tú y yo sabemos que es un mero formalismo.

Ella estuvo de acuerdo. Buscó el número y llamó a la mujer.

Stone estaba en casa. Alyssa le explicó rápidamente lo que había sucedido y le pidió la dirección de correo electrónico para enviarle la fotografía. Alyssa la repitió en voz alta para que Luca pudiera enviar el correo. Permanecieron en línea hasta que Andrea confirmó que había recibido la fotografía y con absoluta seguridad les dijo que se trataba del niño que había visto en la puerta de la casa de Abigail Flackett.

Alyssa se lo agradeció y cortó.

—Mierda… —dijo mientras dejaba el móvil en la mesita de noche con más fuerza de la necesaria—. ¿Crees que hemos sido nosotros?

La desaparición de Brisbane había tenido lugar precisamente cuando la historia se había filtrado a los medios.

—Alyssa, hemos hecho lo correcto en todo momento.

—Sí, lo sé. No me refería a si es culpa nuestra, no voy a cargar sobre mi espalda con las acciones de este lunático. Lo que me pregunto es si hemos propiciado un cambio de planes en el sujeto.

—Mejor no nos precipitemos —dijo Luca, todavía frente al ordenador, pero girado hacia la cama, donde Alyssa estaba sentada—. Estoy de acuerdo en que es muy probable que el asesino haya capturado a Brisbane, pero es un niño. No debería formar parte de su plan.

—Luca, aun a título de sonar como George, te diré que la única manera de que el niño esté vivo es si estamos equivocados. Si el sujeto está detrás del secuestro, Chet Brisbane está muerto.

Luca se quedó en silencio, asimilando el impacto.

—¿Y si lo tiene encerrado hasta ver cómo siguen las cosas?

—No. Es incapaz de hacer semejante cosa. Lo que me pregunto, es si Brisbane formaba parte del plan original o ha improvisado.

—Es el primer niño.

—Exacto. —Alyssa se puso de pie y caminó en círculos por la habitación.

Alyssa creía que el destino del pequeño Chet había quedado escrito desde el momento en que depositó el cardo de algodón frente a la puerta de Abigail Flackett. En sus ojos no había especulación, sino convicción. Luca no creía haber visto aquel brillo antes y se preguntó si era la razón por la que ella podía hacer el trabajo que hacía, lidiar con el horror y procesarlo en función de un puñado de conocimientos de libro.

—No hay nada más que podamos hacer hoy —dijo Luca poniéndose de pie—, este expediente no nos va a decir nada nuevo.

No quería marcharse, pero sabía que debía hacerlo. Alyssa se levantó y lo miró, ahora sin esa frialdad de hacía un momento, sino de un modo mucho más humano. El espacio frente a la cama era reducido y estaban muy cerca el uno del otro.

Luca parpadeó, sabiendo que al abrir los ojos estaría solo otra vez, y que Alyssa le gritaría algo desde el baño.

Pero no fue así. Alyssa seguía en el mismo lugar.

52

George entregó las llaves de su coche a Tracy, el aparcacoches del Plaza. Antes de entrar al hotel, vio que el Crown Victoria de Luca estaba estacionado en la calle y se quedó un segundo pensando. Supuso que el detective estaría analizando junto con Alyssa el expediente del niño desaparecido, algo que sin dudas sería propio de ella. Pensó en ir a verlos pero a último momento cambió de opinión.

Marilyn lo saludó desde el mostrador.

Entró en el ascensor y marcó el número dos. Cuando las puertas se abrieron, avanzó hasta el centro del pasillo y se quedó quieto hasta que el ascensor cerró sus puertas por completo. La quietud en el Plaza era absoluta. Los pasillos estaban iluminados por unas tulipas adosadas a las paredes que despedían una luz cálida y agradable.

El recorrido más corto hacia su habitación era por la izquierda, pero también podía dirigirse a ella caminando en sentido contrario. Cuando quería ver a Alyssa o a Jeffrey, lo hacía precisamente por ese lado.

Vaciló un momento.

—¿Podría hacerme un favor?

George se volvió.

Vio a una anciana regordeta. Vestía un camisón blanco y un gorro de dormir. Sus ojillos resplandecían por encima de unas gafas alargadas.

—¿Está usted bien, señor?

—Sí —dijo George—. ¿Qué necesita?

—Hielo —dijo la anciana elevando un recipiente vacío.

—Aguarde aquí. Yo se lo traeré.

La mujer le dijo algo acerca de la peligrosidad de las escaleras para una persona de su edad y él asintió y se marchó sin responder. Las máquinas de hielo estaban en el entrepiso. George bajó por la escalera, llenó el recipiente de hielo y regresó. Por un momento tuvo la loca idea de que no encontraría a nadie en el pasillo, pero la anciana seguía allí.

—Muchas gracias, señor. Y perdone que no me quede a conversar con usted, pero mi marido pensará que me he partido la cabeza en esa escalera si no regreso pronto.

George eligió el camino más largo hasta su habitación. Al pasar frente a las habitaciones de Alyssa comprobó que las luces estaban encendidas.

53

Chet Brisbane fue hallado muerto el día miércoles 21 de abril de 2004, dos días después de que Alyssa y Luca tomaran conocimiento del caso. Las pericias revelaron que llevaba cuatro días descomponiéndose, con lo cual su asesinato tuvo lugar el mismo día de su desaparición.

El lamentable descubrimiento se produjo al norte de Santa Clarita, una ciudad de más de cien mil habitantes situada en el condado de Los Ángeles, a unos cincuenta kilómetros del centro. Si bien su conformación es reciente, Santa Clarita cuenta en su haber con un notable aporte a la historia del cine, siendo escenario de numerosas producciones tanto para la televisión como para la gran pantalla. Sus paisajes montañosos resultaron ideales para los Westerns que proliferaron durante las décadas de los años treinta en adelante. Su proximidad a Hollywood y su encanto paisajístico hicieron que algunos estudios, entre ellos el Oak Ranch de Walt Disney, se establecieran allí.

En la zona también hay otros ranchos que se utilizan total o parcialmente como locaciones de filmación. Los hay de temáticas diversas: calles enteras ambientadas en el lejano oeste, sitios en ruinas para películas bélicas, ciudades del oriente medio, junglas, etcétera. Todos disponen además de vehículos apropiados para cada locación, como coches antiguos, tanques de guerra o carretas.

El Presidio Ranch, donde se halló el cadáver de Chet Brisbane, es apenas un ejemplo entre tantos. Fue concebido por un hombre llamado Lothrop Freeman, que heredó las tierras y convirtió una parte de ellas en una cárcel medieval. Con el tiempo, fue incorporando nuevas locaciones, todas ellas carcelarias. Así nacieron los sets 2 y 3. El primero de ellos, y el más importante, era una cárcel completa que había consumido la pequeña fortuna que Freeman heredó de su padre. El otro, construido en la década de los años noventa, era una moderna instalación de máxima seguridad, con salas de interrogación, enfermería y demás dependencias. Lothrop, querido en la industria y conocido por todos como Lot, amaba el cine y sus inversiones no tenían como único propósito el de generar dinero. Cuando Lot veía una película que se desarrollaba en Presidio Ranch, los ojos le brillaban. Era su manera de formar parte de la magia.

Lot trabajó hasta su muerte, a los ochenta y dos años. Había perdido a su esposa, con la que tuvo siete hijos, cuatro hombres y tres mujeres, y pasó todos los días de su vida con la idea de construir los

mejores sets posibles. Muchos estudios pequeños o producciones independientes habían sido testigo de su generosidad al permitir filmar en sus estudios por precios módicos o incluso gratis. Los que lo conocían decían que, a pesar de su aspecto, arrugado y encorvado al final, Lot siempre había sido un niño. Un niño que se jactaba de haber prestado sus instalaciones para más de doscientas producciones.

Desafortunadamente, ninguno de sus hijos se interesó por Presidio Ranch. Vivieron de los beneficios, porque Lot siempre fue generoso con su familia, quizá en exceso y en perjuicio de su propio bienestar. Lo cierto es que el rancho se encargó de solventar algunos excesos, inversiones poco inteligentes y la vida promiscua de los cuatro solteros Freeman. Dos de las mujeres se casaron y formaron sus respectivas familias.

Cuando a Lot se lo llevó un piadoso ataque al corazón, mientras dormía, Presidio Ranch perdió su cerebro, pero también su esencia. En cuestión de seis meses, sus hijos llevaron el negocio al borde de la quiebra. La falta de conocimiento del mundo de Hollywood, sumado a una carencia absoluta de olfato empresarial y la falta de consenso entre ellos, hicieron que los márgenes se redujeran hasta que las cuentas tuvieron números rojos. Las disputas entre los cuatro hermanos se tornaron cada vez más frecuentes e inútiles, hasta que, a mediados de 2003, finalmente se decidió interrumpir las actividades e intentar vender.

Los hermanos tuvieron algunas ofertas, pero ninguna que se ajustara al verdadero valor de Presidio Ranch. Por primera vez, y en memoria de Lot, los Freeman estaban haciendo lo correcto esperando al comprador adecuado. Buscaban a alguien con el dinero necesario, pero también con el conocimiento y los contactos adecuados.

Los Freeman eran optimistas.

Mientras tanto, el sitio permanecía cerrado. Un hombre vivía en una casita localizada en la entrada y se encargaba de hacer rondas periódicas para evitar que alguien se metiera sin permiso. Para llegar al rancho había que conducir seis kilómetros por un camino de tierra. Presidio Ranch no era un sitio de paso.

Allí fue hallado el cuerpo de Chet Brisbane.

Francisco Morales, el encargado de la seguridad, descubrió primero la bicicleta del niño y después su cuerpo sin vida. Morales, que durante años había sido un extra que formaba parte de la plantilla estable del viejo Lot, les dijo a los investigadores que hacía recorridos un día sí y otro no y que no había advertido antes la presencia de la bicicleta.

Encontró el cuerpo en el fondo de un aljibe seco, doblado en una posición imposible, y con un corte en la garganta.

El análisis forense preliminar arrojó que el niño ya estaba muerto

en el momento de la caída. Encontraron restos de cabello y cuero cabelludo en las paredes del pozo, pero ningún rastro de sangre. Lo mismo en el fondo. Sin embargo, Chet sí llegó con vida a Presidio Ranch. El aljibe en el que se encontró estaba en un área que simulaba estar al aire libre. En tres de los cuatro laterales había altos muros de piedra con ventanas diminutas. Algunas de esas ventanas eran falsas, pero otras no, y detrás había celdas reales que eventualmente se ocupaban y se filmaban desde el patio central o viceversa. En una de esas celdas, en la planta baja, Chet fue asesinado. Una mancha oscura y grande contaba la historia con espeluznante claridad.

Cuando Luca Bruzzo entró a la celda, todavía estaba presente la silueta del niño en el centro. El asesino había hecho que se tendiera boca abajo y luego le había rasgado la garganta como a Lewis Hendrix en la cocina de su casa.

En el caso de Chet, no hallaron rastros de la utilización de la Taser. Chet tenía puesta su camiseta cuando lo encontraron y no había en ella ninguna perforación diminuta que sugiriera la presencia de los dardos conductores. Era muy probable que el niño se hubiera tendido en el suelo por propia voluntad, confiado en las promesas de su captor de que no le haría daño.

La falta de rastros de sangre entre la celda y el aljibe indicaba que Chet no había sido arrastrado, sino cargado.

Para la identificación de la película no hizo falta la intervención de Jeffrey o Jamie. Era sencilla. El sujeto se había saltado *Sin perdón*, dirigida y protagonizada por Clint Eastwood y ganadora del año 1993. La siguiente en la lista era nada menos que *El silencio de los corderos*.

La escena de la muchacha en el pozo, donde Buffalo Bill, el asesino que el FBI atrapa finalmente gracias a la ayuda del doctor Lecter, se había recreado en el aljibe de Presidio Ranch. La nota con la numeración que confirmaba la autoría del crimen estaba sobre el parapeto circular del aljibe. El número era el 833. La diferencia con el anterior era de 83.

54

Durante las horas posteriores al hallazgo de Chet Brisbane, la policía llevó adelante una vigilancia estricta de la escena del crimen. Sin embargo, algo falló o alguien decidió hacer la vista gorda y permitirse unas vacaciones en el Caribe, porque un reportero del National Enquirer logró burlar la seguridad y tomar una fotografía de Chet cuando su cuerpo todavía no había sido retirado del aljibe.

Más tarde se determinaría que la toma había sido realizada desde un sistema de andamios suspendidos previstos para la colocación de luces, a más de seis metros de altura. En la fotografía se veía al agente especial Allen de pie junto a dos de sus colaboradores, uno de ellos el detective Luca Bruzzo, del departamento de policía, congregados en torno al aljibe. El cuerpo de Chet Brisbane, con el tronco girado hacia un lado, se advertía perfectamente en el fondo con las piernas abiertas y apuntando hacia arriba. En la foto también aparecía la nota. Aunque no era posible leer qué decía, se apreciaba claramente que había algo escrito en ella.

La fotografía fue publicada en primera plana al día siguiente.

El título que la acompañaba fue devastador: FBI, ¿y ahora qué?

Lo que el artículo insinuaba, y que fue rápidamente cobrando fuerza en otros medios, era que el FBI no había manejado el caso del niño adecuadamente. No había trascendido el propósito de la búsqueda en el vecindario de Granada Hills, pero estaba claro que de alguna manera había terminado con la muerte de Chet Brisbane. O bien el asesino tuvo conocimiento y decidió actuar o lo tenía previsto y los intentos del FBI no fueron suficientes a la hora de impedirlo. De una u otra manera su muerte era responsabilidad del FBI.

Comenzaron a alzarse voces pidiendo que la investigación volviera a manos de la policía local. Se insistía en que no se había producido ningún avance en los últimos días, que George Allen era un charlatán que no conocía el mapa delictivo local y que el FBI había enardecido al sujeto *convirtiéndolo* en un asesino de niños. El control sobre la historia en la opinión pública se perdió en un abrir y cerrar de ojos. La fotografía de Chet publicada por el Enquirer contribuyó sin duda a atizar el fuego, pero las llamas ya se habían alzado desde el momento en que su cuerpo fue lanzado al fondo del aljibe.

El otro aspecto que recibió una atención desmesurada fue la nota que aparecía en la fotografía, que de buenas a primeras se convirtió en un sobre con una carta en el interior. El Enquirer prometió para la

edición del día siguiente una ampliación de aquella zona mejorada digitalmente. El resultado fue muy pobre, pero el consenso fue que lo que estaba escrito en la nota era un número.

¿Por qué los investigadores ocultaron las notas? A esas alturas, nadie dudaba de que había existido una de esas en cada asesinato.

Dentro del equipo de trabajo, se discutió respecto a la conveniencia de confirmar o no esa información. Si lo hacían, y en efecto había un patrón oculto detrás de las películas escogidas, el esfuerzo mancomunado podría servir para descubrirlo, tal como había sucedido en 1969 en el caso del Zodiaco. En esa ocasión, el criptograma enviado a tres periódicos locales había sido descifrado por una maestra de secundaria amante de los crucigramas. Dicho mensaje había sorprendido a todos con el espeluznante comienzo: «Disfruto matando personas porque es tan divertido…».

George creía que divulgar esa información era un error, y así se lo hizo saber a su equipo. El patrón, si acaso existía uno, no revelaría nada que los acercara al asesino. Podía existir algún mensaje, casi con seguridad esto era así, pero de ninguna manera sería la identidad, dirección o algo relevante que los condujera directamente a él. El sujeto habría previsto que el patrón saldría a la luz, y que eventualmente alguien podría descubrirlo. De hecho, probablemente ese era el propósito original.

Sin embargo, la situación mediática se estaba convirtiendo en un problema. Alyssa fue la primera en sugerir con firmeza la posibilidad de informar el número total de víctimas. George reconocía que brindar la información les daría credibilidad y ordenaría el caos mediático causado por el Enquirer. Todos los miembros del equipo se manifestaron al respecto. No fue una votación, porque todos tenían claro que sería George quien finalmente tomaría la decisión, pero lo cierto es que los escuchó a todos con atención.

George redactó una carta que fue enviada al Times y publicada dos días después de la muerte de Chet Brisbane, como parte de un artículo a cargo de Robert Scott.

Además de la carta, George habló por teléfono con Scott y le desveló los detalles que ligaban cada caso con su correlato cinematográfico. Los bolígrafos sobre el escritorio de Terrence Morse, el cuchillo clavado en el cuello de John McGraham, el paño sobre el cuerpo de Gail Mitchell y, finalmente, el cardo de algodón en el porche de Abigail Flackett. Fue así como las diez películas elegidas por Oscar vieron finalmente la luz.

El artículo de Scott fue el más leído de su carrera.

55

Por primera vez en mucho tiempo, Luca dedicó el domingo a desconectarse del caso y ocuparse de algunas tareas en el hogar que venía relegando desde hacía demasiado tiempo.

Fiona, que era la muchacha que se ocupaba de limpiar la casa dos veces a la semana, se presentó a las ocho de la mañana, como habían acordado. Cuando Luca abrió la puerta de la calle y la vio sola debió de mostrar cierto desconcierto, porque ella inmediatamente bajó la vista y, en un tono apenas audible, le explicó que su novio no vendría porque habían discutido la noche anterior.

El acuerdo original era que Fiona y su novio lo ayudarían a bajar las cajas que estaban en la segunda planta, junto con un sinfín de trastos en desuso. Luca había tomado la decisión de organizar todo para donar o tirar a la basura. No quería seguir con el legado de su madre de acumular compulsivamente cosas que sabía que jamás en su vida utilizaría.

Sin el novio de Fiona, Luca no tendría más remedio que bajar él mismo las cajas y ocuparse más tarde de decidir el destino de cada pertenencia. No era tan grave, y así se lo hizo saber a la muchacha, que más allá de haber incumplido con parte del acuerdo parecía de buen humor.

Durante la siguiente hora repasaron cada habitación y fueron organizando el trabajo. Fiona se ocuparía de limpiar todo a fondo, incluso partes de la casa donde debido a la acumulación no lo había hecho nunca, ni ella ni nadie.

Trabajaron en silencio, Fiona exclusivamente en la segunda planta y Luca bajando y subiendo. A media mañana él le dijo a la muchacha que bajara para descansar un momento y beber un poco de limonada. Se sentaron en la mesa del salón, rodeados de cajas abiertas donde había todo tipo de objetos, desde ropa, aparatos eléctricos prehistóricos, libros, revistas y hasta juguetes de hacía más de veinte años.

—Algunas de estas cosas podrían venderse como antigüedades —comentó Fiona.

—Pues yo no voy a hacerlo. Llévate lo que quieras. Yo ya he separado una mínima parte como recuerdo.

Luca señaló dos cajas que estaban apartadas. De una de ella sobresalían unos trofeos.

—¿De qué son esos?

—Cuando era niño gané algunas competiciones locales de ajedrez.

Después lo dejé.

—Un tío intentó enseñarme una vez. No me entusiasmó demasiado.

—Es un gran juego. Muchas de las cosas que suceden en el tablero son aplicables a la vida. Es fascinante.

Se quedaron un rato en silencio.

—Espero que se solucionen las cosas con Gary —dijo Luca mientras terminaba su limonada.

Fiona se encogió de hombros. La pregunta no pareció incomodarla. Ella y Luca se conocían desde hacía mucho tiempo, cuando la madre de Fiona era la que se ocupaba de la limpieza de la casa y ella era apenas una niña que a veces la acompañaba.

—Ayer discutimos. Él no quiere acompañarme a un compromiso familiar y le dije algunas cosas. ¿Has escuchado a mi madre alguna vez hablar de su teoría de la planta en la maceta?

Luca frunció el ceño.

—No lo creo.

—Lo decía siempre, en referencia a mi padre. Nunca le presté demasiada atención, hasta que empecé a darme cuenta de que con Gary era lo mismo.

—¿Qué dice la teoría?

—Dice que las relaciones son como una planta en una maceta. Es imposible regar una planta en su justa medida; siempre tienes que hacerlo demás, y entonces un poco de agua se acumulará en el plato que colocas debajo de la maceta. Cada tanto hay que vaciar el plato y asunto resuelto. Mi madre, que discutía una o dos veces al mes con mi padre por alguna cosa, decía que las discusiones en la pareja eran como ese plato que está debajo de las macetas. Es inevitable y necesario.

Luca sonrió.

—Una teoría muy interesante. No sé si estoy del todo de acuerdo.

—Yo tampoco estaba de acuerdo. Cuando le recriminaba por las discusiones con mi padre, ella me repetía siempre lo mismo. «Finn, cada tanto hay que vaciar el plato de las macetas, ya lo sabes». Es como si pudiera oírla.

—Para mí las discusiones de pareja son como un disparo en un letrero —dijo Luca—. Con el tiempo serás incapaz de leerlo.

Fiona pensaba en cómo un hombre que había estado soltero la mayor parte de su vida podía estar tan seguro de que las discusiones no fueran la fórmula de una relación duradera. Su madre, en cambio, había estado más de cincuenta años casada con el mismo hombre. De todas formas, guardó silencio. Quizá algún día Luca encontraría a esa mujer con la que contemplar juntos ese letrero inmaculado por toda la eternidad.

—¿En qué piensas? —indagó Luca—. ¿No te parezco una autoridad en la materia?

Ambos rieron.

—Algo así —reconoció Fiona—. Es que la teoría de mi madre funciona. Después de decirle a Gary todo lo que pensaba, me sentí mejor, y creo que él también. Hoy toca vaciar el plato debajo de la maceta y asunto resuelto.

Luca se quedó de piedra.

—¿Qué sucede? —preguntó Fiona al ver la reacción.

Él se levantó de la silla. Miraba en todas direcciones y en ninguna al mismo tiempo. Su atención estaba puesta en el flujo de sus pensamientos.

—Lo que acabas de decir… —murmuró.

Fiona repasó sus últimas palabras, sin comprender.

—Lo que acabas de decir —repitió Luca—, me ha dado una pista para el caso…

Dejó la frase en suspense.

—¿El caso de Oscar? —preguntó Fiona, que a pesar de no haber hablado nunca con Luca al respecto estaba obviamente al tanto.

Pero él ya no la escuchaba.

Cogió el móvil y empezó a escribir a toda velocidad. Fiona se inclinó y vio que no estaba enviando un mensaje, sino haciendo cuentas en la calculadora.

—No puede ser —decía Luca con la vista puesta en la pantalla.

56

George abrió la puerta de la habitación 228 y encontró a Luca de pie en el pasillo.

—¡La secuencia numérica! Sé lo que significa.

Entró agitando una libreta. George lo observó sin terminar de comprender. Cerró la puerta mientras Luca se sentaba en uno de los sillones del vestíbulo.

—Era sencillo, George —dijo Luca—. No sé por qué no lo vimos.

George se sentó en el otro sillón y se inclinó para poder ver lo que estaba escrito en la libreta.

83 166 250 333 416 500 583 666 750 833

Era la secuencia conocida. Debajo estaba escrita la diferencia entre cada número.

83 83 84 83 83 84 83 83 84 83

—Se me ocurrió que quizá la diferencia entre los números no es exactamente 83, sino un poco más, y que entonces esa diferencia mínima se acumula, y por eso en determinado momento se convierte en 84.

George frunció el ceño.

—No sé si te sigo.

Luca sonrió. La analogía de Fiona con el agua acumulada en el plato debajo de la maceta fue la que le hizo pensar en esa acumulación progresiva. No iba a explicárselo a George en estos términos, por supuesto.

—La diferencia es en realidad 83.3 periódico. Por eso el redondeo se transforma en 84 cada tres números.

George lo estudiaba en silencio.

—Los números de las notas —continuó Luca— son decimales. Mira lo siguiente. Cada parte decimal puede escribirse de la siguiente forma.

Sacó un bolígrafo del bolsillo y escribió lo siguiente debajo de la secuencia de números.

1/12 2/12 3/12 4/12 … 10/12

George se quedó de piedra, sin poder dejar de mirar la nueva secuencia.

Cada número correspondía a una fracción del número 12.

El sujeto les había dicho desde el principio que el total de víctimas serían 12.

Chet Brisbane había sido la número 10.

—¿Cómo lo supiste?

—Un golpe de suerte. Se me ocurrió hablando con una vecina. Siempre he tenido facilidad con los números. En realidad, no es algo difícil de ver, una vez que lo miras desde la óptica correcta.

—Nos ha estado diciendo todo el tiempo la cantidad de víctimas —dijo George apesadumbrado.

Luca asentía.

—Quedan dos. Lo ha tenido todo planeado desde el principio.

57

Luca condujo hasta el valle de San Fernando y luego tomó la autopista Golden State en dirección norte, más allá del límite de la ciudad. Alyssa ocupaba el asiento del acompañante. Era una mañana despejada, de un cielo celeste desteñido.

Cuando cruzaron las montañas de Santa Susana, un banco de nubes espesas apareció en el horizonte.

—¿Tienes algo para la lluvia? —preguntó Alyssa mientras se inclinaba hacia adelante y miraba las nubes cada vez más amenazantes.

—Creo que tengo un impermeable en el maletero.

—Con eso será suficiente para mí.

—Muy graciosa.

Habían pasado ocho días desde el encuentro en la habitación 206 del Plaza. Desde entonces no habían vuelto a tener sexo, pero la relación entre ellos se había modificado de una forma determinante —y positiva—, como si el contacto físico hubiera terminado de sublimar la química que había estado latente desde el inicio.

Volvieron a cenar juntos una vez. Si bien la mayor parte del tiempo la ocuparon teorizando acerca del caso, también encontraron tiempo para hablar de cuestiones personales como sus respectivas familias o sus expectativas profesionales.

La dinámica laboral mejoraba día tras día. En poco tiempo ya sabían qué pensaba el otro y a veces bastaba una mirada para tomar decisiones en conjunto. Habían conseguido en semanas lo que algunos compañeros de brigada logran con años de trabajo en equipo. Luca admiraba la frialdad con que Alyssa procesaba su trabajo sin involucrarse emocionalmente. Era una cualidad que él no poseía y que era llamativa en ella, que reconocía que en su vida privada era incapaz de rotular y archivar sus problemas como si se tratara de bolsas de plástico con evidencia. Y también estaba su sentido del humor, que afloraba en los momentos menos esperados. Detrás de aquella mujer dura y seria, metódica y rápida en su trabajo como un ordenador, había un fino sentido autocrítico y una ironía afilada como la hoja de un cuchillo.

Ahora avanzaban por Valencia boulevard, que luego se convirtió en Bouquet Canyon Road, un camino serpenteante que atravesaba Santa Clarita en dirección noreste. Allí las casas eran idénticas, de tamaño mediano, austeras, pero construidas con buen gusto, alineadas como las réplicas del agente Smith en Matrix.

Mientras en el cielo unas pinceladas negras delineaban el colchón de nubes de manera cada vez más burda, siguieron la línea de alta tensión en dirección a Presidio Ranch.

El camino de tierra estaba en buenas condiciones, pero era probable que una lluvia fuerte dificultara considerablemente el tránsito en coche. La intención del viaje era hacer un último repaso del sitio, descartar que hubieran pasado algún detalle por alto y liberar la escena del crimen. Todavía había personal policial custodiándola y estimaron que tardarían a lo sumo un par de horas.

—Espero que no aparezca ningún reportero —dijo Luca mientras avanzaba a menos de treinta kilómetros por hora.

—Me preocupa más la lluvia en este momento.

Quedaban unos cuatro kilómetros por delante. En aquel trecho, salvo otro rancho de muy buena reputación llamado Veluzat, donde podía encontrarse desde un pueblo mexicano hasta una ciudad entera ambientada en los cincuenta, el resto era un paisaje de montañas bajas, algunas redondeadas y otras escarpadas y planas como suelas de zapatos. Había vegetación, pero desperdigada.

La finca de Presidio Ranch no estaba demarcada ni cercada. En el centro había un camino de tierra que la atravesaba de este a oeste y servía de acceso a los tres sets de filmación. En el nacimiento del camino había una cuarta construcción de dos plantas que albergaba las oficinas administrativas —ahora desocupadas— y un depósito.

Luca detuvo el coche sin apagar el motor y un hombre se acercó. Era Francisco Morales, el encargado de la vigilancia nocturna del rancho y responsable de hallar la bicicleta de Chet Brisbane. Morales les hizo señas para indicarles que necesitaba hablar con ellos. Alyssa bajó la ventanilla.

—Buenos días, señor Morales. No esperábamos verlo por aquí.

Él se agachó para que su rostro resultara visible. Tenía rasgos mexicanos, pero su inglés era el de un nativo.

—Esperen un momento —les dijo.

Luca empezó a decirle que llevaban prisa y que el clima estaba revuelto, pero el hombre no llegó a escucharlo. Regresó al cabo de tres minutos y les entregó dos impermeables negros.

—Tienen la inscripción de la penitenciaría federal —dijo divertido —, espero que no les importe.

Alyssa los aceptó y le agradeció el gesto.

—Disculpen lo que voy a pedirles —dijo el hombre adoptando un tono apesadumbrado—. Los hermanos Freeman no quieren escucharme y han leído en el periódico que el niño llevaba cuatro días muerto y creen que es mi culpa.

—Hablaré con ellos, señor Morales —le prometió Alyssa—, y les explicaré que la bicicleta no estaba a la vista.

—Gracias. Si necesitan algo más, no duden en venir a pedírmelo.

Luca lo saludó con la mano y puso el Crown Victoria en movimiento.

—¿De verdad vas a hablar con los Freeman? —preguntó él.

—No me cuesta nada. Como puedes ver, tengo algo de humanidad.

Una gota impactó en el parabrisas en ese preciso momento. Los dos se la quedaron mirando como si fuera el preludio de algo terrible.

En menos de cinco minutos, una fina lluvia caía sobre Presidio Ranch. A lo lejos, los truenos anunciaban que aquello era sólo el comienzo.

A la izquierda quedaba el set número tres. No lo habían visitado, pero Morales les había explicado que era un hospital psiquiátrico para pacientes peligrosos. Había dicho aquello con una expresión atemorizada en el rostro, como si fuera algo más que un decorado.

Casi en el centro de la finca estaba el set número dos. Un camino de tierra de unos doscientos metros, perpendicular al que acababan de transitar, los condujo hasta la fortaleza medieval. Había cuatro bastiones circulares en las esquinas y ventanas diminutas con barrotes. Lothrop había basado el diseño de aquella construcción en una prisión real localizada en Inglaterra.

Estacionaron el coche y se bajaron con los impermeables puestos. Un oficial de policía apareció por un lado. Lo saludaron y fueron hacia la parte de atrás, donde había una puerta de madera, y donde Morales había encontrado la bicicleta de Chet Brisbane.

El oficial de policía entró y ellos lo hicieron detrás. Se llamaba Carsey.

—¿Ya ha terminado el equipo de limpieza? —preguntó Luca.

—Sí, señor. Se presentaron hoy temprano y terminaron relativamente rápido.

Luca asintió. Recorrieron un corredor oscuro y abovedado hasta una puerta de doble hoja que conducía al patio central, que simulaba estar a la intemperie. En la parte superior había una cubierta de lámina sostenida por la estructura tubular que el fotógrafo del Enquirer había usado para tomar la fotografía que terminaría en la primera plana. En el patio, además del aljibe, había corrales y un escenario de madera.

Alyssa se asomó por el borde del aljibe y comprobó que el lugar de la caída estaba completamente limpio.

En el otro extremo del patio había una segunda puerta que conducía al bloque de celdas. Se dirigieron a ella y al cruzarla se toparon con un recodo y luego con un corredor de celdas a cada lado. Todas contaban con gruesos barrotes de acero y estaban abiertas.

En la primera celda era donde habían encontrado la sangre. Ahora no quedaban rastros.

—Estuvo con los de la limpieza todo el tiempo, ¿verdad oficial Carsey?

—Sí, señor.

El departamento subcontrataba los servicios de limpieza a empresas privadas. Cuando se trataba de casos de renombre, había que vigilar que los empleados no tomaran fotografías o sustrajeran cosas.

Empezó a llover con mayor intensidad.

—Oficial Carsey —dijo Luca levantando el tono de voz—. No hay motivo para que permanezca aquí. Puede retirarse. Por favor, quite la cinta amarilla.

—Muy bien.

Carsey miró con añoranza los dos impermeables y se retiró.

—¿Crees que tiene algo que ver? —preguntó Alyssa señalando el dintel sobre la puerta.

Escrito en la piedra estaba el número diez, el número de víctimas hasta el momento. Luca se lo quedó mirando; ahora que sabían que el asesino tenía previsto matar a doce personas, no podían evitar pensar en el número actual de víctimas.

Caminaron hasta las celdas once y doce y cada uno examinó una de ellas. Ninguno halló nada revelador.

—Este sujeto no deja pistas —dijo Alyssa.

—Los números nos han ayudado.

—Nos ha dicho lo estrictamente necesario. George ha tenido razón desde el principio. Todo esto se ha montado para nosotros y es además su fuente de placer.

—¿Te parece que empecemos fuera? —pregunto Alyssa.

La perspectiva de salir con ese temporal, aun con los impermeables, los desanimaba. Habían ido hasta allí para echar un último vistazo y la manera correcta de hacerlo era recorriendo los pasos del asesino. Ya habría tiempo para revisar fotografías sentados cómodamente en un escritorio. Además, esa lluvia podía llevarse consigo alguna pista que hasta el momento habían pasado por alto.

Salieron del set número dos y el viento soplaba en ráfagas cortas. Los impermeables resultaron de gran utilidad, pero sus piernas, cubiertas parcialmente, y sus rostros, debieron soportar los embistes de la lluvia.

Caminaron hacia el este, hasta un robledal junto al camino de tierra. No contaban con calzado adecuado, y en determinados sectores empezaba a formarse barro, por lo que debieron avanzar con sumo cuidado. En el centro del robledal había un claro y allí se detuvieron, parcialmente protegidos del viento.

Sabían que el sujeto había estacionado en ese claro porque allí habían encontrado las marcas de neumáticos. Eran débiles y no

sirvieron para sacar un molde del diseño de los neumáticos, pero creían que se trataba de un vehículo pequeño.

—Entonces se detiene aquí —dijo Luca, casi gritando—. El sitio es perfecto, porque no puede ser visto desde el edificio de la entrada.

En efecto, los troncos de los árboles formaban una barrera protectora.

—¿Era de día o de noche? —preguntó Alyssa.

Aquella era una cuestión importantísima, pues condicionaba lo que había sucedido después. Si tomó tantas precauciones para esconder el coche, era razonable suponer que era de noche, cuando la finca estaba vigilada.

—Yo estoy seguro de que era de día —dijo Luca desafiando la lógica—. Además, el sujeto conocía el lugar y sabía de la existencia del aljibe. Escondió el coche sólo por precaución.

—O no estaba tan seguro de sí mismo.

Era la primera vez que el sujeto cometía un crimen fuera del ámbito de la víctima. Los casos de John McGraham o Nadine Reinhold eran especiales por razones obvias, porque la calle era su lugar habitual. Pero ninguno había sido trasladado a varios kilómetros de donde se encontraban, como sí había sucedido con Chet Brisbane. Era un cambio que llamaba poderosamente la atención de Alyssa.

¿Por qué Presidio Ranch?

Si lo que suponían era correcto, entonces el sujeto condujo hasta allí con Chet, el mismo día de su desaparición, cuando el niño todavía estaba con vida. Una vez en el lugar, recorrieron a pie el trayecto hasta la cárcel medieval. Todo parecía indicar que Chet conocía al sujeto o había desarrollado rápidamente con él algún tipo de confianza. El cuerpo no presentaba marcas en las muñecas o en otro sitio que hiciera pensar que había sido forzado de alguna forma. Era difícil aceptar que semejante grado de confianza había sido conseguido sólo porque el sujeto le dio algo de dinero a Chet por dejar el cardo de algodón en la puerta de una casa. ¿Cómo había accedido a hacer un viaje tan largo con un desconocido? ¡Hasta habían llevado la bicicleta!

¿Cómo se convence a un niño bien educado e inteligente de trece años para hacer semejante travesía sin resistirse?

—¿Te pasa algo? —preguntó Alyssa cuando advirtió que Luca parecía haber perdido el contacto con la realidad.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó él con voz de autómata.

Ella enarcó las cejas.

Luca la observaba desde el centro del claro. La capucha ensombrecía parte de su rostro, salvo el mentón, que sobresalía ligeramente. Sus ojos eran dos cuentas brillantes. Un conglomerado de arterias de agua cubría el impermeable negro.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alyssa—. ¿Te encuentras bien?

Ella se acercó.

—Estaba pensando…, no sé si esto nos conducirá a algún lado.

Sus rostros estaban a pocos centímetros. El borboteo del agua en el plástico de las capuchas retumbaba en sus oídos.

—¿Todavía estamos hablando del caso? —preguntó ella.

La expresión de Luca cambió. En sus ojos había incertidumbre y… ¿miedo?

—No lo sé —dijo él—. De repente, este sitio me ha puesto la piel de gallina.

58

En 1991, *Bailando con lobos* se alzó con el galardón que otorga la Academia en las categorías de mejor película y de mejor director, más otros diez. Narra la historia del teniente John Dunbar, quien tras enterarse de que deben amputarle una de sus piernas por una herida durante la guerra civil, decide suicidarse lanzándose en caballo en medio de un campo de batalla. La acción motiva a sus compañeros de la Confederación, que atacan al enemigo en masa y logran vencerlo. Dunbar no sólo no resulta herido durante la lucha, sino que es considerado un héroe. Un experimentado cirujano logra salvarle su pierna.

Como recompensa, el teniente solicita ser trasladado a un inhóspito puesto de vigilancia en la frontera oeste. Se trata de una localización desolada y remota, donde Dunbar pasa las horas en soledad. Un lobo, al que ha bautizado Two socks por el color de sus patas, se convierte en su único compañero hasta que conoce a los integrantes de una tribu Sioux, con quienes entabla una relación de respeto mutuo y amistad.

Una tarde, los Sioux presencian un juego de correteos entre Dunbar y Two socks, y el teniente recibe su bautismo: *Bailando con lobos*.

La película, posiblemente una de las ganadoras más dignas de la historia, comienza con una escena en la que Dunbar está tendido en una camilla en una tienda de campaña improvisada, padeciendo intensos dolores en la pierna. A su lado hay una bandeja con pinzas, sierras, tijeras y demás instrumentos médicos, todos ellos en condiciones deplorables. Junto a la camilla hay un montículo de botas de cuero de los hombres cuyos miembros se han amputado antes.

Esta escena fue la que el sujeto eligió para el asesinato número once.

La detective Sarah Tripplehorn, de la comisaría de Hollywood, llegó primera a la calle Lexington, a un par de manzanas de Sunset Boulevard. El azar hizo que la alerta por radio la encontrara muy cerca del lugar, pasadas las ocho treinta, cuando iba camino de su casa.

Todo había comenzado con la llamada de un vecino, sorprendido al ver levantada la persiana metálica de la tienda de neumáticos de Dennis Whitaker, fuera del horario habitual de cierre. El vecino conocía a Whitaker desde hacía años y pensó que podía necesitar ayuda. Era un hombre de más de setenta años que llevaba adelante su negocio él solo, y todos en el vecindario sabían que no tenía un

corazón tan fuerte como su espíritu. En cuanto entró a la tienda avisó a la policía.

Neumáticos Whitaker funcionaba en una nave grande de techo curvo de lámina. En la parte de adelante había una construcción más reciente donde Dennis atendía a los clientes y exhibía los accesorios menores que tenía a la venta: limpiaparabrisas, correas, protectores contra el sol y hasta baterías. Junto a la zona de atención al público había un portón que permitía acceder a la parte trasera de la nave, donde se exhibían los neumáticos. Había unidades nuevas y usadas, dispuestas ordenadamente por fabricante y tamaño. También había una plataforma hidráulica para colocar cada neumático en su sitio, que Dennis había adquirido apenas tres años antes.

Tripplehorn estacionó el coche frente al negocio y un grupo de vecinos alterados la abordó. Consiguió entender que habían descubierto el cadáver, pero que no sabían si el responsable estaba en la propiedad. Uno de ellos iba armado y la situación estaba a punto de desbordarse. Sarah consiguió calmarlos, les informó que una patrulla estaba de camino, desenfundó el arma y entró.

Encontró a Dennis Whitaker tendido en la parte trasera, con un horrible corte en el cuello. Vestía un mono gris con las letras N y W bordadas en la pechera.

Sarah se limitó a verificar la ausencia de pulso, algo que imaginó al ver la inmensa mancha de sangre en torno al cadáver. Registró el lugar sosteniendo la Glock con ambas manos, aunque allí no había muchos sitios donde esconderse. Unos minutos después, escuchó la sirena de una patrulla aproximándose.

Luca Bruzzo, acompañado de una agente del FBI, llegó una media hora después. Él y Sarah Tripplehorn habían salido una vez después del asesinato de Robert Silva. Tuvieron una cena agradable que ambos parecieron disfrutar, pero tras la cual no volvieron a verse. Cuando Sarah lo vio desenvolverse con la agente Paget lo entendió todo.

Los tres rodeaban el cuerpo de Dennis Whitaker.

Junto al cadáver había un paño extendido y sobre él los cuatro pares de botas de agua adquiridos en el almacén Anawalt Lumber. La relación con la escena inicial de *Bailando con lobos* era evidente.

—Detective Tripplehorn —dijo Alyssa mientras estudiaba el cadáver—, le agradecemos su colaboración. Puede marcharse.

La mujer la miró como si le hubieran dado una bofetada.

—Puedo quedarme a colaborar —dijo con cierta indignación en la voz.

—No hace falta. La presente es una investigación federal y cuantas menos personas estén involucradas, mucho mejor. Ha hecho un buen trabajo al no dejar entrar a nadie.

La detective no supo si la agente Paget le hablaba con ironía o era

sincera. Luca la acompañó hasta la salida y cruzaron unas pocas palabras cordiales. Sarah tomó el gesto como una forma de disculparse con ella.

George fue el siguiente en llegar.

Lo primero que hicieron fue imaginar los últimos minutos de Whitaker. En virtud de los asesinatos anteriores, era razonable suponer que el sujeto lo esperó escondido en la parte de atrás. Cuando el hombre apareció, lo paralizó con la Taser; esta vez los dos orificios estaban a la vista en el mono gris. O bien el sujeto sabía que ellos estaban al tanto del uso de la Taser, y en consecuencia no se preocupó en cubrir su rastro con puñaladas como en los otros casos, o ya no le importaba. Ahora que sabían que su plan era matar a doce personas, esto último tenía bastante sentido.

Con Whitaker paralizado, el sujeto le rebanó el cuello. La mancha de sangre demostraba que el cuerpo no se había trasladado. Debía de llevar consigo una mochila o una bolsa grande. Sacó el paño y las botas y las dispuso junto al hombre agonizante. Pero también dejó algo más: una revista del almacén Anawalt Lumber de esas con soluciones prácticas para hacer reparaciones en casa. Llevaba por título: *¡Hágalo usted mismo!*

En la revista, con la sangre de Dennis Whitaker, estaba escrito el número 916.

11/12

—Venid a ver esto —dijo una voz presurosa. Era Glover, el jefe del laboratorio que acababa de llegar. Estaba arrodillado junto a la mancha de sangre. Todavía no habían retirado la revista.

George se agachó a su lado. El resto permaneció de pie, pero atento a los comentarios del hombre, que en ese momento examinaba la revista con una lupa.

—Fíjate en la esquina —dijo Glover.

Le pasó la lupa a George. Cuando él la acercó donde el técnico le indicaba, advirtió un trocito de plástico clavado en una de las esquinas de la revista. La portada no estaba sucia ni deteriorada, lo cual reforzó lo que ese fragmento de plástico diminuto sugería: que la revista había estado cubierta por una funda protectora.

Erica Sanders se ofreció para comunicarse con el almacén y confirmar la teoría. Habló directamente con Aileen, la empleada de sistemas que tan amablemente había colaborado con ella y con Kinsman. La muchacha le confirmó inmediatamente que, en efecto, aquella revista era una publicación exclusiva del almacén que se distribuía en todas las sucursales y que se les entregaba a los clientes sin costo alguno. Y sí, la revista estaba protegida por una funda de plástico.

¿Tenía sentido que el sujeto hubiese retirado la funda de plástico

en su casa? Lo cierto es que no. ¿Para qué exponerse a dejar una huella en la revista? Además, ese trozo de plástico en la esquina sugería que la funda se había abierto muy cerca de la escena del crimen.

En la nave había cuatro cestos de basura distribuidos en las esquinas. Ninguno de ellos tenía tapa y estaban llenos más o menos hasta la mitad. En todos había restos de caucho, trozos de cartón, nada perecedero. Uno de los cestos estaba a menos de dos metros del cuerpo. George dio dos zancadas, todavía con la lupa de Glover en la mano, y empezó a revisar. No hizo falta revolver mucho. George exhibió a sus colaboradores un trozo de plástico negro.

Lejos de un clima de euforia, los miembros del equipo se miraron con desconfianza. Ninguno lo dijo, pero todos lo pensaron: aquello había sido demasiado sencillo.

59

George estaba en la salita auxiliar de su habitación en el Plaza con la vista puesta en la mesa, donde había expedientes, fichas a medio llenar y fotografías. Desde una de las paredes lo observaban los rostros de las once víctimas.

Nadie entraba a la salita más que él. Además de cerrar la puerta con llave, había instalado una cadena que enlazaba el picaporte con la mesa del televisor. Cada día, antes de salir, colocaba un candado con combinación. Era una práctica habitual durante sus estancias en hoteles. El riesgo de que alguien echara mano a alguna de aquellas fotografías o una copia de los expedientes podía poner en riesgo la investigación.

Durante el día solía enfocarse en el trabajo burocrático y la coordinación del equipo. Por las noches, en la soledad de su habitación, era cuando se sentía verdaderamente conectado con el caso. Cuando intentaba adentrarse en la mente del sujeto y pensar como él.

Se puso de pie y echó un vistazo a la sala. La puerta estaba abierta y en la habitación vio la cama hecha y el televisor encendido. Un hombre hablaba con voz tranquilizadora. George salió, apagó la luz de la habitación, pero no el televisor. Bajó el volumen al mínimo y regresó a la salita, donde también apagó la luz.

Al principio la oscuridad fue total, hasta que poco a poco sus ojos se acostumbraron al resplandor del televisor. Las paredes se convirtieron en mapas de luces palpitantes, azotadas por una sucesión de relámpagos débiles y coloridos. Las sombras de los respaldos de las sillas se convirtieron en barrotes grises y torcidos. La silueta de George estaba erguida y silenciosa, como la de un maniquí en el escaparate de una tienda en plena noche. Las imágenes no tardaron en llenar la habitación: Dorothy Whitmore fue la primera, tendida en el parque Prospect con la camisa florida que había elegido esa noche para darle de comer a los gatos del vecindario. Su cuerpo inerte se convirtió en una proyección en la pared trasera. George no conocía el sitio donde la habían hallado, como tampoco había visitado la casa de Terrence Morse, cuya imagen apareció en la pared proyectada por su propia mente. Morse estaba sentado en su estudio con los ojos cerrados. De no ser por el horrible corte en el cuello, cualquiera hubiera dicho que simplemente dormía. La imagen se fundió y apareció su cama vacía, con la sábana teñida de rojo.

George caminó unos pocos pasos en dirección a la pared.

—Te has tomado el trabajo de cargar el cuerpo hasta el escritorio. ¿Era necesario?

Giró. La imagen de Morse se trasladó a otra pared.

Luego vino el turno de John McGraham, Mr. John. Su rostro se amplificó en la imaginaria sala de proyecciones del hotel Plaza, hasta que la herida en el cuello lo abarcó todo. El cuchillo clavado había sido una pobre representación de *Gladiator*.

Las películas no eran importantes. George lo sabía. No se trataba de un maniático que representaba escenas famosas al dedillo. En los tres primeros casos las referencias eran vagas. Sólo cuando el sujeto quiso llamar la atención se esmeró un poco más.

Mr. John dio paso a Peyton.

George sacudió la cabeza. La oscuridad hizo que perdiera el sentido de la ubicación hasta que sus manos palparon el respaldo de una de las sillas. No supo si había mantenido los ojos abiertos todo el tiempo, pero suponía que no, porque las paredes eran ahora grises. Se recompuso, y entonces volvió a enfocar su mirada en Inés MacIntyre —no en Peyton—, la muchacha que había viajado a Los Ángeles para cumplir con sus sueños de convertirse en actriz y que, irónicamente, había muerto representando a una en la macabra obra de un asesino.

—¿Por qué películas?

Otra imagen mental.

Gail Mitchell, tendida en su propia cama con parte del implante de silicona a la vista y un paño rojo en el rostro. Se trataba posiblemente de la puesta en escena más pobre. Aunque su caso, paradójicamente, había sido el más peculiar de todos por el hallazgo del condón y el ADN; el mismo ADN que más tarde encontrarían también en casa de Lewis Hendrix.

—¿Por qué una chica rica? —le dijo George a la habitación vacía. Se apoyó en la mesa con ambas manos—. No querías llamar la atención todavía, ¿verdad? Por eso elegiste una prostituta después…

Obedeciendo a sus palabras, la pared proyectó a Nadine Reinhold, tendida entre la maleza en Cristal Springs, escondida en una carretera muy poco transitada. Un acercamiento al cuello reveló el dedal de *El paciente inglés*. El sujeto no había evolucionado o ganado confianza, sino todo lo contrario. El lapso transcurrido entre las dos muertes había sido de cuarenta y cinco días, de lejos el más extenso de todos.

—Ese es tu punto débil —dijo George—. Crees que lo has superado, pero si te golpeo ahí, lo sentirás.

Una franja gris de quince centímetros dividió una de las paredes en dos. A cada lado, pero en distinto plano, apareció el jardín trasero de Abigail Flackett. La franja cobró volumen y se separó de la pared, como un holograma. George rodeó la columna en la que habían amarrado el cuerpo de Abigail, con la cabeza tendida de lado y las

diez puñaladas en el pecho. A sus pies estaba el cardo de algodón.

Aquella planta había sido entregada en la puerta de la casa por Chet Brisbane. El niño había firmado su sentencia de muerte al acceder al encargo.

El sujeto había encontrado a Abigail por medio de su página web de jardinería, y de ese modo se había asegurado de su interés por las plantas. Sabiendo que no rechazaría el regalo, menos de manos de un niño inofensivo que hacía de mensajero, organizó la entrega. Más tarde llevó a cabo una vigilancia estricta de la casa para encontrar el momento oportuno y atacar. El sujeto podía haber entrado furtivamente a la casa o llamado a la puerta con alguna excusa; la Taser se habría encargado del resto.

George tenía preguntas. ¿Por qué entregar la planta antes? ¿No hubiera sido más sencillo llevarla en el momento del asesinato?

—¿Querías asegurarte de que pasara desapercibida?

Sólo en el Beverly, con la espectacularidad cruel de la amputación de las piernas de Robert Silva y la escabrosa disposición de su cuerpo en el escenario, llegaría el momento de guiarlos en la dirección correcta. La frase sería la clave definitiva: «AMÉRICA. Un lugar a nuestra medida».

Bajó la cabeza y en el suelo vio la otra frase que el sujeto había reservado para él: «HOLA GEORGE».

La mesa de la salita había desaparecido…, las paredes se apartaron unas de otras y la estancia se iluminó artificialmente. Destellos rojos y azules, que se perseguían entre sí, entraban por una ventana que antes no había estado ahí. George estaba en la cocina de Lewis Hendrix. Se agachó y tocó la sangre. Sus dedos debieron desdibujar la inscripción, pero en su lugar se encontraron con la rugosidad de la alfombra del hotel Plaza.

El sujeto lo había estado esperando.

La mesa se materializó. George apoyó las dos manos sobre ella. Podía sentir la textura de la madera bajo la yema de los dedos. Cuando se inclinó hacia adelante, no se sorprendió al ver el pozo cilíndrico con las paredes de roca, ni mucho menos el cadáver de Chet Brisbane en el fondo. Lo observó con fascinación.

Si la muerte de Gail Mitchell constituía un tropiezo dentro de una planificación minuciosa, la del niño era todo lo contrario. Se trataba del punto singular, posiblemente donde coexistían todas las respuestas. George podía sentirlas, pero no hacerse con ellas. Era una sensación frustrante. La localización remota y el hecho de haber elegido a un niño parecían las dos anomalías más significativas, pero también estaba el traslado del cuerpo después del asesinato.

—¿Por qué lo observaste mientras se desangraba? —preguntó con la vista fija en el niño imaginario.

En el fondo del aljibe, el cuerpo de Chet se agitó ligeramente, luego su cabeza se volvió. El rostro era un círculo grisáceo y grande, como una galleta sumergida en leche. Le clavó la vista. Sus ojos eran como dos botones negros.

Con esfuerzo se sentó, con el rostro inexpresivo vuelto hacia arriba, suplicante.

George no tenía nada que decirle y Chet adoptó la misma posición que antes, tendido boca abajo.

El set de filmación número dos de Presidio Ranch se desdibujó, lo mismo que el aljibe, que otra vez fue una mesa con documentos. El televisor era el único responsable de que la oscuridad no fuera completa. Ante sus ojos tenía la fotografía tomada en Neumáticos Whitaker. En ella, el cuerpo de Dennis todavía no había sido retirado de la escena del crimen.

—Necesito que hablemos —dijo George.

Un plan empezaba a tomar forma.

En la pared se proyectó un gigantesco número doce.

60

George sostenía el auricular con fuerza. Estaba a punto de cortar cuando escuchó la voz del capitán Arson.

—Agente Allen, ¿en qué puedo ayudarlo? —dijo el hombre sin el más mínimo atisbo de cordialidad.

La muerte de Dennis Whitaker en su negocio de neumáticos había puesto susceptible a toda la cúpula de la policía. El oxígeno que el FBI había traído a la investigación se estaba agotando con rapidez y Arson cada día procuraba distanciarse más de lo que parecía ser un fracaso anunciado.

—Necesito que me haga un favor —pidió George—. Pero debe quedar entre nosotros.

—Lo escucho. Hable con confianza.

La frase anterior transmitió a George la misma seguridad que un vidente de feria que promete adivinar el futuro.

—Necesito que haga correr un rumor —dijo George—. Que todos sepan que tenemos algo sólido que puede conducir a detener al sujeto en las próximas horas.

—¿Es eso cierto? —se interesó Arson.

—En parte. Dígaselo a las personas necesarias para que se convierta en una verdad. Y eso incluye al director adjunto McCord.

Hubo un instante de silencio.

—No puedo asegurarle eso al director del departamento de policía sin saber qué es lo que tienen. Lo que me pide es ridículo.

—Claro que puede. Y necesito que sea convincente. Sólo tiene que decirle que yo se lo he dicho. Mañana la noticia tiene que estar en los periódicos y en la televisión. El FBI no hará declaraciones.

—Agente Allen. —Arson parecía especialmente preocupado—. No puedo arriesgarme de esa forma. Si esa detención no sucede… ¡Se nos echarán encima! Si McCord no ve resultados, me colgará de las pelotas. No puedo hacer lo que me pide.

—Véalo de este modo, Arson —dijo George—. Si las cosas salen bien, habrá una detención y todos seremos felices.

—¿Y si no hay detención?

—Entonces todos tendremos un problema.

—Me parece un disparate. ¿Qué pretende? ¿Hacer que el asesino salga a matar y cometa un descuido? No puedo ayudarlo, agente. Lo siento.

—Vamos, Arson —disparó George—, por una vez piense en la investigación y no en su culo.

—No es eso.

—Claro que sí. Es la razón por la que se quitó el caso de encima en primer lugar.

—¿A qué se refiere? —se indignó el capitán..

—A la llamada a Scott, su *amigo*. Usted fue quien le brindó los detalles de la muerte de Robert Silva. No hubo ningún chivatazo interno. Usted le repitió a Scott lo que Bruzzo le dijo por teléfono esa noche.

Arson no perdió el tiempo en negarlo. Habló en un tono apenas audible.

—¿Está amenazándome? —masculló.

—Por supuesto —dijo George—. No es nada en comparación con jugar sucio en un caso de asesinato. Hable con McCord y con sus fuentes locales y dígales lo que acabo de decirle. Sea convincente.

George interrumpió la comunicación, pero no dejó el auricular. Tenía que hacer una llamada más. Robert Scott respondió de inmediato.

61

La conferencia de prensa tuvo lugar al lunes siguiente en una sala abarrotada. Era la cuarta vez que se reunían allí y George descubrió que muchos de los reporteros habían adoptado las mismas posiciones que las veces anteriores.

En la primera fila estaba Robert Scott. Vestía una chaqueta de cuero con coderas y un sombrero de ala corta. Parecía un reportero de los años cincuenta, con su libretita en mano y su expresión neutral.

George empezó refiriéndose a la muerte de Dennis Whitaker, un hombre simple que había sobrevivido a una dura infancia en diversas casas de acogida y que, a base de trabajo, había conseguido tener un negocio propio, esposa y una hija. George había tenido oportunidad de conocer a la esposa, quien, lejos de comportarse como una viuda desahuciada, le dijo con aplomo que había cierta justicia en que Dennis muriera en su lugar de trabajo. Neumáticos Whitaker había sido uno de los motores de su vida. George intentó capturar la esencia de esas palabras mientras les hablaba a las cámaras y a las miles de personas que estaban al otro lado.

—Por otra parte —prosiguió—, el motivo de esta conferencia de prensa es corregir algunas imprecisiones que se han publicado o transmitido este fin de semana. Hay una delgada línea entre el análisis medido y la desinformación, y es vuestro deber no cruzarla. Hay personas que han perdido la vida y un grupo numeroso de investigadores estamos intentando por todos los medios acabar con esto de una vez por todas. No es cierto que haya un sospechoso. Lo que sí es cierto, es que estamos siguiendo una línea de investigación que podría conducirnos a uno muy pronto.

—¿Puede ser más específico?

—Lo siento, pero no. Comprometería lo que tenemos. Para que quede claro, estamos trabajando sobre evidencia muy firme que podría llevarnos a una identificación, pero todavía no tenemos un nombre, de manera que todo lo que se haya escrito al respecto es pura especulación.

—Agente Allen —intervino Scott—, según mis fuentes, la evidencia a la que hace referencia es una filmación del asesino escapando de uno de los crímenes… ¿es correcto?

George abrió mucho los ojos, se asió a los laterales del atril en un gesto ensayado.

—Efectivamente, en uno de los crímenes el sujeto abandonó con premura la escena exponiéndose a una cámara de tráfico.

Una ola de comentarios viajó de un lado a otro. Estallaron algunos flashes.

—En este momento —siguió George—, estamos procesando la imagen para mejorarla y esperamos poder realizar una identificación.

—¿Desde cuándo tiene el FBI esa cinta? —disparó un reportero desde la parte de atrás—. ¿No podría haberse evitado la muerte de Whitaker?

—Esto ha surgido el fin de semana, posteriormente a la muerte del señor Whitaker.

Scott volvió a hablar, sin quitar la vista de su libreta.

—Según tengo entendido, la imagen es apenas una silueta muy lejana y sería inservible para una identificación… ¿Lo niega?

George le clavó a Scott una mirada de reproche.

—Eso no es cierto.

George respondió algunas preguntas más y se retiró.

Durante las siguientes horas, el interés y la inventiva mediática no mermaron. Las cosas no fueron mejor en el seno del equipo, donde Jeffrey y Alyssa se mostraron abiertamente molestos y escépticos. Confiaban en George, pero esta vez podía estar arrastrándolos por un camino sin retorno.

Ellos sabían que no existía una grabación de un sospechoso.

Lo único que tenía George era una corazonada. Creía que el sujeto no resistiría el impulso y regresaría a la casa de los Mitchell para comprobar si había o no una cámara. La parte trasera daba a una calle interna llamada Eliott, con salidas hacia las calles Lotus y Narcissus a diez y cincuenta metros respectivamente.

Para darle verosimilitud a la historia, George le había proporcionado a Scott la información real de cómo habían llegado a determinar el punto de escape en uno de los asesinatos, sin mencionar de cuál se trataba. El artículo publicado al día siguiente de la conferencia de prensa hablaba de las tejas rotas y del trozo de tela hallado en el alambre del muro.

El sujeto tendría que saber más; no podría resistirlo. Con el paso de las horas todas sus decisiones se verían afectadas.

George estimaba que tal cosa ocurriría al segundo o tercer día, y para eso había dispuesto de un equipo de vigilancia especial. Una furgoneta registraba todos los movimientos en la zona y un operador reportaba por radio a dos agentes apostados en puntos estratégicos.

El agente García de la oficina local del FBI estaba a cargo de la operación, y cuando George vio que la pantalla del móvil mostraba su nombre sintió una inyección de adrenalina.

—Lo tenemos —dijo García, pero en un tono extraño, no exactamente de júbilo.

George caminaba en ese momento por los pasillos del piso quince.

Apresuró el paso en dirección a su oficina.

—¿Qué ha sucedido?

—Un hombre ha aparecido hace treinta y cinco minutos. Se detuvo en Narcissus y miró los postes en busca de cámaras; luego hizo lo mismo en Lotus, mucho más cerca de nuestro puesto, así que pudimos verlo perfectamente. Tiene que ser él. Pareció satisfecho cuando detectó la cámara falsa que colocamos en el extremo más alejado.

El sujeto habría concluido que esa cámara estaba demasiado lejos para captar una imagen de su rostro, y era cierto.

—Ha habido un problema —dijo García—. Cuando lo detuvimos y le pedimos identificación, escapó.

—¡Qué!

Varios rostros observaron a George.

—Mi hombre lo persiguió —continuó García con calma—, pero a doscientos metros colisionó con otro coche; está fuera de peligro, pero no supo decirnos por dónde se fue el tipo.

—Mierda —dijo George—. ¿Qué hay de las matrículas?

—Las quitó. Pero contamos con la descripción del coche y tenemos al tipo grabado en vídeo. Es una imagen de su rostro bastante buena. Ya he dado aviso del coche.

A George le volvió el alma al cuerpo. Con la fotografía podrían detenerlo pronto. El país entero se convertiría en los ojos de la investigación.

—Envíeme la fotografía, agente García.

—Ya lo he hecho, señor. La tiene en su correo electrónico en este momento.

George abrió su cuenta de correo. Allí estaba el mensaje de García.

—Lo tengo aquí mismo —dijo George mientras abría el archivo adjunto.

Pasaron varios segundos.

—Agente Allen, ¿sigue ahí?

—Sí —musitó George.

—Por un momento pensé que se había interrumpido la comunicación. Es una buena fotografía, ¿verdad? Agente Allen, ¿me escucha?

—No puedo creerlo.

—¿Quiere que le envíe una descripción física?

—No hará falta. Sé perfectamente quién es este hijo de puta.

62

Lizeth se encargó de convocar a todo el equipo en la herradura. Jeffrey, Erica y Kinsman eran los únicos que estaban en el edificio, por lo que acudieron de inmediato.

George abrió la puerta.

—¿Dónde está el resto?

—Llegarán en diez minutos —dijo Lizeth.

George dudó un momento. Finalmente se acercó a la pizarra y colgó con una chincheta la hoja que traía consigo.

—Este es el hombre que buscamos —anunció.

La revelación paralizó a todos. La fotografía mostraba un acercamiento del parabrisas de un coche. Detrás, en el asiento del conductor, un hombre estaba inclinado hacia adelante, con la mirada puesta en el cielo. Era joven, de unos veinticinco años, tenía ojos claros y una abundante cabellera rubia que le llegaba hasta los hombros.

—Su nombre es Vince Anderson —dijo George—, y es el novio de mi hermana Peyton.

La frase los dejó mudos.

—¿Su nombre…? —empezó Erica, pero dejó la frase en suspenso.

—Su nombre está en el listado de clientes de Storage Morgan —dijo George—. Lo conocí al poco tiempo de llegar a Los Ángeles y nunca me dijo su nombre completo. Es chófer de limusinas.

—¡*Paseando a Miss Daisy*! —dijo Jeffrey—. Es la película que sigue.

Las piezas empezaban a encajar. Amanda Landmark, la amiga de Gail Mitchell, les había relatado cómo su amiga y el chófer de la limusina que las había llevado al concierto de rock parecieron ocultar algo.

—¿Has podido hablar con tu hermana, George? —preguntó Erica.

—Le acabo de dejar un mensaje para que se comunique conmigo lo antes posible. Una patrulla va camino de su casa en este momento.

—¿De dónde ha salido esta fotografía? —preguntó Kinsman—. ¿Por qué estás seguro de que es él?

—No estaremos seguros hasta que lo atrapemos. Strong y Durham van camino a su casa en este preciso momento. Se lo acabo de pedir.

A continuación les habló de la operación de vigilancia en las proximidades de la casa de los Mitchell. El móvil lo interrumpió. Miró la pantalla y vio que era Peyton. Sintió que un peso enorme se le quitaba de encima.

—¡Peyton! ¿Dónde estás?

—Oh, perdona, pero no pude contestarte antes… estaba probándome ropa. Estoy en el centro comercial.

Un griterío de fondo lo confirmaba.

—¿Estás sola?

—Eh… No. Estoy con una amiga.

Una risita de mujer se escuchó a lo lejos.

—¡Shhh! —dijo Peyton—. George, ¿ocurre algo?

—Peyton, escúchame bien, necesito que estés acompañada todo el tiempo por tu amiga o por alguien. No vayas a tu casa por nada, ve a casa de tu amiga, y siempre acompañada. ¿Me has entendido? Cuando estés en casa de tu amiga, avísame y una patrulla irá al lugar.

—¿Es por ese tipo? No te preocupes por mí, George, haré lo que me…

—Es Vince, Peyton —dijo George sin rodeos—. Él es el asesino.

—¿Qué dices?

Los gritos de fondo seguían.

—Peyton, lo estamos buscando, pero no hemos dado con él. Está suelto. Si te llama, no lo atiendas. Me avisas de inmediato.

—¡George, por Dios…! —dijo Peyton—. Tiene que haber un error. Es imposible que Vince tenga algo que ver…, no es porque sea mi novio, te lo aseguro. Te estás equivocando.

—Puede ser —dijo George—. En todo caso, lo averiguaremos cuando podamos hablar con él. Mientras tanto, debes hacer lo que te he dicho.

—Está bien.

—Pásame la dirección de donde estás.

—No hace falta, George —dijo ella—. No hablaré con Vince y me iré a la casa de mi amiga. No hace falta que envíes a nadie. Estoy segura de que te equivocas.

—Llámame si adviertes cualquier cosa extraña. Nos comunicaremos cada treinta minutos sin excepción. Y vete ya mismo a casa de tu amiga.

63

Tras el descubrimiento fue necesario moverse en tiempo récord.

Alyssa y Luca se dirigieron a Westmont, al sudoeste de Los Ángeles, donde vivía la madre de Anderson con su hija. Del padre no había nada en los registros.

En el porche encontraron a las dos mujeres bebiendo té helado. El parecido entre ellas era asombroso. En cuanto Alyssa mostró su identificación, las dos mujeres accedieron a dejarlos pasar a la casa.

Antes de exponer el motivo real de su presencia, Luca formuló algunas preguntas acerca de Vince, que su madre, Lynette, se encargó de responder sin ningún tipo de miramientos. Era una madre soltera y estaba orgullosa de su hijo, y así se los hizo saber de inmediato, sentada en una mecedora que crujía al balancear su voluminoso cuerpo. Ella no podía trabajar, les explicó; tenía un corazón débil y Vince le daba dos mil dólares todos los meses para subsistir. Su hija Sonya trabajaba en una lavandería y con eso era suficiente para que las dos pudieran vivir dignamente. Cuando Luca le preguntó cómo era posible que un chófer de limusina pudiera enviarle ese dinero a ella, Lynette levantó el mentón y les dijo que su hijo hacía otras cosas además de los viajes en limusina. Era un chico muy creativo y trabajador.

Luca y Alyssa ya sabían que Anderson tenía un lote de neumáticos usados en Storage Morgan que vendía entre sus contactos.

—Señora Anderson. Seguramente estará al tanto de los asesinatos que han estado ocurriendo en la ciudad.

Lynette lo fulminó con la mirada.

—Por supuesto que lo sé. ¿Qué tiene que ver eso con mi hijo?

—Tenemos razones para sospechar que el responsable tiene un trastero en Storage Morgan. Estamos visitando personalmente a cada uno de los que alquilan uno de esos trasteros.

Lynette se llevó la mano al pecho.

—Dios mío.

—¿Está al tanto de que su hijo tiene un trastero allí?

—Bueno…, sé que tiene uno en alguna parte. Mi hijo tiene un negocio de neumáticos.

—Necesitamos hablar con Vince para que nos diga si ha visto algo. No hemos podido contactar con él.

—Seguro que se ha quedado dormido en casa de su novia o en alguna parte. Vince trabaja mucho de noche y sus horarios son caóticos. Lo llamaré ya mismo. Sonya, tráeme mi teléfono, por favor.

La hija, que había estado observando desde un lado de la sala durante todo el tiempo, se acercó en silencio con el móvil de Lynette. Parecía decirle algo con la mirada.

La mujer se colocó las gafas y buscó a su hijo entre los contactos.

Luca aguardaba sentado en uno de los sillones. Alyssa se había quedado de pie, más alejada y con un ojo puesto en la hija, de la que no terminaba de fiarse.

—No responde… —dijo Lynette sin despegar la oreja del auricular —. Hijo, soy mamá. Aquí hay unas personas de la policía que necesitan hablar contigo. No te preocupes, no es nada relacionado con tus cosas, sólo necesitan saber si has visto algo raro en ese lugar donde tienes tu trastero. Llámame en cuanto escuches este mensaje.

Dejó el teléfono en la mesa. Se puso de pie con cierta dificultad y se dirigió a una repisa sobre el televisor. Allí había varias fotografías familiares, y entre ellas varias de Vince a diferentes edades.

—Mi hijo es una buena persona… —dijo con la vista puesta en las fotografías.

—Mamá…

Lynette detuvo a su hija con un ademán. La mujer se volvió y miró a Alyssa.

—Sé que han venido hasta aquí porque creen que Vince es el responsable de esas muertes. ¿Usted tiene hijos?

Alyssa negó con la cabeza.

—Entonces no puedo explicarle lo que siento en este momento —dijo la mujer—. Mi hijo no tiene nada que ver con todo eso. Cuando escuche mi mensaje, se pondrá en contacto conmigo y me encargaré de que hable con ustedes.

Alyssa asintió con pesadumbre. No era la primera vez que se encontraba con aquel sentimiento de negación en la familia de un asesino en serie. De hecho, era la regla y no la excepción.

64

Durham y Strong vigilaron la casa de Anderson en Maywood durante toda la mañana. Una vecina dijo que lo había visto salir temprano, como todos los días, y eso era todo lo que sabían por el momento. Estaban seguros de que dentro de la casa encontrarían evidencia para incriminarlo, pero no podían arriesgarse a entrar y darle pie a un abogado para montar una defensa en torno a un procedimiento mal hecho. Mantuvieron todas las entradas y salidas vigiladas a la espera de la orden del juez.

Erica era la encargada de conseguir las órdenes judiciales de registro, tanto en casa de Anderson como en el trastero a su nombre en Storage Morgan, y para eso habló con el juez Friedlander, un hombre accesible y con ánimos de colaborar, pero que no podía emitir una orden con una simple fotografía. Necesitaba más. Erica se vio obligada a rastrear a Leonard Mitchell, el padre de Gail Mitchell, para establecer así la identificación de Vince Anderson como el chófer que conducía la limusina que llevó a su hija a la fiesta, días antes de morir. Erica condujo hasta las oficinas del señor Mitchell y logró que el hombre identificara a Anderson. Obtuvo una declaración firmada y fue directo a ver al juez, que finalmente aprobó las órdenes.

Durham y Strong no perdieron el tiempo. En un callejón lateral a la casa de Anderson encontraron un cubo de basura con una bolsa de residuos dentro. Puesto que estaba en la vía pública no cometieron ningún delito al examinarla. Un técnico del laboratorio se trasladó especialmente para tomar huellas en el lugar. No tendría ningún valor ante un tribunal, pero para ellos sería un fuerte indicio de que estaban tras la pista correcta. El técnico encontró varias huellas y realizó una identificación positiva con las encontradas en la bolsa de plástico de la revista en la escena del crimen de Dennis Whitaker.

George seguía todos los movimientos de su equipo desde su despacho. Nada más recibir la coincidencia de las huellas de Anderson, se puso en contacto con Richard Duncan para ponerlo al corriente de las últimas novedades. Su superior puso a disposición todos los recursos del FBI para encontrar los antecedentes de Vince Anderson. Jeffrey lo coordinó desde Los Ángeles.

A la una de la tarde, el equipo de Quantico encontró registros de una prueba de paternidad de Anderson llevada a cabo en una clínica privada. Jeffrey se trasladó a la clínica con la orden correspondiente y tuvo acceso a los resultados. Esto agilizó notablemente la identificación genética, porque no fue necesario extraer muestras de la

casa para analizarlas.

La comparación arrojó un positivo rotundo. El ADN de Anderson coincidía con el recogido en casa de Gail Mitchell y en la de Lewis Hendrix. Esto, sumado a las huellas dactilares que lo relacionaban directamente con la muerte de Dennis Whitaker, ponía a Anderson en la escena de tres de los crímenes. Más que suficiente para detenerlo.

Sólo tenían que encontrarlo.

El golpe definitivo esperaban darlo en la casa. Anderson había sido lo suficientemente cuidadoso para no dejar pruebas al alcance de la mano, sin embargo, incluso los asesinos en serie más inteligentes a menudo necesitan de trofeos que utilizan para revivir los asesinatos. Anderson debía de tener algo. No sería sencillo encontrarlos, pero le darían la vuelta a la casa si fuera necesario.

Cuando Erica llegó con las órdenes, cumplieron con el procedimiento de anunciarse y luego entraron en la casa por la fuerza. El equipo completo del laboratorio a cargo de Jonathan Glover tenía mucho trabajo por delante. Primero recogieron cabellos del desagüe de la bañera y huellas dactilares de la sala, la cocina, la habitación y el baño. No había más habitaciones. Las huellas coincidían con las halladas en la bolsa de basura y, en consecuencia, con las que tenían del último asesinato. Erica se sumó a Durham y a Strong y entre los tres se ocuparon de revisar las pertenencias de Anderson, entre ellas un ordenador.

Strong registró la habitación principal. Todo estaba ordenado…; demasiado ordenado. Regresó a la sala y le consultó a Erica si sabía si el hombre tenía a alguien que le limpiara la casa. Ella no lo sabía, pero se lo preguntarían más tarde a la vecina. Si era el caso, esa persona podría saber algo. Strong examinó los libros alineados en una estantería de un solo cuerpo. Mientras los retiraba, pasaba las páginas y los colocaba boca abajo para verificar que no hubiera nada dentro. Cuando terminó, había una montaña de novelas policíacas, pero nada sospechoso. Tampoco encontró en el armario nada más que una gran cantidad de prendas y trajes.

El escritorio, donde estaba el ordenador, resultó un poco más interesante. En uno de los cajones había varios folletos de distintos fabricantes de neumáticos, y en el otro, una cajita de seguridad de esas con un diminuto candado. Strong le pidió a uno de los técnicos que tomara fotografías y que abriera la caja. Dentro encontraron dinero en efectivo, un reloj de oro y recibos con saldos bancarios. En total, Anderson tenía tres cuentas con más de treinta y cinco mil dólares.

Tras una hora de trabajo intenso en la habitación, Strong se dio por vencido. No sólo no encontró nada relacionado con los asesinatos, sino que estaba sorprendido con la poca cantidad de pertenencias de

Anderson. De no ser por la caja de seguridad o el propio ordenador que todavía no sabían qué contenía porque estaba protegido con una contraseña, resultaba imposible establecer los gustos del dueño de la casa, más allá de su afinidad por la lectura de novelas policíacas.

A los otros miembros del equipo les pasó lo mismo en el resto de la casa. Verificaron cada centímetro de pared en busca de compartimentos ocultos, destriparon almohadones, revisaron las baldosas en busca de alguna que estuviera floja, examinaron el único calefactor, la nevera, todo. No encontraron nada que lo relacionara con los asesinatos. Los tres estaban en la sala, abatidos tras más de dos horas y media de revolver sin pausa.

Se permitieron unos minutos de descanso en torno a la mesita de café. Strong fue el único que no llegó a sentarse y se quedó mirándola con fascinación. Era rectangular y en la tabla había doce azulejos pintados a mano. Desentonaba bastante con el resto del mobiliario.

Cuando el agente se agachó para examinar la mesita en detalle, advirtió que algunos de los azulejos no encajaban exactamente en su sitio. Erica se mostró interesada y con la uña consiguió levantar uno de ellos.

Y allí estaba: una fotografía de mala calidad recortada con precisión para que cupiera exactamente en el espacio que había debajo del azulejo. En ella aparecía Inés MacIntyre, muerta en la bañera, tal cual la policía la había encontrado.

Sin decir nada, Erica se volvió a colocar los guantes y siguió retirando los azulejos y colocándolos en una pila en el suelo. El resto la observaba con una excitación creciente. Cada azulejo fue revelando una escena diferente. Todos se preguntaban lo mismo: ¿qué encontrarían en la posición número doce?

Erica retiró el último azulejo.

65

Alyssa probó la temperatura de su café con el labio superior, luego bebió un sorbo corto. El vapor dibujó espirales frente a sus ojos cansados.

—No tienes buen aspecto —dijo Luca mientras se servía café en un vaso de plástico.

Estaban solos en la salita de recreo. Eran las seis de la tarde y el agotamiento de los últimos tres días estaba haciendo mella.

—¿Por qué no te vas al hotel?

—Sí, quizá en un rato. Algo me dice que hoy no tendremos noticias de Anderson.

—Toda la policía del país lo está buscando —dijo Luca mientras se apoyaba en la encimera.

—Se esconderá —concluyó ella—. Lo hará por varios días.

George se asomó por la puerta en ese momento.

—¿Sigues sin noticias de tu hermana? —preguntó Alyssa.

—No lo entiendo —dijo George—. Le pedí que se mantuviera localizable.

—¿Desde cuándo no puedes comunicarte? —preguntó Luca.

—Cuarenta y cinco minutos. He hablado con ella durante todo el día, cada treinta minutos. Ahora su teléfono está muerto.

—Quizá se ha quedado sin batería. ¿Quieres que vaya a su casa?

—No, gracias. Si no consigo hablar con ella, iré yo mismo.

—¿Sabes algo de Erica? —preguntó Alyssa—. ¿Han encontrado algo en la casa?

—Siguen trabajando.

—Oye, George —dijo Luca—, puedo hablar con los de comunicaciones, extraoficialmente quiero decir, y preguntarles si el teléfono de tu hermana está encendido.

—Es una buena idea.

Luca no perdió un segundo y llamó a Johnny Osgood, que todavía estaba en su puesto de trabajo. Le pasó el número que le recitó George y esperó menos de un minuto mientras su amigo hacía las verificaciones en el sistema.

—Está apagado o sin cobertura —anunció Luca.

—Mierda —dijo George con una mueca de enfado. —Iré a su casa.

—¿Seguro? —Luca se incorporó y lanzó el vaso vacío a la papelera —. ¿No quieres que vaya yo?

—No. Gracias.

George salió de la salita de recreo y le dijo a Lizeth que no lo

llamara para no ocupar la línea, salvo que se tratara de algo de suma importancia. Luca y Alyssa se quedarían a cargo en su ausencia.

Una vez dentro del Taurus, George se aferró al volante con fuerza. Todavía no había encendido el motor. Volvió a llamar a Peyton, tanto al móvil como a su casa. Dejó nuevos mensajes breves y cortó.

Antes de poner en marcha el coche, encendió el GPS. Su conocimiento de la ciudad se había acrecentado mucho y creía poder llegar a su destino sin la colaboración del aparato, pero no se podía permitir equivocarse de rumbo. Giró la llave y aceleró. El motor rugió y el Taurus se puso en movimiento.

La euforia por el descubrimiento de Anderson había quedado sepultada por la preocupación por Peyton. Incluso mientras celebraban los resultados de la comparación de huellas dactilares y ADN, su humor había ido cambiando. Se culpaba por no haberle prestado al novio de su hermana la debida atención.

Tomó la autopista de San Diego. El tráfico se convertiría en su enemigo número uno durante los próximos minutos.

Todavía no se había acostumbrado del todo a la idea de que el asesino había mantenido una relación íntima con Peyton. El caso había sido personal desde el principio.

La razón le gritaba que su hermana corría peligro. Anderson cometía muy pocos errores y era perfectamente factible que, al verse comprometido, acelerara sus planes antes de huir. Cualquiera supondría que escapar sería su prioridad, pero George estaba convencido de que no dejaría su obra inconclusa. Si había llamado a Peyton, ¿a quién escucharía ella? ¿A su novio, al que veía a diario y de quien estaba enamorada o a su hermano, al que apenas había visto algunas veces en su vida?

Anderson podía haberla convencido de que las acusaciones contra él eran infundadas, que estaba asustado, cualquier cosa. Él sabría mejor que nadie qué resortes accionar para que Peyton respondiera como él quisiera. De alguna manera, George ya había aceptado que eso era lo que había sucedido. Prefería no escudarse en posibilidades ingenuas, como la del móvil sin batería.

Mejor ser realista y pensar que Anderson tenía a Peyton.

Fue entonces cuando decidió cambiar de ruta.

66

George habló con Luca desde el coche y le pidió que confirmara con Osgood cuál había sido la última antena de la red celular que había registrado el móvil de Peyton. La respuesta llegó al cabo de diez minutos y confirmó algo que para ese entonces ya sospechaba.

La torre era la más cercana a Presidio Ranch.

Llegó allí cuando ya era de noche. Condujo los últimos metros del camino de tierra con las luces apagadas y muy despacio. En la caseta de vigilancia detuvo el coche y se bajó. Confirmó que su móvil se había quedado sin señal.

Golpeó la puerta de la caseta dos veces sin obtener respuesta. A un lado había un Honda desvencijado, por lo que George supuso que el cuidador debía de estar en alguna parte.

Cogió una linterna del maletero y desenfundó el arma. Decidió seguir su instinto e ir directamente al set número dos, donde habían encontrado a Chet Brisbane.

La ausencia de luna hacía la noche impenetrable. Un puñado de estrellas resplandecía entre los claros que dejaba una invisible capa de nubes. Apenas le fue posible divisar la silueta negra del set número tres, que recreaba un hospital psiquiátrico. Resultaba imposible divisar los otros dos. La noche se los había tragado.

George había visitado el sitio durante el día y recordaba perfectamente las montañas en el horizonte, desprovistas de vegetación. Ahora el horizonte era un telón negro sin principio ni fin. El silencio era absoluto y se alegró de haber dejado el Taurus en la entrada. El ruido del motor, aun circulando a una velocidad mínima, hubiera alertado a Anderson.

Cuando había recorrido unos doscientos cincuenta metros, estaba lo suficientemente cerca del hospital psiquiátrico como para reconocer sus formas. Si quería dirigirse hacia allí, era el momento de cambiar el rumbo y caminar unos cien o doscientos metros hacia el norte. Se volvió y analizó la posibilidad, observando la silueta de aquella construcción alargada de dos pisos. Las ventanas eran manchas grises y algunos árboles se recortaban contra la fachada. Se disponía a reanudar la marcha cuando creyó advertir algo en el lateral del edificio: un bulto que sobresalía. Era difícil establecer desde aquella distancia si estaba delante o detrás de la construcción.

Sintió un escalofrío. La curva de aquella silueta podía ser la parte trasera del New Beetle de Peyton.

Cambió de rumbo sin dudarlo. No podría seguir sin confirmar sus

sospechas. Intentó hacer memoria y dilucidar si había visto allí algún arbusto en las visitas anteriores, pero fue en vano. Decidió avanzar describiendo una curva. De esta forma reduciría las posibilidades de ser visto desde el edificio y obtendría un mejor ángulo para determinar qué era la misteriosa silueta redondeada.

La sorpresa llegó a medio camino. Se detuvo en seco cuando una de las ventanas del primer piso se iluminó.

Esperó un par de minutos antes de seguir caminando, aferrando el arma con fuerza y con la mirada fija en la ventana. Cuando se encontró a unos ochenta metros, ocurrió algo que hizo que otra vez se detuviera, pero esta vez con el corazón saltándole en el pecho como un caballo desbocado. Una silueta humana se cruzó detrás de la ventana.

¿Podía ser el cuidador? Tenía todo el sentido. La posibilidad lo alentó y siguió avanzando, ahora en línea recta.

Treinta metros después, la silueta apareció de nuevo, pero esta vez no cruzó el cuadrado iluminado sino que se asomó por uno de los laterales. George permaneció muy quieto, con la vista clavada en la figura humana. ¿Lo habría visto? Difícil. Si él apenas podía distinguir el contorno del otro, incluso tratándose de una habitación iluminada, lo más probable era que él fuera invisible desde allí.

Esperó lo que le pareció una eternidad, aunque en realidad no fueron más que unos minutos, y entonces la silueta desapareció. George decidió en ese momento que daría un rodeo mayor al que tenía previsto. Caminaría paralelamente a la fachada lateral hasta sobrepasar el edificio y luego se acercaría por detrás.

Cuando se acercó lo suficiente confirmó que aquel era el coche de Peyton. La mano con la que sostenía el arma temblaba. En el fondo había estado preparándose para esto, pero tener la confirmación de que su hermana estaba allí, posiblemente muerta, lo golpeó.

Debía aferrarse a la posibilidad de que seguía con vida. Quizá había llegado a tiempo. A Chet Brisbane, Anderson lo había mantenido con vida durante algunas horas.

Entró al edificio por una puerta trasera de doble hoja. Si afuera era difícil ver algo, adentro era imposible. Podía avanzar a tientas en cualquier dirección, exponerse a chocar con algo y hacer un ruido que llamara la atención, o podía encender la linterna y moverse a toda velocidad.

Encendió la linterna apuntando hacia abajo. Un círculo luminoso se dibujó en el linóleo blanco y negro, lo que bastó para revelar que se encontraba en un vestíbulo. Otra puerta de dos hojas, frente a la de salida, conducía a un pasillo ancho. Apagó la linterna y avanzó en esa dirección más o menos unos tres metros. Entonces estiró la mano y, muy despacio, dio las últimas zancadas. La mano en la que llevaba el

arma chocó con la puerta. Muy lentamente la empujó, asegurándose de que no hiciera ruido.

Una vez pasó al otro lado, se permitió encender nuevamente la linterna. Estaba en un pasillo con tres puertas a cada lado. Las paredes tenían azulejos celestes. Supuso que las escaleras estarían enfrente. Recorrió unos veinte metros utilizando la pared de la izquierda como guía. En el lado derecho había visto dos o tres máquinas expendedoras que posiblemente fueran falsas.

Cuando llegó al otro lado, encogido en un rincón, volvió a encender la linterna apenas un instante. Aquel era un vestíbulo el doble de alto que el anterior y tenía dos escaleras a los lados.

Subió por la escalera de la izquierda aferrado al pasamanos. Caminó a tientas, convencido de que sus ojos se acostumbraban poco a poco a la oscuridad. Unos segundos después distinguió en el extremo opuesto del corredor el resplandor proveniente de una puerta abierta.

Ya no necesitaría la linterna.

Durante el trayecto hasta la luz, la sensación de fatalidad se hizo más presente que nunca. Había caminado cientos de metros con el corazón en la boca, sin embargo el peligro nunca le había parecido tan real como ahora, que podía ver aquel vano iluminado. Como un condenado a muerte que recorre los metros finales hasta la sala de ejecución, vio desfilar los últimos dos meses de su vida.

Y entonces fue cuando escuchó un golpe seco, como si alguien pateara la pared con el pie. Permaneció quieto, a la espera de que el sonido se repitiera, pero tal cosa no ocurrió.

Un metro antes de llegar a la puerta, dejó la linterna en el suelo. Asió el arma con las dos manos y la sostuvo en posición de disparo. Cruzó el umbral de un salto, apuntando primero a la derecha, luego a la izquierda, arriba y al frente.

Estaba en una especie de recepción pequeña. Había un mostrador de metal y sobre éste un ordenador. Más atrás había una pared de barrotes de acero con una puerta en el centro, que en ese momento estaba abierta. Cruzó el umbral y avanzó por un pasillo iluminado por tres tubos fluorescentes que zumbaban en el techo. En el otro extremo había una ventana y George comprendió de inmediato que era la que había visto desde afuera.

En el pasillo había dos puertas de acero muy robustas con unas rendijas para poder mirar desde afuera. Eran celdas de máxima seguridad.

Corrió hasta el final, donde había visto la silueta, y se asomó por la mirilla de la segunda puerta.

Vio una habitación completamente blanca con las paredes acolchonadas. Sentada en una silla, justo en el centro, estaba Peyton. Tenía la cabeza gacha y la camiseta blanca manchada de sangre. Una

mordaza le cubría la boca y tenía las manos en el respaldo, posiblemente atadas. Estaba inmóvil. George buscó desesperadamente un movimiento que le revelara que su hermana estaba con vida.

No lo vio.

Sintió que el alma lo abandonaba. El arma, que había aferrado con determinación hasta entonces, estuvo a punto de resbalar de su mano y caer. No se sintió capaz de empujar la puerta y entrar, buscar el pulso en la muñeca de Peyton…

Tenía la frente apoyada contra la puerta. Sin darse cuenta, había cerrado los ojos un momento. Cuando los abrió, con la esperanza de que la imagen de Peyton muerta en aquella silla desapareciera, ella seguía ahí, inmóvil como antes, con el mentón apoyado contra el pecho.

Finalmente empujó la puerta, y entonces Peyton movió la cabeza imperceptiblemente. Cuando lo vio en el umbral, una sonrisa apareció en su rostro manchado con sangre. George sintió que el alma le volvía al cuerpo. Quizá había llegado a tiempo.

Entró en la habitación. Y entonces los ojos de Peyton se movieron ligeramente hacia la izquierda y él comprendió.

Había alguien más allí y George había cometido la torpeza de no mirar debidamente. Levantó el arma y empezó a darse la vuelta, pero ya era demasiado tarde. Sintió los dardos de la Taser clavándose en la carne debajo de las axilas y a continuación un rayo que lo atravesaba. Giró vertiginosamente y cayó al suelo.

67

Algo inesperado sucedió poco después de las nueve de la noche en el edificio federal de la calle Wilshire.

Jeffrey recogía sus cosas del escritorio y Luca lo esperaba para salir. La planta estaba desierta. Kinsman había sido el último en irse apenas unos minutos antes.

—Si no había nada detrás de ese azulejo en su casa —dijo Jeffrey —, Anderson debe de estar acelerando las cosas para cumplir con su plan antes de que lo encontremos.

—Me preocupa que George siga sin responder.

—Algo no está bien.

—¿Y si vamos a buscarlo a la casa de su hermana?

—Primero vamos a ver si lo encontramos en el Plaza. A veces se mete en su habitación y entra en una especie de meditación profunda.

Los dos caminaron, ahora en silencio, por el pasillo en forma de ele. Pasaron junto a la herradura, luego por los baños y se acercaron a la puerta que dividía aquel sector con el de delitos informáticos, también vacío a esas horas de la noche. Fue entonces cuando escucharon el zumbido electrónico de la puerta de acceso, al otro lado del gran recinto, y los dos hombres se miraron contrariados.

Preston Kinsman apareció a la carrera con la vista puesta en la alfombra. A medio camino advirtió que no estaba solo y se detuvo. Se inclinó hacia adelante, con las manos en las rodillas, mientras tragaba grandes bocanadas de aire.

—Qué bueno que todavía estáis aquí —dijo de forma entrecortada —. El maldito ascensor no llegaba nunca.

—Siéntate un minuto —dijo Jeffrey.

—No, estoy bien —respondió el agente todavía apoyando las manos en las rodillas y levantando la cabeza para poder mirarlos a los ojos—. Vengo del noveno. Venid conmigo. Tenemos visitas.

—¿Quién es?

—No os lo vais a creer: Anderson.

—¡Qué!

—Lo que habéis oído. Se presentó con su abogado.

Luca no salía de su asombro.

—¿Qué rayos hay en el noveno piso? —preguntó.

—Celdas —respondió Kinsman—. Vamos, os pondré al tanto en el camino.

Mientras bajaban en el ascensor les relató cómo, cuando iba de camino al aparcamiento, vio a Anderson junto a un individuo de traje,

de pie frente al mostrador de la recepción. Preguntaron por George Allen o alguien de su equipo. Kinsman notificó de inmediato a los guardias del piso y se acercó. Anderson no dijo nada en ningún momento, y el individuo de traje, que resultó ser su abogado, se hizo cargo de la situación. Su nombre era Cox y le confirmó que su cliente tenía algo importante que comunicarles con relación al caso de Oscar.

—Lo hemos trasladado a una de las salas del noveno —dijo Kinsman—. Es el piso más seguro.

Luca y Jeffrey estaban conmocionados. La presencia voluntaria de Anderson no estaba en los planes de nadie.

La puerta del ascensor se abrió en el noveno piso. Un guardia se les acercó y los escoltó a través de un pasillo con oficinas a los lados y una puerta metálica al final. La abrió introduciendo una combinación en un panel y los cuatro la franquearon. Allí otro guardia armado los saludó con una inclinación de cabeza. Detrás de él había otra puerta similar a la anterior con un rectángulo de cristal a la altura de los ojos. Jeffrey alcanzó a ver otro pasillo lúgubre y puertas de metal más pequeñas que supuso serían las celdas a las que Kinsman había hecho referencia. Pero ellos caminaron hacia el otro extremo.

—Los hemos hecho pasar a una de las salas de interrogatorio —dijo Kinsman.

Había dos. Entre ambas, una tercera habitación servía para supervisar lo que sucedía en las salas a través de cristales de espejo. Entraron en ella. El guardia se quedó fuera.

—Ahí lo tenéis —anunció Kinsman.

Los tres estaban de pie frente al cristal. En la sala de interrogatorio había una mesa cuadrada ocupada por Anderson, sentado de cara a ellos, y por Cox. Otro guardia, de pie junto a la puerta, no les quitaba la vista de encima.

Luca sacó el móvil e hizo un nuevo intento de localizar a George. Cuando al cabo de unos segundos una voz grabada le dio la posibilidad de dejar un mensaje, optó por uno breve, limitándose a decir que necesitaba hablar con él lo antes posible.

—¿Sabéis a qué me recuerda esto? —dijo Jeffrey con voz grave.

Ninguno respondió.

—*Seven*. Cuando el asesino se presenta de la nada para mostrar su carta final.

Jeffrey y Luca entraron a la sala. Se sentaron frente a Anderson y Cox y los estudiaron durante unos segundos sin pronunciar palabra.

—Caballeros —dijo Cox al cabo de un rato—. Mi cliente ha decidido presentarse…

—Cállese —le espetó Luca. Tenía la vista fija en Anderson.

—Detective, no me parece que…

—¡Cállese!

Cox lo hizo.

—Si ha venido a decirnos algo, que lo diga de una puta vez.

Luca sabía que tenían suficientes pruebas para arrestar a Anderson. El tipo no saldría de allí caminando como si nada.

—¿Y bien?

Por primera vez Anderson fijó los ojos en Luca.

—Veo que el agente Allen no nos acompañará —dijo con sequedad.

—Eres un genio.

Jeffrey tuvo un mal presentimiento respecto a lo que estaba a punto de suceder… De repente, la desaparición de George le resultó preocupante.

Luca y Jeffrey no estaban preparados para lo que sucedería a continuación.

—Yo no he matado a nadie.

68

Cuando Alyssa llegó al Plaza, lo primero que hizo fue verificar si George estaba allí. Marilyn le confirmó que no. Había intentado comunicarse con él durante todo el trayecto, sin éxito. Su ausencia y la de Peyton Allen tenía a todos preocupados. Alyssa decidió darse una ducha antes de definir los pasos a seguir.

Regresó a la planta baja y le dejó un mensaje a George en la recepción diciéndole que lo esperaría en Hollywood Paradise.

El restaurante estaba casi vacío. Alyssa permaneció en la entrada del salón, de pie junto a la estatua de la agente especial interpretada por Sandra Bullock, y verificó si tenía mensajes en su móvil, aunque lo había hecho apenas dos minutos antes. Leslie la saludó efusivamente al verla y la condujo a uno de los reservados que normalmente eran exclusivos para grupos de cuatro personas. Alyssa ordenó un postre de capas de mousse de chocolate y helado. El azúcar la mantendría alerta.

—Así que tenéis al tipo —comentó Leslie antes de marcharse—. Vi a George en la conferencia de prensa.

Leslie era agradable, y durante el tiempo que llevaban en Los Ángeles siempre los había tratado con cordialidad, pero a veces se pasaba de la línea. Ella misma se dio cuenta esta vez.

—Lo siento…, sé que no puedes hablar de ello —se disculpó—. No tienes que responderme. En cualquier caso, ojalá así sea. Te traeré tu postre ahora mismo.

—Gracias, Leslie.

Alyssa aprovecharía la espera para hablar con Luca. Él y Jeffrey tenían previsto trabajar hasta tarde y quizá supieran algo de George.

El detective tardó bastante en responder.

—Alyssa… —dijo Luca. Había algo extraño en su voz.

—¿Sucede algo?

—Sí. Anderson está aquí.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Estoy en el noveno, con Jeffrey, reunido con él y su abogado. Me he salido de la sala un momento.

Alyssa no salía de su asombro. No tenía sentido.

—Pero… qué… ¿Ha confesado?

—No —dijo Luca—, todo lo contrario. Dice que es inocente.

—¡Imposible!

—Oye, tengo que regresar a la sala. Déjame ver qué nos dice y luego te llamo. Parece dispuesto a hablar.

—Espera. ¿Sabes algo de George? No ha regresado al hotel y sigue sin responderme.

—Tampoco nosotros sabemos nada de él. Le he dejado un millón de mensajes.

El silencio en ambos extremos de la línea dejó claro que aquello no podía significar nada bueno.

Se despidieron. Alyssa descubrió que, mientras hablaba, Leslie había colocado el mantel de papel y sobre este una impresionante copa helada.

Alyssa no podía procesar lo que Luca acababa de decirle, no encajaba en absoluto con el perfil. ¿Por qué Anderson se entregaría voluntariamente? Alyssa consideró seriamente la posibilidad de regresar al edificio federal; con George ilocalizable, ella era de lejos la más capacitada para interpretar la mente de un asesino en serie. Cogió la cuchara de mango largo y se sirvió una generosa ración de postre.

Entonces algo le llamó la atención en el mantel. Vio el número 12 y sonrió.

Movió la copa para leer el texto completo:

Jack Nicholson es el actor que más veces ha ganado un Oscar. Lleva 3, con un total de 12 nominaciones.

Alyssa se estremeció. George le había hablado de la afición de Peyton por Nicholson.

¿Podía ser Peyton la posible víctima número 12?

—¿Qué ocurre? ¿No te ha gustado?

Alyssa levantó la vista y se encontró con Leslie.

—Necesito un ordenador con internet.

—Hay uno en la oficina del encargado.

—Llévame, por favor.

Cruzaron el salón comedor hasta llegar a un despacho sin llave.

—Está encendido —dijo Leslie, señalando el aparato—. Nosotras lo usamos para ver el correo y esas cosas.

Alyssa se sentó y buscó la biografía de Jack Nicholson. En efecto, el actor había sido nominado doce veces hasta el año 2004, obteniendo un total de tres estatuillas. Alyssa recordaba de memoria los años que el asesino se había saltado en la secuencia de películas: 2003, 1998 y 1993. Como sospechaba, en esos años Nicholson había recibido una nominación como mejor actor.

69

Cuando George se dio la vuelta, esperando ver a Anderson agazapado en un rincón, perdió instantes valiosos. Fue entonces cuando Peyton saltó de la silla, lo apuntó con la Taser y disparó.

La cápsula alojada al frente del arma se abrió y los dos dardos se le clavaron en la carne aplicando una descarga poderosa por casi cuatro segundos. El dolor resultó atroz y trajo consigo una serie de espasmos musculares generalizados que fueron suficientes para que George cayera como un peso muerto. Su cabeza golpeó contra el marco de la puerta. Estaba aturdido, abrumado por la sorpresa del ataque a manos de su propia hermana, consciente del inmenso poder dañino de la Taser.

Cuando la descarga cesó, no pudo moverse. Una mancha blanca apareció en su campo visual y creyó que se desmayaría. Peyton le dijo algo, pero él no lo entendió. Estaba cerca y le hizo algo en las manos, quizá revisaba el pulso. Fue entonces cuando perdió el conocimiento durante unos minutos.

Abrió los ojos lentamente. El cuerpo le dolía como si lo hubieran apaleado. Tenía el brazo en alto, esposado al tirador de la puerta. Yacía en el mismo lugar, ahora con medio cuerpo en el pasillo. La cabeza le dolía, no sabía si como consecuencia de la descarga eléctrica o el golpe al caer. Su arma ya no estaba.

Peyton estaba sentada en el suelo, en mitad del corredor.

—Peyton… —dijo él, pero enseguida se calló.

Sus pensamientos se movían con la velocidad de caracoles.

—Has despertado bastante rápido —dijo ella.

—¿Él te ha obligado, Peyton? —La frase surgió con una cadencia pastosa, sentía la lengua hinchada.

—Todavía no lo entiendes…, ¿verdad?

Peyton tenía puesta una sudadera grande y llevaba el cabello recogido. En su mano izquierda tenía un cuchillo. Hizo un dibujo en el aire con la hoja afilada. Sus ojos celestes relucían como dos gemas.

—¿Ha sido Anderson? —insistió George—. ¿Él te ha obligado a ser su cómplice?

George empezaba a escuchar el mensaje de una voz agónica en su cerebro.

—Vince no podría obligar a nadie a hacer nada —dijo Peyton con voz soñadora—. Idiota.

Se quedó mirando la hoja del cuchillo con fascinación.

—Yo los maté, George, a todos. Pensé que para ti sería más sencillo

entenderlo.

—¿Por qué?

—Tú eres el experto —dijo ella poniéndose de pie—. Tú tienes la obligación de explicar a personas como yo. Para mí es normal desear cortarle el cuello a alguien y verlo morir, siempre ha sido así. Ni siquiera importa si está bien o está mal, no se trata de eso.

—No. —George era incapaz de pensar con claridad.

—Es como en la fábula del escorpión —dijo Peyton—. No se puede luchar contra nuestra naturaleza. Está escrito en la sangre. Quizá también en la tuya, George., por eso eres tan bueno en lo que haces.

Peyton se apoyó contra la pared, con una pierna flexionada y la suela de la zapatilla contra la superficie de cemento. Seguía escrutando el cuchillo con fascinación.

—No es mi culpa. Quiero que sepas algo.

—¿Qué quieres que sepa? Lo que sea, intentaré entenderte.

—No hay otra razón para matar. ¿Lo entiendes? Mejor dicho…, no hay otra razón *determinante*.

George asintió.

—Lo entiendo —mintió.

Ella estudió su rostro, buscando algún indicio que le revelara que aquella respuesta no era sincera.

—¡No hay ninguna puta razón! —gritó a pleno pulmón.

Su voz recorrió el pasillo y el eco regresó hasta donde estaban.

—Lo he entendido, Peyton.

—Mejor que lo entiendas. ¿Recuerdas a la señora Lenehan?

George arrugó la frente. El súbito cambio de tema lo desorientó. Enfocó su mente y recordó a Julia Lenehan, una mujer que vivía con su marido en Pittsfield, Massachusetts, y que eran vecinos de la familia Allen.

—Desde luego que la recuerdo. Hasta donde tengo entendido todavía vive.

—Ha de tener cien años. No importa. Cuando yo tenía cuatro años, la señora Lenehan estaba cuidándome en su casa. Annette y Frank habían ido al teatro.

George nunca se refería a sus padres por sus nombres de pila, pero Peyton había adquirido esa costumbre desde pequeña. Por primera vez pensaba que podía tener su explicación en la dificultad para establecer vínculos afectivos profundos.

—Yo estaba en la cocina de la vieja. Tendría unos cuatro años, como te he dicho, no más. Estábamos cocinando juntas, o eso me dijo, porque mi papel se reducía a observar y entregarle los ingredientes que me pedía. Lo cierto es que, durante la preparación de la comida, que no recuerdo qué era, utilizó varias veces el triturador del fregadero. Nosotros no teníamos uno en casa y le pedí que me

explicara cómo funcionaba. Me dijo que era muy peligroso, porque tenía cuchillas que giraban a gran velocidad y que estaban muy afiladas para poder triturar los restos de comida y que no se atascaran en las tuberías.

Incluso mientras recordaba el funcionamiento del triturador, describiendo las cuchillas afiladas y su cualidad letal, los ojos de Peyton adquirieron un brillo casi sobrenatural.

—Estaba fascinada —decía más para sí que para George—. Mientras ella me explicaba cómo decorar un plato, cómo condimentarlo y esas cosas, mi mente infantil no se podía quitar de la cabeza esas cuchillas. Entonces la señora Lenehan recibió una llamada de una amiga y se fue a chismorrear al salón. Desde la cocina podía escuchar su voz chillona de ama de casa republicana. Entonces acerqué una silla a la encimera y permanecí de pie, observando la boca de la cañería. Necesitaba ver esas cuchillas en funcionamiento.

George la dejó hablar. Sabía que revivir experiencias estimulantes era una manera de mitigar la necesidad de violencia. Y él necesitaba tiempo para pensar.

—No fue necesario introducir el dedo, aunque lo pensé. La cuestión es que apareció en la cocina Maximus, el gato estúpido de los Lenehan. Entró con ese andar superior, con su pelaje reluciente por todos los productos que la vieja le echaba encima. Se subió a la silla y se frotó contra mis piernas. Sin pensarlo lo levanté y lo introduje en el fregadero. Se quedó allí quieto, observándome. La cola de plumero se movía suavemente contra la superficie de acero inoxidable y no tuve más que introducirla en el desagüe. Maximus debió sentirse confiado en presencia de una niña pequeña, porque no se movió, y se limitó a observarme con placidez. He pensado en eso muchas veces y creo que el fregadero estaba tibio, porque el gato se quedó ahí como si fuera el mejor sitio de la tierra. El interruptor estaba debajo de la encimera y lo accioné.

Peyton hablaba sin dejar de moverse de una pared a otra, exactamente frente a la segunda de las habitaciones. En un determinado momento se acercó a la puerta y observó dentro, o eso creyó George. Él utilizó los minutos para terminar de asimilar el duro golpe y empezar a pensar en las posibilidades que tenía. El resto de su equipo no sabía de sus planes en Presidio Ranch, pero podrían darse cuenta, especialmente Alyssa. El desafío sería mantenerse con vida hasta entonces y, para conseguirlo, debía estar atento a las necesidades de Peyton y no defraudarla. Por el momento las cosas iban bien. Tenía que encontrar la manera de mantenerla hablando.

—Maximus no pudo salir durante unos segundos, por más que lo intentó —dijo Peyton ahora con voz más pausada, saboreando el recuerdo—. Y chilló de un modo espeluznante. Recuerdo que eso me

impresionó mucho. Las cuchillas no cortaron de inmediato la cola del gato, sino que se enredó e hizo que su cuerpo se revolviera como la ropa en la lavadora. Finalmente, la cola se cortó y el animal salió aterrorizado de la cocina, atravesó la puerta mosquitera y, según creo, jamás regresó.

Hizo una pausa. Dejó de caminar y volvió a recostarse contra la pared, de nuevo con los ojos puestos en la hoja del cuchillo. El encantamiento se había roto.

—La señora Lenehan apareció escandalizada. Le dije que su gato se había peleado con otro junto a la puerta… Bastante bien para una niña de cuatro, ¿verdad? —Buscó aprobación en George, pero él se limitó a observarla—. Vamos, no me mires con esa cara, has visto cosas peores entrevistando a todos esos locos de remate y divulgando sus hazañas. En el fondo los admiras.

—Me encantaría que pudiéramos hablar en otro lugar, Peyton.

—La vieja intuyó algo —dijo Peyton—. Desde ese día no me trató de la misma manera. Quizá mientras limpiaba las cuchillas encontró los pelos del gato. O un trozo de cola.

Entonces Peyton lo hizo otra vez. Se desplazó hasta la otra puerta y al pasar echó un vistazo imperceptible hacia el interior, giró la cabeza como si se tratara de un movimiento casual. George lo advirtió. ¿Qué había ahí dentro?

—¿Dónde está Vince? —preguntó George.

Ella no respondió de inmediato. Se acercó unos pasos y lo estudió.

—¿Crees que Vince está aquí dentro? —preguntó ella a su vez, señalando la puerta con el cuchillo.

—No sé quién está detrás de esa puerta.

—¿Y por qué crees que hay una persona?

—Lo siento.

Ella rio.

—No hace falta que seas condescendiente conmigo.

Entonces Peyton hizo algo que inquietó mucho a George: consultó su reloj.

70

—La tarde del martes nueve de diciembre estuve en casa de Gail Mitchell, pero yo no la maté. —dijo Vince Anderson.

Su declaración se registraba en vídeo desde el otro lado del vidrio, donde Kinsman seguía con atención lo que ocurría dentro de la sala de interrogatorios.

—La conocí un par de semanas antes —continuó Anderson—. Su padre contrató una limusina para ella y sus amigas, y yo fui el encargado de llevarlas a un concierto de rock y más tarde a una fiesta privada. Después de eso me pidieron ir a una discoteca. Las llevé de regreso a sus respectivas casas de madrugada.

Mientras hablaba, Anderson parecía nervioso y sincero.

—Gail volvió a la limusina treinta minutos antes que sus amigas. Me pareció que no se sentía bien, así que fui a la parte de atrás a ver qué le pasaba. Resultó que estaba en perfecto estado. Yo creo que lo simuló para que fuera a verla.

Anderson guardó silencio. Observó alternativamente a Luca y a Jeffrey, para ver si la frase había sido suficientemente clara.

—Señor Anderson —dijo Luca—. Necesitamos que nos diga exactamente qué ocurrió en la parte de atrás de la limusina.

Él joven se movió en la silla, visiblemente incómodo. Le lanzó una mirada a Cox, que seguía a su lado, quieto como una estatua.

—Ella se me tiró encima —dijo Anderson—. No sé cuánto había bebido, pero sólo estaba un poco alegre. La cuestión es que nos besamos, nada más.

—¿Seguro?

Anderson se sonrojó.

—Bueno, le acaricié los pechos y ella me tocó…

—¿El miembro? —se exasperó Luca.

—Sí —asintió Anderson de inmediato—. Pero sólo a través del pantalón.

Jeffrey negó imperceptiblemente con la cabeza. Aquel tipo no podía ser el asesino. Lo supo de inmediato. Si lo era, entonces podría haber reemplazado a Edward Norton en *Las dos caras de la verdad*.

—Siga, Anderson.

—Unos minutos después me apartó y me dijo que regresara a la parte de delante. La verdad es que me molestó un poco, pero supuse que no quería que sus amigas supieran lo que habíamos hecho. Le dije que, si quería, podíamos vernos en mi casa al día siguiente y ella estuvo de acuerdo, pero me dio la sensación de que me lo decía para

quitarme de en medio. Le escribí mi dirección en un papel y se la entregué por la ventanita. Ella se la guardó en el bolsillo sin ni siquiera mirarla. Dos días después, apareció en mi casa por sorpresa. Según me dijo, estaba preocupada por lo que había sucedido en la limusina, temía que yo le dijera algo a su padre, lo cual me pareció bastante gracioso. Le aseguré que no se lo diría a nadie, que si alguien se enteraba podrían despedirme. Pero ella no había ido a mi casa para eso.

Otra vez los observó con la misma expresión de antes.

—Explíquese —le pidió Jeffrey.

—La invité a beber una cerveza y aceptó. Un rato después tuvimos sexo.

—¿Utilizó un condón?

—Claro que sí. Me hizo prometer que no diría nada. Nos volvimos a ver dos veces más en mi casa. Ella se presentaba por las noches y lo hacíamos una o dos veces.

—Pero sí se vieron en casa de la víctima el nueve de diciembre, ¿verdad? —preguntó Luca.

Cox intervino.

—¿Por qué no le permiten a mi cliente que les cuente lo que ha venido a decirles?

Luca prefirió no responder e hizo un gesto a Anderson para que continuara.

—Durante la última visita a mi casa, se soltó un poco y me habló de su padre, al que yo conocía, y de su madre. Me dijo que ambos tenían amantes y que la convivencia entre ellos parecía la de dos amigos. Eso se me ha quedado grabado. Me dijo incluso que tenían una rutina, en la que cada uno pasaba el día con su amante fuera de casa. En el caso de la madre era los miércoles. Entonces tuve la peor idea de mi vida y al miércoles siguiente fui a su casa. A ella no le gustó nada que me presentara sin avisar, pero me dejó pasar. Estaba asustada, y yo también, pero eso hizo que lo disfrutáramos más. O al menos esa fue mi sensación. Los dos sabíamos que estábamos jugando con fuego.

—¿A qué hora fue eso?

—Alrededor de las tres. Tuvimos sexo una vez. Estábamos tumbados en la cama cuando escuchamos ruidos en la planta baja. Se suponía que la señora Mitchell no regresaría tan pronto, por lo que Gail se alteró bastante. Abrió una ventana, me permitió apenas que me pusiera los pantalones y me empujó hacia el tejado. Me dijo que saltara el muro por la parte de atrás.

—¿Cuándo fue eso?

—Media hora después de haber llegado, a lo sumo. Calculo que a las tres treinta.

Luca se había equivocado desde el comienzo. Había cuestionado la posibilidad de otro hombre en la casa, únicamente basado en el comportamiento habitual de Gail. Una parte de él deseaba seguir aferrado a la posibilidad de inculpar a Anderson, pero su instinto le decía que aquel hombre no era el que buscaban. Si se había marchado como decía, a las tres treinta, el asesino tuvo tiempo suficiente para cometer el crimen.

—¿Qué hizo con el condón? —disparó Jeffrey.

Anderson pareció contrariado por la pregunta. Miró a Cox.

—No lo sé. Cuando me lo quité, lo dejé en la mesita de noche.

—Siga.

—Me escapé por el tejado. Recuerdo que algunas tejas se partieron y estuve a punto de caer. Me terminé de vestir en la parte de atrás, salté el muro y me fui. Al día siguiente vi las noticias y Gail estaba muerta.

—¿Alguien sabía de su relación con Gail? —preguntó Jeffrey—. ¿Algún amigo, tal vez?

—Nadie.

—¿Por qué no acudió a la policía?

—Estimados —empezó a decir Cox—. Me parece que mi cliente…

—Espera, William. —Anderson lo detuvo colocando una mano sobre el brazo—. Déjame responder. No tengo nada que ocultar, yo no maté a nadie.

—Vince, hazme caso y cierra el pico —le dijo Cox inclinándose para lograr algo de intimidad—. Ya has dicho suficiente.

—Entonces, señor Anderson —insistió Luca—. ¿Por qué no acudió a nosotros?

—Se los he dicho. Nadie sabía de mi relación con Gail, y estaba seguro de que ella no se lo había contado a nadie. Además, no podía ayudar en nada. No vi a nadie ni ella me dijo nada que pudiera servirles. Sólo escuché ruidos, que ni siquiera pude identificar con claridad.

—Pero su presencia en la casa esa tarde nos ha hecho mirar en la dirección equivocada —dijo Luca con una mueca de desagrado—. Tenemos el condón en nuestro poder.

Cox se puso de pie como accionado por un resorte.

—Esta reunión se ha terminado, caballeros —dijo con toda la gravedad que pudo—. Vince, vámonos ya mismo.

Anderson lo observó, pero no se levantó.

—Usted puede irse si quiere, señor Cox —le espetó Luca—. Pero su cliente no se va de aquí. Personalmente, todo lo que he escuchado me parece una montaña de mierda.

El abogado volvió a sentarse.

—Oigan —dijo Anderson—. En ese momento no sabía que era todo

parte de unos asesinatos en serie. Eso vino después. Gail ya estaba muerta y yo no tenía nada que ver.

Hizo una pausa, visiblemente alterado. Tenía los ojos enrojecidos.

—Entonces vino George Allen —dijo con voz lúgubre—. Yo no sabía quién rayos era…, y resulta que es el hermano de mi novia. ¿Qué posibilidades hay de eso?

Luca y Jeffrey intercambiaron una mirada rápida. Anderson tenía razón, las posibilidades de que aquello fuera una casualidad eran mínimas.

Luca llenó los vacíos de la historia en una fracción de segundo. Apenas podía hablar.

El asesinato de Gail Mitchell no se había planificado como los otros, sino improvisado sobre la marcha. Por eso se había producido apenas doce días después que el anterior y no habían encontrado elementos ajenos en la escena del crimen.

Jeffrey abrió una carpeta que tenía en su portafolios y la colocó en la mesa de manera que sólo Luca y él pudieran verla. Pasó las páginas rápidamente. Agarró dos fotografías y las dejó sobre la mesa.

—¿Algo que quiera decirnos? —preguntó Jeffrey haciendo referencia a las imágenes.

El joven pareció absolutamente contrariado cuando vio la primera de ellas. Nadie le explicó que aquello era una montaña de comida de gato y él ciertamente no lo entendió. Tenía la frente arrugada.

Cuando pasó a la siguiente fotografía su expresión se suavizó, pero sólo un poco.

Luca aguardaba expectante. La segunda fotografía mostraba la revista ¡*Hágalo usted mismo!* que habían encontrado en la tienda de Dennis Whitaker.

En ambos sitios habían encontrado el ADN de Anderson.

—¿Es suya esa revista?

—No, pero la he visto antes… —dijo Anderson—. Mi novia tiene una igual en su casa. Lo recuerdo porque la cogí para abrirla y leerla y ella me pidió que no lo hiciera.

Luca y Jeffrey salieron de la habitación dejando a Cox y a Anderson dentro. Los dos habían llegado a la misma conclusión.

71

Después de consultar su reloj, Peyton volvió a sentarse en el suelo, lejos de George. Dejó el cuchillo a un lado y colocó las manos en el regazo.

—Lo del gato de la señora Lenehan fue un aprendizaje —dijo en tono reflexivo, retomando el tema que habían dejado hacía rato—. No podía permitirme que el resto me observara con esa desconfianza. Tenía que ser más cuidadosa.

—Permíteme cambiar de brazo.

Ella observó el brazo de él, esposado al tirador, como si fuera la obra de otra persona.

—Levántate —le espetó Peyton con sequedad—. No estás atornillado al suelo que yo sepa.

Él lo había pensado, pero temió que hacerlo por iniciativa propia incomodaría a Peyton. Ahora que ella se lo había sugerido lo hizo de inmediato. El brazo era un hervidero de hormigas y el aro metálico de las esposas le ardía como si estuviera al rojo vivo.

—No recuerdo bien al primer Maximus —dijo George—. Sí a los otros.

—Tú apenas nos visitabas —le recriminó ella—. Hay muchas cosas que no sabes de esos años. No sabes casi nada, en realidad.

Peyton seguía sentada. Parecía estar cómoda de esa forma.

—La universidad no me permitía visitaros —reconoció George.

—Si tú lo dices. Ahora que lo pienso, probablemente fue lo mejor, porque a ti hubiera sido más difícil engañarte.

George se permitió dudarlo. Llevaba semanas investigando los asesinatos y no se había acercado ni a mil kilómetros de la verdad. Ni siquiera cuando había descubierto la participación de Anderson se le cruzó por la cabeza que Peyton pudiera ser la verdadera responsable. Incluso ahora, su mente se negaba a creerlo.

—A Frank y a Annette fue sencillo engañarlos —dijo Peyton—. Lo único que tenía que hacer era lo que ellos esperaban de mí, eso era todo. Cuando haces lo que todo el mundo espera de ti, te haces invisible. En ocasiones cambiaba los juguetes de sitio sólo para que pareciera que había jugado con ellos. De tanto en tanto incluso me ponía en un sitio visible y fingía pasármelo en grande, o me paseaba con alguna de las muñecas en brazos. Para sobrellevar esos momentos pensaba en otras cosas, como la cola del gato de la señora Lenehan en el triturador. Todo esto te resulta útil, ¿verdad? Para tus investigaciones.

—Claro que no, Peyton. Creo que tienes un concepto equivocado de mí.

—¡Cállate! No me hables de esa forma, como si te importara. Terminarás odiándome. Verás que tengo razón.

—No voy a odiarte.

—Claro que sí. A ese niño Brisbane fue sencillo capturarlo, por ejemplo, y me fascinó observarlo mientras se desangraba. Fue como cien orgasmos con el estúpido de Vince.

George sabía que tenía que apartar a Peyton de los asesinatos. Tenía que mantenerla alejada de ellos a cualquier precio.

—Antes me preguntaste si era útil para mí, ¿a qué te refieres?

Ella pareció meditar un segundo. Agarró el cuchillo otra vez y empezó a estudiarlo. El talismán funcionó.

—Te encanta reunirte con esos asesinos inútiles y escucharlos durante horas. Por eso te he contado lo de Maximus; es el recuerdo más lejano que tengo.

—Contigo es diferente, Peyton. Tú eres mi hermana y mi interés contigo nunca será académico…

—Bla, bla, bla… deja las palabras bonitas para otro día, George.

—¿Qué otras cosas recuerdas?

Peyton rio.

—Sé lo que haces…, somos muy parecidos tú y yo. Demasiado, quizá. —El rostro de Peyton se transformó—. La escuela era una mierda absoluta, por ejemplo.

—Siempre pensé que te gustaba la escuela.

—La odiaba. Allí tenía que fingir todo el tiempo.

Peyton había sido una buena alumna, pero George nunca había contemplado que detrás de aquel comportamiento modélico podía estar gestándose un severo trastorno de personalidad.

—¿Por qué miras el reloj? —preguntó George.

—¿Cuándo?

—Acabas de hacerlo.

—Supongo que por costumbre.

—¿Cómo sabías que vendría?

—Nunca pensé que vendrías.

—No te creo.

—¡De verdad! No soy taaan inteligente. —Dejó escapar una risita —. Pero ahora que has descubierto a Vince antes de tiempo, lo mismo da. Todavía no lo he pensado mucho, pero creo que me has hecho un favor.

—¿Un favor?

Peyton suspiró.

—Estoy cansada de fingir.

Se puso de pie.

George sopesó la posibilidad de encerrarse en la habitación. Las esposas estaban sujetas al tirador del lado de afuera, pero podría apoyarse contra la puerta con todo su peso y mantenerla cerrada. Peyton nunca podría empujarla desde el otro lado.

—Voy a contarte una historia —dijo Peyton—. Te servirá para confirmar tus investigaciones.

Seguía sin acercarse.

—Hace cosa de un año y medio, una mujer empezó a perseguirme. Con la popularidad de la serie no era extraño, pero normalmente los que se me acercaban eran chicos de mi edad. Esta mujer estuvo meses siguiéndome. Nunca se me acercaba demasiado, me observaba desde lejos, en el estudio, en mi casa, en el centro comercial, donde fuera. Debo reconocer que sus métodos de seguimiento no eran obvios. A veces, ya al final, me empeñaba en detectarla y me era difícil. Para mí se había convertido en un juego. La consideré una lunática inofensiva, aunque no daba exactamente con el tipo. Le calculaba unos cuarenta años, muy guapa y arreglada, siempre con su impecable cabello pelirrojo recién salida de la peluquería. Parecía una mujer refinada.

George no pasó por alto la mención del color del cabello. Gail Mitchell también era pelirroja, a diferencia de las otras mujeres asesinadas, y siempre habían contemplado la posibilidad de que pudiera ser un dato importante.

—Al cabo de algunas semanas, finalmente se acercó . Dijo que necesitaba hablar conmigo. Eligió un sitio concurrido, el Westfield Fashion Square. Me invitó a un café en Sbarro y me dijo que había viajado desde Nueva York.

A George las palabras pelirroja y Nueva York le dispararon una conexión neuronal que nada tenía que ver con lo que Peyton le decía. Aun así, algo en su expresión la delató.

—¡Veo que lo has descubierto! —dijo Peyton.

No tenía sentido.

—La mujer me dijo que te conocía, que vosotros os habíais conocido en la universidad, en fin, tú sabes el resto.

Rebecca Burton, su primer amor universitario. Rebecca había desaparecido de su vida de un día para el otro, agobiada por las presiones de su padre para que interrumpiera su relación con él.

—Rebecca Burton —dijo George—. ¿Qué buscaba? No lo entiendo.

Peyton rio.

—Supuse que te había perdido la pista y pensó que a través de mí podría encontrarte. No tenía ni puta idea de lo que quería.

—¿No te lo dijo?

—Sí, claro que me lo dijo —dijo Peyton—. Me contó lo vuestro: la versión universitaria de Romeo y Julieta. ¡Puaj!

George sintió deseos de sentarse, a pesar de saber que el brazo no

tardaría en adormecerse y estropearía su precario plan de guarecerse en la habitación en cuanto fuera necesario.

—Me habló de su padre —siguió diciendo Peyton—. Que se opuso desde el principio a la relación, y que finalmente se salió con la suya e hizo que ella regresara a Nueva York. Sí, ya lo sé…, a esa altura del relato yo tenía la misma cara que tú. La mujer era de esas chifladas que se quedan colgadas de un tío para siempre.

Hizo una pausa eterna.

—¿Quería volver a contactar conmigo? —preguntó George para que su hermana no pierda el hilo—. ¿Para eso te buscó?

Peyton dio media vuelta y avanzó hasta donde estaba él. George se puso en guardia, dispuesto a entrar en la sala y encerrarse, pero estaba demasiado interesado en lo que vendría a continuación como para hacerlo. Finalmente, ella se detuvo, a escasos cuatro metros. Lo observó como una pistolera, con la mirada desafiante. La buena noticia era que había dejado el cuchillo en el suelo.

—Me contó por qué desapareció de tu vida, George. Estaba embarazada de una niña, a la que decidió llamar Peyton.

El primer pensamiento de George fue propio de Joey Tribbiani: la coincidencia de nombres le resultó asombrosa.

A continuación, el peso de la verdad lo aplastó como a un insecto.

—Sorprendente, ¿verdad? —dijo Peyton con una sonrisa de oreja a oreja—. La tía se me acerca en un centro comercial y allí, bebiendo un café en un maldito Sbarro, me suelta que es mi madre. No sé qué esperaba realmente, ¿que la abrazara o me echara a llorar? Su actitud era patética. Me dijo que se quedaría en Los Ángeles para verme otra vez y contarme el resto de la historia. ¿Puedes creerlo?

La voz de Peyton provenía de un lugar lejano. George se sintió transportado a un sitio desconocido, lejos de la lógica que regía día a día su trabajo o la vida misma. Flotaba envuelto en una nube, presa de la confusión y bombardeado por pensamientos de toda índole. ¿Peyton era su hija? Imposible.

—Cuéntame… —Consiguió articular George con voz apagada, la vista puesta en el suelo de ese centro psiquiátrico de ficción.

—Cuando nos volvimos a ver, me habló del día que supo que estaba embarazada —dijo Peyton.

Su voz sonaba perfectamente normal. No había en ella rastro alguno de angustia.

—Me dijo que no tuvo el valor de enfrentarse a su padre, que estaba segura de que él la obligaría a deshacerse de la niña —dijo Peyton—, y supo que, si te lo decía a ti, te enfrentarías con él y saldrías perdiendo, así que optó por mantenerlo en secreto. Y entonces tuvo la gran idea.

George, en su nube de incomprensión y asombro, empezaba a

vislumbrar el resto.

—Ellos lo supieron… —musitó él.

—Sí. Rebecca se las arregló para ocultar el embarazo a su padre hasta que regresó a la universidad. Cuando nací, me entregó a Annette, tu madre, a quien ya le había hablado de mi llegada y había hecho el circo de simular su propio embarazo. Cuando recibieron a la niña, nadie sospechó.

Peyton siguió dando vueltas mientras hablaba, ahora peligrosamente cerca de George, pero él no se sentía con fuerzas para ponerse en movimiento y encerrarse en la sala. Ni siquiera podía encontrar la fuerza para alzar la vista y mirar a Peyton a los ojos. Un dolor en el pecho lo paralizaba.

—Mi vínculo con Jack cobró un nuevo sentido para mí —dijo Peyton.

—¿Quién es Jack?

Ella rio.

—¿Por qué eres tan estúpido a veces, papi?

George había perdido todo signo de vitalidad. La angustiosa verdad lo dominaba como si se tratara de una compleja kata de judo.

—Hace poco hablé por teléfono con Annette y me confesó la verdad.

George empezaba a pensar en todas las ramificaciones de lo que acababa de escuchar. No sólo tenía una hija a la que había tratado como a una hermana menor —de un modo bastante distante, por cierto—, sino que además sus padres se habían hecho cargo de ella.

—Peyton, yo… no sé qué decirte. No creo que desconocerlo tenga alguna importancia ahora. Lo cierto es… que…

—Basta, George. ¿Ves por qué te dije al principio por qué hice todo esto? ¿Por qué te hablé del gato de la vieja esa?

—También me has dicho que te odiaría… y si te referías a esto, te has equivocado. —George juntó el valor y alzó la vista. Tenía los ojos inyectados en sangre y húmedos—. Tú no tienes la culpa, y yo no tengo miedo a enfrentarme a mis responsabilidades. Las cosas que has hecho…

Se detuvo. Ella lo observaba con mirada gélida.

—… lo que has hecho es grave —continuó él—. Pero no cambia el hecho de que seas mi hija.

Dios, costaba tanto decirlo. No recordaba la última vez que había llorado.

Cuando Peyton volvió a echar un vistazo a su reloj por enésima vez, George supo por fin quién estaba en la sala uno. Se había equivocado en casi todo hasta entonces, pero tuvo la certeza de que si observaba por la abertura de aquella puerta vería el cuerpo sin vida de Rebecca Burton.

Peyton regresó hasta donde estaba el cuchillo. Se agachó con una reverencia y lo agarró. Entonces se encaminó otra vez hacia donde estaba él. George advirtió en su mirada que las cosas serían diferentes esta vez; ahí estaba otra vez el brillo macabro que había advertido cuando ella relataba la historia de Maximus. Se habían acabado las palabras.

George no pudo moverse, le faltó voluntad. Permaneció inmóvil, mientras su hija se acercaba a él con aquel cuchillo aferrado en la mano derecha y la mirada de un cazador furtivo. Vio desfilar los últimos días a la velocidad de la luz. Los crímenes, las reuniones con su equipo, las conferencias de prensa, todo le resultaba lejano como los recuerdos de su niñez. Por último, se vio en su Taurus, camino a Presidio Ranch, sin ni siquiera sospechar lo que allí le esperaba. Cerró los ojos y se recostó contra la pared a esperar con resignación que una línea de fuego se le dibujara en el cuello y un río de sangre espesa se llevara su vida.

Escuchó los pasos de Peyton acercándose. Y de pronto, su voz:

—¡Hey! no voy a matarte —dijo ella en tono de complicidad—. Ese no es el plan.

Él abrió los ojos justo a tiempo para ver cómo Peyton, con la decisión de un leñador, le clavaba el cuchillo en el muslo derecho y lo retiraba con un movimiento rápido.

George se desplomó en un abrir y cerrar de ojos. Sintió que la pierna se convertía en una bola de fuego y dejó escapar un grito. La vista se le nubló. Se dejó caer sentado, arrastrando la espalda contra la pared.

—Aquí tienes —dijo ella.

Le lanzó un puñado de llaves que aterrizó en su regazo.

George supuso que se trataba de las llaves de las esposas, posiblemente también de la puerta metálica. ¿Por qué se las dejaba?

Peyton dio media vuelta y caminó hacia la reja, balanceando las caderas y haciendo formas en el aire con el cuchillo. Lo saludó sin volverse con un simple adiós, y al llegar al recodo desapareció. George se quedó mirando el hueco de la puerta, con la amarga convicción de que jamás volvería a verla.

El dolor en la pierna era insoportable.

Cogió las llaves y de inmediato advirtió la presencia de dos más pequeñas. Con la mano izquierda introdujo una de ellas en la cerradura de las esposas y estas se abrieron con un clic. Sacudió el brazo para despertarlo del adormecimiento.

Con la ayuda de una de las llaves más grandes rasgó el pantalón a la altura del muslo, por encima de la herida, y con las dos manos cortó la tela. Cuando vio el tajo, se asustó. Había visto la hoja del cuchillo introducirse cuanto menos en una tercera parte. La sangre brotaba

demasiado rápido. Lo mejor sería permanecer acostado, pero sabía que de momento tal cosa quedaba descartada. Una vez que lograra frenar la hemorragia, iría hasta la puerta. Si Rebecca —a estas alturas no dudaba de que fuera ella— seguía con vida, haría lo posible para salvarla.

Se quitó la camisa y cortó la tela por la mitad. Tuvo que apretar los labios para no gritar. Dobló la tela sobre sí misma hasta lograr una tira larga que anudó lo más fuerte que pudo sobre la herida. La tela se tiñó de rojo instantáneamente, pero pareció contener la sangre. Luego se quitó el cinturón, lo midió en el muslo y con la varilla de la hebilla practicó una perforación adicional en el cuero. Se lo colocó en la pierna, por encima del improvisado vendaje y lo ajustó.

Se puso de pie ayudándose con el tirador. Mientras no cargara peso en la pierna herida creía que estaría bien. Entonces vio la silla dentro de la habitación y dio tres saltos en dirección a ella. Cuando llegó, esbozó una ligera sonrisa de alivio. Echó un vistazo al muslo y comprobó que la venda no parecía más húmeda que antes. El cinturón había interrumpido la circulación de la sangre en la pierna, pero la solución no le serviría a largo plazo. Más adelante tendría que sopesar la posibilidad de conducir en ese estado hasta un sitio con cobertura, o permanecer quieto en posición horizontal hasta que llegara ayuda.

Pero todavía no había llegado el momento de tomar esa decisión.

Usando la silla como muleta logró avanzar por el pasillo hasta la primera sala. Con el corazón dando tumbos en el pecho, se asomó por el rectángulo en la puerta metálica. Al principio no vio nada, pero entonces, a la derecha de su campo visual advirtió una mancha oscura en el suelo de cemento.

Sangre.

Probó abrir la puerta pero estaba cerrada con llave. Buscó entre las que le había dejado Peyton hasta dar con la correcta.

72

Alyssa estaba sentada en el reservado del Hollywood Paradise. Tenía la vista fija en el mantel individual con las referencias a Jack Nicholson. El móvil sonó.

—Hemos terminado de interrogar a Anderson —dijo Luca— ¿George está contigo?

—No —dijo Alyssa—. Escucha, acabo de descubrir el patrón detrás de la secuencia de películas. ¡Es Jack Nicholson! Los años que se salta la secuencia corresponden a las nominaciones de Jack Nicholson. Sé que suena descabellado, pero hay algo que no sabes… Peyton Allen, la hermana de George, es una fiel admiradora de Nicholson. ¡Ella podría ser la víctima número doce!

—Alyssa, Anderson no es el asesino. Es Peyton.

Alyssa se cambió el móvil de oreja y echó un vistazo al salón del Hollywood Paradise.

—No es posible.

—Hemos detenido a Anderson —dijo Luca—. Con todo lo que tenemos contra él, deberá explicarnos muchas cosas. Pero estoy casi seguro de que dice la verdad. Confesó una relación con Gail Mitchell, y eso es todo. Las pruebas apuntan a él, pero Peyton las ha dejado deliberadamente para incriminarlo.

—Luca, espera —dijo Alyssa—. En el almacén donde compró la cortadora, proporcionó el nombre falso de un hombre. ¿Cómo pudo ser posible? Tiene que haber un cómplice.

Alyssa se detuvo. Ella misma encontró la respuesta.

—James Kelly —dijo maravillada. El nombre podía ser James, pero también Kelly.

Alyssa se sintió abrumada por decenas de interrogantes.

—Creemos —dijo Luca— que el plan de inculpar a Anderson se vino abajo cuando se entregó.

—¿Estás conduciendo?

—No. Pero Jeffrey sí. Vamos hacia Presidio Ranch. Está muy cerca del último sitio donde estuvo activo el móvil de Peyton.

—Ponme en altavoz, por favor.

Tras una pausa, el sonido del tráfico se amplificó.

—Hola Alyssa —saludó Jeffrey sin su efusividad habitual.

—Escuchadme —dijo ella—, hay algo que estáis pasando por alto. Lo que ha dicho Luca tiene sentido, pero no os olvidéis de que los asesinatos forman parte de un plan, y difícilmente se contente con dejar la secuencia incompleta. El asesinato número doce va a suceder.

Tiene que haber otra víctima.

Se produjo un silencio prolongado e incómodo.

—*Paseando a Miss Daisy* y *Rain Man* son las siguientes películas en órden cronológico— dijo Jeffrey.

Alyssa levantó la vista. En una de las paredes estaba el póster de *Rain Man* que ya había visto antes.

—Alyssa…, ¿estás ahí?

Alyssa tenía la vista fija en el título de la película.

RAIN MAN.

Su mente se encargó de reordenar las letras: Mariann.

73

Alyssa interrumpió abruptamente la comunicación con la promesa de volver a hablar pronto con sus compañeros de equipo. Buscó en la memoria el número de Naomi; lo tenía en la agenda como «George-Naomi». No recordaba haber utilizado el número desde el divorcio de George, pero se alegró de haberlo conservado. Sin ensayar un discurso, pulsó el botón de llamada.

En Virginia eran más de las once de la noche.

—¿Hola? —preguntó una voz alarmada.

—Hola, Naomi, soy Alyssa Paget.

—¿Le ha sucedido algo a Mariann? —dijo la mujer con urgencia.

Alyssa se quedó helada. En el fondo había esperado que la niña estuviera en ese momento en casa de su madre.

—Necesito hablar con George —improvisó Alyssa—. No puedo comunicarme con él. Pensé que a lo mejor había viajado de urgencia…

—No creo que George haya salido de Los Ángeles —dijo Naomi, ahora más calmada—. Peyton va a organizarle una fiesta sorpresa, así que seguro está allí. Mariann se lo pasó de maravillas hace unos días así que Peyton ha insistido para que le permita viajar otra vez.

—Muchas gracias, Naomi. Perdona por haberte llamado a esta hora.

Alyssa apenas pudo despedirse con normalidad. Tenía la respiración acelerada.

74

Cuando George abrió la puerta y vio a su hija sentada contra la pared, su mundo colapsó. Se quedó aferrado a la silla que lo había llevado hasta allí, nadando en un abismo insondable, incapaz de moverse.

Mariann tenía las manos colocadas una a cada lado. Su rostro exhibía una placidez soñadora, tenía los ojos cerrados y el cabello formaba una cascada rubia sobre los hombros que su vestido de tirantes dejaban al descubierto. El corte en el cuello resplandecía como una sonrisa.

La mancha de sangre en el suelo estaba tan quieta como ella.

George se imaginó en el umbral de la puerta de la habitación de Mariann, en su propia casa, con una sonrisa en el rostro mientras la observaba dormir. Lo había hecho tantas veces, maravillado con su respiración pausada, por la existencia de un ser tan puro, que a veces se acercaba a ella y se sentaba a su lado, acariciándole el cabello mientras su mente seguía poniendo en tela de juicio sus aptitudes como padre.

Cuando dio el primer paso, olvidó que hacía instantes una hija de la que no había tenido noticias hasta ese día le había clavado la hoja afilada de un cuchillo en el muslo. Se lanzó hacia adelante y se desplomó sin remedio. Logró amortiguar la caída con las manos, que se afirmaron a unos centímetros del charco de sangre, pero sus rodillas golpearon el suelo de cemento con fuerza. Su rostro apareció reflejado en la sangre de Mariann.

«Terminarás odiándome. Verás que tengo razón».

Estiró el brazo y con los dedos pulgar e índice aprisionó la muñeca de Mariann en busca de pulso. El frío y la lividez lo impactaron. Se arrastró con dificultad, tirando de su pierna convertida en un peso muerto, sin importar que el brazo y el pecho aterrizaran en medio de la sangre. Su rostro quedó a centímetros del de su hija y pudo sentir el aroma fresco del champú. Sonrió al ver su rostro frágil, lleno de vida. Se acercó un poco más, unos centímetros, y apoyó sus labios sobre la frente de Mariann. No estaba fría como su muñeca, sino tibia, como cuando la acariciaba mientras dormía, templada por el calor de la almohada.

La herida del cuello, antes similar a una mueca burlona, no parecía ahora tan amenazadora. George supo entonces que las cosas se solucionarían, Mariann se pondría bien y él podría seguir observándola durante la noche, maravillándose ante su mera

existencia; podría incluso cumplir con su promesa de llevarla al Six Flag, claro que sí.

Sin demasiado esfuerzo la levantó, la acomodó en su regazo e hizo que la cabeza de ella descansase sobre su hombro derecho. Le dijo que el vestido azul que llevaba puesto le quedaba muy bien, o quizá lo pensó.

Alyssa y los demás llegarían pronto. No tardarían en encontrarlos.

Mariann se pondría bien. Él se encargaría de ello.

Ya lo estaba haciendo.

FIN

Epílogo

Un mes después

Alyssa cruzó el aparcamiento del FBI y se encontró a Luca apoyado en su coche. En el techo había dos vasos de Starbucks.

—He intentado entrar al edificio pero mi tarjeta ya no funciona.

—Hola, Luca —dijo Alyssa, sorprendida pero no molesta ante la presencia de su excompañero. Abrió el maletero y dejó el bolso con el portátil—. Dame ese café, por favor. Lo necesito.

Luca le tendió el vaso y ella bebió un trago largo. Cerró los ojos como si la bebida la transportara a otra parte.

Desde el asesinato de Mariann a manos de Peyton Allen, la colaboración entre el departamento de policía y el FBI había terminado. Los Federales se hicieron cargo de lo que ya no era un caso de asesinatos en serie sino la búsqueda de una prófuga de máxima peligrosidad.

—Perdona que haya aparecido así —se disculpó Luca.

Alyssa negó con la cabeza restándole importancia.

—Iba a llamarte en estos días —dijo ella—, pero por alguna razón lo he estado posponiendo. ¿Caminamos un rato?

Detrás del aparcamiento estaba el parque Westwood y ambos caminaron en esa dirección, hacia la avenida Sepulveda.

—¿Cómo sigue George?

—Mal. No termina de aceptar la muerte de Mariann. Un amigo lo acompaña en todo lo que puede, y también está recibiendo ayuda terapéutica, por supuesto. Algunos días no quiere hablar con nadie, otros dice que está listo para volver.

—¿Volver?

—Es triste. Nadie puede volver a este trabajo después de algo así. George nunca será el de antes. Duncan me ha pedido que me haga cargo de la unidad de forma interina, pero sé que terminará convirtiéndose en algo definitivo.

En ese momento bordeaban el parque por el centro recreativo, prácticamente vacío a esas horas de la tarde.

—¿Sabes algo de Peyton?

Alyssa negó con la cabeza.

—Es evidente que tenía previsto un plan de escape. En este momento puede estar en cualquier parte, incluso fuera del país. Su vida era una fachada, Luca. Su carrera como actriz estaba terminada, el estudio no la quería y se había peleado con su agente. Tenía un

montón de deudas.

—Todos los días me hago la misma pregunta: ¿Cuál era el plan original de Peyton? Es obvio que quería inculpar a Anderson de las muertes, y que cuando tú y yo fuimos a la casa de su madre lo pusimos sobre alerta y por eso se entregó. ¿Tenía pensado matarlo?

—Yo creo que Anderson era una distracción para orientar la investigación a un sospechoso. Un abogado astuto podría alegar que él estaba detrás de todo y que a Peyton la manipularon.

—Pero para eso Anderson debía morir.

—Exacto. Yo creo que el asesinato de Mariann era el punto sin retorno para ella. Si llegaba tan lejos, no tendría más remedio que huir. Es algo que probablemente nunca sabremos.

—No digas eso.

Alyssa se encogió de hombros.

—Luca, soy realista. Ha pasado apenas un mes y ya me han recortado el presupuesto y los recursos al mínimo. ¿Sabes lo que he llegado a oír internamente? Que el plan de venganza de Peyton terminó con la muerte de Mariann, que ya no es un riesgo para nadie.

—Es una estupidez. ¿Duncan piensa eso?

—Él no, pero otros sí. En el fondo es una cuestión de presupuesto y prioridades.

—Alyssa, si desde el departamento puedo ayudarte en algo, sabes que cuentas conmigo. No será oficial, pero me gustaría destinar algunas horas de vez en cuando.

Ella se volvió y sonrió por primera vez.

—Gracias. En esto, mi pragmatismo resulta de utilidad. No puedo ir en contra del buró. Pero sé que Peyton volverá a matar tarde o temprano. George tenía razón en el perfil. ¿Recuerdas cuando decía que el sujeto era un sádico?

—Es cierto. Tú no estabas tan convencida.

—Las muertes eran rápidas, sin signos de tortura, eso me confundió. Pero la verdadera víctima era George, y para él tenía reservado todo este dolor monstruoso. Esa era su fantasía.

Llegaron por un sendero hasta Aidan's Place, en el corazón del parque, un área de juegos para niños pequeños. Había dos parejas con sus hijos y ellos cruzaron en silencio, aprovechando para beber el resto del café.

Retomaron la conversación al otro lado.

—¿Por qué lo hizo, Alyssa? ¿Por qué ese odio hacia George? ¡Él ni siquiera sabía que Peyton era en realidad su hija!

—Mira, en estos días hemos interrogado a varias personas de su entorno, especialmente de su pasado, porque Peyton cambiaba constantemente de círculos y de amistades. Las pruebas de su comportamiento antisocial siempre estuvieron allí. Sus amigas de la

adolescencia la definen como una chica cruel y manipuladora. Nadie de su familia tenía esa percepción de ella.

—Quizá lo hizo para mostrarse finalmente tal cual era —sugirió Luca—; salirse de esa vida de tener que fingir todo el tiempo.

—Es posible. Su objetivo final era matar a Mariann y humillar a George en lo que mejor sabe hacer, que es su trabajo.

—Es difícil meterse en una mente tan retorcida. Matar a una niña, que además es su hermana, para vengar a su padre por una situación de la que ninguno de ellos es responsable.

—Yo creo que la historia de Nicholson la enloqueció un poco. Ella estaba obsesionada con él, incluso desde antes de saber que era hija de George. Para Peyton, enterarse de que su historia era idéntica a la de su ídolo debió de ser una revelación mística o algo por el estilo. Posiblemente fue el disparador de eso que tú dices. Anderson declaró que Peyton adoraba las películas *El resplandor* y *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Las veía todo el tiempo.

—¿Es cierto que la seguridad de Nicholson tuvo incidentes con ella? Scott lo publicó la semana pasada.

—Si. Cosas menores. Intentó verlo varias veces, cuando la habían echado de la serie. Estaba realmente obsesionada con él.

Llegaron al otro extremo del parque, donde había un área especial para perros. Varios de ellos iban y venían con sus dueños.

Alyssa contempló hipnotizada a un Jack Russell que corría tras una pelota que le lanzaba una niña. Luca se quedó a su lado en silencio. La niña tenía más o menos la misma edad que Mariann.

—¿Quieres que nos sentemos un rato?

Ella lo miró, como si de pronto hubiese olvidado que estaba acompañada.

—El funeral fue algo terrible, Luca —dijo Alyssa en un susurro.

—Ven, sentémonos un momento.

Él la guió hasta un banco de madera.

Con la vista fija en los coches que circulaban por la avenida, Alyssa parecía buscar la forma de articular sus pensamientos. Negó débilmente con la cabeza en dos ocasiones, como si buscara capturar un relato que en su mente todavía era amorfo y espinoso.

—No sé ni por dónde empezar —dijo finalmente—. La madre estuvo sólo un rato, completamente ida; miraba en todas direcciones como si no reconociera a nadie. Una de sus hermanas la tenía agarrada del brazo todo el tiempo, le susurraba cosas al oído, parecía que debía explicarle quiénes eran esas personas o qué hacía allí. Por momentos se conectaba con la realidad y lloraba desconsoladamente. No pude acercarme o mirarla a los ojos. Jamás he visto algo así. George, en cambio…

Alyssa se quebró.

—¿Cómo estaba George?

—Lo conozco, probablemente mejor que nadie, y es difícil de explicar lo que sentí cuando hablé con él. Parecía… otra persona. No era la incredulidad lógica frente a una tragedia tan terrible. Era…

—¿Una desconexión con la realidad?

—Algo así. Ojalá me equivoque.

—Es todo muy reciente.

Alyssa se quedó pensativa un momento.

—No sé si lo hemos hablado alguna vez, pero nunca creí en el más allá. Ha sido así desde que tengo uso de razón. Y sin embargo, esta vez me quedé un rato largo junto al ataúd, coloqué las manos encima y le hablé a Mariann como si la conociera de toda la vida.

Alyssa empezó a llorar. Luca la abrazó.

—Le dije… que iba a hacer todo lo posible para encontrar a Peyton y que pague por lo que hizo.

Luca no supo qué decir. La abrazó con más fuerza.

Un rato después se levantaron. Alyssa se limpió las lágrimas y dejó que el viento le diera en la cara.

—Antes has dicho que George no se equivocó en la naturaleza de Peyton —dijo Luca—. Y tienes razón. Pero tampoco se equivocó en cuanto a nosotros dos. Nos hizo trabajar juntos porque creyó que haríamos un buen equipo, y así fue.

—Es verdad —dijo ella. En sus labios apareció una sonrisa efímera, como el sol que se asoma brevemente en un día nublado.

Estaban por llegar al otro extremo del parque, en la avenida Veteran. Luca miraba hacia un punto lejano. Una parte de él quería invitar a cenar a Alyssa, pero otra más sensata sabía que no era el momento adecuado.

—¿Cuándo regresas a Quantico? —preguntó en cambio.

—La semana próxima.

Él asintió en silencio.

Alyssa lo tomó de la mano.

—Gracias, Luca.

Él le respondió apretando ligeramente su mano.

Regresaron al aparcamiento, ahora por el lado opuesto del parque. Se despidieron con un abrazo y la promesa de volver a hablar pronto.

Luca se alejó con la dolorosa sospecha de que no volvería a ver a Alyssa en mucho tiempo.

Un rato después, cuando Luca ya estaba en su propio coche, recibió un mensaje en su móvil de un número desconocido.

Un mensaje totalmente inesperado.

Nota al lector

¡Gracias por llegar hasta acá! Si te gustó este libro me voy a tomar el atrevimiento de pedirte que dejes una reseña en Amazon, Goodreads o cualquier otra web de libros, que siempre ayuda mucho. También que me sigas en Instagram y te suscribas a mi lista de correo en federicoaxat.com, donde iré contando (una vez al mes, y nunca más que eso) curiosidades y novedades de futuras publicaciones.

Escribí esta novela hace varios años, justo antes de *El pantano de las mariposas*. Desde entonces sólo ha visto la luz en formato de audiolibro bajo el nombre *Escrito en sangre*, por lo que esta es la primera vez que se publica en formato impreso.

Guardo por esta historia un cariño especial. Mi padre me decía que era mi mejor libro y no terminaba de entender por qué no me decidía a publicarlo. Lo cierto es que yo me empecinaba en publicar siempre mi último trabajo, y este había tenido la mala fortuna de quedar rezagado en un período productivo de mi carrera.

Durante más de diez años casi no pensé en el libro, hasta que conocí a un colega que se convirtió en amigo y consejero llamado Cristian Perfumo. Cristian, además de ser un autor que domina la disciplina de escribir policiales como pocos —y que considero que si te gusta el género deberías leer sí o sí—, me animó a rescatar el libro del olvido e hizo una lectura y corrección muy valiosa del manuscrito original.

He trabajado mucho en la corrección y reescritura de *Los crímenes de Hollywood*. Volver a entrar en el universo de Luca, Alyssa y George ha sido fascinante, porque desde el principio este libro fue pensado como una serie y ha llegado el momento de honrar esa idea y continuarla. Imaginar la vida de estos personajes en la actualidad y reconstruir sus pasos durante los últimos años ha sido divertido y emocionante. Al momento de escribir estas líneas estoy trabajando en un nuevo libro con Luca y Alyssa como protagonistas. ¡Espero tenerlo listo pronto!

Una cosa más. En este libro hay una escena de maltrato animal. Amo a los animales y es la segunda vez que me toca la difícil tarea de escribir sobre un personaje que no lo hace. Sé que para algunos lectores es incómodo leer sobre estos temas; a ellos van mis disculpas.

Nuevamente, ¡gracias!

Federico Axat
2024

Otras novelas de Federico Axat

Benjamin

Thriller psicológico / Terror

Después de una pelea con su madre, el pequeño Ben decide esconderse en el desván de la casa y simular su propia muerte. Cuando algunas pertenencias del niño son halladas en un vertedero cercano, su familia no tiene más remedio que aceptar lo inevitable: Ben ha muerto. Sin embargo él sigue allí, sobre sus cabezas, y a través de pequeños orificios será capaz de espiarlos y de descubrir secretos inconfesables.

La hija ejemplar

Thriller psicológico

«Ahora sé que la maldad se esconde donde menos lo esperas, y que los sitios donde te creías más segura pueden resultar los más peligrosos.»

Esto es lo último que escribió Sophia en su diario, casi un año atrás. Desde entonces nadie sabe nada de ella, aunque las pruebas apuntan a que se quitó la vida arrojándose de un puente y que el hecho está relacionado con un vídeo escabroso que se viralizó en el instituto. Sus padres se niegan a creerlo. Su hija no es la clase de persona que haría algo así. Cuando meses después el chico que lo grabó aparece muerto de un martillazo en la cabeza, hay quienes se atreven a pensar que quizá Sophia está viva y que su desaparición forma parte de un plan que ella misma ha puesto en marcha.

La última salida

Thriller psicológico

«Ted McKay estaba a punto de pegarse un tiro en la sien cuando el timbre de su casa empezó a sonar con insistencia.»

Ted es rico y tiene una familia perfecta, una esposa y dos hijas adorables. Nadie podría imaginar el motivo que lo ha llevado a tomar la drástica decisión de quitarse la vida.

Cuando oye sonar el timbre una y otra vez, su primera reacción es ignorarlo y apretar el gatillo de una vez por todas. Pero entonces descubre una nota escondida entre sus cosas; una nota con su caligrafía que no recuerda haber escrito: «Abre la puerta. Es tu última salida».

¿Quién maneja los hilos desde las sombras?
A veces sólo podemos confiar en nosotros mismos.
Y, en ocasiones, ni siquiera eso.

El pantano de las mariposas

Novela iniciática

En 1985, Sam y Billy tienen doce años y se preparan para lo que suponen será un verano grandioso: excursiones por el bosque, largos paseos en bicicleta y la postergada construcción de la casa del árbol. Sin embargo, la llegada a la ciudad de una niña de clase alta llamada Miranda, cuya belleza no les dejará indiferentes, lo trastocará todo.

Un pacto de amistad los guiará en un verano imborrable, un tiempo de metamorfosis que marcará el inicio de muchas cosas, y también el final de su infancia.

“Uno de los mejores finales que he leído en mucho tiempo”
Valentina Trava

Amnesia

Thriller psicológico

¿Qué harías si te encontraras un cadáver en el salón de tu casa y no recordaras nada de las últimas horas?

A sus veintisiete años, John Brenner ya es un ex alcohólico, está divorciado y tiene una hija de cuatro años a quien ve menos de lo que le gustaría. Una noche despierta en el suelo de su casa sin poder recordar absolutamente nada de las últimas horas. A su lado hay una botella de vodka vacía, una pistola y el cadáver de una chica joven y hermosa que no recuerda haber visto nunca antes. En su cabeza retumba sin cesar la misma pregunta: «¿Soy el asesino o alguien llevó a cabo el montaje perfecto?»